

LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

RICHARD CASTLE

MÁS CALOR

SUMA
de letras

LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

RICHARD CASTLE

MÁS CALOR

SUMA
de letras

RICHARD
CASTLE

MÁS
CALOR



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para K. B.
Por siempre y más*

1

Reikiavik. Aquella simple palabra provocaba escalofríos de placer a Nikki Heat.

Reikiavik. Era como si una espléndida comida de alta cocina, un baño de espuma perfumado y un chupito de tequila de primera se unieran de tal modo que las delicias de cada uno amplificaran las de los demás.

Reikiavik. Decirlo en voz alta sonaba a música. Decirlo en voz baja era como si... Bueno, había más altos que bajos en lo que se refería a las mejores virtudes de Reikiavik.

Sí, Reikiavik. Para los poco informados, entre los que se encontraba la población del mundo entero a excepción de un hombre increíble, era la capital y el principal puerto pesquero de Islandia, un pedazo solitario de roca volcánica en el Atlántico Norte, justo al sur del Círculo Polar Ártico.

Para Heat, era algo más. Algo mucho menos solitario y mucho más apetecible.

Reikiavik era como llamaba su marido, el terriblemente atractivo y mundialmente famoso escritor Jameson Rook, al lugar donde la había llevado de luna de miel. Había elegido aquel nombre con el mismo ánimo que sus primeros pobladores nórdicos, quienes apodaron su nuevo verde y templado hogar con el nombre de *Snæland* —literalmente, «tierra de nieve»—, para disuadir a los saqueadores vikingos.

Por supuesto, no era la intención de Rook quitarse de encima a los vikingos. Le preocupaban más el *Us Weekly* y la sección de cotilleos del *New York Ledger*, publicaciones cuya sensibilidad periodística le hacían pensar a menudo en guerreros del mar aficionados al saqueo.

Para ser claros, Reikiavik no era en realidad Reikiavik ni tampoco un solo lugar. El Reikiavik de los recién casados resultó estar situado en tres continentes distintos, en ciudades importantes y en otras más pequeñas, en los trópicos y en la tundra.

Considerado en su conjunto, el recorrido de sus distintos destinos había sido como *La vuelta al mundo en 80 días*, pero no tan largo. Julio Verne no tuvo que enfrentarse a la política vacacional del Departamento de Policía de Nueva York. Aunque, por otro lado, tampoco tuvo acceso al avión privado de un amigo rico, algo que Rook sí tenía.

Sin necesidad de preocuparse por las incomodidades de los viajes en las aerolíneas comerciales, Rook había podido enseñarle a Heat las mejores y más apartadas joyas que había descubierto durante su época como corresponsal en el extranjero: todas las playas secretas, los restaurantes a los que solamente acuden los lugareños y los tesoros casi desconocidos de los que no se habla en las guías de viajes.

Habían disfrutado de pausadas meriendas de vino y queso en los Alpes, riéndose de nada y de todo, con el Jungfrauoch sonriéndoles desde lo alto. Habían tomado el sol desnudos en la costa amalfitana, a salvo gracias a que Rook sabía de lugares desconocidos para los paparazzi. Habían meditado en una pagoda tibetana, consiguiendo una paz interior imposible de encontrar cuando estaban inmersos en el ritmo frenético de su día a día.

Y habían hecho el amor. Y tanto que habían hecho el amor. Heat estaba sorprendida por el aguante y la creatividad de Rook, por cómo incluso ahora, tras varios años de relación, había encontrado nuevas e ingeniosas formas de hacerla llegar a puntos a los que no la había llevado nunca, cumbres de éxtasis que conseguían que el poderoso Himalaya pareciera una pequeña ladera. Heat también había descubierto nuevos trucos para proporcionarle placer a él. La expresión «Vamos a Reikiavik» —o cualquiera de sus múltiples derivados— había cobrado un significado especial.

Basta decir que la verdadera Reikiavik era conocida por su inusual actividad tectónica..., lo mismo que la versión de ellos dos.

Heat no había creído que el hecho de casarse fuera a cambiar ningún aspecto esencial de su relación. Pensaba que darían una gran fiesta, que tendrían un bonito viaje y que todo continuaría, más o menos, como siempre.

Pero lo cierto era que la comisaria Nikki Heat, cuyo instinto de detective rara vez le fallaba, se había equivocado en esa suposición sobre su vida

personal. Al casarse, habían caído las últimas barreras que existían entre ellos, lo que les había permitido acceder a una intimidad que nunca antes habían experimentado. Antes de su boda, Heat creía que estaba enamorada de Rook. Pero se daba cuenta de que aquello no había sido más que un flechazo prolongado en comparación con lo que sentía ahora.

Y si suspiraba tumbada en la cama y hojeaba las fotografías de su luna de miel a primera hora de un martes de octubre —más de un año después de su regreso de Reikiavik— no era porque estuviese pensando de nuevo en el espléndido culo de su esposo, sino porque el hombre que la había convertido en la mujer más feliz del planeta no estaba cerca para un polvo rápido antes de irse a trabajar.

Rook estaba en una misión fuera de la ciudad desde el domingo. El dos veces ganador del premio Pulitzer estaba escribiendo un perfil para el *First Press* sobre Piernas Kline, el multimillonario empresario que se había convertido de manera inesperada en aspirante a la presidencia de Estados Unidos. Kline se había aprovechado del descontento general con respecto a los principales candidatos —la senadora Lindsay Gardner, aspirante demócrata, era una bibliotecaria convertida en política de la que se decía que era demasiado simpática como para ser presidenta; el aspirante republicano, Caleb Brown, era un legislador que no se andaba con remilgos y del que se decía que era demasiado malvado— y lo había utilizado como trampolín hacia la Casa Blanca.

«¿Quién es Piernas Kline de verdad?». Esa había sido la pregunta que desde entonces había estado en boca del electorado. Jameson Rook era el único periodista en el que el país confiaba para obtener una respuesta real.

Y ahora que las elecciones quedaban a tan solo tres semanas, el reloj se había puesto en marcha. Rook había estado trabajando día y noche en ese artículo, en detrimento de la vida amorosa de Heat. Él había pasado en casa la noche anterior tras llegar de algún lugar del Medio Oeste, donde había estado visitando una operación de fracturación hidráulica de Industrias Kline. Después, sería un horno de fundición en la costa del lago Eire y, a continuación, un campamento maderero en las Rocosas... ¿O era una operación de gas natural líquido en la costa del golfo de México?

No podía seguirle la pista. Rook no había sido muy preciso con respecto a su fecha de regreso. Lo único que ella sabía era que terminaría su recorrido en las instalaciones de Industrias Kline y, después, iría con el candidato en su

caravana electoral con la esperanza de conseguir una entrevista privada. Y eso le podría llevar un tiempo.

Justo cuando estaba a punto de soltar otro suspiro melancólico, sonó su móvil. Lo cogió de la mesilla de noche, donde lo había dejado, con la alarma siempre en un volumen alto para que la despertara por muy profundo que fuera su sueño.

—Aquí Heat.

—Comisaria. —Era la voz de Miguel Ochoa, uno de los dos jefes de su brigada de detectives—. Hemos recibido algo en la comisaría que tienes que ver. ¿Puedes venir cuanto antes?

—Salgo para allá —contestó Heat a la vez que bajaba los pies hacia el suelo.

—¿Está Rook contigo?

—No.

—¿Dónde está?

—No tengo ni idea. En Bismarck, quizá.

—Eso es en... Montana, ¿no?

—Dakota del Norte, lumbreras.

—Vale. No iba desencaminado.

Heat estaba a punto de colgar, pero Ochoa añadió:

—Por cierto, ¿has desayunado ya?

—No.

—Bien. No lo hagas.

La comisaría Veinte del Departamento de Policía de Nueva York no llamaba mucho la atención, salvo para alguien a quien le deslumbraran el papeleo infinito, los muebles de oficina de metal y las moquetas llenas de manchas por el paso del tiempo.

Aun así, a Nikki Heat le encantaba. Le gustaba cómo bullía cuando tenían un caso importante. Le encantaba el hecho de que muchas de las personas que estaban allí tuvieran inteligencia y aptitudes como para buscarse un trabajo mucho más lucrativo, pero, en lugar de eso, hubieran preferido proteger y servir a los habitantes de Nueva York. Le encantaba incluso el olor: a Old Spice, café malo y obstinación.

La Veinte había sido el lugar de trabajo de Nikki Heat desde su época de

novata recién salida de la academia y con la tinta de su diploma aún fresca.

En aquel entonces, nadie había apostado que sobreviviría más de uno o dos años. No se trataba de una chica de clase trabajadora que hubiese pasado su juventud curtiéndose en el asfalto entre cristales rotos como muchos de los otros. En ella, todo rezumaba sofisticación, desde su falta de acento de barrio periférico hasta su actitud intachable. Y el trabajo de policía no era nada refinado.

En realidad, la única razón por la que sus compañeros le prestaron atención al principio fue porque resultaba extraño ver a una morena tan guapa como una modelo vestida con un uniforme de patrullero.

Pero enseguida aprendieron a no infravalorar a Nikki Heat. Rápidamente aprobó el examen de sargento y eso no fue más que el principio. Heat era lista, trabajadora y entregada, una mezcla que hizo que se abriera paso entre los detectives más jóvenes del Departamento de Policía. Poco tiempo después, se convirtió en jefe de brigada y teniente.

Su último ascenso —al que, en realidad, se había estado resistiendo durante un tiempo por el rechazo que le provocaba la burocracia— fue al puesto de comisaria. Y su experiencia durante el último año con esa burocracia había hecho que deseara haberse mantenido donde estaba.

En el fondo, era la labor de policía y no el papeleo lo que la satisfacía. A medida que aumentaban sus obligaciones en la gestión —y, a veces, amenazaban con agobiarla—, lo único que seguía haciendo que su trabajo mereciera la pena era poder seguir participando en las investigaciones de la comisaría.

Y esa fue la razón por la que se dirigió rápidamente a la comisaría y a la sala de su brigada, donde vio que sus detectives ya estaban reunidos alrededor de la pantalla de un ordenador.

Sean Raley, el otro jefe de la brigada de detectives, era quien se encontraba delante del teclado. Ochoa estaba justo detrás de él. También junto a ellos se encontraban los detectives Daniel Rhymer y Randall Feller, que habían ayudado a Heat a solucionar algunos de sus casos más importantes, y la detective Inez Aguinaldo, a la que aún consideraban nueva pese a su experiencia de varios años al frente de importantes investigaciones.

—¿Qué tenéis, Roach? —preguntó Heat utilizando el apodo con el que se dirigía a Raley y Ochoa mezclando sus nombres.

—Basura de dementes —respondió Ochoa. Miró a Raley—. Cuéntaselo tú,

socio. No estoy seguro de tener estómago para hacerlo.

—Ha llegado este vídeo a la dirección principal de correo electrónico de la comisaría a primera hora de la mañana —explicó Raley—. Lo han enviado a través de una dirección IP imposible de rastrear. Ya he pasado media hora tratando de descifrarla y estoy seguro de que no voy a poder conseguir nada. Quienquiera que haya hecho esto ha debido aprender de los que cuelgan porno infantil. Son muy buenos.

—¿Tiene la cuenta algún nombre? —preguntó Heat.

—Sí —contestó Raley—. Aparece como «ISIS americano».

Heat dedicó un momento a asimilar aquella información. Había asistido a numerosas reuniones en las que los expertos de la lucha contra el terrorismo de la policía de Nueva York habían advertido sobre la amenaza del Estado Islámico y los aspirantes a dementes que podían declararse partidarios suyos. Heat había asistido también a reuniones con clérigos, profesores y empresarios musulmanes que continuamente recordaban a la oficial de policía que la versión del ISIS del islam era una perversión intolerante y desquiciada de una religión que practican mil quinientos millones de personas pacíficas en todo el planeta.

—Vale. Vamos a verlo —dijo Heat.

—Tengo que advertirte que es bastante explícito —le avisó Raley.

Heat, que había resuelto crímenes en los que a las víctimas se las había encontrado en todos los estados imaginables y en un amplio rango de temperaturas —desde congeladas en maletas a cocidas en un horno de pizzas —, lanzó a Raley una mirada de «debes de estar de coña».

—Vale, pero no te quejes de que no te he avisado —dijo él a la vez que levantaba las manos durante un segundo para, después, devolver su dedo al botón del ratón y pulsar—. Allá va.

La imagen del vídeo era granulosa y de baja calidad, de esas que no parecen propias de una época en la que la mayoría de la gente cuenta con ocho megapíxeles en los teléfonos que llevan en el bolsillo. En ella aparecían dos hombres de pie en una sala grande cuyas únicas estructuras eran algunos postes de apoyo sobre un suelo cubierto de alfombras para rezar.

Los hombres tenían el rostro cubierto por máscaras y ocultaban sus ojos tras gafas de sol. Cada centímetro de su piel estaba tapado. Llevaban chilabas de color arena sobre sus cuerpos, turbantes en la cabeza y guantes en las manos.

Arrodillada delante de ellos, había una mujer joven de cuerpo esbelto y bien formado. Vestía vaqueros y una sudadera de cremallera. Tenía la cabeza cubierta con una bolsa de arpillera con una franja negra que bajaba por uno de sus lados. Sobresalían unos mechones de pelo rubio por debajo de la bolsa. Tenía las manos atadas a la espalda y quizá sujetas con una cuerda a otra atadura en los tobillos. Llevaba otra cuerda alrededor del pecho. Era difícil que pudiera moverse.

Los hombres parecían estar mirando a alguien a la izquierda de la cámara que, mediante un gesto de la cabeza u otra clase de señal, ordenó a uno de ellos que empezara a hablar.

«Nos dirigimos a ustedes en nombre de Alá, la Auténtica Verdad, el que escucha, el que ve, el Benefactor, de quien el profeta Mahoma, la paz sea con él, declara que es el único Dios», dijo el hombre de la izquierda. «Proclamamos nuestra lealtad al Estado Islámico y al califato que fundó el gran visionario Abu Bakr al-Baghdadi. Y proclamamos nuestra fidelidad a Alá, al que todos debemos complacer y servir».

«*Allahu akbar*», declaró el hombre de la derecha mientras sujetaba algo a su espalda.

Las voces de los dos hombres estaban distorsionadas de tal modo que sonaban confusas y mecánicas, como si Darth Vader estuviera en el fondo de un pozo.

«El demonio de los Estados Unidos de América y su endiablado ejército han atacado nuestras tierras y a nuestro pueblo durante muchos años llevando a cabo una cruzada moderna contra nuestra bendita religión y contra todo aquel que ensalza al todopoderoso Alá», continuó el de la izquierda. «Hemos estado demasiado tiempo bajo el puño imperialista de la escoria yanqui. Hemos sufrido mientras esquilmbais nuestras tierras por vuestra sed insaciable de nuestro petróleo. Y hoy decimos: ¡Basta!».

«*Allahu akbar*», repitió el de la derecha.

«Ahora vamos a continuar la tarea de nuestro gran líder, Osama bin Laden, que fue el primero en enseñarnos que debíamos enfrentarnos al enemigo», prosiguió el hombre de la izquierda. «Hemos entrado en la yihad que él declaró pero que dejó inacabada cuando murió como un mártir en manos del cerdo enemigo. Así que regresamos al lugar de su mayor triunfo, aquí, en el mancillado corazón de América».

«*Allahu akbar*», volvió a decir el de la derecha.

«No hay mayor símbolo de vuestra ignorancia que vuestros mentirosos títeres de los medios de comunicación, que solo existen para difundir la tergiversada propaganda de vuestro gobierno sionista», proclamó el hombre de la izquierda. «Y no hay mayor pecado que el modo en que vuestro pueblo permite que vuestras mujeres expongan sus cuerpos y alardeen de ellos de una forma tan vergonzosa cuando solamente deberían ser vistos por sus maridos. Así pues, hemos decidido ejecutar a esta periodista infiel con un golpe único y certero».

Cogió la cuerda que estaba atada al pecho de la mujer por si en el último segundo se le ocurría tratar de desatarse.

«*Allahu akbar*», dijo de nuevo el hombre de la derecha antes de sacar un reluciente machete de detrás de su espalda, donde lo había tenido oculto.

Lo sostuvo en alto, blandiéndolo un momento, y después lo dejó caer con una fuerza brutal sobre el cuello de la mujer.

Heat inhaló con fuerza cuando la hoja se introdujo en la piel de la mujer con un sonido húmedo y carnoso. El golpe había sido salvaje, pero no llevaba suficiente fuerza. El cuello de los humanos es grueso y está lleno de músculos, huesos y tendones. Ha sido diseñado a lo largo de millones de años de evolución para mantener la cabeza firmemente conectada al resto del cuerpo y no es fácil de cortar.

Aquel «golpe único y certero» se convirtió en una serie de hachazos desesperados para terminar por último en un torpe movimiento de sierra. Seguramente la víctima se habría desplomado de no ser porque el hombre enmascarado la sujetaba por detrás. Y, desde luego, habría gritado si no fuera porque ya le habían cortado las cuerdas vocales.

El hombre de la derecha continuó serrando en un silencio espeluznante, como si estuviese enfrentándose a un matorral difícil con un serrucho, hasta que la cabeza de la mujer se desprendió de su cuello. Heat vio con terror cómo caía con un golpe sordo sobre las alfombras del suelo y, después, daba vueltas desapareciendo del visor de la cámara.

En ese momento, Heat pensó que no podía haber nada más espantoso. Pero entonces el hombre de la izquierda habló de nuevo:

«Esto no es más que el comienzo. Pronto secuestraremos a otro de vuestros periodistas. Será uno de vuestros escritores más queridos, un hombre que representa lo peor de vuestra decadencia imperialista.

»Para deleite de Alá, nuestra próxima víctima será Jameson Rook».

2

Todos los detectives de la sala miraban ahora a su comisaria. Heat se quedó quieta, con la esperanza de que su rostro no reflejara la agitación palpitante en la que el resto de su cuerpo se había sumido.

«Jameson Rook». ¿Aquel lunático enmascarado acababa de pronunciar de verdad el nombre de su marido?

De repente, no podía controlar su respiración. Heat había asimilado que su trabajo conllevaba muchos riesgos y que parte de ese peligro tendía a salpicar la vida de Rook. Asimismo, había aceptado también que el perfil público de Rook le convertía en objetivo de ciertos elementos despreciables.

Pero normalmente eso implicaba algún artículo sin importancia en la sección de cotilleos del *New York Post* y algún tuit tonto de los trolés de internet. Nada de terroristas enmascarados con un machete en la mano.

Esto iba más allá de todo aquello para lo que ella se había preparado emocionalmente. Llevaba a algo que había oído en aquellas reuniones sobre lucha contra el terrorismo: el ISIS no se regía por las mismas normas que los demás. No se regía por ninguna regla. Convertían a las mujeres en esclavas sexuales. Destruían obras de arte intemporales. Quemaban vivos a sus presos. No entendían lo que era la dignidad humana. No respetaban la vida humana. Lo único que conocían era la brutalidad, la violencia y la destrucción.

Estos hombres —y debía haber al menos tres, pues alguien estaba detrás de la cámara— harían lo que fuese necesario para echarle el guante a Rook, aunque eso significara que tuvieran que sacrificarse como mártires. Especialmente, si eso implicaba que tuvieran que sacrificarse como mártires. No pararían hasta que la cabeza de Rook fuera la que rebotara sobre el suelo.

Inconscientemente, se llevó la mano al cuello. La gente que estudia ese tipo de cosas podría haber dicho que se trataba de un gesto clásico que implicaba una sensación de vulnerabilidad. En el momento en que se dio cuenta de que lo estaba haciendo, bajó la mano.

Demasiado tarde.

—Por eso te he preguntado dónde estaba Rook —dijo Ochoa en voz baja—. Me he imaginado que estaría a salvo en Montana.

—En Dakota del Norte —le corrigió Heat distraída.

—Donde sea —replicó Ochoa—. No te preocupes, comisaria. Estos tipos no podrán encontrarle allí. Ni siquiera creo que sepan que existe Dakota del Norte.

Los demás detectives no decían nada. Se limitaban a mirarla, a ver cómo reaccionaba ante aquella crisis. Desde que se había convertido en comisaria, Heat sentía que su vida había sido una sucesión de pruebas. Y no se sometía a ellas en nombre propio. Las enfrentaba en nombre de todo su género.

Era la primera comisaria en la historia de la comisaría Veinte. Algunos de los hombres que habían ocupado el puesto antes que ella habían sido comandantes muy competentes que representaban lo mejor de la profesión. Otros habían sido estúpidos ambiciosos que llegaron al rango más alto por una mezcla de suerte y el principio de incompetencia de Peter.

Heat sabía que a ella la juzgaban con un patrón distinto. Quizá no debería ser así en la segunda década del siglo XXI. Pero Heat no confundía lo que debería ser con lo que era.

En ese momento, sus detectives se preguntaban si su jefa mantendría la calma, estudiaría la situación y pondría en marcha a la brigada, «como un hombre», o si se asustaría y daría rienda suelta a sus emociones, «como una mujer».

Heat parpadeó dos veces. A continuación, tuvo claras sus prioridades. Podría preocuparse del caso después. La vida de su marido era lo primero.

—Tengo que hacer una llamada —fue lo único que pudo decir. Después, entró en su despacho a trompicones y cerró la puerta.

Las manos le temblaban cuando apretó el botón de marcación rápida del teléfono de Rook.

—Vamos —susurró con vehemencia mientras se establecía la llamada—. Contesta.

No hubo señal. La llamada pasó directamente al buzón de voz.

«Este es el teléfono personal de Jameson Rook», dijo la voz calmada y sensual de su marido. «Pulse uno si quiere dejar un mensaje por mi primer premio Pulitzer. Pulse dos si...».

Heat pulsó la tecla de almohadilla para pasar directamente a dejar el mensaje. Después, esperó lo que le pareció una eternidad hasta que terminara de sonar el primer pitido. Pero cuando llegó el momento y pudo empezar a hablar, se dio cuenta de que ni siquiera sabía qué quería decir. Su mente iba demasiado rápido como para poder formular algo coherente.

—Hola, soy yo —empezó, con la voz inusualmente temblorosa e insegura—. Oye, es importante de verdad. Tienes que llamarme en cuanto oigas esto, ¿vale? Inmediatamente.

Heat se quedó en silencio unos segundos. Aquello no era suficiente. Tenía que transmitirle el peligro que corría.

—Si por algún motivo no te pones en contacto conmigo, ve directamente a la policía de cualquiera que sea la ciudad en la que estés. Diles que necesitas protección porque hay..., hay una amenaza de muerte creíble contra ti. Y si no puedes acudir a la policía, busca al menos a alguien con una pistola que te pueda hacer de guardaespaldas y... Mira, tú llámame, ¿de acuerdo? Te quiero.

Cortó la llamada y se dejó caer sobre la pared. A continuación, se giró y vio que las persianas de su despacho estaban subidas. Toda la brigada podía verla.

Tomó aire con fuerza. Y luego, otra vez. Se miró la blusa, que estaba cuidadosamente planchada y aún bien metida por la cintura de sus pantalones. Levantó el mentón y enderezó la espalda.

Después, abrió la puerta de su despacho y volvió a entrar en la sala.

—Vuelve a poner el vídeo —ordenó.

—Jefa, ¿estás segura de que quieres...? —empezó a decir Raley.

—Pon el puto vídeo, Rales —insistió Heat.

El tiempo se detuvo por un momento. Nikki Heat casi nunca decía tacos y, en la comisaría, todos lo sabían. Lanzó a sus detectives una mirada fría y se dirigió a ellos con un tono de voz alto que reflejaba que había recuperado su determinación.

—No dejemos que el sensacionalismo del vídeo nos distraiga —añadió—. Chicos, se trata de la investigación de un asesinato. Y aquí nos dedicamos a

las investigaciones de asesinatos.

Apuntó hacia la pantalla.

—Ese vídeo es nuestra primera prueba. También es el primer error de los asesinos. Y estoy segura de que han cometido otros. No me importan las direcciones IP imposibles de rastrear. Ese vídeo va dejando todas las migas de pan que necesitamos. Vamos a seguir el rastro hasta dar con esa escoria y, después, los vamos a quitar de en medio. Porque eso es lo que hacemos con los tipos malos en la comisaría Veinte.

—Sí, joder —dijo Feller con una carcajada.

—Daremos con ellos, jefa —replicó Rhymer.

Los Roach y Aguinaldo asintieron.

El vídeo había desestabilizado a Heat. Pero no por mucho tiempo. Había recuperado su paso firme y su equipo se reunió en torno a ella. Y se trataba de un grupo de detectives tan bueno como cualquier otro del Departamento de Policía de Nueva York.

Aquellos lunáticos del ISIS creían que iban a cazar al marido de Nikki Heat.

No, si Nikki daba antes con ellos.

Volvieron a ver el vídeo. Esta vez con «ojos de principiante», como le gustaba decir a Heat.

Aquello servía tanto para pensar como para buscar pruebas. Heat se había dado cuenta hacía tiempo de que los detectives veteranos a menudo se volvían insensibles. Creían que ya lo habían visto todo, confiaban en su experiencia para resolver el delito y pasaban por alto algunos pequeños detalles, cosa que no le ocurría a un principiante nervioso, que se aseguraba de fijarse bien en todo.

Puso en marcha sus mejores ojos de principiante. Observó el lenguaje corporal de la víctima, que no había suplicado por su vida... Demasiado orgullosa. Vio que el hombre del machete había levantado el arma con la mano izquierda, algo poco usual en la cultura árabe, que consideraba que la mano izquierda era impura y obligaba a los niños a utilizar la derecha. Vio cómo los hombres en la imagen miraban todo el tiempo a alguien que no aparecía en ella, probablemente la persona que estaba al mando.

Cuando el vídeo terminó, Heat ordenó a Raley que le diera a la pausa,

congelando la imagen justo antes de que la pantalla quedara en negro. La amenaza contra Rook era ahora una cosa que Heat había colocado en su propia caja. Compartimentarlo todo era a menudo el único modo en que un policía podía seguir haciendo su trabajo y a Nikki Heat se le daba mejor que a nadie.

—Vale. Primero tenemos que identificar a nuestra víctima —dijo—. Sabemos que es periodista, pero en la ciudad de Nueva York hay muchos.

—Demasiados —confirmó Ochoa, que inmediatamente cerró la boca al ver la mirada que le lanzaba Heat.

—Rales, ¿puedes darme una estimación de la altura de la víctima? —preguntó Heat.

—Ya me había adelantado a ti —contestó Raley, a quien por algo conocían como el rey de las cámaras de vigilancia.

Apuntó hacia el techo que salía en el vídeo. Era de paneles de corcho blancos, con huecos para la iluminación fluorescente.

—Los tubos fluorescentes estándar son de un metro veinte de largo. Lo único que hay que hacer es tomar ese dato y utilizarlo para extrapolar la altura de la víctima. Es un poco complicado porque la víctima está arrodillada. Pero teniendo en cuenta la proporción del muslo a la rodilla, mide entre un metro cincuenta y cuatro y uno cincuenta y cinco.

—Buen trabajo —dijo Heat.

Miró al detective Feller, un hombre despabilado nacido en aquella ciudad.

—Pásate por Personas Desaparecidas a ver si ha habido alguna denuncia sobre una mujer blanca menor de cuarenta años y alrededor de un metro cincuenta y cinco. Empieza por los cinco distritos, pero sigue después por los barrios periféricos. No hay muchos que se puedan permitir vivir aquí con un salario de periodista. Busca en Maplewood, Montclair y Poughkeepsie. Sitios así. Descarta a los sin techo, los fugados y los drogadictos y mira si queda alguien.

—Entendido —respondió Feller.

—Opie —continuó ella mirando a Rhymer, que había traído su aspecto de rubio pulcro y su acento de las montañas desde Roanoke, Virginia—. Llama a los principales periódicos y revistas. Habla con los editores jefe y pregúntales si les falta alguien. Puede que alguno no haya aparecido por el trabajo y no conteste al móvil. Pero, por el amor de Dios, no les cuentes nada de lo que está pasando. Da los menos detalles posibles.

—Puedes apostar por ello —contestó Rhymer.

—Oach —continuó ella y Miguel Ochoa, bajito y de fuerte complexión, dio un paso adelante—. Quiero que te pongas en contacto con Cooper McMains, del Cuerpo Especial Antiterrorista. Averigüemos si hay algún grupo extremista de la ciudad que pueda hacer algo así. Es posible que nos estemos enfrentando a una nueva facción. Pero si McMains cree que se trata de uno de los habituales que de repente está intensificando sus acciones, empezaremos por derribar puertas y buscar equipos de vídeo.

—Y machetes —apuntó Ochoa.

—Sí. Y machetes. Rales —dijo a continuación, mirando ahora al irlandés elegantemente vestido que estaba sentado delante del ordenador—. Necesito un escenario del crimen. Tiene que haber algo en ese vídeo que nos ayude a identificar dónde se ha grabado. Quizá haya alguna licencia colgada de la pared. Quizá se pueda ver algún edificio característico por la ventana. Sigue estudiándolo hasta que encuentres algo. Necesitamos un dónde para tener alguna posibilidad de encontrar al quién.

—Sí, señor —contestó Raley.

Inez Aguinaldo, la única detective a la que aún no había asignado una tarea, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro. Heat había reclutado personalmente a aquella antigua miembro de la policía militar del Departamento de Policía de Southampton Village, en la punta de Long Island, porque le había gustado la templanza de esta mujer. Aguinaldo se mostraba siempre cuidadosa y profesional, muy parecida a la comisaria que tenía ahora por jefa.

—Aguinaldo —dijo Heat—. No me he olvidado de ti. Solo me estoy guardando lo mejor para el final. Quiero que busques nuestro calcetín desaparejado.

Cuando Heat utilizaba la expresión «calcetín desaparejado», se refería a esa prueba que no parecía encajar con las demás.

—En este caso, la verdad es que podría tratarse de una prenda distinta. Por eso es por lo que, sin ánimo de ofender a los caballeros presentes, quiero un ojo más refinado en este caso —continuó Heat, que apuntó después a la esquina inferior izquierda de la pantalla—. Rales, ¿puedes ampliar esta zona?

Raley obedeció y aumentó lo que antes solo era un punto vacío del suelo.

—¿Puedes ponérmelo un poco más nítido?

Raley manipuló el teclado y el ratón durante un minuto. Poco a poco, lo

que antes era una mancha borrosa de color brillante en la esquina fue ganando resolución.

—Deja que lo aisle un poco más —dijo Raley—. Y tengo otro filtro más que puedo pasarle.

Con un último clic teatral, Raley hizo que la mancha se enfocara. Se trataba de un exquisito pañuelo de seda que parecía por completo fuera de lugar en el suelo de un escondite secreto yihadista.

—Imprime dos copias de eso —le pidió Heat—. Aguinaldo, quiero que enseñes esto por grandes almacenes y boutiques. A ver si alguien puede decirnos algo más. No me parece un pañuelo muy común. Si tenemos suerte, se tratará de alguna especie de prenda de marca de edición limitada que solo esté en una o dos tiendas y podremos empezar a estrechar el círculo en torno a quien haya podido comprarlo.

—Empieza por Saks —intervino Feller—. Si accedes por la entrada de la Quinta con la 50, los pañuelos están en la segunda planta, junto a la escalera mecánica, justo al lado de la ropa de abrigo de mujer.

Todos los de la sala se quedaron de repente mirando a Feller.

—¿Qué? —preguntó a la defensiva—. Allí tienen cosas bonitas.

—Va a ver a las dependientas de perfumería cuando tiene el día libre —explicó Rhymer.

—Hay que lanzar el anzuelo al agua cuando se sabe dónde hay peces —dijo Feller sonriendo—. Creía que los chicos de campo sabíais esas cosas.

—Bueno, muchachos, no nos despistemos —interrumpió Heat a la vez que volvía a mirar a Aguinaldo—. Si alguna de las tiendas se resiste a darte información de los clientes, házmelo saber y pediremos una orden. Estoy segura de que el juez Simpson hará lo que sea por ayudar en cuanto se entere de que su compañero de póquer preferido tiene problemas.

—Así haré, comisaria.

Heat se acercó a una pizarra en blanco, cogió un rotulador y, donde normalmente colocaban la fotografía de la víctima, dibujó en su lugar un gran signo de interrogación. A continuación, colocó una foto del pañuelo.

El panel del asesinato, donde ella y el resto de detectives irían siguiendo el rastro de las pistas y tratarían de hacer conexiones entre las pruebas que allí colocaran, había sido oficialmente inaugurado.

—De acuerdo, chicos, quiero informes puntuales. —Cuando los detectives empezaron a dispersarse, ella levantó la voz—: Si conseguís alguna pista, no

os la guardéis, por el amor de Dios. No creo que haga falta que os lo recuerde, pero el tiempo corre en nuestra contra.

Tampoco hizo falta recordarles lo que se estaban jugando.

Heat regresó a su despacho, cerró la puerta y volvió a intentar ponerse en contacto con Rook.

Inmediatamente, oyó: «Este es el teléfono personal de Jameson Rook. Pulse uno si...».

Colgó. A continuación, tecleó un mensaje: «¡LLÁMAME! ¡URGENTE!».

El mensaje desapareció en el éter de la telefonía celular. Heat se quedó quieta un segundo, sin saber bien qué hacer a continuación. Miró su mesa, que estaba llena de informes con las estadísticas del CompStat, quejas de detenciones y cacheos, documentos que tenía que firmar...

No, en ese momento no podía enfrentarse a nada de eso. A Heat se le daba bien lo de compartimentar, pero no tanto.

El caso. El vídeo. Su marido. Era lo único en lo que podía pensar.

Necesitaba aclararse las ideas y tomar aire fresco. O, al menos, el mejor aire que Nueva York pudiera ofrecer. Eso la ayudaría a enfrentarse al caso de nuevo. Los terroristas no le habían dejado mucho a lo que agarrarse, pero, aun así, quería asegurarse de que no estaba pasando nada por alto.

Antes de que nadie pudiera llamar a su puerta e interrumpirla con alguna petición extra, se dirigió corriendo al ascensor, el que tenía la mitad del escudo del Departamento de Policía de Nueva York a cada lado. Enseguida había salido a la calle 82.

El vigorizante abrazo de la mañana de octubre estaba allí para recibirla. Un camión de basura de la ciudad de Nueva York avanzaba lentamente por la calle y sus trabajadores iban recogiendo las bolsas de una en una o de dos en dos, dejando tras de sí una estela maloliente. Un vendedor de comida ambulante pasó al lado en dirección a Columbus Avenue, hacia la promesa de un mayor tráfico de peatones. Un roble de la acera, con la mayor parte de sus hojas de color naranja o amarillas, pero otras aún verdes, se agitó con la brisa.

Heat se sentó en los escalones de la comisaría. Un grupo como el ISIS suponía un desafío único incluso para la mejor de las brigadas de detectives, porque, como en el caso de los asesinos en serie que escogen las víctimas al azar, no era posible seguir los habituales pasos de la investigación: ¿había

recibido la víctima alguna amenaza?, ¿había alguien con un móvil para matarla?, ¿existía algún marido celoso, un novio enfadado o un vecino loco...?

Sin embargo, al contrario que con los asesinos en serie, en este caso no había perfil ni patrón, como tampoco manual o experto en comportamiento al que poder consultar. Más allá de la anacrónica interpretación de un texto sagrado de mil quinientos años de antigüedad, no había una explicación concreta para sus actos. Aunque Rhymer o Feller consiguieran identificar a la víctima, la pregunta de por qué estos terroristas habían decidido matar a esta periodista en particular podría no dar más resultados que preguntarse por qué un tiburón había decidido comerse algún pez en particular.

Sin saber siquiera qué estaba haciendo, Heat empezó a caminar en dirección a Columbus Avenue.

Pasó junto a un camión de basura que realizaba su servicio de recogida y, después, junto a un edificio de apartamentos. Había unas obras en lo que prometía ser un nuevo restaurante a la parrilla al final de la manzana. Al otro lado de la calle, que en su mayor parte era residencial, había varios de los típicos edificios de piedra rojiza.

Todo aquello eran cosas que ella había visto mil veces o más durante los años que llevaba en la comisaría Veinye, tantas que ya ni siquiera reparaba en ellas. Podía obligarse a mirar con ojos de principiante mientras estaba con algún caso, pero no cuando caminaba por la calle 82.

Así que no estaba prestando atención alguna a lo que la rodeaba cuando, de repente, vio algo que hizo que se detuviera en seco, algo tan sorprendente que con toda probabilidad era la única visión en todo el mundo que la podía distraer del caso que había pasado a ser el más importante de su vida.

Se trataba de una sin techo, sentada en un banco bajo una marquesina de autobús en la acera de enfrente. Estaba encorvada hacia delante. Llevaba un gorro de lana en la cabeza. Parecía como si llevara puesta toda la ropa que tenía: dos chaquetas y un número infinito de jerséis y camisas debajo. Delante de ella tenía un carrito de compra metálico, probablemente robado de una tienda de comestibles, que contenía todas sus posesiones en este mundo.

No había nada en ella que fuese digno de atención, pero Heat percibió el rostro de la mujer en su totalidad desde una distancia de casi treinta metros. Sus miradas se cruzaron durante quizá medio segundo.

Fue todo lo que Heat necesitó. Los seres humanos son parte del género

homo, clasificación de primates bípedos que carecen de dientes afilados, garras o cualquier otro rasgo anatómico de defensa. En lugar de eso, durante millones de años, la gente se ha servido de la interacción social para su supervivencia, lo que ha dotado al cerebro humano de un equipo especialmente bien sintonizado para reconocer y descifrar las estructuras faciales de los demás, un talento que conservamos a lo largo de toda nuestra vida sin la más mínima práctica ni formación.

Incluso los enfermos de alzhéimer, cuyas mentes están embarulladas por una gruesa placa que les ha privado de los nombres de sus hijos, siguen reconociendo los rostros de sus seres queridos y se iluminan de inmediato, podría decirse que como un acto reflejo, cuando los ven. La capacidad de reconocer los rostros conocidos es así de poderosa y de innata.

Esta es la razón por la que la mente de Nikki Heat no tuvo ninguna duda durante ese medio segundo. Supo exactamente quién era. Lo supo porque aquella cara estaba grabada a fuego en su memoria. Lo supo porque era casi idéntica a la que veía cada vez que se miraba en el espejo.

Aquella persona sin techo que estaba en el banco era su madre.

Una mujer que llevaba diecisiete años muerta.

3

La mujer —a la que muy bien podemos llamar por su nombre: Cynthia Heat — fue la primera en apartar la mirada bajándola hacia su regazo, como si no acabara de ser descubierta.

Al fin y al cabo, antes de ser la madre de Nikki había sido espía. Y lo primero que uno hace cuando cree que le acaban de descubrir es fingir que no ha pasado nada, con la esperanza de que nadie se haya dado cuenta de su error.

Nikki se limitó a quedarse mirándola, demasiado sorprendida como para poder moverse. Su rostro había empalidecido. No era ninguna tontería decir que parecía como si acabara de ver a un fantasma, pues, para Nikki, Cynthia Heat es lo que era.

Había muerto en los brazos de Nikki. ¿No era así?

Su sangre se había extendido por la camisa de Nikki. ¿No era así?

Nikki había visto el cuchillo clavado en la espalda de su madre. ¿No era así?

El camión de la basura retumbó delante de ella, con su motor diésel vomitando de agotamiento y sus frenos neumáticos anunciando su parada con un agudo silbido. El ruido sacó a Nikki de su trance y empezó a correr por la calle 82 en dirección a la parada de autobús.

En cuanto rebasó el camión entró en la calzada, y a punto estuvo de que la atropellara un coche de Uber que iba a toda velocidad. El coche se detuvo con un derrape a apenas unos centímetros de la cadera de Nikki y el conductor empezó a gritar maldiciéndola.

A Nikki no le importó. Ni siquiera se detuvo. Estaba empeñada en llegar a

la parada de autobús.

Ya no podía ver a su madre. Los coches aparcados obstaculizaban su visión del banco.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá!

Dos coches, aparcados en paralelo y tan cerca el uno del otro que sus parachoques se rozaban, impedían el paso a Nikki. No dio la vuelta, sino que se limitó a saltar por encima de ellos utilizando los parachoques como escalón.

Una vez aterrizó en el otro lado, pudo ver con claridad la parada de autobús.

El banco estaba vacío.

Nikki se acercó corriendo. Había un hombre apoyado contra la marquesina con la cara enterrada en el *Ledger* de ese día.

—¿Ha visto a una mujer que acaba de estar aquí sentada? —le preguntó con desesperación.

—Señora, hay ocho millones de personas en esta ciudad y la mitad de ellas son mujeres. Ahora bien, si se pareciera a usted, quizá...

Heat ignoró el resto. Miró hacia el otro lado de la calle 82, pero no había modo de que su madre hubiese recorrido toda la manzana desde el momento en que Nikki la había visto.

Dirigió su atención a Columbus Avenue y salió corriendo a toda velocidad, casi tirando al suelo a un anciano que había sacado al perro para hacer sus necesidades.

—¡Oiga, con cuidado! —le gritó él. Sus palabras rebotaron sobre la espalda de Nikki.

Llegó a Columbus y miró a la izquierda y, después, a la derecha. No era más que una ajetreada avenida neoyorquina de un barrio residencial de la ciudad. No había ninguna mujer sin techo encorvada. Ni ningún carrito de supermercado atiborrado de cosas.

Ni estaba Cynthia.

¿Era posible que se hubiese escabullido? Nikki marcaba el cumpleaños de su madre cada año, un ritual que normalmente terminaba completamente borracha, así que sabía que ella habría cumplido recientemente los sesenta y seis. Habría sido una huida especialmente rápida para una persona que ya estaba bien adentrada en su séptima década, aunque se tratara de una mujer que antiguamente había sido espía.

Nikki volvió a mirar la manzana de un lado a otro. Miró arriba y abajo. Miró con ojos de principiante, con ojos de veterana y con todo lo que hubiese entre medias.

Pero no sirvió de nada.

Su madre, una de las mejores espías que el gobierno de Estados Unidos había tenido nunca el honor de contratar, desapareció tan rápido como había aparecido.

Durante los siguientes veinte minutos, Nikki Heat peinó dos manzanas enteras de Columbus Avenue. Miró en cada rincón posible, en cada rendija y en cada escondite. Después, volvió a mirar.

Y, a pesar de todo el esfuerzo, sus hallazgos fueron tan nulos como la primera vez que miró.

Finalmente, empezó recorrer lentamente el camino de regreso a la Veinte, con el cerebro lleno de pensamientos confusos.

Cuando sus ojos se habían posado en la mujer que estaba sentada en el banco, todas las neuronas y sinapsis dedicadas al almacenamiento de información sobre el rostro de su madre se habían puesto en funcionamiento al instante. En esos primeros nanosegundos, cuando todo eran sensaciones sin pensamiento, Nikki había estado completamente segura de a quién había visto.

Ahora, su mente racional trataba de abrirse paso. Y lanzaba dudas a la ecuación. Su madre, viva... Era imposible, ¿no?

Seguramente había sido tan solo el estrés del momento, la conmoción de la amenaza contra Rook. Un cerebro traumatizado puede gastar todo tipo de bromas. Había rituales religiosos de la cultura nativa americana en los que se bailaba hasta la extenuación dando lugar a alucinaciones. ¿Era este caso una versión de aquello?

O puede que se tratara de algún tipo de regresión hacia la época del dolor, como si estuviese volviendo a la casilla de salida: la negación.

O había sido una extraña forma de sustitución: ahora que Rook, el hombre que se había convertido en el centro de su mundo, estaba corriendo peligro, su psique estaba volviendo a su madre, la mujer que había sido el centro del mundo de Nikki en su infancia.

O...

«¡Sal de tu cabeza, Heat!».

Este pensamiento apareció con una sacudida. Si se dejaba, podía caer en un universo alternativo donde su madre seguía viva y jamás podría salir de él. La obsesión por resolver el asesinato de su madre había agotado todas sus energías en un momento de su vida. No le costaba nada verse a sí misma obsesionándose con esta nueva fantasía.

Y no podía permitírselo. No estando Rook en peligro.

Así que escondió aquella visión de su madre en un lugar muy profundo para enfrentarse a ello en otro momento. O para no hacerlo nunca.

Recuperó el ritmo de sus pasos. Cuando regresó a la sala de la brigada, Ochoa era el único que quedaba allí. Estaba de pie delante de la pantalla plana de televisión que estaba colgada en uno de los rincones.

—Malas noticias, comisaria —dijo.

—¿Más? —preguntó Heat.

Ochoa inclinó la cabeza hacia la televisión, que estaba sin sonido.

—Eso me temo. Parece que han filtrado el vídeo a los medios de comunicación.

Apuntó hacia la banda inferior de la pantalla del canal de noticias local: GRUPO TERRORISTA QUE SE DECLARA VINCULADO AL ISIS DECAPITA A UNA PERIODISTA DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK EN UN VÍDEO DESCARNADO... ¡TOCA ABRIGARSE! EL ALMANAQUE AGRÍCOLA PREDICE UN INVIERNO DE FUERTES NEVADAS PARA EL NORESTE... LAS RESERVAS...

Heat volvió a mirar a Ochoa.

—No lo habrán emitido de verdad, ¿o sí? —preguntó.

—No. Se felicitan por no hacerlo. Pero sabes que va a estar en internet en cualquier momento, si es que no lo está ya.

Heat negó con la cabeza. Sería un horror adicional para la familia de la víctima. No solo habrían perdido a su hija, nieta o sobrina, sino que tendrían disponible eternamente en la web la ejecución para diversión de los perversos, que podían verlo una y otra vez.

También suponía una deriva negativa para su investigación. Una vez que el vídeo estuviese disponible para todos, siempre cabía la posibilidad de que algún lunático deseoso de llamar la atención declarara su autoría. Y al no ser posible ocultar información esencial al público, sería más difícil para sus

detectives averiguar si dicho lunático simplemente los estaba engañando.

—¿No se suponía que debías estar trabajando con McMains en este momento? —preguntó Heat.

—Está en una reunión —contestó Ochoa—. Pero yo soy el siguiente en su orden del día. No te preocupes, jefa. Nos encargaremos... ¡Anda, mira! ¡Piernas Kline!

Ochoa cogió el mando a distancia de la pared, donde estaba pegado con velcro, y subió el volumen. La pantalla mostraba al hombre que se estaba disparando en las encuestas y que amenazaba con cambiar el sistema bipartidista.

—No estarás pensando de verdad en votar a este tipo, ¿no, Oach? De hacer caso a sus ideas habríamos construido un muro para evitar que tu familia viniese aquí.

—No. No tiene ningún problema con nosotros. Quiere tener a mi gente cerca para que podamos cortar el césped. Además, ¿has oído lo de su avión privado? Es un 737 con una cama gigante en su interior. ¿A que es guay? Eso sí que es entrar con estilo en el club del sexo en los aviones.

—¿Y exactamente en qué sentido le capacita eso para ser presidente? —quiso saber Heat.

—No sé. La verdad es que yo voy a votar a Lindsay Gardner. ¡Esa chica tiene un buen trasero!

—Así que ¿vas a votar a una candidata porque te gusta su culo?

—Suenan superficial dicho así. Digamos simplemente que me gusta su política interior.

Heat se limitó a negar con la cabeza.

—Calla, empieza la rueda de prensa —continuó Ochoa—. Si no me sintiera tan atraído por la..., eh..., política interior de Lindsay, quizá votaría a este tío por pura diversión. Es como ver de nuevo la serie de televisión *Los nuevos ricos*.

Heat puso los ojos en blanco. En la pantalla decía ahora: PIERNAS KLINE / CANDIDATO INDEPENDIENTE A LA PRESIDENCIA / EN NUEVA YORK PARA EL MITIN DE UNION SQUARE.

—Dios mío, ¿está aquí? —preguntó Heat.

—Oye, no es problema nuestro. Union Square es cosa de la comisaría Trece.

Heat no pudo evitar prestar atención. Sabía que se suponía que Rook estaba fuera, lejos del candidato, visitando las instalaciones de Industrias Kline. Pero casi esperaba que su agenda hubiese cambiado y que hubiese decidido venir con el candidato, y que hubiese tomado la decisión de tener el teléfono apagado para que no le molestaran las llamadas de su editor.

Quizá pudiera entreverlo. Así, podría llamar a la comisaría Trece y hacer que lo detuvieran por su propia seguridad.

La cámara apuntaba ahora a un hombre alto y fornido que se encorvaba un poco para compensar su tamaño. Michael Gregory Kline había alcanzado su altura de adulto, dos metros, recién llegado al instituto. Decía la leyenda que había intentado entrar en el equipo de fútbol americano, pero que era tan flaco que el entrenador se lo impidió diciendo: «Lo siento, hijo. Eres todo piernas».

Se había quedado con aquel apodo. En otros tiempos, su carácter claramente campechano y poco presidencial podría haber jugado en su contra. Pero ahora suponía un gran atractivo para un aspirante que estaba obteniendo el apoyo de los estadounidenses, cansados de votar a candidatos a los que consideraban elitistas y falsos.

También les gustaba su encanto relajado de Texas y su humildad de chico sencillo de campo. Les gustaban sus anécdotas de cuando trabajaba fumigando desde un avión para pagarse los estudios, aunque apenas cabía en la cabina. Les gustaban sus historias de rodeos, caza y demás actividades intrépidas.

Pero, por otro lado, estaba claro que no era ningún tonto. No había pasado de ser hijo de un buscador de petróleo en apuros a millonario por casualidad. Se había criado en medio de los ciclos de expansión y crisis de la industria petrolera de Texas y había decidido que debía haber algo mejor. Hábilmente, tras muchos años y muchas jornadas de trabajo de dieciocho horas, había construido un imperio en el que el dinero conseguido con el petróleo durante la época más próspera lo invertía en negocios que seguirían dando beneficios cuando las cosas fueran peor.

Hizo crecer su negocio de manera prodigiosa, reinvertiendo casi cada penique que había ganado, quedándose apenas con un salario y continuando con su vida en una pequeña casa de los años veinte de estilo rústico a las afueras de Dallas mucho después de poderse mudar a una casa más grande en un barrio mejor. A menudo, hablaba de su ascenso meteórico y hacía

hincapié en que la sencillez de sus prácticas de gestión podría aplicarse al gobierno.

«No hay que gastar lo que no se tiene», decía constantemente.

O: «Si inviertes en el futuro, descubrirás que te gusta lo que tienes cuando llegues».

También iba muy por delante en asuntos como la sostenibilidad, reconociendo muchos años antes que sus colegas de la industria petrolera que algunas nociones que ahora predicaban los de las organizaciones ambientales, como aprovechar los recursos naturales de forma que no se agotaran o buscar modos de utilizar menos energía y reducir los desechos, no solamente tenían sentido en lo referente al medio ambiente, sino también en el balance final.

Kline había empezado a cobrar importancia entre el público cuando escribió una autobiografía que fue un éxito de ventas y que tenía el título de *Es bueno ser bueno*. Mucho antes de que Google comenzara su filosofía corporativa de «No seas malo», Piernas había promovido valores similares en las Industrias Kline: la idea de que se puede hacer dinero y ser un empresario responsable. Se decía que presionaba mucho a sus gerentes para que logaran beneficios, pero también para que lo hicieran de un modo correcto.

Heat sabía que Rook estaba intentando husmear más a fondo en la historia de ese Piernas Kline salido de la nada. ¿Había en Piernas un lado más calculador y despiadado, un lado que hubiese despreciado a socios empresariales y les hubiese sacado los ojos durante su camino hacia la lista Forbes? ¿Había podredumbre bajo aquel dorado? ¿O acaso Piernas Kline había perfeccionado de verdad el arte de hacer tortillas sin tener que romper los huevos?

—Bueno, hola a todos —dijo Kline a los periodistas congregados a su alrededor, sonriéndoles casi como si estuviese sorprendido de verlos—. No se lo digáis a Lise, pero he pasado la mañana disfrutando de una de las ofertas de peor fama de la ciudad de Nueva York.

Lise era la esposa de Kline. Todos los periodistas que le rodeaban parecieron contener la respiración. ¿Estaba Piernas Kline a punto de confesar que había ido a un club de alterne? ¿A un bar de striptease de los que hay en los alrededores de Times Square?

Después, con la cadencia de un cómico veterano, añadió:

—Los *bagels*.

Todos se rieron.

—He desayunado tres esta mañana. Lise me ha estado dando la murga con mi peso, así que chitón, ¿de acuerdo? Pero, de forma confidencial, os digo que están deliciosos. En Washington D.C. no hay *bagels* como estos, eso os lo aseguro. Una razón más por la que no me fío de Washington.

Hubo más risas. Todas las ruedas de prensa de Piernas Kline eran así: improvisadas, informales, como si se hubiesen preparado en el último momento. Algunos comentarios de infiltrados decían que Kline se desvivía por no parecer demasiado profesional u organizado. También evitaba los podios o cualquier artefacto que le separara visualmente del pueblo. Estas eran las sutiles e ingeniosas ideas que concebían sus asesores de comunicación para que el candidato pareciera más espontáneo.

—Señor Kline, su oponente demócrata, Lindsay Gardner, estuvo aquí la semana pasada —empezó a decir un tipo de pelo esponjado con un micrófono de Channel 3—. Ella dice que usted carece de la experiencia necesaria para ser presidente, pues nunca ha sido representante electo. ¿Qué puede responder a dicha afirmación?

—Bueno, la verdad es que no quiero entrar en la lista negra de Lindsay, la bibliotecaria —respondió Kline con una sonrisa de superioridad—. No estoy seguro de poder permitirme pagar las multas por los retrasos en la devolución de libros.

Otra ronda de risas ahogadas se extendió entre la gente.

—Y su competidor republicano, Caleb Brown, dice que su plan económico va a acarrear impuestos más altos para los estadounidenses de la clase trabajadora —insistió el del pelo esponjoso.

—Pues, para empezar, eso no es verdad —contestó Kline—. Pero debo admitir que me sorprende que el señor Brown haya leído siquiera mi plan económico. Creía que estaba muy ocupado quitándoles las alas a las moscas.

Las risas se intensificaron. Estaría allí toda la semana. Probaría el salmón. Y no se olvidaría de dejar propina a los camareros.

—Señor Kline —intervino una mujer de la CNN antes que el de pelo esponjoso pudiera lanzar otro tiro—. Seguramente ya habrá tenido noticias sobre el espantoso vídeo al estilo de los de ISIS que han publicado esta mañana.

Kline se puso serio al instante.

—Sí, me lo han contado —dijo él—. Aún no lo he visto. No creo que quiera hacerlo. Pero sí que me han hablado de él.

La mujer de la CNN insistió:

—Usted ha dejado clara a lo largo de esta campaña su postura sobre la inmigración procedente de países musulmanes. ¿Le importaría...?

—Espere un momento, joven. Espere —la interrumpió y, después, negó con la cabeza—. Mire, sé que ahora me presento a la presidencia y que la gente espera que me comporte de cierto modo. Y si yo fuera un político normal de Washington, sé que todos esperarían que utilizara algo así para marcarme lo que los especialistas llaman «un tanto político». Porque usted tiene razón. Me preocupa que los estadounidenses estén seguros en medio de este mundo nuestro tan peligroso. Eso me preocupa siempre. Es una de las principales razones por las que he decidido que quería este trabajo.

Tragó saliva con tanta fuerza que su nuez prominente se movió arriba y abajo.

—Pero tengo que decirle que hay momentos en los que marcarse esos puntos políticos, y este no es uno de ellos. Creo que usted ya sabrá que yo no soy un político de Washington. No soy más que un muchacho de Terrell, Texas. Y en Terrell, cuando uno se entera de que una familia ha perdido a un ser querido, se quita el sombrero, inclina la cabeza y reza una oración. Espero que todo el país esté haciendo eso ahora mismo por esta pobre mujer y por su familia.

Como si quisiera enfatizar sus palabras, dejó caer la cabeza hacia abajo. Si lo hubiese hecho cualquier otro candidato, habría parecido teatro político. Pero viniendo de Piernas, parecía auténtico. Era eso lo que le hacía tan irresistible para aquella parte de votantes a la que no le importaba un ápice su falta de experiencia en política exterior o que no supiese explicar cómo un proyecto de ley se convierte en ley.

La cámara se movió en ese momento para enfocar a toda la prensa que se había congregado en torno a Piernas. Todos ellos, incluso el del pelo esponjoso, se habían quedado un momento en solemne silencio.

Heat examinó rápidamente a la multitud de periodistas. Al no ver a Rook, dejó a Ochoa solo delante de la televisión.

Nikki rezaría una oración por la familia de la víctima, sí. Pero en ese momento tenía otras oraciones más apremiantes.

4

No habían pasado ni diez minutos desde el final de la rueda de prensa de Piernas Kline y Heat estaba en su despacho, sentada en una silla que cualquiera diría que estaba llena de pinchos por lo mucho que se removía.

Cuando el teléfono de su mesa sonó por fin, prácticamente se lanzó sobre él, sin molestarse siquiera en mirar en la pantalla quién llamaba.

—Aquí Heat.

Como respuesta, no oyó ningún «Hola», ni «¿Qué tal? Soy fulanito», sino un «Tenemos un problema».

Zach Hamner, el primer ayudante administrativo del director adjunto de asuntos legales de la policía de Nueva York, rara vez se molestaba en formular saludos, cumplidos o presentaciones. Le llamaban el Martillo porque era así como a menudo lo solían utilizar quienes le agarraban del mango. No solo era capaz de hacer que la vida de cualquier comandante de comisaría se volviera insoportable, sino que parecía disfrutar con ello. Heat había oído decir que el Martillo tenía la amabilidad y la compasión de una babosa marina, pero a ella eso le parecía injusto. Para las babosas marinas.

En realidad, Heat no habría conseguido llegar a comisaria si el Martillo no hubiese movido los hilos en la central de la policía. En ese aspecto, él era su mecenas. El único problema estaba en que sus ideas sobre el mecenazgo parecían provenir exclusivamente de Nicolás Maquiavelo.

—¿Qué pasa, Zach?

—No se trata de lo que pasa, sino de lo que no pasa —dijo Hamner con lo que, en él, pretendía ser un intento de chascarrillo hilarante.

Hizo una pausa para escuchar las risas. Al no haberlas, fue al grano con su

declaración preferida:

—Acabo de volver del despacho del director.

—Sí. ¿Y?

—Ha visto el vídeo de la decapitación.

—Vale.

—También ha visto una actuación conmovedora del candidato a la presidencia Piernas Kline. Por casualidad, ¿lo has visto?

—Hasta la parte en que intentaba que los periodistas se pusieran a rezar; después me he ido. ¿Qué me he perdido?

—Tras invocar a Dios y a Jesucristo, ha hecho un llamamiento a un poder inferior como es el Departamento de Policía de Nueva York.

—¿Y?

—Ha dejado el balón en nuestro tejado cuando ha dicho que sería una tragedia aún mayor si los detectives de esta hermosa ciudad no pudieran resolver el crimen.

—Confía en mí, eso...

—No estaba jaleándonos —dijo el Martillo interrumpiendo el intento de Heat por tranquilizarlo—. Estaba poniendo el objetivo sobre nuestras espaldas. Esa rueda de prensa ha salido en las principales cadenas. Toda la ciudad de Nueva York y las zonas adyacentes, también conocidas como los Estados Unidos de América, han visto cómo nos ponía en un aprieto. Debes saber que el director considera este caso la prioridad del departamento.

—Bueno, Zach, te prometo que es...

—No he terminado —volvió a interrumpirla Hamner—. Sabrás que he terminado cuando haya una pausa que indique el final del párrafo. Como esta.

Dejó un segundo de silencio y, después, continuó:

—Mientras tanto, escucha. El director considera este caso como nuestra prioridad, pero no solamente porque el posible futuro comandante en jefe nos acaba de poner en el punto de mira, sino también porque los federales se están arremolinando alrededor de este caso.

—¿Los federales?

—¿He balbuceado? Sí. Los federales. Han dicho que esto es, literalmente, un acto de «terrorismo nacional» y que entra en su jurisdicción. Por ahora, el director les ha dicho que no tienen razón porque se trata tan solo de un asesinato. Y de los asesinatos nos encargamos nosotros. Pero no sé cuánto tiempo va a poder contenerlos. Están amenazando con emprender acciones

legales.

—Bueno, lo tendré en...

—¿He hecho alguna pausa? No. No la he hecho. Porque, una vez más, no había terminado. Y estaba a punto de decir que la otra cuestión que ha llamado la atención del director ha sido la amenaza contra tu novio.

—Marido.

—Lo que sea. El director me ha preguntado si creía que eso podría distraerte o dificultar tu capacidad para dedicarte por entero a este caso. Yo le he dicho que, por el contrario, creo que esto te proporcionaría toda la motivación necesaria para resolverlo. No ha quedado convencido, pero ha dicho que te va a dar una oportunidad. Así que ¿qué tienes hasta ahora? Vamos. Necesito pasar algo al mando superior que demuestre que controlas este asunto.

—Pues hemos calculado que la víctima medía alrededor de un metro cincuenta y cinco —contestó Heat.

—Eso sería una gran noticia si estuviésemos pensando comprarle una toga para su graduación, pero no veo en qué otra cosa nos puede ayudar ese dato. ¿Qué más tienes? ¿Sabemos ya quién es?

—No.

—¿Sabemos dónde la han matado?

—No.

—¿Tenemos algo que pueda parecerse a una pista?

Heat pensó hablarle al Martillo del pañuelo. Pero pudo imaginarlo ya mofándose de ella por haber enviado a una de sus detectives de compras. Había algunas cosas de las que no quería que se hablara en el vestíbulo de la central. Retener un poco la información ante sus superiores le pareció lo más prudente.

—Me tomaré eso como un no —dijo Hamner—. Genial. Me alegra saber que mi fe en ti estaba justificada.

—Zach, acabo de...

—Escucha. Por si aún no lo has adivinado, este no es un caso cualquiera. Es el caso más importante. Eso significa que contamos con recursos. Lo que necesites. ¿Quieres un helicóptero? Hecho. ¿Quieres que un escuadrón de agentes revise las papeleras de Central Park? Hecho. ¿Quieres policías secretos con pinta de patinadores, técnicos que descifren códigos escritos en japonés, órdenes de registro del cajón de la ropa interior del alcalde? Hecho,

hecho y hecho.

»Esa es la buena noticia. La mala es que, según mis cálculos, tienes menos de veinticuatro horas antes de que los federales encuentren cualquier excusa de mierda para quitárnoslo. Así que, si yo fuera tú, me pondría manos a la obra. ¿Está claro?

Heat se tomó un momento para contestar.

—¿Oye? —insistió Hamner—. ¿Está claro?

—¿Has llegado ya al final del párrafo? —preguntó Heat.

—Sí. Ya he llegado. No seas...

—Vale. Yo también.

Y colgó.

El sonido del golpe del teléfono de Heat sobre la mesa seguía reverberando cuando sonó su móvil.

Creyendo que podría ser el Martillo buscando otro modo de hostigarla, estuvo a punto de cogerlo y lanzarlo al otro lado de la habitación. Entonces, vio lo que ponía en la pantalla: «Margaret».

En lo que respecta a suegras, Margaret Rook era desde luego de las menos típicas. No se trataba solo de una suegra de la que una vez Ben Brantley había dicho en el *New York Times* que era «una de las presencias teatrales más magnéticas en la historia de Broadway».

Ahora, a una edad que ella ya no permitía mencionar en los dossiers de prensa, se la consideraba una de las grandes damas de la escena. Solo con su nombre podía llenarse el Gershwin o el Palace. Aunque simplemente hiciera una aparición breve, el público nostálgico recordaba la noche en la que el teatro se vino abajo el oírle cantar «Tits and ass» de *A chorus line*, o su evocadora interpretación de Blanche DuBois en un aclamado montaje de *Un tranvía llamado deseo*.

Utilizaba sus premios Tony como pisapapeles por toda la casa y, a veces, daba órdenes a su hijo como si fuese miembro del personal del teatro. También tenía algo de desvergonzada asaltacunas que pasaba de un joven a otro más joven aún.

Pero, por debajo de toda esa teatralidad y a pesar de todos sus tontos devaneos, había una madre que amaba a su hijo con toda su alma. Durante muchos años, especialmente al principio, los papeles bien remunerados no

aparecieron en su camino; años en los que pasó de giras veraniegas a los teatros más apartados de Broadway solo para conseguir tener un techo sobre sus cabezas. Y a pesar de los hombres que habían ido y venido, lo cierto era que durante la mayor parte de la infancia de Jameson habían estado los dos solos. Aquello había dado lugar a que entre ellos existiese un vínculo especial, aunque a veces complicado.

La relación entre Margaret Rook y Nikki Heat era mucho más sencilla. Margaret reconoció a Nikki como lo mejor que le podría pasar a su hijo y la quería en consonancia.

—Hola, mamá —dijo Nikki dirigiéndose a ella con el nombre que Margaret había insistido en que utilizara desde que habían regresado de Reikiavik. En aquel momento, a Nikki le pareció un gesto encantador, en parte porque hasta esa misma mañana había creído de verdad que había perdido a su propia madre.

—Cariño —respondió Margaret con voz entrecortada—. Acabo de ver el vídeo y no puedo contactar con Jameson por teléfono. Por favor, dime que está delante de ti en este momento.

—Lo siento, mamá. Yo tampoco puedo dar con él.

—Ay, Dios mío, ¿sabes dónde está?

—No. Está fuera de la ciudad, trabajando en un artículo para el *First Press*. Eso es todo lo que sé.

—Pero no creerás... Es decir, no pueden... No lo habrán... secuestrado, ¿verdad? Esos hombres. —Margaret hablaba con un tono que iba ascendiendo rápidamente la escalera hacia el histerismo.

—No sé. Sinceramente, no lo sé.

—Dios mío. Dios mío —repitió—. Creo que voy a hiperventilar.

Aquella fue una de las pocas veces en las que la teatralidad de Margaret Rook fuera del escenario estaba plenamente justificada.

—Sé exactamente cómo te sientes —replicó Heat—. Te habría llamado, pero... Bueno, la verdad es que esperaba que no hubieses visto el vídeo. O, al menos, que no lo vieras hasta que Jameson estuviese de vuelta en casa.

—Me temo que a Jean Philippe se le dan muy bien los ordenadores —dijo Margaret.

Jean Philippe era su nuevo amante, un hombre que estaba mucho más cerca de la edad de su hijo de lo que nadie quería reconocer. Era francés, lo que significaba que tenía un don para la cocina y, aunque nadie quería oír a

Margaret hablar de ello, también en otras estancias más privadas de la casa.

—Nos hemos enterado de la amenaza en las noticias —continuó Margaret—. Y luego Jean Philippe buscó en el ordenador. Y entonces, ay, Dios mío, esa pobre mujer. Y oír después a esos..., esos *hooligans* pronunciar el nombre de mi hijo y pensar en lo que le quieren hacer ha sido... Ha sido el mayor susto de mi vida..., *el mayor susto de mi vida*. Casi me desmayo.

Emitió un gemido que fue de agudo a más grave, como si estuviese ejecutando un arpegio.

—Pero óyeme, venga, yo, yo, yo... ¿Y cómo estás tú, cariño?

—Aguantando el tipo. Tengo que resolver un crimen, ya sabes.

—Claro que lo sé, hija. Claro que lo sé. Y no hay nadie mejor en el mundo para eso que tú. Eso es lo único que me mantiene viva en este momento. Puede que mi hijo no sea el más fuerte, pero mi hija es dura como el acero. Sé que esos hombres no cogerán a Jameson mientras tú estés cerca.

—Gracias, mamá. Lo traeremos a casa sano y salvo. No te preocupes.

Se prometieron que se pondrían en contacto en cuanto supieran algo. A continuación, colgaron.

Heat cogió una foto suya y de Rook durante uno de aquellos maravillosos días en Reikiavik. Habían pasado la mañana paseando por Madrid. Por la tarde, habían alternado entre hacer el amor y dormir. Por la noche, Rook la había llevado corriendo a la ópera. En el Teatro Real representaban *Madama Butterfly*. Después, casi no habían llegado de vuelta al hotel cuando ya estaban de nuevo el uno sobre el otro.

La fotografía la habían tomado justo antes de que el agotado sol se escondiera por debajo del horizonte al oeste, durante lo que los fotógrafos llaman «la hora mágica». Estaban disfrutando de una copa de vino antes del espectáculo en el bar de una azotea. Toda la ciudad se extendía debajo de ellos, como si la hubiesen puesto allí para su deleite. Estaban vestidos para la ópera. Heat llevaba un deslumbrante Vera Wang que le llegaba hasta los pies con un escote bajo y una atrevida apertura a un lado y Rook tenía el pelo alborotado por el viento e iba vestido con un impecable esmoquin blanco que habría hecho que James Bond hiciera trizas todo su armario de puros celos.

Heat levantó el marco de la mesa y pasó un dedo por los labios de Rook, como si al acariciar el cristal estuviese tocándole de verdad. Estaba muy guapo, con su mandíbula cincelada, su fuerte mentón y su sonrisa adorable. Ella nunca se lo había dicho, pues Rook podía llegar a ser un vanidoso

insufrible, pero la primera vez que lo había visto en persona, tras años de admirar su trabajo desde la lejanía, el corazón le había dado un vuelco. Incluso ahora, años después de que se vieran por primera vez, había ocasiones en las que ella le besaba y era tan excitante que le parecía como si todo fuera nuevo.

Respiró hondo y, por un segundo, no consiguió frenar el terrible pensamiento que le asaltaba la cabeza sin parar. ¿Y si de verdad ya le había besado por última vez? ¿Y si en ese preciso momento era él quien tenía la bolsa de arpillera sobre la cabeza y los brazos atados a la espalda mientras esperaba aterrorizado a que esos aspirantes a ISIS tuvieran preparado el equipo de vídeo para poder retransmitir su ejecución? ¿Y si la única otra persona a la que Nikki Heat había querido con toda su alma tenía también un final violento?

Lo único que la consiguió sacar de aquella terrible pesadilla fue un golpe en la puerta. Heat se dio rápidos golpecitos en las comisuras de los ojos, donde ya podía notar cómo empezaban a formarse las lágrimas. Dio las gracias por no ser del tipo de chicas que se maquillan demasiado. No había grumos, rímel corrido ni manchas.

—Adelante —dijo.

El sargento de guardia entró tras abrir la puerta y se quedó junto al marco.

—Hemos recibido una llamada sobre el avistamiento de un cadáver — anunció—. Está en un contenedor detrás de un edificio de la calle 73 Oeste. Hemos enviado a algunos agentes ahora mismo para que acordonen la zona. Saben que no deben tocar nada. Es la chica del vídeo.

—¿Qué te hace pensar que es ella?

—El que llamó ha dicho que ha encontrado un cuerpo. Lo que no ha visto es la cabeza.

5

Heat cogió el primer coche patrulla que tuvo a mano y apretó con fuerza el acelerador cuando salió hacia la calle 73 Oeste con la sirena sonando y las luces encendidas durante todo el trayecto.

Se detuvo delante de una boca de riego dejando sobre el asfalto un poco de goma del coche de la policía de Nueva York y se puso un par de guantes azules de nitrilo mientras salía del vehículo. Después, se paró.

Su ritual. Casi se olvidaba. Era algo que siempre hacía antes de entrar al escenario de un crimen. Era ese momento que se tomaba para concentrarse y mostrar su respeto por la persona que ya no estaba, para recordar que se trataba de una vida que era querida por su familia, sus amigos, sus compañeros, su comunidad.

Así pues, Heat se detuvo, solo por un momento, y se recordó que, aunque estaba desesperada por evitar que hubiese otra víctima, aún seguía debiéndole a la de ese lugar dar todo lo que pudiera de sí misma.

A continuación, volvió al trabajo. Miró el edificio cuya dirección le había facilitado el sargento de guardia en la comisaría. Era de seis plantas, una construcción anterior a la Segunda Guerra Mundial, de fachada de ladrillo beis oscuro que necesitaría una limpieza muy potente para recuperar su original tono beis claro. Tenía en la planta baja un restaurante vietnamita que se llamaba Pho Sure con fachada de madera oscura adherida al ladrillo y con apartamentos por encima.

Ninguna cámara de seguridad. Al menos, ninguna que pudiera ver Heat.

Un agente uniformado estaba con los brazos cruzados delante del estrecho callejón que había junto al restaurante. Heat le saludó con la cabeza a la vez

que se agachaba bajo la cinta que prohibía el paso y, después, se apresuró a avanzar por el callejón.

Cuando llegó a la trasera del edificio, giró a la izquierda y vio a dos agentes más. Uno tenía en la mano un cuaderno pequeño y hablaba con un hombre blanco con el pelo del pecho asomándole por la camisa de pie en la escalera de atrás. El otro agente estaba arrodillado junto a un hombre hispano con un delantal blanco que estaba sentado con la espalda apoyada sobre la pared de ladrillo y la cabeza agachada entre las piernas.

El contenedor estaba pegado a una valla metálica que separaba este edificio del de la calle 72. Nadie parecía querer acercarse.

El policía que estaba arrodillado levantó la vista cuando ella se acercó. Señaló hacia el contenedor.

—Tenga cuidado, comisaria —le dijo—. Este amigo nuestro ha dejado su desayuno allí.

Los ojos de Heat se fijaron en el vómito que se estaba solidificando delante del contenedor. A unos centímetros, una gran bolsa blanca de basura llena hasta arriba yacía en el suelo. Ella siguió su camino hacia el policía que tenía el cuaderno.

—Comisaria, este es Gus Kosmetatos —dijo el agente—. Es el dueño del Pho Sure. Ha sido él quien ha llamado. Ese es su lavaplatos. El que ha descubierto el cadáver. Se llama José. No nos ha dicho su apellido. No habla mucho inglés.

—Es de Guatemala —explicó Kosmetatos, el hombre del pelo en el pecho, con auténtico acento de Brooklyn—. Solo lleva un mes conmigo. Creo que en el lugar de donde viene no confían mucho en los policías. Ni aquí. Ya sabe a qué me refiero. Pero es legal. Lo juro. Yo mismo he visto su permiso de residencia.

Que podía haber sido una falsificación. No es que a Heat le importara. Si un restaurante vietnamita con un propietario grecoestadounidense quería contratar a un inmigrante guatemalteco ilegal como lavaplatos, era algo habitual en una ciudad como Nueva York. Si alguna autoridad quería convertirlo en un problema, serían los federales.

—No nos importa la condición de inmigrante de nadie, señor Kosmetatos —dijo Heat—. Cuénteme qué ha pasado aquí.

—No abrimos hasta las once. Yo estaba en el despacho, terminando unas cosas. José estaba limpiando, preparándolo todo para los cocineros. Llegan

sobre las diez. Supongo que salió a tirar la basura. Ni siquiera estaba prestándole atención cuando, de repente, empieza a gritar como un loco.

»Yo no conozco bien su idioma, pero sí lo suficiente para salir del paso, ya sabe. Últimamente parece que los hispanos son los únicos que están dispuestos a trabajar para mí. Así que José empieza a decir: “Sin cabeza, sin cabeza...”, y yo me pregunto: “¿Qué le pasa a este hombre?”. Salgo y le veo encorvado hacia delante, echando las vísceras, apuntando hacia el contenedor y...

Kosmetatos miró hacia el contenedor y se encogió inconscientemente.

—Trabajé de carnicero en un supermercado cuando era un muchacho. Creo que esa es la única razón por la que no he vomitado también.

—Entonces, ¿se acercó a mirar? —quiso saber Heat.

—Sí. Una cosa asquerosa. Lo oí en la televisión esta mañana, lo que esos hijos de puta del ISIS habían hecho. Pero verlo...

—¿Ha tocado algo? —preguntó Heat.

—No. Solo he mirado. Probablemente no me haya acercado más de tres metros.

»Sé que a los policías no les gusta que se toquen los cadáveres. Veo esa serie de la televisión, la de esa policía guapa y su marido, el tipo que escribe libros. Es muy ingenioso cómo resuelven las cosas. El escritor es muy inteligente.

—No hay que creerse todo lo que sale en la televisión, señor Kosmetatos —dijo Heat.

—Sí, supongo que tiene razón. En fin, la cuestión es que sé que hay que mantener la distancia.

—Gracias. Por casualidad, ¿tienen alguna cámara de seguridad instalada en el edificio?

—No. Lo siento. Al propietario no le gustan. Vive en el edificio y dice que no le gusta tener la sensación de que el Gran Hermano le está vigilando.

—De acuerdo. Gracias, señor Kosmetatos. Vamos a tener que pedirles a usted y al resto de su personal que no salgan aquí durante las siguientes horas mientras recopilamos pruebas. Siento las molestias.

—Cuando sepan lo que hay aquí detrás, dudo que quieran salir.

Heat volvió a darle las gracias y, a continuación, se acercó al lavaplatos y se arrodilló a su lado. Para sorpresa del agente, que había supuesto que tendrían que llamar a un traductor, Heat empezó a hablar en su idioma con

fluidez.

—Buenos días, José. Soy la comisaria Nikki Heat. Pertenezco al Departamento de Policía de Nueva York y lo único que me interesa esta mañana es resolver este asesinato. ¿Entendido?

José levantó el mentón por primera vez desde que Heat había entrado en el callejón. Seguía teniendo la cara pálida.

—Sí, señora —respondió.

—¿Me puede contar qué ha pasado?

José le contó la misma historia que su jefe, con aspecto no solo de que hubiese vomitado todo el desayuno, sino de que no le iba a apetecer tampoco almorzar.

—... Y abrí la puerta del contenedor y ahí estaba —concluyó.

—¿La ha tocado?

—No, señora.

Heat miró hacia el contenedor un momento, pero aún no se acercó.

—José, ¿estuvo usted trabajando también anoche? —preguntó.

—Sí, señora.

—¿Sacó la basura antes de marcharse anoche?

Él se quedó pensando un momento y contestó que sí.

—¿Sobre qué hora?

—Justo antes de que terminara mi turno. Poco antes de las once.

—¿Es posible que el cadáver estuviera en el contenedor cuando la sacó?

Negó vehemente con la cabeza.

—No. Lo habría visto.

—Estaba oscuro. ¿Está seguro?

Ahora asentía.

—Sí. No soy lo suficientemente alto como para echar la bolsa por el lado. Tengo que usar la puerta. Lo habría visto.

—¿Y alguien más ha podido sacar basura después de usted? ¿Quizá alguno de los cocineros?

—No. La dejan para que yo lo haga por la mañana.

Heat supo con eso que el cadáver había tenido que ser dejado en algún momento entre las once de la noche, cuando José se había ido del trabajo, y las nueve de la mañana, cuando llegó para preparar la jornada.

—José, por casualidad, ¿sabe cuándo hace la recogida la empresa de basuras?

—Los martes por la mañana.

Por supuesto. Algo que los asesinos debían saber bien.

Convencida de que José no tendría nada más que añadir a su investigación por el momento, Heat se acercó al contenedor.

La puerta corredera metálica del lateral seguía abierta, tal y como José la había dejado. Heat examinó la zona que quedaba justo por delante, pero no había huellas visibles, ni manchas de sangre, barro o de cualquier otra cosa.

Asomó la cabeza al interior. El cuerpo había sido depositado con los pies por delante, de modo que el muñón del cuello quedaba frente a ella. Heat entendió por qué se había mareado José. A pesar de todos los cadáveres que Nikki Heat había visto en multitud de grados de descomposición, aquel suponía un golpe duro para el estómago. Pudo ver las partes donde el machete había hecho cortes limpios, pero también los tajos donde el atacante había empezado a serrar.

El cuerpo estaba envuelto en una alfombra, por lo que Heat supo cómo lo habían llevado hasta allí. Por debajo, el contenedor estaba lleno hasta un cuarto de su capacidad con bolsas de basura, que componían una especie de cama sobre la que yacían el cuerpo y la alfombra. No había más bolsas encima, lo cual era un golpe de suerte: menos contaminación y más posibilidades de que el equipo de recogida de pruebas pudiera obtener información útil de aquel escenario.

Era obvio que los asesinos esperaban que el cadáver permaneciera sin ser visto dentro de la alfombra durante unas horas hasta que llegara el momento de la recogida y, después, lo llevaran a un vertedero, donde quedaría sepultado para siempre sin ninguna ceremonia.

—Llama a la comisaría y diles que quiero que Benigno DeJesus deje lo que esté haciendo y convierta esto en su máxima prioridad —le ordenó al agente que estaba ahora de pie junto a ella—. No creo que aquí vaya a haber mucho más, pero, si lo hay, Benigno lo encontrará. Y si yo no estoy aquí cuando él llegue, dile que quiero que me envíe las huellas. No sé si nuestra víctima está o no en el sistema, pero puede que tengamos suerte y podamos conseguir una identificación.

—Sí, señora.

—Y dile al sargento que avise a la doctora Parry de lo que le espera. Quiero que esta sea su máxima prioridad.

—Entendido, comisaria.

—Y una cosa más, por si no estoy aquí cuando llegue DeJesus. Cuando saquen el cuerpo, me temo que alguien va a tener que buscar entre el resto del contenedor para ver si está la cabeza.

—Sí, señora —contestó el policía con un estremecimiento.

—Y si no la encontramos en este contenedor, quiero que se mire en todos los de la zona. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Heat miró hacia arriba, hacia las esquinas de los edificios cercanos. Ninguno de ellos tenía cámaras tampoco. Se preguntó si los asesinos sabían que ese callejón y el edificio que tenía delante eran puntos sin vigilancia y si habían elegido aquel contenedor por ese motivo.

Volvió a mirar el callejón, tratando de imaginarse a los asesinos transportando el cuerpo metido en una alfombra enrollada en algún momento de la oscura noche. Después, volvió a levantar la mirada. No había cámaras. Pero había apartamentos. Esperaba que Nueva York, la ciudad que supuestamente nunca duerme, cumpliera con este lema. O, al menos, que aquel vecindario tuviera algunos insomnes.

Sacó su teléfono para llamar al detective Feller. Dio una señal de llamada, dos, y, entonces, Heat se dio cuenta de que estaba oyendo su tono tan característico —*The final countdown*, de Europe— acercándose por el callejón.

—¿Me estás buscando? —preguntó Feller cuando entró en su campo de visión. Rhymer iba dos pasos por detrás de él.

—Desde luego —contestó Heat—. Según el hombre que ha encontrado el cadáver, el contenedor no tenía ningún cuerpo en su interior a las once de la noche de ayer y está claro que ahora sí lo tiene. Quiero que tú y Opie llaméis a las puertas de todos los apartamentos que dan al callejón y a la trasera de este edificio. Puede que alguien oyera o viera a nuestros asesinos sin darse cuenta. Llevaban el cuerpo enrollado en una alfombra. Apuesto que hicieron falta dos personas para transportarlo.

—Tengo una idea mejor —propuso Feller.

—¿Cuál?

—Sabes que hay una mezquita justo en lo alto de la calle, ¿no? —dijo Feller señalando en aquella dirección.

—¿Sí? ¿Y qué?

—¿Qué te parece si pedimos una orden y echamos la puerta abajo?

Apuesto que encontraremos una pareja de miembros de la yihad escondidos con unos machetes grandes bajo la falda.

—¿Y exactamente qué te hace creer que tenemos una causa probable para conseguir una orden de registro? —preguntó Heat exasperada.

—Vamos, comisaria. Ya has oído a esos tipos. Era todo «Alá, Alá» y no sé qué más tonterías. ¿Dónde crees que se están escondiendo?

Heat se apartó del contenedor y se acercó a Feller. No quería que la conversación se oyera más de lo necesario.

—Deja que te pregunte una cosa, Feller. Hay también una iglesia luterana en esta manzana. Si hubiesen dicho «Alabado sea Jesús», ¿querrías ir también a derribarles la puerta?

—Eso es distinto.

—No. No lo es. No quiero convertir esto en una lección de civismo, pero sabes que en Estados Unidos no hay una religión estatal, ¿verdad? Eso significa que los musulmanes tienen los mismos derechos que los luteranos, los judíos, los ateos o cualquier otra creencia que quieras añadir.

—Anda ya. No me vengas con todo eso de lo políticamente correcto.

—No se trata de corrección política, Feller. Se llama ley. Y la ciudad de Nueva York nos ha contratado para hacer que se cumpla, no para crear nuestra propia versión según nuestras inclinaciones y prejuicios. ¿Está claro?

—Sabes que lo han hecho ellos —rebató Feller con un resoplido.

—Yo solo sé lo que las pruebas me dicen, detective —contestó Heat—. Y mientras las pruebas no me señalen esa dirección, no voy a seguirla. Porque, aunque encontráramos a un juez lo suficientemente cargado de prejuicios como para darnos esa orden, otro juez la echaría por tierra después. Y, entonces, cada prueba que hubiésemos conseguido en esa mezquita quedaría descartada antes del juicio. En los juzgados, a eso lo llaman «fruta de un árbol envenenado» y, créeme, sería muy feo que nuestros asesinos se fueran de rositas porque no nos paramos a hacer nuestro trabajo como es debido.

»Y bien —concluyó, lanzándole una mirada fulminante—, ¿vas a hacer ese sondeo? ¿O necesitas dos semanas en el banquillo sin paga para pensar en lo importante que es cumplir las órdenes de tu comisaria?

—Dios mío. Vale, vale —contestó Feller levantando las manos en el aire—. Vamos, Opie. Ya has oído a nuestra ilustre comisaria. Vamos a llamar a esas puertas y a ignorar el hecho de que los asesinos nos ven cómo lo hacemos desde la mezquita que hay al otro lado de la calle mientras se ríen de

nosotros con sus turbantes en la cabeza.

Feller se giró y salió por el callejón. Rhymer miró a Heat con un encogimiento de hombros antes de seguir a su compañero.

Heat los vio marcharse y, después, volvió a recorrer el callejón. Sabía exactamente adónde iba, por supuesto. Heat había trabajado en la comisaría Veinte durante toda su carrera profesional. No necesitaba que Randy Feller ni ningún otro le dijera dónde estaban los lugares de oración.

Sin aminorar el paso, giró a la derecha y recorrió la mitad de la manzana hasta que estuvo delante de un sólido y austero edificio de hormigón con unos escalones de piedra que conducían a la entrada.

A la izquierda de la puerta había un cartel. La mitad estaba escrito en árabe. La otra mitad rezaba: MASJID AL-JANNAH, en letras mayúsculas.

Heat sacó el teléfono y marcó un número.

—Aquí Raley —oyó.

—Hola, Rales. ¿Cómo va la búsqueda del escenario del crimen?

—Nada bien, comisaria. Es como buscar una aguja en un pajar. Y el pajar es de setecientos cincuenta kilómetros cuadrados.

—¿Y si yo te lo hiciera algo más pequeño?

—Probablemente, sería de ayuda.

—No quiero que fuerces nada. Si no sale, no sale. Pero toma nota de esto —dijo Heat antes de leerle la dirección de la Masjid al-Jannah—. Mira a ver si puedes encontrar una correspondencia entre nuestro vídeo y ese lugar.

—Enseguida, comisaria.

Heat volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Una cosa era la aplicación de la ley, para lo cual había que conocer y respetar todos los artículos legales, desde las normativas de la ciudad de Nueva York hasta la misma Constitución de Estados Unidos. Y otra el buen trabajo policial, para el que había que seguir las corazonadas con lógica y encontrar pruebas que las respaldaran.

La comisaria Nikki Heat sabía hacer las dos cosas.

6

Cuando Benigno DeJesus y el resto del equipo de recogida de pruebas llegaron y Heat estuvo segura de que tenían todo lo que necesitaban para hacer su trabajo, se excusó y se marchó de allí.

Aquello iba contra su instinto de detective. Aún estaba en esa fase en la que tenía que recordarse que ya no era detective.

«Delegar». El Martillo siempre se lo estaba diciendo, cada vez que se saltaba una reunión del CompStat (provocando la ira de los oficiales de alto rango del centro) o una reunión con un líder de la comunidad (para enfado de dicho líder) porque quería participar en la investigación. «Ser jefe implica poner a la gente en posición de que hagan su trabajo y dejarles hacerlo».

Así que Heat volvió a montar en su coche patrulla con la intención de regresar a la comisaría. Pero no parecía que el coche quisiera regresar allí.

Casi de forma involuntaria, se descubrió dirigiéndose hacia el sur en vez de hacia el norte. Después hacia el este, atravesando la ciudad.

Sabía exactamente adónde iba, por supuesto. Y exactamente lo que iba a hacer cuando llegara. Aunque no quisiera admitirlo ni pudiera creerlo.

El tráfico de la mañana se había disipado y el embotellamiento del mediodía aún no había empezado a formarse, así que cruzó la ciudad con bastante facilidad. Pasó junto a las Naciones Unidas y, después, siguió las señales hacia el Queens Midtown Tunnel.

Después, pasó por debajo del río East y salió a la autopista 495, que atravesaba el barrio de Brooklyn. Según dirían muchos de los habitantes de Manhattan, había entrado ya en las zonas inexploradas de Nueva York. Pero no se detuvo allí. Siguió avanzando hacia Queens, el interior rural de la

ciudad, donde pronto estaba aparcando en una calle flanqueada por olmos al otro lado del cementerio de Mt. Olivet.

Su primera parada fue el maletero del coche. Por suerte, encontró en él todo lo que necesitaba: un destornillador, que se guardó discretamente en la cinturilla por debajo de la blusa, un par de guantes de nitrilo azules y una bolsa para recoger pruebas que se metió en uno de los diminutos bolsillos de los pantalones.

De por qué unos pantalones de mujer caros y bien confeccionados no podían tener bolsillos grandes era algo de lo que se quejaría en otro momento.

Bien equipada, atravesó con paso firme una reja de hierro negro forjado. Después, subió por un camino de cemento hacia un imponente edificio decimonónico de piedra caliza que se asentaba sobre una pequeña colina.

El crematorio y columbario de Fresh Pond era uno de los más antiguos de su especie en la ciudad de Nueva York. Tenía suelos de mármol pulido, techos altos, ventanas con vidrieras policromadas estilo Tiffany y una solemnidad tranquila y silenciosa en todos sus detalles.

También albergaba los restos de Cynthia Heat.

Nikki esperaba que esos restos la ayudaran a responder a la pregunta que la había estado atormentando desde ese medio segundo que a primera hora de la mañana había hecho tambalearse una de las suposiciones más esenciales de su vida.

¿Su madre estaba muerta o no? No podía tener nada parecido a una vida estable y cuerda hasta que no lo supiera con seguridad.

Apretó un botón que había junto a la puerta principal y esperó a que se abriera el cerrojo. Cuando entró, la recibió una mujer sonriente con unas gafas de montura dorada.

—Es usted Heat, ¿verdad?

—Así es. ¿Martha?

—Sí. Muy bien. ¿Ha venido para visitar a su madre?

—Sí —respondió Nikki.

La mujer podría haber añadido: «Ha pasado mucho tiempo». Pero en el crematorio y columbario de Fresh Pond eran demasiado respetuosos como para hacer semejante comentario.

—¿Recuerda el camino? —preguntó Martha.

—Por supuesto.

—Muy bien. Avíseme si necesita algo.

Heat sonrió levemente —esperaba que justo lo suficiente— y, a continuación, empezó a caminar por el mármol pulido. Sus tacones resonaban al pasar junto a las innumerables placas, dispuestas en filas y columnas perfectamente alineadas. Cada una marcaba el lugar en que descansaban las cenizas de neoyorquinos a los que habían incinerado.

El columbario estaba diseñado con idea de mantener la intimidad. Había recovecos, giros, rincones y huecos, elementos arquitectónicos que garantizaban que las familias dolientes pudieran estar más o menos en soledad con los restos de sus seres queridos cuando quisieran visitarlos.

No había sido diseñado necesariamente para lo que Nikki estaba a punto de hacer. Pero le serviría igualmente.

Cuando llegó al pequeño hueco donde habían guardado las cenizas de su madre, dedicó un breve momento a mirar a uno y otro lado del pasillo donde se encontraba. Durante los fines de semana y las vacaciones solía haber otros dolientes. Pero un martes de octubre por la mañana tenía todo el lugar para ella sola.

Se acercó y vio la placa de su madre, una elegante pieza de bronce en la que decía:

CYNTHIA TROPE HEAT
NACIDA EL 5 DE ENERO DE 1950
FALLECIDA EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1999
MADRE CARIÑOSA, MÚSICO Y PATRIOTA
«... QUE TODO AQUEL QUE CREE NO SE PIERDA,
SINO QUE TENGA UNA VIDA ETERNA».

Hacía mucho tiempo que Nikki había notado que las palabras «en Él», que aparecían en cualquier otra de las traducciones del evangelio de san Juan 3:16 que ella había visto, habían sido eliminadas. Nikki lo había achacado a que era un último golpe de Cynthia Heat contra el patriarcado. Pero ¿acaso su madre, que había dejado en el testamento unas instrucciones muy explícitas, incluido el texto del epitafio, estaba tratando de decirle algo a su hija?

¿O Nikki Heat no tenía razón alguna para estar a punto de profanar el lugar definitivo de descanso de su madre?

—Lo siento, mamá —murmuró.

A continuación, se sacó el destornillador de debajo de la blusa y se puso manos a la obra.

Sabía que podría haber pedido al personal que le abriera el pequeño nicho. Pero no quería que nadie del crematorio y columbario de Fresh Pond supiera lo que se disponía a hacer. Era más que probable que tuviera todo el derecho a hacer lo que iba a hacer. Cynthia Heat era su madre. Nikki era su familiar más cercano. Aquellas cenizas le pertenecían.

Pero no quería que ningún posible trámite burocrático la entorpeciera. Ni tampoco quería tener que responder a ninguna pregunta.

Mientras sacaba el primer tornillo y, después, el segundo, no pudo evitar recordar aquel 24 de noviembre de 1999, el día en que el curso de su vida cambió de forma irrevocable.

Estaba en su segundo año de universidad en el noreste y había ido a casa por la fiesta de Acción de Gracias. Ella y su madre estaban preparando pasteles en el apartamento de Gramercy Park que había sido la casa de Nikki desde que sus padres la habían traído desde el hospital. La receta necesitaba canela recién molida, no de la que ya vendían molida, así que Nikki había ido a la tienda de Morton Williams en su misma manzana para comprar canela en rama.

Estaba en el pasillo de las especias cuando su madre la llamó, razón por la que Nikki llegó a oír el sonido desgarrador de cómo la atacaban. Incluso oyó la voz del asaltante, al que más tarde identificó como Tyler Wynn. Era el contacto que su madre tenía en la CIA, que había contratado a Cynthia como profesora de piano y agente encubierta como parte de lo que él llamaba su «red de niñeras», un grupo de empleadas domésticas que espiaban a las familias ricas para las que trabajaban. Había tenido un éxito increíble durante los años setenta y ochenta. Sin embargo, en 1999, Tyler Wynn se había convertido en un traidor que trabajaba para otros gobiernos y mató a Cynthia antes de que ella lo destapara.

Nikki no sabía nada de eso en aquella época, por supuesto. Lo único que supo fue que había alguien que estaba atacando a su madre. Nikki fue corriendo a casa. Cuando llegó, encontró a su madre desplomada en el suelo de la cocina.

Un cuchillo —su propio cuchillo de cocina, un cuchillo muy real— sobresalía de la espalda de Cynthia Heat.

La sangre —su propia sangre, también muy real— se había derramado por el suelo.

Nikki acunó a su madre en sus brazos y notó cómo el cuerpo se enfriaba. La vida iba desapareciendo de ella rápidamente. Cynthia Heat estaba ya inconsciente. Su respiración se volvió lenta y dificultosa.

Y después se detuvo. ¿No fue así?

Lo mismo que su pulso. Nikki había agarrado las muñecas de su madre con las manos y no había sentido nada.

Nikki se daba cuenta ahora de que nunca había llegado a ver de verdad la herida que el cuchillo había provocado. Solamente había visto el agujero en el jersey de Cynthia Heat. No se le había ocurrido a Nikki que importara haber visto o no el agujero que el cuchillo había hecho a su madre, lo mismo que tampoco se le había ocurrido hasta esa mañana que lo que ella había presenciado hacía tantos años podría haber sido un montaje.

A partir de ahí, todo había pasado muy rápido. Llegaron una ambulancia y, después, una mujer policía. Aún podía verlos convenciéndola para que se apartara del cadáver, diciéndole que tenía que soltarla. Después, se llevaron a su madre.

La siguiente ocasión en la que Nikki Heat vio a su madre fue después de la incineración. A Nikki le entregaron las cenizas de su madre en una urna, la que estaba a punto de sacar de la pared. Dos tornillos fuera. Quedaban otros dos.

Nikki mantenía la mirada fija en la placa mientras seguía. El 24 de noviembre de 1999 no fue solamente el día más trágico de su vida. También supuso una línea divisoria para ella. El antes y el después de su biografía personal.

Antes de esa fecha, había tenido una infancia y una adolescencia más o menos normales. Sí, sus padres se habían divorciado cuando ella era pequeña. Y sí, su madre, que era profesora de piano, se mostraba en ocasiones voluble, desapareciendo sin apenas dar explicaciones o ninguna en absoluto y, después, volviendo a aparecer sin aclarar dónde había estado. Pero habían sido felices cuando estaban juntas. Y Nikki, la heredera de unos cuantos talentos de Cynthia Heat, por no mencionar su impresionante físico, había sido una prometedora estudiante de teatro cuyo talento y carisma presagiaban un potencial ilimitado para el escenario y delante de la cámara.

Después de esa fecha, todo cambió. Su vida se volvió confusa y oscura,

teñida de una tristeza que nunca parecía abandonarla del todo. Incluso cuando realizaba alguna actividad que la hacía feliz de una forma superficial, como cuando disfrutaba del ejercicio, tomaba una copa de vino o se reía con sus amigos, había una parte de su cerebro en la que palpitaba la melancolía. Era como si la pena fuese una piel que no pudiera mudar. Dejó sus estudios de teatro y empezó a estudiar justicia penal. Nunca más volvió a un escenario. Se obsesionó con resolver crímenes. Primero el de su madre y después el de otras personas. Se convirtió en policía. Conoció a un periodista encantador y travieso llamado Jameson Rook y ascendió a comisaria.

Todo debido a aquel 24 de noviembre de 1999.

Estaba sacando el último tornillo, que por fin salió. Con cuidado, en silencio, retiró la placa de la pared y se abrió un pequeño compartimento.

La urna estaba dentro. Era la misma urna que recordaba de diecisiete años atrás, después de la ceremonia que habían celebrado por Cynthia. La misma Nikki había colocado la urna en el cubículo. Por lo que ella sabía, nadie la había tocado desde entonces.

Ahora la iba a sacar. La agarró con fuerza, con las dos manos. Una vez fuera, la acunó en sus brazos un momento más.

Nikki bajó los ojos hacia la urna, aún sin creerse lo que estaba haciendo.

A continuación, asió la tapa de la urna. Tenía un fuerte precinto, un anillo de plástico que la mantenía sujeta al borde. Tiró de él adelante y atrás hasta que el precinto se rompió.

A la vez que un aire que no se había movido en diecisiete años salía por el agujero, Heat miró el interior. Se había preguntado si el recipiente estaría vacío. Por mucho que quisiera que su madre estuviese viva, sentía un extraño temor por lo que pudiera ver.

Pero no. Definitivamente, había cenizas en su interior.

La cuestión era: ¿de quién?

¿Era ese montón de rescoldos grises lo único que quedaba de Cynthia Heat? ¿O era... qué? ¿De otra persona? ¿Los restos sobrantes de una pira funeraria vacía? ¿Desechos del suelo del crematorio?

Nikki dejó con cuidado la urna en el suelo. A continuación, se puso los guantes de goma. Abrió la bolsa de recogida de pruebas e introdujo la mano en la urna. Un pequeño puñado sería suficiente. Más que suficiente.

—Recuerda que eres polvo —susurró—. Y al polvo regresarás.

Cerró la bolsa y, después, devolvió la urna a su sitio. Tras volver a poner la

placa en la pared, salió en silencio del crematorio y columbario de Fresh Pond.

La bolsa que tenía en el bolsillo no tenía más que unos cuantos gramos de materia en su interior.

Pero le parecía como si pesara una tonelada.

Heat probó a llamar al teléfono de Rook varias veces más mientras regresaba de cumplir su morbosa misión en Queens y, cada una de ellas, recibió la misma y angustiosa falta de respuesta: directamente el buzón de voz.

En un intento fallido por no inquietarse, trató de pensar en todos los motivos inofensivos por los que quizá no contestaba. Se había quedado sin batería. Se le había caído el teléfono. Estaba en lo más profundo de una de las minas de Industrias Kline.

Todos esos motivos eran posibles. Ninguno la tranquilizaba lo más mínimo.

Mientras se aproximaba a la comisaría, se esforzó en volver a guardar su inquietud en una caja para poder concentrarse en lo que tenía que hacer a continuación: una visita a la sala 23B.

En condiciones normales, habría sido algo de lo que habría disfrutado o, al menos, no lo habría temido. Lo cual requiere una explicación.

Para la mayoría de los neoyorquinos, una visita a la sala 23B de la comisaría Veinte significaba que sus vidas habían llegado a uno de estos dos desafortunados finales: uno solitario, en el caso de una muerte sin asistencia, o uno violento, en el caso de un asesinato.

En ambas opciones, en ausencia de restricciones religiosas, la ley obliga a hacer autopsia. Y para todos los ciudadanos cuyos cadáveres aparecían al norte de la calle 59, al sur de la 86, al oeste de Central Park y al este del río Hudson, esas autopsias se realizaban en la sala 23B. Eso la convertía en un lugar en el que la mayor parte de la gente no querría terminar.

Nikki tenía una sensación distinta al respecto, principalmente debido a la mujer que ejercía allí su profesión.

La médica forense Lauren Parry era la mejor amiga de Heat, la dama de honor de su boda y una de las pocas personas a las que Nikki permitía mirar por encima de los muros que erigía para aislarse de la mayor parte del resto del mundo.

Eso era lo que hacía que aquella visita a la sala 23B resultase complicada. Heat siempre hablaba con su amiga sin tapujos. Esta vez, debido a lo que llevaba en el bolsillo, iba a tener que hacerlo de forma más esquiva.

Heat encontró a Parry lavándose las manos, lo que quería decir que o bien estaba terminando una autopsia o estaba a punto de empezarla.

—Hola. Justo iba a llamarte —dijo Parry.

—Ah, ¿sí?

—Me dijiste que la mujer sin identificar era de máxima prioridad, ¿no?

—Desde luego —contestó Heat, contenta de poder fingir que ese era el motivo por el que había ido a la 23B—. La verdad es que esperaba que no siguiera sin identificar.

—No ha habido esa suerte. Hemos cotejado sus huellas y no hemos conseguido resultados. Siento decir que nuestra desconocida es una buena chica que nunca se ha metido en problemas con la policía. Vamos a analizar también su ADN, pero, por supuesto, eso va a tardar más y no soy muy optimista después de haber desechado ya sus huellas.

—De acuerdo. ¿Qué me puedes contar?

Parry se secó las manos con una toalla de papel.

—Si te soy sincera, no mucho. Se trataba de una mujer blanca, sana, de treinta y pocos años. No estaba embarazada ni lo había estado nunca. Le habían operado la rodilla izquierda hace diez años, más o menos, pero fue una cirugía artroscópica y siento decir que no necesitó de ningún artilugio médico permanente que nos permita jugar al Cluedo. No era adicta a ninguna droga. No tenía tatuajes. Hacía ejercicio con regularidad. Utilizaba hilo dental de forma concienzuda.

—Toda una juerguista —observó Heat.

—Sí. Si la metiéramos en una web de contactos, lo único que habría que añadir para que su perfil fuera el más aburrido del mundo sería que le gusta dar largos paseos por la playa y ver comedias románticas.

—Háblame de su último día —dijo Heat—. ¿Tienes alguna idea de la hora

de la muerte?

—Pues no hay indicios de rigor, así que llevaba muerta, al menos, cuarenta y ocho horas cuando la hemos traído.

—¿Cuarenta y ocho horas? —repitió Heat.

—La lividez era un poco engañosa. Perdió mucha sangre después de que le cortaran la cabeza. El corazón deja de latir cuando no recibe mensajes del cerebro, pero en este caso tardó un poco por las dificultades que tuvo ese psicópata al cortársela. Además, incluso después de que el corazón se pare, ha aumentado mucho la presión de la sangre. La arteria carótida es como una autopista llena de coches en la hora punta. Aunque los coches dejen de incorporarse por las rampas de entrada, sigue quedando bastante tráfico en la carretera. Continúa avanzando a borbotones durante, al menos, treinta segundos. ¿Habéis encontrado ya el lugar del crimen?

—No.

—Pues cuando lo hagáis vais a encontraros una mancha de sangre bastante grande, porque a este cadáver no le quedaba mucho fluido dentro. El mejor método para determinar la hora de la muerte de nuestra desconocida era la autólisis de las células, también conocida como muerte celular, que por lo que he podido ver ocurrió en una fase muy temprana. Entre eso y el hecho de que la decoloración de la piel no había hecho más que empezar, calculo que llevaba muerta aproximadamente cincuenta y cuatro horas cuando la trajeron aquí, pero debería añadirle, al menos, un margen de error de cuatro horas a cada lado.

—¿Cincuenta y cuatro horas? Pero eso es...

—En algún momento de la madrugada del domingo. Siendo muy cautelosa, yo diría que fue entre la media noche y las ocho de la mañana.

Heat se quedó inmóvil, con el labio inferior atrapado entre los dientes. Como detective, había aprendido que establecer una cronología era fundamental en cualquier investigación.

Esta cronología tenía, sin duda, una laguna.

—Entonces..., espera un segundo. A ella la matan en algún momento de la madrugada del domingo —dijo al fin—. Pero, según el lavaplatos al que hemos entrevistado, no había ningún cadáver en el contenedor el lunes por la noche y, desde luego, sí que lo había el martes por la mañana. Así que ¿dónde estuvo desde el domingo por la mañana hasta el martes por la mañana?

—Ni idea. Para que resolváis eso es para lo que contratan a las detectives sofisticadas como tú —respondió Parry.

—Es posible que los asesinos estuviesen simplemente esperando el día de recogida de basuras —caviló en voz alta Heat, aunque eso quedaba fuera del ámbito de la investigación de Parry.

—Lo único que puedo decirte es que probablemente la tuvieron enrollada en la alfombra todo el tiempo. Estaba muy pegada a ella.

—Por favor, dime que era una alfombra persa exclusiva hecha a mano.

Parry negó con la cabeza.

—Lo siento. Era una DuPont Stainmaster.

—¿Tienes algo bueno que contarme?

—Depende. ¿Tienes buena nariz?

—Bastante buena, creo.

Parry se acercó a su mesa de trabajo. Cogió un pequeño bote de plástico con un trozo de tela vaquera en su interior. Después, se acercó a Heat y quitó la tapa en el último momento.

—Huele esto. ¿Te suena a algo?

Heat olisqueó.

—Sí. ¿Por qué de repente siento como si estuviera en un campamento?

—Porque hueles a queroseno. O, al menos, eso es lo que creo hasta que obtenga los resultados que lo confirmen. Su ropa apestaba a esto.

Parry volvió a colocar la tapa a la muestra.

—El ISIS ha quemado vivos a algunos de sus prisioneros —dijo Heat—. ¿Crees que ese era su plan para nuestra víctima, pero que después optaron por cortarle la cabeza?

—Esa es una posibilidad. Aunque se complicaron mucho las cosas a sí mismos si ese era su plan. El queroseno no prende con la misma facilidad que la gasolina.

—Entonces, ¿iban a quemar el cuerpo pero no pudieron encenderlo?

—No he encontrado ninguna marca en su ropa ni en el cuerpo que indique que le acercaran ninguna cerilla —explicó Parry.

—¿Qué?

—Y hay otra cosa que me resulta curiosa.

—No me ocultes nada, Laur.

—No lo hago. Solo que no sé todavía de qué se trata.

Heat inclinó la cabeza a un lado mientras Parry continuaba:

—Es sobre los zapatos de la víctima. Llevaba botas de senderismo. Las suelas tienen polvo y suciedad viejos, pero había también un polvo blanquecino que... En fin, no sé qué es.

—¿Un polvo blanquecino? ¿Como cocaína o heroína?

—Podría ser. No había mucho y estaba mezclado con otro tipo de suciedad. Los técnicos del laboratorio van a tener que buscar un modo de aislarlo antes de que podamos siquiera empezar a determinar qué es.

—De acuerdo. Manténme al tanto.

—Cuenta con ello, comisaria.

Heat fingió que se giraba como si fuera a marcharse, como si lo que iba a pasar después fuera que se estaba acordando de algo que casi había olvidado. Parry ya se había sentado en su banqueta del laboratorio. Había fijado su atención en una tableta en la que estaba introduciendo información sobre la autopsia.

—¡Ah! Oye, Laur, una cosa más —dijo Heat.

Parry levantó los ojos de su tableta sin hablar.

Heat sacó la bolsa de pruebas de su pequeño bolsillo y la balanceó brevemente para, después, lanzarla como si tal cosa sobre la mesa.

—¿Te importaría comprobar esto?

Parry lo examinó desde su asiento. La forense había visto cuerpos humanos en casi todos los estados posibles de desintegración, incluido cuando habían sido reducidos a cenizas. Ahora era ella la que arrugaba la frente.

—¿Son... restos de una cremación? —preguntó la forense.

—Sí —contestó Heat tratando de mantener un tono despreocupado.

—¿De quién?

—No sé. Eso es parte del misterio.

Parry negaba con la cabeza.

—Los enlaces covalentes del ADN empiezan a romperse a unos cuatrocientos grados. La mayoría de las cremaciones van de los ochocientos a los dos mil. Si lo quemaron tanto tiempo como se supone que deben hacerlo, no voy a poder decirte quién es.

—Ya lo sé. Pero creía que los huesos seguían contando cosas incluso después de que el ADN se quede en silencio.

—Así es. A veces —contestó Parry.

—Vale. Pues dime lo que puedas sobre esta persona.

—¿Es para el caso del ISIS?

—No. Otra cosa.

—¿Cuál es el número del caso?

Heat trató de esquivar la cuestión con una pregunta:

—¿Puedes hacerlo de forma privada? Lo cierto es... que no se trata de una investigación oficial todavía. Digamos que podría llegar a serlo en función de lo que encuentres.

Pero no consiguió esquivarla con facilidad. Parry dedicó un largo momento a observar a su amiga. Al igual que la comisaría Veinte había sido el primer destino de Heat tras su graduación en la Academia de Policía, también había sido el primer trabajo de Parry después de terminar sus turnos como forense. Desde entonces, había existido entre las dos mujeres un intercambio de favores tan fluido que sinceramente habían perdido la cuenta de quién le debía algo a la otra. Probablemente, Heat habría dicho que estaba en deuda con Parry. Pero Parry habría afirmado lo mismo.

No obstante, incluso dentro de los límites de este tipo de relación, esta era una petición inusual. Iba de forma explícita en contra de la política del departamento. Podría provocar que suspendieran a Parry o incluso que la despidieran. Y, sí, Parry podría jugar con los números de los casos de tal forma que ni siquiera la más rigurosa auditoría lo descubriría, pero...

Como poco, planteaba muchas preguntas que Heat no estaba preparada para responder.

«Pues sí, una cosa de lo más curiosa. Iba yo caminando hoy por la calle y por casualidad veo a mi madre muerta vestida como una vagabunda...».

Heat estaba conteniendo la respiración. Pudo ver cómo los ojos de Parry examinaban los suyos en un intento por intuir qué podría haber detrás de aquella petición. En el rostro de Parry había verdadero asombro. Y para Heat, sus pensamientos siempre eran fáciles de interpretar.

«¿Qué es lo que no me está contando Nikki? ¿Por qué me está pidiendo esto? ¿Qué está pasando?».

Y entonces, de repente, Parry devolvió su atención a la tableta.

—Sí, no hay problema —dijo.

—Gracias —contestó Heat.

Fue entonces cuando dejó de contener la respiración.

Mientras regresaba a la sala de la brigada, Heat se perdió en sus pensamientos. Pensaba en su madre. En el caso del ISIS. En dónde podría estar su marido y si, en ese momento, estaría ya empapado en queroseno, cualquiera que fuera el motivo por el que los asesinos hacían eso, y abocado a un terrible final.

Estaba tan distraída que no reparó en el hombre que había comenzado a andar detrás de ella.

Ni tampoco fue consciente de la mirada lasciva que había en su rostro.

Ni de cuándo sus manos empezaron a tocarle las nalgas.

—Perdone, señorita —gruñó con una voz libidinosa—. Pero tiene usted un culo extraordinario. ¿Le importa que lo acaricie?

Heat se giró y vio el rostro enormemente atractivo de Jameson Rook, que la miraba de manera provocativa.

—¡Rook! ¡Gracias a Dios! —exclamó ahogando un grito.

Saltó de inmediato a los brazos de Rook y apretó su cuerpo contra ella rodeándolo con los dos brazos. Lo abordó con tanta fuerza que hizo que Rook se tambaleara, pero Heat no lo soltó. Si acaso, lo apretó más aún, sin importarle si lo dejaba sin respiración. Enterró la cara en el cuello de él, agradecida de poder sentirle, olerle, oírle y verle. Lo de saborearle vendría después.

—Vaya, esto sí que es un buen recibimiento —dijo Rook—. Debería irme más a menudo.

Entonces, ella lo soltó, dio un paso atrás y le dio una bofetada en la cara.

—O quizá debería limitarme a quedarme en casa —rectificó Rook.

El periodista se frotó la mandíbula.

—¿Ha sido por lo del culo? ¿Demasiado grosero? Que conste que iba a decir «bonitas nalgas», pero he pensado que eso...

—¿Tienes idea de lo preocupada que estaba por ti? —preguntó Heat—. ¿Alguna vez miras tu teléfono?

—Hemos estado toda la mañana volando —contestó Rook a la vez que sacaba de su bolsillo el teléfono con la pantalla aún apagada—. Ah. He debido olvidarme de volver a encenderlo. Estábamos teniendo una conversación muy intensa.

—¿Que te has olvidado? ¿Y con quién estabas?

Heat vio entonces que Rook iba seguido de una rubia a la que incluso las esculturas habrían definido como escultural. Era de, al menos, un metro ochenta de alto, con unas piernas que, al parecer, no tenían fin. Su vestido evasé apenas le bajaba poco más de lo que se consideraría escandaloso y el corpiño sin mangas dejaba a la vista unos brazos con perfecta forma de gimnasio. Por encima de aquel magnífico despliegue de formas femeninas, había una sonrisa de dientes perfectos enmarcados en uno de esos rostros completamente simétricos a los que Bert Parks dedicaba sus canciones.

El detective Ochoa se había levantado de su asiento, donde supuestamente estaba revisando perfiles de grupos musulmanes extremistas vinculados a la ciudad de Nueva York, con una sonrisa zalamera en su rostro.

—Ah, perdonad —dijo Rook—. Nikki, Miguel, me gustaría presentaros a la secretaria de prensa de Piernas Kline, Lana Kline.

—Hola, señorita Kline —dijo Ochoa extendiendo una mano—. Yo soy el detective Miguel Ochoa, jefe de la brigada de detectives de la comisaría Veinte...

—Jefe adjunto —interrumpió el detective Raley asomando por detrás de la pantalla de su ordenador.

—... Y quiero que sepa que, si necesita algo durante su visita a nuestra bonita ciudad, simplemente pídamelo. El Departamento de Policía de Nueva York está para proteger y servir.

Lana no hizo caso a Ochoa y miró sonriente a Heat.

—Comisaria Nikki Heat —susurró con un suave acento de Texas—. ¡Es como si ya te conociera! Sé que es una tontería, pero he leído todos los artículos de Jamie sobre ti al menos tres veces. Y, como sabes, Jamie escribe tan bien y tiene tal don para capturar la verdadera esencia de una persona que

ya me siento muy cercana a ti. Nunca he tenido una hermana, así que no sé cómo es. Pero siento como si fueses la hermana que yo habría tenido. Perdona, ¿puedo darte un abrazo?

Antes de que Heat pudiera responder, Lana se acercó a ella para abrazarla. Un abrazo de esos en los que el maquillaje no se corre, el pelo no se despeina y no hay ningún tipo de intercambio de calor humano.

—Lo único que no entiendo es cómo has podido resistirte tanto tiempo a casarte con un hombre tan increíble —continuó Lana dándole una palmada juguetona a Rook en el pecho y dejando posada la mano sobre su músculo pectoral, de tal modo que lo que podía haber sido una muestra de amistad pasó a algo más íntimo—. Tiene un talento sobresaliente y, encima, es delicioso... De haber sido yo, probablemente le habría llevado a una joyería en la tercera cita y le habría retenido allí hasta que me pidiera matrimonio.

Sus ojos tenían un brillo cuya luminosidad hacía juego con el de sus labios.

—Total, que le he insistido a Jamie para que me trajera aquí para poder conocerte en persona —continuó—. No sabes lo emocionante que es esto para mí. Papá y yo sentimos un profundo respeto por las fuerzas del orden. Sois los héroes cotidianos de nuestra sociedad y el gobierno de mi padre hará lo que sea para poder honrar vuestra valentía y sacrificio. Creemos que el Día de los Cuerpos de Seguridad debería ser fiesta nacional.

Dijo aquello con tal sinceridad que Heat llegó a pensar que su próxima declaración sería la de su amor eterno por la defensa de los animales y la paz mundial.

—Perdona, pero... ¿tú eres la secretaria de prensa de Piernas Kline? —preguntó Heat.

—Bueno, eso y su hija. Sé que no debería hablar demasiado de ello. Profesionalmente, debería limitarme más al título oficial. Pero con Jamie parece que todo se da la vuelta. Se le da muy bien romper las barreras entre periodista y entrevistado. Es como si me olvidara de que tiene un bolígrafo en la mano. Con él todo se vuelve agradable y personal.

Heat estaba conteniendo el deseo de dejar que sus puños le mostraran a la cara de Lana lo que era agradable y personal. Había hecho las paces con el hecho de que las antiguas parejas de Rook entraran y salieran de su vida, ya fuera la agente de seguridad del Departamento de Interior, Yardley Bell, o la reportera jefe del *New York Ledger*, Tam Svejda.

Ver a una nueva competidora por el afecto de él era algo completamente

distinto. Al menos, Heat sabía lo que estaría viendo la próxima vez que entrenara con el saco de boxeo en el gimnasio.

Rook tenía una sonrisa bobalicona en su expresión. Quizá se debiera a lo contenta que estaba de verle, pero Heat solo se sentía un poco molesta por que él pareciera estar comiendo de la mano de Lana. Al fin y al cabo, Rook era prisionero de su género. Los hombres son inevitablemente susceptibles a los halagos e incapaces por naturaleza de detectar cuándo son falsos.

—Uy, perdonad, qué maleducado soy —dijo Rook. A continuación, señaló con la mano a dos hombres altos y jóvenes vestidos con trajes oscuros casi idénticos y el pelo peinado de manera idéntica hacia un lado. Parecía como si estuvieran a tan solo unos días de su última reunión en la universidad de la FBA: los Futuros Borregos de América.

Los dos eran claros perritos falderos de Lana. Pero no de una forma sexual. Más bien de una forma «puede que su padre nos convierta en ayudantes del subsecretario del embajador de Perú». Para Heat, había algo en ellos que le recordaba a un par de eunucos palaciegos.

—Son dos de los becarios de la oficina de prensa. Este es Justin y este es Preston —explicó Rook—. O... espera. ¿Es Preston y Justin?

—No, yo soy Justin —contestó uno de ellos.

—Y yo Preston —dijo el otro.

—Es fácil saberlo porque tengo aquí mi pin con la bandera de Estados Unidos, en la solapa —continuó Justin señalando un punto de su chaqueta.

—Y yo tengo gemelos con la bandera —añadió Preston levantando sus muñecas para que Heat los viera.

—La gente suele confundirnos... —prosiguió Justin.

—... Porque tenemos tendencia a terminar las frases del otro —concluyó Preston.

—Vale, ya es suficiente, chicos —dijo Lana dando dos palmadas.

—Sí, señorita Kline —respondió Preston. ¿O era Justin?

—Lo que usted diga, señorita Kline —añadió el otro.

Obedientemente, dieron un paso atrás.

—¿No son adorables? —comentó Rook colocando los dedos sobre su boca y moviendo la cabeza mientras los miraba como si fuesen unos cachorros que están a punto de aprender a hacer pis fuera de casa—. Creo que voy a hacerme con dos de ellos.

—¿Como piezas de adorno? —preguntó Heat.

—¡No! ¡Como becarios en prácticas!

—Rook, ¿para qué puede necesitar un periodista a un becario?

—Todo el mundo necesita uno de vez en cuando —contestó Rook—. En fin, siento haber estado desconectado. Como decía, estábamos volando.

—Papá sabe lo importante que es este artículo para el *First Press* —añadió Lana—. Por eso, nos ha dejado que utilizásemos uno de sus aviones.

—¿El que tiene la cama *king-size*? —intervino Ochoa.

—Eso es una cama muy grande para un avión —observó Raley. Heat les fulminó con la mirada.

—¿Qué? —exclamó Ochoa—. Solo era una pregunta.

Rook continuó como si los Roach no les hubiesen interrumpido.

—Venimos de Colorado. ¿Sabíais que las Industrias Kline han desarrollado una nueva forma de explotación forestal que es realmente buena tanto para los árboles como para los humanos?

—Utilizamos drones para identificar árboles que estén al final de su ciclo vital y, después, los arrancamos con cuidado —explicó Lana—. De esa forma, el bosque solamente pierde lo que de todos modos iba a perder y, así, queda espacio para que crezcan otros.

—Y lo hacen de forma que sea sostenible a la vez que consiguen que el bosque sea menos vulnerable a los incendios, lo cual ayuda a las comunidades cercanas, que viven con la constante amenaza del fuego —continuó Rook.

—Después, donamos una parte de los beneficios a la investigación de la explotación forestal, garantizando que en la siguiente generación las técnicas de Industrias Kline sean más refinadas y ecológicamente sólidas —terminó Lana.

—Espera, espera —dijo Heat—. Creía que estabas visitando una planta de fracturación hidráulica en Dakota del Norte.

—No —contestó Rook—. Lo de la fracturación hidráulica fue el domingo.

—Fue entonces cuando Jamie vio que la mayoría de nuestros ingresos por fracturación hidráulica son reinvertidos en la división de paneles solares de Industrias Kline —comentó Lana—. Así, el petróleo que seguimos necesitando hoy en día no solo sirve como combustible de nuestros coches y casas, sino que también crea un futuro menos dependiente de combustibles fósiles.

—Pero debo decir que lo que me pareció aún más impresionante fue

vuestra operación de fundición en el lago Erie —señaló Rook—. ¿Sabías que han inventado una técnica que no solo no contamina, sino que en realidad recoge todos los derivados del proceso de fundición y los convierte en productos útiles? —añadió, dirigiendo ahora su conferencia a Heat.

—En realidad, un proceso que aprovecha los residuos nos beneficia, porque hemos desarrollado mercados para esos productos derivados —explicó Lana—. Los ingenieros me dicen siempre que la humanidad ha estado durante miles de años obteniendo metal de los minerales. Y, sin exagerar, este es el sistema más eficaz que se ha elaborado.

—Pero eso no es lo más chulo —dijo Rook.

Lana le miró con expresión de curiosidad.

—¿No?

—No. Lo más chulo es que tu padre no solo tiene sus propios aviones, sino que tiene sus propios aeropuertos.

—Bueno, para ser exactos, la verdad es que yo los llamaría simplemente pistas de aterrizaje —aclaró Lana.

—Y sus propios puertos de mar y cargueros —añadió Rook—. Deberías ver el tamaño de las grúas. Ese hombre tiene los juguetes más grandes que he visto nunca.

—Bueno, sí —dijo Lana. Ahora era ella la que daba la conferencia a Heat—. Papá se dio cuenta de que Industrias Kline conservaría más cantidad del dinero que producía si se expandía de forma vertical, de modo que controlara más aspectos del proceso de hacer llegar sus productos a nuestros compradores. Ahorramos mucho dinero haciéndolo nosotros mismos, ya sea por transporte aéreo, por mar, por ferrocarril o por carretera.

—¿Ferrocarril? ¿Carretera? —preguntó Rook, casi como si se sintiera herido.

—Lo siento, Jamie. Sé lo mucho que te estabas divirtiendo. Nos quedamos sin tiempo antes de poder llevarte a las terminales de camiones y trenes —dijo Lana y, a continuación, volvió a mirar a Heat—. La cuestión es que Industrias Kline tiene un potencial de beneficios mucho mayor que el de nuestros competidores. O dicho de otro modo, cuando queremos aumentar nuestra cuota de mercado, podemos vencer a la competencia con el precio, sabiendo que ninguno de ellos puede igualar nuestros costes.

—Esos trenes... ¿tienen también camas *king-size*? —preguntó Ochoa desde un lateral.

—Desde luego, en un tren cabe una cama enorme —dijo Raley.

Heat los fulminó con la mirada una vez más.

Lana siguió sin hacerles caso.

—Además, Industrias Kline nunca ha subcontratado ni una sola operación. El cien por cien de nuestro negocio es efectuado por estadounidenses. Incluso cuando extraemos recursos en otros países, lo hacemos con trabajadores norteamericanos. Cada dólar que gastamos fortalece a Estados Unidos y cada dólar que reinvertimos vuelve también a nuestro país. Por eso es por lo que papá mantiene una postura tan fuerte contra la inmigración. Piensa que los mejores trabajadores del mundo están ya aquí, en los Estados Unidos de América.

Hizo una pausa. A Heat le preocupaba que fuese a estallar con una interpretación del *Dios bendiga América* allí mismo, con Justin y Preston haciéndole los coros.

Pero, en lugar de ello, Lana continuó hablando:

—De lo que he estado tratando de convencer a Jamie es de que, cuando se contempla a Industrias Kline en su conjunto, lo que de verdad representa es el pensamiento independiente que América necesita en la Casa Blanca, no el tipo de pensamiento de políticas fallidas al que Lindsay Gardner o Caleb Brown van a recurrir. La forma de trabajar de Kline es poco convencional en algunos aspectos, pero también está muy basada en lo que alguna gente consideraría valores anticuados. Mi padre cree en una América donde su historia de persona rica que viene de la nada es todavía posible para cualquier muchacho que tenga un sueño. Sé que a veces puede sonar trillado. Yo misma se lo digo. Pero mi padre cree de verdad que puede tomar como ejemplo lo que ha llevado a cabo para Industrias Kline y hacer lo mismo en el resto del país al que tanto ama.

—Los barcos sí que deben tener camas *king-size* —dijo Ochoa.

—Más de una, estoy seguro —confirmó Raley.

—¡Ya está bien con las camas! —gritó Heat.

Entonces, se giró hacia Rook.

—¿Tienes idea de que mientras estabas recorriendo el país en el avión de papá un grupo terrorista que ha jurado lealtad al ISIS ha publicado un vídeo en el que decapitan a una periodista y, después, afirman que tú eres el siguiente?

Rook se llevó de inmediato las manos a la garganta.

—No —respondió Rook—. La noticia me habría hecho perder la cabeza. Las fosas nasales de Heat se dilataron.

—Qué palabras tan poco afortunadas —añadió Rook mirando al suelo.

—Bueno, creo que nos tenemos que ir ya —intervino Lana con tono alegre—. Papá va a asistir a una comida a la que debo ir. Preston, ¿tienes el dossier de prensa para el señor Rook?

—Soy Justin —contestó el chico al que Lana estaba mirando—. El del pin en la solapa, ¿recuerda?

—Sí. Perdona.

—Ah, sí, aquí está el dossier —dijo Preston a la vez que sacaba una carpeta llena de alabanzas a Piernas Kline y a la empresa que había creado.

—Gracias —contestó ella.

A continuación, Lana miró a Rook. Dobló las manos de él sobre el dossier de prensa y las mantuvo agarradas durante mucho más tiempo del necesario.

—¿Me llamarás en cuanto Piernas esté libre para sentarse a hablar conmigo? —preguntó Rook.

—Por supuesto —respondió Lana, aún con las manos agarradas y acercando ahora su rostro al de él a la vez que le miraba a los ojos—. Permíteme que te diga que ha sido un verdadero honor haber pasado este tiempo contigo y poder conocerte tan bien. Nunca me había cruzado con un hombre de tu talento. No sabes cuánto admiro tus aptitudes.

—Como periodista —dijo Rook apartando suavemente las manos con el dossier de prensa entre ellas mientras sonreía a Heat—. Quiere decir como periodista.

—Sí, claro —confirmó Lana con voz susurrante. A continuación, le guiñó un ojo y se dirigió hacia el ascensor—. Bueno, nos vamos. Justin y Preston, venid conmigo.

—No, yo soy Preston —fue lo último que oyeron mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Heat esperó a estar segura de que Lana Kline y su séquito se habían ido para dirigirse a Rook.

—Tu madre lleva toda la mañana aterrada —dijo en voz baja—. Yo he estado toda la mañana aterrada.

—¿Puedo haber estado yo aterrada toda la mañana de manera retroactiva? —preguntó Rook—. Porque, para que conste, me gusta mucho que mi cabeza siga estando pegada al resto de mi cuerpo.

—En ese caso, amigo, ¿puedo darte un consejo? —intervino Ochoa dándole una palmada en el hombro—. Quizá te convenga dejar de salir por ahí con esa rubia.

—¿No tenéis nada que hacer? —replicó Rook.

—Sí, pero ver cómo os peleáis es más divertido —contestó Raley.

—Roach, volved al trabajo —ordenó Heat—. Rook, por favor, ¿puedes venir a mi despacho?

Heat se marchó sin esperar una respuesta.

—La verdad es que me siento mal por esos tipos del ISIS —dijo Ochoa.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Rook.

—Va a costarles mucho pillarte y cortarte la cabeza. Pero cuando Nikki haya acabado ahí dentro, no va a quedar nada para ellos.

Rook siguió a Heat a su despacho, preparándose ya para lo peor.

En cuanto la puerta estuvo cerrada, ella bajó rápidamente las persianas. Para entonces, Rook ya estaba estremeciéndose, a la espera de recibir otra bofetada. O algo peor.

En lugar de ello, Heat se abalanzó sobre él, agarró su cara entre las manos y le dio un profundo y apasionado beso en los labios. Sus bocas se fundieron de inmediato y Heat se apretó contra él. El cuerpo de Rook reaccionó. Heat sabía lo que Rook quería. Y, por su forma de respirar, estuvo segura de que creía que por fin podría ver cumplido uno de los mayores deseos que él albergaba para su relación, lo que llevaba esperando casi desde el momento en que entró por primera vez en la comisaría Veinte, el sueño dentro de otro sueño:

Sexo en el trabajo.

Heat puso fin al beso y se apartó ligeramente con una expresión de auténtica lujuria en el rostro.

Después lo soltó y volvió a darle una bofetada.

—Vale —dijo ella—. Creo que ya estamos empatados.

Rook volvió a frotarse el mentón.

—Ha sido por Lana, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Eso? Dios mío, no. Espero de ti algo más.

—¿Sí? Es decir, sí. Por supuesto que esperas más de mí. Gracias.

Rook hizo una pausa.

—Pero, para dejarlo todo claro, ¿qué es lo que he hecho para que esperes más de mí?

—Después de ocho años contigo, sé muy bien cuál es tu tipo. Desde luego, físicamente esa chica lo es. Físicamente, incluso yo querría sexo con ella. Pero ¿emocionalmente? Apuesto que no pararía de hablar durante tus preliminares. Sería como estar haciéndolo con una muñeca hinchable parlante.

—Tienes toda la razón. Me preocuparía más que te emborracharas y te enrollaras con Flotsam y Jetsam.

—Son Justin y Preston... Aunque has ganado puntos por la referencia a *La sirenita*.

Heat se reclinó sobre él, dejándose envolver por la seguridad reconfortante de sus brazos. Le parecía que podía respirar de verdad por primera vez desde que había visto aquel terrible vídeo.

—Y bien, ¿podemos volver ahora a esa parte en la que tú querías sexo con Lana?

Como ella no contestó, continuó:

—¡Era una broma! ¡Soy un guasón! —Y después añadió en voz baja—: Es decir, a menos que estés pensando en...

—Rook, tengo que decirte una cosa —le interrumpió. Y habló de tal modo que incluso un payaso perpetuo como Rook se puso serio por un momento—. Y no quiero que pienses que estoy loca —continuó—. Bueno, quizá sí deberías pensarlo. Hay veces en las que creo que debo de estar loca. Pero necesito que me escuches un momento.

—De acuerdo.

Tomó aire, contuvo la respiración un momento y, después, exhaló y lo soltó todo:

—Creo que he visto a mi madre esta mañana.

Rook no mostró una reacción inmediata, aparte de interés y preocupación. En la clasificación de maridos de todos los tiempos, Rook ocupaba fácilmente un puesto entre los diez primeros en lo que se refería a disposición para creer que lo absurdo podía ser verdad.

—¿Dónde? —fue lo único que preguntó.

—Enfrente de la comisaría. Estaba sentada en el banco de una marquesina de autobús vestida como una vagabunda. Solo la vi un breve instante, pero... Rook, sé lo que he visto. Y era ella. Casi veinte años mayor que la última vez

que la vi, pero ciertos rasgos de la cara de una persona nunca cambian. Era mamá.

—¿Hablaste con ella?

—Lo intenté. En cuanto me di cuenta de quién era, corrí hacia donde estaba, pero...

—¿Desapareció en el aire? ¿Como solo los espías saben hacer? —sugirió Rook.

—Pues sí.

Rook le soltó las manos y se acercó a la ventana, que daba a la calle 82. Miró por ella.

—¿Aquella marquesina de autobús? ¿La que está cerca de Columbus?

—Sí.

—Entonces, parece que eso apunta a que sí era tu madre. A cualquier otro lo habrías alcanzado fácilmente. ¿Cuántas vagabundas mayores podrían escapar de alguien que esté en tu forma física?

—Lo sé, pero... Rook, ¿cómo es posible? Murió en mis brazos. Sentí cómo su cuerpo se enfriaba. Yo estaba cubierta con su sangre.

Rook se apartó de la ventana y, a continuación, se sentó con una pierna sobre su mesa. Rook se encontraba en su salsa, sacando a la luz una nueva teoría y dándole la vuelta para poder mirarla desde todos los ángulos. Sobre todo, cuando se trataba de una teoría conspiratoria.

Era ahí cuando la formación periodística de él y la policial de ella se fundían a la perfección. En ambos casos había que reconstruir una historia de los hechos y en ambos casos se aprendía, a veces de la peor manera, lo que les ocurre a quienes no reexaminan y comprueban de forma continuada los elementos de esa historia que están tratando de contar.

—¿Estás segura de que era su sangre? —preguntó Rook.

—Pues sí, yo... Es decir, creo que sí lo era. Salía de su cuerpo.

—¿Llegaste a verle la herida?

—No —admitió, igual que había tenido que admitírselo a sí misma poco antes—. Solo el agujero del jersey.

—¿Hizo la policía alguna comprobación del ADN?

—Por supuesto que no. Fue hace diecisiete años. Esas pruebas tardaban semanas e incluso meses en aquel entonces y no había ningún motivo para hacerlas. Nunca cupo la menor duda de lo que había pasado en el apartamento.

—Claro que no, gracias a Carter Damon —dijo Rook.

Damon era el policía asignado al caso. Resultó que recibía dinero de los asesinos de Cynthia Heat para boicotear la investigación. Durante años, Nikki había creído que el asesino de su casa había sido un asaltante cualquiera, porque eso fue lo que Damon, un policía aparentemente legal, había querido que pensara.

—Entiendo qué quieres decir —replicó Heat—. Pero, aun así, ese sería el procedimiento habitual incluso ahora. No nos molestamos en analizar el ADN de la sangre encontrada en el escenario de un crimen a menos que pensemos que también puede ser del asesino. Si es solo de la víctima, no hacemos perder el tiempo a los del laboratorio.

—Entonces, si nos basamos en lo que de verdad podemos demostrar, no tenemos ni idea de quién era el dueño de la sangre que salía de tu madre. Sí, podría haber sido de ella. Pero también podrían haberla robado del banco de sangre de la ciudad. Incluso podría no ser humana.

Heat asintió con la cabeza con expresión resignada.

—Sí, tienes razón.

Los dos se quedaron mirando la mesa un momento.

—Pero sigue estando lo de sus constantes vitales —argumentó Heat—. La caída de la temperatura de su cuerpo. La respiración dificultosa. Es decir, estaba inconsciente. Por muy buena actriz que fuera o que siga siendo, ¿cómo se puede fingir algo así?

—La verdad es que eso es lo más fácil —contestó Rook.

—¿Sí?

—Hay algunos medicamentos que imitan a la muerte cuando se administra la dosis adecuada. Personalmente, apostaría por el baclofeno. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—Se receta con frecuencia como relajante muscular, especialmente para personas con daños en la médula espinal —explicó Rook—. En dosis bajas lo único que hace es relajar los músculos. Pero en cantidades más altas induce al paciente al coma o, más bien, lo que parece ser un coma, o incluso la muerte.

»Ha habido casos de sobredosis de baclofeno en los que los pacientes parecían haber perdido el funcionamiento del bulbo raquídeo y se les declaraba médicamente muertos. Una vez leí que en un hospital estaban a punto de extirpar los órganos del paciente cuando se dieron cuenta de que esa

persona seguía viva. Hay otras historias de baclofeno en las que el paciente se ha despertado en una funeraria.

—Pero noté que estaba fría, Rook. Y comprobé su pulso. Lo recuerdo con toda claridad. No tenía.

—Hipotermia. Bradicardia. Son efectos secundarios de la sobredosis de baclofeno. Las funciones vitales bajan casi al mínimo y el cuerpo entra en una especie de hibernación. Es difícil detectar el pulso cuando esperas notar un corazón que late sesenta veces por minuto y, en realidad, solo está latiendo unas diez.

—Aun así, no estuve fuera del apartamento más de quince o veinte minutos. Seguro que una droga tan poderosa necesita más tiempo para alcanzar un efecto tan completo.

Rook negó con la cabeza.

—El baclofeno se absorbe rápidamente en el flujo sanguíneo. No hacen falta más que unos minutos. Probablemente fue una de las últimas cosas que hicieron cuando prepararon el resto de la escena. Por eso es por lo que seguía respirando un poco cuando llegaste a casa.

—Rook, no sé...

—Has preguntado si era posible. Te estoy diciendo que es posible. Para ser sincero, me sorprende que no se me haya ocurrido nunca. El baclofeno sirve para todos los síntomas que acabas de describir. Lo mejor de todo es que tu madre no habría necesitado siquiera recurrir a sus dotes de actriz. Habría sentido que de verdad se estaba muriendo. Probablemente, es lo que le habría ocurrido si la dosis no hubiese sido muy precisa. El baclofeno no es ningún juguete.

Heat se sentó en su mesa y enterró la cara entre las manos. Rook se puso a dar vueltas por la habitación.

—¿Sabes? Hay una cosa que siempre me he preguntado —dijo él—. Nunca te lo he comentado porque..., en fin, porque ya estabas bastante obsesionada con la muerte de tu madre. No necesitabas que yo te lo recordara.

—¿El qué?

—Siempre he querido hablarlo porque me parecía que algo no encajaba del todo —le explicó Rook.

—Bueno, ahora lo estamos hablando. Así que escúpelo.

—Emergencias.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre que te he oído recordar el día de la muerte de tu madre, el trayecto a Morton Williams y todo lo demás, nunca te he oído mencionar que llamaras a Emergencias.

—Porque no llamé.

—Y, sin embargo, aparecieron una ambulancia y un agente de la policía en el apartamento de tu madre y se llevaron su cuerpo.

—Yo siempre he creído... Es decir, siempre he supuesto que mi madre les habría llamado.

—Analicémoslo un momento, ¿de acuerdo? Supongamos que no fue fingido. Supongamos que Tyler Wynn entró en el apartamento de tu madre, como desde luego pudo hacer, y la mató, como también pudo ocurrir.

—Es lo que le hizo a Nicole Bernardin —dijo Heat refiriéndose a la mujer que había sido la mejor amiga de Cynthia Heat durante su época de espía.

—Exacto. Así que Tyler Wynn le clava un cuchillo de cocina a tu madre en la espalda mientras ella está hablando contigo por teléfono.

—Eso es.

—¿Y, sin embargo, se las arregla para, de alguna forma, colgar tu llamada y, después, llamar a Emergencias antes de perder la conciencia?

—Bueno, es posible.

—Quizá —dijo él cerrando ahora los ojos—. Si no fuera porque cuando recuerdo las fotografías que revisé del escenario del crimen no veo nada de sangre en el teléfono. ¿Cómo es posible? Ella tenía sangre por todo el cuerpo cuando la encontraste. Salía de su interior. ¿Pero consiguió llamar a Emergencias sin que cayera ni una gota en el teléfono?

Heat se quedó un momento en silencio. La cabeza le empezaba a palpar. Se masajeó las sienes de forma inconsciente. Rook había vuelto con toda claridad al mes de noviembre de 1999 mientras trataba de revisar el escenario teniendo en cuenta todos los posibles supuestos que ahora se les ocurrían.

—Es fácil pasarlo por alto —continuó Rook—. Quienquiera que preparara la escena tuvo la precaución de llenarlo todo de sangre. Pero si te clavan un cuchillo en la espalda, ¿no sería la reacción humana más natural acercar la mano y tocarse la herida? Si estaba lo suficientemente consciente como para llamar a Emergencias, también lo estaría para hacer esto otro. Eso le habría llenado de sangre las manos, por lo que habría dejado manchas en el auricular. A no ser que no hubiese sangre alguna.

Heat asentía. Tenía grabadas en su mente las mismas fotografías.

—Odio preguntarte esto, pero ¿has pensado en hacer una visita a Fresh Pond para...?

—Ya lo he hecho.

—Naturalmente. ¿Y?

—Había cenizas en la urna. He sacado una muestra y se la he dado a Lauren para que la analice.

Rook dejó de dar vueltas y volvió a apoyarse con una pierna en la mesa de Heat.

—Espera —dijo ella—. Tyler Wynn confesó que había matado a mi madre.

—Solo porque era eso lo que quería que creyésemos. Quizá era eso lo que quería que creyeran todos. Pero piensa esto un momento: ¿crees que es posible que, al final, Wynn siguiera sintiendo afecto por tu madre?

—Yo... no lo sé.

—Piensa en cuando lo vimos en aquel hospital de Francia.

Heat cerró los ojos y se transportó a aquella habitación de hospital. Habían visto a Wynn «morir». O, al menos, fingir de forma muy elaborada su propia muerte, con médicos falsos y un electrocardiograma amañado. Pero antes de morir le había hablado a Heat de la red de niñeras y de los trabajos que Cynthia había hecho para él.

—Vale, ya estoy allí —le anunció Heat.

—Piensa en su mirada cuando hablaba de ella. Habían pasado muchos años buenos juntos, años estupendos en los que los dos estaban en la plenitud de la vida, antes de que el dinero le cambiara y traicionara a su país. Tyler Wynn era «el tío Tyler» para tu madre. Los dos teníamos muy claro que él sentía un cariño increíble por tu madre. Admiraba sus aptitudes para el espionaje. Incluso la quería, de una forma platónica.

—Pero todo eso era mentira. Estaba tratando de confundirnos.

—Puede que sí o puede que no —respondió Rook—. Las mejores mentiras son las que están basadas en la verdad. Puede que le resultara fácil fingir que había sentido cariño por Cynthia porque de verdad había sentido cariño por ella.

—Vale. Entonces, digamos, solo por suponer, que Tyler Wynn quería a mi madre, a su modo.

—Eso es. Y digamos que sabía que ella tenía que morir. Por lo que sabía y

lo que iba a revelar. Pero no fue capaz de hacerlo. Porque, por muy corrupto que fuera, seguía habiendo bondad en su interior.

—¿Qué? ¿Ahora es Darth Vader?

—Bueno, no. Porque, de haberlo sido, yo habría hecho que me atravesara con un sable luminoso de verdad —respondió Rook—. Pero Vader es el ejemplo perfecto de la complejidad del malo. En *La venganza de los Sith*, traicionó a la república para salvarle la vida a Padmé, la mujer a la que amaba. Y en *El retorno del Jedi* traicionó al emperador para salvarle la vida a su hijo. Por muy malvado que fuese Vader, siempre estaba motivado por su devoción por otros.

Heat se puso de pie. Ahora era ella la que daba vueltas por la habitación.

—Entonces, Wynn va a mi madre y le dice: «Lo siento. Tengo que fingir que te mato. Es la única forma de salvarte de las personas que no van a parar hasta verte muerta». Y ella acepta...

—Porque sabe que él tiene razón —añade Rook.

—Y entonces, sigue muerta durante quince años. Pero luego, incluso después de que descubriéramos a Wynn y la trama en la que estaba envuelto, la de contagiar a toda la ciudad de Nueva York con la viruela, sigue «muerta», entre comillas. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no volvió a la vida?

—Porque quizá no lo sabemos todo aún —contestó Rook—. Quizá haya algo más que no hemos descubierto.

—No lo sé, Rook. Me parece un poco rebuscado.

—Estoy absolutamente de acuerdo. Pero no soy yo el que la ha visto sentada en una marquesina de autobús esta mañana.

La cabeza de Heat daba vueltas literalmente. Para ser periodista, Rook tenía un enorme talento para la ficción. Probablemente habría sido novelista de no haber estado tan ocupado haciendo algo más importante.

¿Eso había pasado de verdad? ¿Había fingido su madre su propia muerte con la ayuda de Tyler Wynn? ¿O se trataba tan solo de la capacidad de Rook de darles la vuelta a los hechos para convertirlos en una historia creíble?

Entonces, recordó las palabras del mismo Tyler Wynn. Las pronunció justo después de que Heat y Rook descubrieran que no había muerto de verdad en aquel hospital de Francia.

En aquel momento, pensó que no eran más que la fanfarronada vacía de un criminal que no podía evitar soltar un monólogo diabólico. Pero ahora se preguntaba si, en realidad, había tratado de decirle algo más profundo.

«Es una de las cosas que uno aprende en la CIA. Nunca des una muerte por segura», había dicho Wynn.

Otros veinte minutos de suposiciones, especulaciones y conjeturas no llevaron a Heat y a Rook a ninguna conclusión definitiva más allá del hecho de que no podían llegar a ninguna. Según las pruebas con las que contaban, era igualmente posible que Cynthia Heat estuviese viva como que estuviese muerta.

Al final, se habían quedado estancados en un punto en el que Rook miraba a Heat y ella le devolvía la mirada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Rook.

—Dispara.

—Como parece que no vamos a llegar a ningún sitio y ya que las persianas siguen todavía bajadas, ¿podemos hacerlo otra vez? Porque ha sido bastante excitante.

—Lo sé. Pero probablemente los dos tengamos otras cosas pendientes.

—¡Mecachis!

—Aunque sí que lo haremos esta noche, si es que no me vuelves a dejar sola —añadió ella.

—¿Hay posibilidad de un viaje a Reikiavik?

—Un viaje a Reikiavik es bastante probable.

—Entonces, no me iré a ningún sitio —respondió Rook—. Y ahora, a riesgo de parecer un completo egoísta, ¿has dicho algo de que unos terroristas salvajes han anunciado al mundo que tienen la intención de decapitarme?

—Sí.

—Pues, en ese caso, y con la garantía de que voy a seguir destinando todo mi poder periodístico a la incógnita de la muerte de tu madre, ¿crees que

quizá podría ver el vídeo?

—Sí. Pero antes llama a tu madre. Está muy preocupada y el único que la consuela es Jean Philippe.

—Puaj.

—Lo sé. Así que llámala.

Rook obedeció sus órdenes y soportó una explosión fulminante de angustia maternal antes de pasar a otra cosa. Cuando regresaron a la sala de la brigada, los Roach ya estaban sumidos en el trabajo.

—¿Sabes ya algo de Rhymer y Feller? —preguntó Heat.

—Siguen con sus entrevistas puerta a puerta —respondió Ochoa—. Nada hasta ahora.

—¿Y la búsqueda de la cabeza desaparecida?

—Los técnicos están revisando el contenedor donde encontraron el resto del cuerpo. Hay agentes revisando otros contenedores del barrio. Espero que el presupuesto dé para pagar las facturas de la lavandería.

—¿Y Aguinaldo? ¿Ha dicho algo del pañuelo?

—Negativo.

—¿Y vosotros? —preguntó Heat señalando al montón de expedientes del Cuerpo Especial Antiterrorista desplegado delante de Ochoa.

—También negativo. He revisado todo esto por encima para ver si aparecía algo, quizá algún grupo que esté acercándose a un discurso más extremista o que esté mostrando un comportamiento más violento. Pero lo cierto es que no he visto nada de primeras. Ahora voy a revisarlo más despacio, aunque empiezo a creer que nuestros verdugos pueden ser una facción nueva.

—Rales, ¿has encontrado algo ya?

Desde el otro lado de la pantalla del ordenador en el cual tenía puesta toda su atención, Raley se limitó a soltar un gruñido.

—Vale. ¿Tenemos el vídeo disponible en algún sitio? —preguntó Heat—. Rook quiere verlo.

Ochoa señaló un ordenador de la mesa de Feller.

—Prueba en ese.

Rook buscó su silla, la de la rueda ladeada, y la colocó delante de la pantalla a la vez que Heat lo empezaba a reproducir.

Heat observó a Rook más que al vídeo. Durante la parte en la que hablaban, Rook lo miró con una templanza propia de un periodista. Rook había estado lo suficiente en el mundo árabe como para que el típico discurso

antioccidental de los yihadistas no le perturbara. Incluso sabía que ciertos aspectos estaban justificados. Rook había comentado a menudo que el mundo estaba lleno de dictaduras despóticas propias del pasado que oprimían a su ciudadanía, que trataban a las mujeres como objetos y cuyos objetivos políticos eran contrarios a los intereses estadounidenses, pero América solo parecía ansiosa por meterse con los que estaban situados sobre las mayores reservas petroleras del mundo.

Además, solo estaban hablando. Y Rook podía escuchar ese discurso grandilocuente y, después, no hacerle caso. Eso formaba parte de las cosas que los periodistas aprendían a hacer.

Pero en el momento en que el hombre con el machete levantó la hoja y, después, la hundió en la carne de la víctima, la expresión de Rook cambió. Su rostro estaba lleno de terror. Una de las cosas que, a menudo, hacen que un periodista siga adelante con su duro y desagradecido trabajo es un amor esencial por los seres humanos y sus historias. Eso hacía que este tipo de barbarie supusiese un absoluto anatema para todo lo que Rook representaba. Humanidad, eso con lo que Rook más conectado se sentía, era de lo que más carecía el ISIS.

Y luego, por supuesto, después de aquella conclusión tan repulsiva, llegó el sorprendente desenlace, cuando Rook oyó que aquellas aberrantes bestias pronunciaban su nombre. Incluso después de que la pantalla quedara en negro, Rook continuó mirándola un poco más.

—¿Hemos identificado ya a la víctima? —preguntó por fin con voz susurrante.

—No. ¿Por qué?

—No sé. Solo que..., quizá me equivoque, pero creo que... la conozco. Como si hubiese trabajado con ella en algún sitio o...

—¿Quieres volver a verlo?

—No. No estoy seguro de poder aunque quisiera. Había algo que me resultaba familiar en su lenguaje corporal. Es que... Quizá se me ocurra después.

Ochoa se acercó con su silla y colocó una mano consoladora sobre el hombro de Rook. Después, con la delicadeza y el tacto por los que la brigada de detectives de la comisaría Veinte era tan conocida, cogió un bolígrafo y fingió que era un micrófono.

—Perdone, señor Rook. Soy Fulanito del Canal 3. ¿Qué se siente al saber

que un tipo con la voz de Darth Vader quiere cortarle la cabeza?

Rook se deshizo de su bajón y le siguió el juego.

—Bueno, Fulanito, debo decir que creo que ha oído mal. Para todo aquel que haya visto seis veces *El despertar de la Fuerza...*, no, perdón, siete..., suena más bien como el nieto de Darth, Kylo Ren.

—Ah, se refiere usted al tipo que saca su espada luminosa y...

—¡No cuente nada! —gritó Rook—. Por favor, piense en los televidentes que están en casa, Fulanito. Pero, sí, me refiero a ese Kylo Ren. Es mucho más malo. Es decir, ¿se ha fijado en el tamaño de su Estrella de la Muerte? Era como cien veces más grande que la otra Estrella de la Muerte.

—No sé —dijo Ochoa con actitud filosófica—. Creía que quizá estuviese compensando la falta de otra cosa.

—Quizá. Pero ¿ser capaz de emplear el poder de un sol en tu arma? Admítalo. Es guay. Es mucho más radical que las dos primeras Estrellas de la Muerte.

—Sí, pero ¿cómo consiguen hacer una Estrella de la Muerte sin un botón supersecreto de autodestrucción? Es decir, la primera Estrella de la Muerte..., vale, todos cometemos errores. Y en la segunda aún se siguen cometiendo. Pero ¿en la tercera Estrella de la Muerte? Se supone que cualquiera del departamento de ingeniería habría reunido a todos los demás y habría dicho: «Vale, chicos, esto es lo que no debemos hacer esta vez».

—Cierto, pero quizá es como lo del *Comando G*.

—¿A qué se refiere?

—¿Nunca se ha preguntado qué pasó con los comandos de la A a la F?

Ochoa se limitó a hacer una mueca.

—Además, ¿qué tiene de divertido una película de *Star Wars* si no vuela por los aires una Estrella de la Muerte? —continuó Rook—. Sería como una caja de cereales Lucky Charms sin malvaviscos.

—¿Se refiere a que los Lucky Charms solo lleven los asquerosos trozos de avena? —preguntó Ochoa con expresión de terror.

—Sí.

—Eso es una perversión. ¿Cómo va a ser posible?

—Oiga, usted es el que ha hablado de una película de *Star Wars* en la que la Estrella de la Muerte no salta por los aires. Yo solo estoy dando el siguiente paso dentro de una progresión lógica.

—Perdonad, críticos de cine —intervino Heat—. ¿Podemos volver a

nuestra víctima?

—Lo siento —dijo Rook con actitud sumisa—. Pues eso, como decía, ¿no sabemos quién es?

—Todavía no, lo siento.

—¿Y habéis encontrado el cuerpo pero no la cabeza?

—Exacto.

—¿Ha dado Lauren con algo ya? —preguntó Rook.

Heat le hizo un resumen de los hallazgos de Parry, a pesar de lo escasos que eran, y terminó con el descubrimiento de la sustancia blanquecina desconocida en los zapatos de la víctima y el olor a queroseno del cuerpo.

—Queroseno —dijo Rook con actitud distraída—. Interesante.

—¿Por qué? —quiso saber Heat.

Nikki reconoció la mirada distante que había en el rostro de Rook, por la que supo que este estaba elaborando una teoría. Cuando empezaron a resolver crímenes juntos, Heat prácticamente no hacía caso de las hipótesis de Rook, muchas de las cuales iban bastante más allá de la irracionalidad.

Pero con el paso de los años Heat había llegado a reconocer que ese modo de Rook de mirar las cosas, aunque loco, tenía sus ventajas. Resultaba que algunas cosas no se pueden construir si no se está un poco loco.

Así, había aprendido a tomarse con humor, e incluso a respetar, su extraordinaria perspicacia, aunque a veces fuese extravagante.

—No estoy seguro de que sea muy significativo —contestó Rook—, pero el queroseno es muy importante en la cultura árabe.

—¿En qué sentido?

—Pues, por supuesto, porque la primera persona que escribió sobre la destilación del queroseno fue Muhammad al-Razi —le explicó Rook—. Fue una figura importante en la edad de oro del islam de los siglos IX y X, un prolífico autor cuyos intereses variaban desde la medicina a la química o la filosofía. Hay quienes le consideran el padre de la pediatría. El Instituto Razi de Karaj lleva su nombre, igual que la Universidad Razi.

—Y nuestros asesinos lo han usado... ¿para qué exactamente? —preguntó Heat.

—Puede que estén tratando de recordarnos que hubo un tiempo en el que la cultura y la ciencia árabes dirigían el mundo —contestó Rook—. Los historiadores eurocentristas se refieren a este periodo como el del

oscurantismo. Pero desde la perspectiva del Oriente Próximo, fue en realidad una época muy luminosa. De hecho...

—Eh..., profesor... —dijo Raley desde detrás de su pantalla del ordenador—. ¿Le importa si interrumpo con algo un poco más relevante?

—¿Desde cuándo les preocupa a los profesores lo que es relevante? —preguntó Rook ofendido.

—Pues a los policías sí —replicó Heat—. ¿Qué tienes, Rales?

—He estado intentando seguir la pista que me diste sobre la Masjid al-Jannah —respondió Raley.

—Sí. ¿Y?

—Creo que por fin he encontrado algo. ¿Recuerdas el uso que hice de la longitud de los fluorescentes para extrapolar la altura de la víctima?

—Sí.

—He usado el mismo método para hacer un cálculo de las dimensiones de la habitación en la que se ha rodado el vídeo. Y he podido ser mucho más preciso porque no he tenido que adivinar la altura de una víctima que estaba de rodillas.

Raley estaba claramente excitado, removiéndose en su asiento.

—Sin esa duda, he podido determinar que la sala en la que se ha rodado el vídeo tiene exactamente veinticuatro metros de ancho por treinta y ocho de largo, con techos de tres metros. Después, he llamado al Departamento de Edificios del Ayuntamiento, donde archivan los planos de construcción y los permisos. Resulta que solamente hay un edificio en la ciudad de Nueva York con una sala de veinticuatro metros por treinta y ocho y techos de tres metros. Y es la sala principal de oración de la Masjid al-Jannah.

—Estupendo trabajo, Rales. ¿Puedes empezar a escribirlo para pedir una orden?

—Ya estoy en ello, comisaria. Lo he escrito mientras esperaba que me contestaran del Departamento de Edificios. Puedo enviarlo al despacho del juez Simpson ahora mismo.

—Gracias —dijo ella.

A continuación, Heat se fijó en Rook y vio que de nuevo miraba al vacío.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nada. Es... la Masjid al-Jannah —contestó Rook—. Es... La verdad es que es perfecto.

—¿Por qué?

—Pues porque no se consiguen tantos encargos para Oriente Próximo como yo he tenido sin aprender, al menos, un poco de árabe —explicó Rook, volviendo a retomar su rol profesional—. *Jannah* significa «cielo» en árabe, pero ellos no tienen una idea del cielo como la nuestra, con ángeles tocando el arpa y flotando sobre las nubes. El Corán describe el cielo como un jardín, pero *jannah* procede de una palabra árabe que significa «cubrir» o «esconder». Eso se debe a que en el islam el cielo no es algo que deba ser visto por los mortales. Está escondido, oculto a nuestros ojos.

Rook hizo una pausa efectista.

—Por tanto, si se quiere traducir Masjid al-Jannah con precisión, se podría decir que es la «mezquita del jardín secreto».

—Sí, bueno. No va a permanecer en secreto mucho más tiempo—dijo Heat.

—El imán es Muharib Qawi —intervino Raley—. Emigrado desde Yemen en 2006. Tiene antecedentes por, atención, amenazas terroristas. Pudo conservar su tarjeta de residencia por un acuerdo en el que admitió su culpabilidad. Su fotografía está saliendo ahora mismo por la impresora.

Heat se acercó a la impresora y cogió la foto de un hombre con la cabeza envuelta en un turbante. Tenía ojos oscuros, nariz estrecha y una barba entrecana, larga y desaliñada que le bajaba sobre el pecho desde el mentón.

—Muharib Qawi quiere decir «guerrero fuerte» en árabe —apuntó Rook.

—Parece que puede ser nuestro hombre —añadió Ochoa.

—Estupendo. Preparemos las monturas y vayamos —dijo Rook con tono frívolo—. Tengo mi chaleco antibalas en el armario.

—Frena tu caballo un momento, vaquero —le interrumpió Heat—. Vamos por partes. Oach, ¿puedes reunir a un equipo para llevar a la práctica esta orden? Quiero contar con fuerzas por si siguen escondidos allí y nos están esperando. Trae a algunos de los agentes que están buscando la cabeza si lo necesitas. Llama a la brigada de explosivos para que se reúnan allí con nosotros. Puede que el lugar esté lleno de trampas. Y ponte en contacto con el Martillo para decirle que quiero que haga una llamada para pedir a la Unidad de Aviación que tenga un helicóptero preparado por si necesitamos ayuda aérea. Avisa también a los técnicos para que estén listos para entrar cuando hayamos establecido la seguridad del edificio. Se trata de nuestro escenario del crimen. Van a encontrar muchas más pruebas allí que en el contenedor donde terminó el cadáver.

—Entendido —contestó Ochoa.

—Rook, ¿puedes venir un momento a mi despacho?

—Claro.

Las persianas seguían bajadas. Heat echó el pestillo de la puerta al cerrarla después de entrar. Apagó las luces.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. Pero creo que hay una cosa de la que tenemos que encargarnos.

Entonces, se abrió uno de los botones de la blusa.

—Quizá tengamos ahora unos veinte minutos —anunció—. Al menos, eso es lo que Simpson va a tardar en responder a la solicitud de la orden de registro y Oach en reunir a su equipo.

Se desabrochó otro botón. Los ojos de Rook bajaron al filo de encaje de su sujetador y a la curva de sus pechos.

—Sé que hemos quedado en que lo haríamos esta noche —continuó ella con un pequeño gemido—. Pero no estoy segura de poder esperar más.

Otro botón desabrochado. Rook miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Sexo en el despacho? —preguntó en un tono reverente.

Ella asintió.

—Ven aquí —le ordenó recostándose en el suelo del otro rincón de la habitación, junto a la pared—. Quiero que me tomes aquí mismo. Me da miedo que si usamos la mesa hagamos demasiado ruido.

Rook prácticamente se zambulló en el suelo al lado de ella. Heat se dio la vuelta para colocarse encima de él.

—Has sido un fugitivo tremendamente difícil —dijo ella antes de sacar unas esposas del cinturón—. Y me temo que nuestro interrogatorio va a ser duro.

—¿Muy duro? —preguntó él.

—Creo que lo más apropiado es decir que va a ser un acto de brutalidad policial que nunca vas a olvidar —respondió.

Mientras colocaba una de las esposas en la muñeca derecha de Rook, empezó a mordisquearle el lóbulo de la oreja. La respiración de Rook era irregular.

—He sido muy malo —dijo jadeando—. Por favor, castígame.

—Eso voy a hacer —contestó ella.

A continuación, tiró de la muñeca hacia un lado y abrochó la otra esposa a la pata del radiador antes de apartarse de él.

Rook la miró y su comprensión de la situación fue en aumento mientras otras partes de su cuerpo se encogían.

Heat ya estaba abrochándose la blusa de manera precipitada.

—Lo siento —dijo—. Pero no puedes estar corriendo por ahí mientras nuestros sospechosos siguen sueltos. Vendré más tarde a quitarte las esposas, cuando los hayamos detenido.

Rook se limitó a gimotear.

10

Cuarenta minutos después, Heat estaba de vuelta en la calle 73, en la parte de atrás del Pho Sure.

Había optado por preparar el asalto en la zona del restaurante teniendo en cuenta que ya había habido presencia policial allí durante la mayor parte de la mañana. Si el ISIS americano estaba escondido en el interior de la Masjid al-Jannah esperando un ataque, nadie les avisaría de que estaba ocurriendo nada nuevo.

La orden de registro recién firmada y enviada por correo desde el despacho del juez Simpson la tenía guardada en el interior de su chaleco antibalas. Había veinte agentes con ella: doce de la comisaría Veinte, entre los que se encontraban cuatro detectives, y ocho miembros de la brigada antiexplosivos y un perro rastreador.

—Muy bien, hemos comprobado los planos del edificio y hay dos puntos de salida: la puerta principal y la trasera —explicó Heat—. Además, hay una salida de incendios en la parte oriental del edificio, cerca de la trasera. Roach, quiero que cojáis a cuatro agentes y lideréis el equipo que cubre tanto la entrada trasera como la salida de incendios. Rhymer, Feller, quiero que vosotros y el resto de agentes vengáis conmigo por la parte delantera.

»Caballeros —continuó Heat, la única mujer del grupo—. Recordad, por favor, que esta es una casa de oración y que hay que tratarla con respeto. No quiero oír después que el Departamento de Policía de Nueva York ha actuado como una panda de matones abusones. Voy a entrar por la puerta principal, que, según las cámaras de vigilancia, no está cerrada, y voy a anunciar que tenemos una orden de registro. Tenemos que estar alerta, por supuesto. Pero

es más que probable que estos tipos no se hayan quedado en la mezquita, ¿de acuerdo?

Heat hizo una señal con la cabeza a un hombre que ya se había colocado un traje antibombas, parecido al traje blindado de un astronauta.

—Una vez que estemos seguros de que no hay respuesta armada inmediata, la brigada antiexplosivos entra primero —ordenó Heat—. Vamos a dejar que ellos y el perro hagan su trabajo. McMains, del Cuerpo Especial Antiterrorista, me ha recordado que probablemente estos sospechosos no duden en hacerse saltar por los aires con la esperanza de llevarse por delante a unos cuantos de nosotros, así que no bajemos la guardia hasta que estemos seguros de que el lugar está limpio. ¿Entendido?

Hubo un generalizado movimiento de cabezas.

—Y si alguno de los sospechosos intenta huir, procurad detenerle de forma pacífica, por supuesto. Pero si no hay otra opción, tenéis permiso para hacer uso de la fuerza. Repito: tenéis permiso para hacer uso de la fuerza. Estos tipos han asesinado ya a una persona y han amenazado con hacerle lo mismo a Rook, así que, en mi opinión, con eso se cumple el requisito de que hay declarada una amenaza de grave daño físico. Disparad para herir, no para matar. Pero no dudéis en disparar si tenéis que hacerlo. ¿Os parece bien a todos esta orden?

Hubo más asentimientos de cabeza.

—Muy bien, Roach, ¿estáis listos para salir?

—Dalo por hecho, comisaria —contestó Raley.

Ochoa, de repente, se llevó las manos a la cadera.

—Eh..., perdona, pero hoy soy yo el jefe, ¿recuerdas? —dijo—. Es día 18.

Los Roach habían decidido que dividirían sus obligaciones como jefes conjuntos por días. Raley lideraría la brigada los días impares y Ochoa los pares.

—Entonces, ¿no se me permite responder cuando ella diga «Roach»? —preguntó Raley indignado.

—El día 19 respondes tú —contestó Ochoa—. El 18, yo. Se llama compartir. ¿Por qué te resulta tan difícil?

—No lo sé. Quizá porque cuando te has presentado a Lana Kline has actuado como si yo ni siquiera existiera.

—Lo único que he dicho ha sido: «Hola, señorita Kline, soy el jefe de la brigada de detectives». Lo cual, el día 18, es decir la verdad.

—¿Sabes? Eso es muy típico de ti...

—Chicos, chicos —les interrumpió Heat levantando las manos hacia los dos—. ¿Creéis que podréis solucionar eso más tarde?

—Lo siento, comisaria —contestó Ochoa.

—Yo también diría que lo siento —añadió Raley con un resoplido—. Pero, al parecer, hoy no se me permite hablar.

Heat soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Vale, pongámonos en marcha —ordenó—. Cuando estéis en vuestra posición, decídmelo.

—Eso haré —respondió Ochoa mirando a Raley con los ojos entrecerrados, casi retándole a que le llevara la contraria.

Ochoa llevó a su equipo a la parte posterior del edificio mientras Heat conducía al suyo a la delantera por la calle 73. Caminaban deprisa, pegados a la parte sur, la de la mezquita, para evitar ser vistos.

Heat levantó una mano para que su equipo se detuviera junto a la Masjid al-Jannah. Estaba esperando oír que Ochoa se encontraba en su posición.

En lugar de ello, oyó claramente unos disparos. Venían de la parte posterior del edificio.

—¡Se escapa uno! —gritó Ochoa por radio a la vez que se oían más disparos—. Acaba de saltar por la salida de incendios y se dirige al este, hacia Columbus. Un tipo con túnica blanca. No le he visto bien, pero estoy bastante seguro de que se trata de Muharib Qawi. Voy a seguir...

Y a continuación la voz de Ochoa quedó interrumpida por un grito angustioso seguido de más gemidos que casi parecían de un animal, hasta que, de repente, se cortaron.

—Ha caído un hombre. Ha caído un hombre. ¡Es Miguel! Tenemos un diez-trece. ¡Diez-trece! —gritaba Raley por su radio. El Departamento de Policía de Nueva York prefería hablarse con normalidad en sus comunicaciones. Pero, en medio de la crisis, Raley había utilizado el código para referirse a un agente que necesita asistencia.

Heat había sacado su arma, pero estaba tranquila, manteniendo el control. Aquel no era su primer tiroteo y el Departamento de Policía dedicaba infinitas horas de formación para este tipo de situaciones.

—Envíen a alguien. ¿Entendido?

—Recibido —sonó la voz del agente que estaba en la comisaría, listo para coordinar cualquier otro refuerzo que Heat pudiera necesitar—. Enviamos

ayuda.

—Rales, quédate con tu equipo y con Ochoa —ordenó Heat—. Repito: quédate en tu puesto. Envía a dos hombres para que vayan detrás de Qawi. Puede que solo sea un señuelo para alejarnos de la mezquita.

O quizá Qawi era el único que estaba dentro y había salido corriendo en cuanto vio que la policía se acercaba por el callejón trasero. En cualquier caso, ella tenía una orden de registro que cumplir y también tenía que investigar el escenario de un crimen, además de perseguir a un sospechoso.

—Comisaría —dijo Heat por la radio—. Llama a Aviación y diles que pongan a volar su pájaro. Quiero unos ojos desde el aire.

—Recibido —contestó el agente de la radio.

Heat apagó su radio.

—Los demás, tomad posiciones alrededor de la entrada principal. Que nadie entre ni salga, ¿entendido?

A continuación, miró a Rhymer. De los seis agentes que estaban con ella a ese lado del edificio, Heat ya había decidido que ella y el delgado oriundo de Virginia estaban en mejores condiciones para una carrera a pie.

—Opie, vamos a salir corriendo en busca de un tipo con túnica.

Heat y Rhymer salieron en dirección este, hacia Columbus Avenue. Cuando llegaron a aquella ajetreada arteria, una voz sonó en sus radios.

—El sospechoso ha girado a la izquierda desde el callejón. Se dirige al norte por Columbus.

Heat vio claramente un resplandor blanco cuando el imán cruzaba la calle 73. Ella y Rhymer estaban a unos cien metros de distancia.

—Comisaría —dijo mientras corría—. Veo a un sospechoso corriendo hacia el norte por Columbus. Voy detrás. Quiero que todas las unidades de la zona estén alerta.

—Recibido —contestó el agente de la radio con voz calmada. Heat confiaba en que la alerta estuviese siendo retransmitida por los demás canales UHF que en ese momento usaban los oficiales de patrulla de la comisaría Veinte.

Cuando llegaron a Columbus Avenue y giraron a la izquierda, Heat pudo entrever a Qawi, que iba una manzana por delante zigzagueando y esquivando peatones entre los viandantes de Columbus Avenue. Enfundó su pistola, pues no había forma de hacer un disparo limpio con todos aquellos civiles alrededor, y metió caña a sus piernas.

Esperaba que Qawi girara a la derecha por una de las calles que llevaban a Central Park, que quedaba a tan solo una manzana al este. Había muchos más sitios donde esconderse en el parque que en cualquier otro lugar de Manhattan. Pero Qawi siguió hacia el norte, avanzando dos manzanas. Y luego tres.

Si Heat y Rhymer le estaban dando alcance, era solo ligeramente. Los otros agentes, los que le habían visto salir de la parte posterior del edificio, iban aún más atrás.

Mientras Qawi continuaba con su desesperada huida, Heat oyó por fin el sonido en el cielo de unas aspas de helicóptero. La Unidad de Aviación de la Policía de Nueva York había mejorado recientemente sus helicópteros con unos Bell 429, un modelo que, según aseguraban, podía estar en cualquier sitio de los cinco barrios en menos de quince minutos desde su lugar de reposo. Con un aviso adecuado, resultó que estaba en la zona oeste de Manhattan en menos de cuatro.

—Comisaria Heat, aquí Policía Dos. Tenemos visualizado al sospechoso —dijo el piloto—. Acaba de cruzar la calle 76 y continúa hacia el norte.

—Recibido —contestó jadeante Heat por radio mientras pasaba, casualmente, junto a la sede central de los Corredores de Nueva York, la organización responsable de la Maratón de la ciudad de Nueva York.

—Van ahora dos unidades dirección sur por Columbus con la 82 —anunció el agente encargado de la radio de la comisaría.

Heat oyó sonido de sirenas bajo el zumbido de las aspas. En la calle 77, Qawi giró por fin a la derecha, en dirección a Central Park, tal y como Heat había pensado.

—Sospechoso ahora en dirección este por la 77 —dijo por la radio.

—Se ha avisado a la policía del parque —respondió el agente de la central de radio—. Tienen unidades a caballo que se aproximan desde la transversal de la calle 79.

Heat presionaba desde el suroeste, dos coches bajaban por Columbus desde el noroeste y la policía de Central Park venía desde el este, lo que significaba que pronto tendrían a Qawi bien rodeado. Heat esperaba que se mostrara pacífico. Además de sus habituales esfuerzos por que se aplicara la justicia estándar, en contraposición a la más instantánea que procedía del cañón de la pistola de un policía, los sospechosos muertos no podían delatar a sus cómplices. Y Heat quería disfrutar del consuelo de saber que la amenaza

contra Rook había quedado neutralizada. En gran parte, porque no quería tenerle encadenado al radiador de por vida.

Heat sintió que los muslos le ardían a la vez que decaía su velocidad. Tuvo que creer que Qawi también se estaría quedando sin combustible. Sabía que la mayoría de los integrantes del clero no contaban precisamente con mucho tiempo para hacer cardio.

—Aquí Policía Dos —oyó después—. El sospechoso está entrando en el Museo de Historia Natural. Repito: el sospechoso ha entrado en el Museo de Historia Natural.

Podría haber parecido un error, pues Qawi estaba ahora atrapado. Pero Heat sintió una oleada de pánico. Casi al mediodía de un martes de octubre, el museo estaría lleno de escolares haciendo una visita guiada y de turistas. Ambos constituían estupendos rehenes si Qawi iba armado o si, imaginando que la policía iría finalmente a por él, se había cargado de explosivos.

Además, el Museo de Historia Natural de América era un laberinto de salas y pasillos, muchos de los cuales no tenían ventanas. Lo cual significaba que un francotirador de la policía no podría dispararle. Y estaba lleno de objetos de gran valor y únicos, lo cual descartaba muchas de las otras tácticas posibles.

En definitiva, se trataba de un magnífico lugar para que Qawi iniciase un enfrentamiento y una inminente pesadilla para las autoridades.

—Muy bien. Quiero agentes en todas las salidas —dijo Heat por la radio—. Ahora que está ahí dentro, vamos a asegurarnos de que saltamos sobre él si intenta escapar.

—¿Deberíamos llamar al museo para decirles que procedan al bloqueo de seguridad? —preguntó el agente de la radio.

—Negativo. Repito: negativo —contestó Heat—. Quiero que piense que ha escapado, si es que es posible. Si entra en pánico y coge a algún rehén, vamos a tener un día muy largo.

Heat apagó su radio.

—Quédate aquí —le dijo a Rhymer, que la seguía unos pasos por detrás—. Cubre esta salida por si se da la vuelta.

Subió los escalones de mármol y pasó junto a varios grupos de estudiantes que se comían su almuerzo y de turistas que hacían fotos.

Al entrar en la gran galería, fue recibida por dos visiones: la de un enorme elefante de tamaño natural y el puesto de un guardia de seguridad.

El elefante no parecía muy dispuesto a hablar, así que Heat se dirigió al mostrador de seguridad con su placa en la mano.

—Agente, ¡gracias a Dios! —dijo uno de los guardias—. Un hombre con un turbante acaba de pasar corriendo sin pagar.

—¿Por dónde? —preguntó Heat con dificultad para respirar.

El guardia señaló detrás de él.

—Me alegra saber que están ustedes tomando medidas contra este tipo de delitos atroces. Ya sabe...

Heat ya no podía oírle, pues había entrado a toda velocidad en la sala de los indios de la costa noroeste. Allí, Heat vislumbró unas maquetas de indígenas cazando y pescando al pasar junto a ellas corriendo. Desde el otro extremo de la sala, vio que Qawi giraba a la derecha.

Continuó siguiéndolo a través de la sala de los pequeños mamíferos, donde visones, martas, ardillas y tejones disecados miraban fijamente a Heat con sus ojos vidriosos. Pero ni ellos ni la comadreja de rabo corto ni el ratón de campo ni el pecarí de collar le servían de nada para atrapar a su sospechoso.

Qawi volvió a girar a la derecha para entrar en la sala donde los pequeños mamíferos habían dado paso a los más grandes: alces americanos, bisontes, osos, los animales glamurosos del reino salvaje embalsamado. Heat esperaba que un grupo especialmente extasiado de estudiantes de quinto curso o que un fornido visitante del museo se interpusieran en el camino de Qawi. Pero Heat no iba a gritarles que la ayudaran. Antes prefería dirigir a aquellos civiles al interior de la trayectoria de un tornado.

Qawi salió de la sala de los mamíferos de América del Norte y Heat pensó que quizá se dirigiría corriendo a la salida que daba al oeste de Central Park. Estaba a punto de avisar por radio para que los agentes de la policía montada estuviesen listos.

Pero no. Había vuelto a girar a la derecha y estaba subiendo un tramo de escaleras. Heat se preocupó entonces más que nunca. Básicamente, el sospechoso se estaba dejando atrapar en las plantas superiores. Su única baza ahora era la de coger a alguien.

A menos que también tuviese ayuda desde el aire. El helicóptero Policía Dos no era de combate. ¿Era posible que se estuviese dirigiendo a la azotea, donde un helicóptero se lo llevaría?

Heat llegó a la parte inferior de las escaleras cuando Qawi estaba en lo alto. Lo vio desaparecer en dirección a la sala de los mamíferos asiáticos.

Heat siguió con su persecución sin hacer caso del ácido láctico que hacía que las piernas le quemaran ni del dolor que sentía en los pulmones.

Entró rápidamente en la sala, dominada por otro elefante no más charlatán que el anterior. Heat volvió a ver a Qawi justo cuando salía por el otro lado. Se encontraban ahora en una parte del museo en la que, si Qawi no tenía cuidado, llegaría a un callejón sin salida.

Lo cual no era necesariamente bueno. A Heat le preocupaba que cuando se viera atrapado se volviera tan peligroso como el tigre siberiano cuya maqueta acababa de dejar atrás.

Tras salir de la sala de los mamíferos asiáticos, solo había una dirección por la que ir, al interior de la sala de los pueblos asiáticos. Heat la atravesó corriendo, pasó junto al sillón de bodas chino, la toga del chamán yakuto y el modelo en escayola de un hombre pequinés.

Había perdido de vista a Qawi. ¿Había salido por el otro lado de la sala? ¿Había aminorado Heat su marcha sin darse cuenta?

Se maldijo. Casi había salido de la sala en dirección a los pájaros de Asia cuando por el rabillo del ojo vio un ligero movimiento.

Algo junto a la ropa tradicional del golfo Pérsico se había movido. Se paró tan repentinamente que dio un traspies antes de detenerse con un pequeño derrape sobre el suelo pulido.

La exposición constaba de dos figuras vestidas con la ropa apropiada. Una estaba en el interior del cristal colocada delante de un paisaje de camellos y desierto.

La otra estaba fuera del cristal y sudaba abundantemente.

Heat se acercó con la pistola en alto.

—Muharib Qawi —dijo con la respiración entrecortada—. Está usted detenido.

El imán levantó las manos despacio.

—Voy desarmado —contestó con el pecho moviéndose con fuerza—. Por favor, no dispare.

—Dese la vuelta. Las manos contra la pared.

Qawi obedeció.

—Debo decir una cosa —añadió él mientras Heat le cacheaba en busca de armas o explosivos—. Es un gran honor ser arrestado por Nikki Heat. Lo he leído todo sobre usted y sus hazañas.

—Muharib Qawi —respondió Heat apretando los dientes—, tiene todo el

derecho a permanecer en silencio. Y le sugiero que empiece a hacer uso de él en este mismo momento.

Cuando Heat volvió a la comisaría Veinte, su primera orden fue que no la juzgaran y que fueran clementes con ella.

Al parecer, Rook había empezado a cantar mientras ella no estaba. Todos los de la comisaría con los tímpanos en funcionamiento le suplicaban que le hiciera callar.

—*Nobooooody knows the trouble I seen* —gorjeaba Rook con un tono grave poco convincente—. *Nobooooody knows my sorrow...*

Durante la hora anterior Heat había tenido conocimiento de tres cosas.

Una: que Miguel Ochoa iba a ponerse bien. Había sufrido lo que en el ejército se conoce como una herida de un millón de dólares, que implicaba que el culo le dolía mucho, pero el resto de su cuerpo estaba bien. Estaba en el hospital, pero esperaban que le dieran el alta pronto. No estaban seguros de la identidad del autor del disparo. Pero como no habían encontrado armas en la mezquita y Qawi era la única persona que estaba dentro, se suponía que había sido fuego amigo. Heat no quería pensar siquiera en la cantidad de papeleo que eso le iba a acarrear.

Dos: Masjid al-Jannah no estaba llena de trampas. Y los perros no habían encontrado tampoco evidencias de explosivos. Lo que sí encontraron los investigadores, sin embargo, fue un gran agujero cuadrado que se había hecho en la alfombra, precisamente en la zona donde el vídeo mostraba a la víctima arrodillada. También había lejía en el suelo de debajo. Pero tantos esfuerzos no habían sido suficientes para acabar con todas las pruebas. Haciendo uso de la luz azul, los técnicos habían podido encontrar una gran mancha de sangre y, después, tomaron una muestra.

Tres: Jameson Rook no sabía entonar una melodía.

Heat abrió la puerta del despacho justo cuando Rook estaba arañando sus esposas con los tubos del radiador, como los convictos en una película antigua, que frotaban sus tazas de metal por los barrotes de sus celdas.

—¡Guardia! ¡Guardia! —gritó Rook cuando la vio—. ¡Quiero a mi abogado!

—Estupendo. Llamaré a Helen Miksit —dijo Heat dejando caer el nombre de la abogada defensora a la que odiaban todos los miembros del Departamento de Policía de Nueva York.

—¿Sí? —preguntó Rook sorprendido de verdad.

—No —respondió Heat.

Rook hizo un mohín.

—Si te suelto, ¿me prometes que te vas a comportar bien? —preguntó Heat—. Tenemos a Qawi, pero sus cómplices siguen sueltos. Eso significa que tienes que quedarte aquí. ¿Entendido?

Rook ya estaba levantando tres dedos de su mano derecha.

—Ni te atrevas a decir «Palabra de scout». Sé que nunca has sido boy scout.

—No, pero cuando tenía dieciséis años casi me ligo a una exploradora.

—No estás ayudando.

—Vale —dijo él cambiando la postura de la mano y convirtiéndola en un saludo vulcano—. Palabra de Spock.

—¿Eso existe? —preguntó Heat.

—Si no, debería. Los vulcanos son un pueblo muy honorable —contestó Rook—. Pero hagas lo que hagas, no confíes en un vulcano que jura poniéndose la mano en la parte superior izquierda del torso.

—¿Y eso por qué?

—Porque, como todo el mundo sabe, el corazón de los vulcanos está en la parte derecha del torso, entre las costillas y la pelvis, más o menos donde los humanos tenemos el hígado.

Heat se quedó mirándolo.

—A veces me sorprende que alguna vez hayas echado un polvo.

—Y que lo digas —repuso Rook.

—Vale, mira. Este es el trato: yo dejo que veas mi interrogatorio a Qawi pero no puedes ir a ningún sitio, ¿de acuerdo? No puedo permitir que te vayas por ahí.

—¿Por qué iba a querer hacerlo? —preguntó Rook—. Ver cómo machacas a ese tipo será mejor que en las películas y ni siquiera tengo que pagar de más por las palomitas.

Heat sonrió, le quitó las esposas y, después, escuchó sus quejas por las rozaduras en las muñecas mientras iban de camino a la sala de interrogatorios número 1. Raley estaba ya allí, al igual que Rhymer y Feller.

Heat había ordenado a los detectives que le dejaran a Qawi. Nada de delegar. Esto tenía que hacerlo ella misma. Había muchas cosas en juego, empezando por la vida y la libertad de Rook.

A través del espejo unidireccional pudieron ver a Qawi sentado en la silla, con las manos esposadas y cruzadas delante de él, el mentón apoyado en el pecho y la barba desaliñada cayéndole por delante de la túnica.

—¿Ha hecho o dicho algo que necesite saber? —preguntó Heat.

—Ha estado rezando hace unos diez minutos —contestó Raley—. Pero, aparte de eso, lo que estás viendo.

—¿Le han leído sus derechos?

—Sí, jefa.

—Entonces, vamos a ello.

Cuando Heat entró en la habitación, Qawi levantó los ojos y dijo sus primeras palabras antes de que ella hubiese dado tres pasos.

—Comisaria Heat, soy inocente.

—¿Inocente de qué, señor Qawi? —preguntó ella mientras decidía quedarse de pie.

—Del vídeo. Lo he oído en las noticias esta mañana y lo he buscado de inmediato en internet. Y hablo en nombre de todos los musulmanes de todo Estados Unidos amantes de la paz cuando digo que me ha espantado. Pero juro por Alá que no tengo nada que ver con eso.

—Y por eso es por lo que ha salido corriendo en cuanto ha visto a mis agentes —respondió Heat.

—He salido corriendo porque no soy tonto —se defendió Qawi—. Llevo diez años en este país. Sé cómo funcionan aquí las cosas.

—¿Y cómo funcionan, señor Qawi?

—Cuando algo va mal, culpan a los musulmanes —respondió con una mezcla de desafío y derrota en su voz—. Este es un país estupendo en muchos sentidos. Pero siempre necesita odiar a alguien. Odiar a los alemanes. Odiar a los japoneses. Odiar a los comunistas. Y ahora, desde el 11 de

septiembre, nos toca a nosotros. El musulmán es el hombre del saco, el diablo que hay detrás de todo lo malo. Así que ahora nos odian a nosotros.

—Use la carta de la islamofobia en otro sitio, señor Qawi —replicó Heat—. Aquí no le va a funcionar.

—No se trata de jugar una carta. Es simplemente la verdad. América ha caído en la trampa de pensar que la religión define a las personas. Lo cierto es que son las personas las que definen a la religión. El Libro de Joel nos enseña a convertir nuestros arados en espadas y dejar que el debilucho diga que es fuerte. El Libro de Isaías nos enseña a convertir las espadas en arados y dejar que sea Dios quien juzgue. Los dos están en la misma Biblia. El Corán también está lleno de contradicciones así. En algunos pasajes enseña al fiel a matar infieles. En otros, enseña que si matas a una sola persona es como matar a toda la humanidad.

—Señor Qawi, no me interesa debatir hoy sobre teología. Me interesa hacer justicia por una joven que ha sido asesinada.

—Sí, lo comprendo. Pero yo no tengo nada que ver con eso.

—Por supuesto que no. Y sin embargo, hay un agujero en la alfombra de su mezquita y una mancha de sangre debajo. Y estoy segura de que cuando analicemos la muestra descubriremos que coincide con la de la víctima. ¿Puede explicármelo?

Qawi levantó los ojos hacia Heat.

—Probablemente no la satisfaga.

—Inténtelo.

—Muy bien. Después de mis oraciones del viernes, viajé a Boston para visitar a mi hermano, cuya esposa acaba de tener otro bebé. Cuando volví el domingo, me encontré la mancha. Eso es todo lo que puedo contarle.

—Entonces, ¿qué? ¿La mancha apareció por arte de magia? —preguntó Heat sin molestarse en ocultar su incredulidad.

—Mucha gente hace uso de la mezquita. No solo el imán. Está abierta a los fieles veinticuatro horas al día. No puedo responder por todo lo que pasa allí.

—Pero usted intentó limpiar la mancha —dijo Heat. Era una afirmación más que una pregunta.

—Bueno, sí. No sabía lo que era. No hasta esta mañana, cuando he visto el vídeo. No era más que una mancha marrón. Así que le pedí a nuestro conserje que se ocupara de ella.

—¿Le pidió que recortara la alfombra?

—No —contestó Qawi—. Decidió hacerlo el lunes. Se dio cuenta de que nunca iba a poder quitarle la mancha. Dijo que tenía unos retales sobrantes de cuando la sala estaba enmoquetada y que sería mejor injertar un trozo nuevo.

—Qué oportuno —replicó Heat—. Pero, claro, cuando usted ha visto el vídeo esta mañana y se ha dado cuenta de que se había grabado en su mezquita, ha comprendido de inmediato qué era la mancha misteriosa y, como buen sacerdote cumplidor de la ley, ha llamado a la policía.

Qawi dejó caer la cabeza.

—No. No lo he hecho.

—Lo cual demuestra que se siente culpable, señor Qawi. Un detalle que seguro que ya sabe que les encanta a los jurados estadounidenses. Oiga, sé que usted no ha hecho esto solo. Y también sé que es demasiado bajito como para ser uno de los hombres que aparecen en el vídeo, que fueron los asesinos reales. Lo cual le convierte a usted en el hombre que estaba detrás de la cámara. Por tanto, es su día de suerte, señor Qawi, por el hecho de que le hayamos atrapado a usted primero. Porque eso significa que puede acusar a sus cómplices antes de que ellos lo acusen a usted.

»Pero tiene que empezar a negociar ya. Y me refiero a ahora mismo. Si identifica a los hombres del vídeo y nos ayuda a traerlos ante la justicia, se tendrá en cuenta e influirá a la hora de dictar sentencia. Probablemente, eso sirva también para mantener el caso lejos de los federales y dejarlo en manos del Departamento de Policía de Nueva York, lo cual, créame, es lo que más le interesa. El estado de Nueva York no tiene pena de muerte. Los federales sí.

Qawi negaba con la cabeza.

—Pero no lo comprende. No puedo acusar a unos cómplices que no tengo. Y no puedo confesar algo que no he hecho. Soy una persona pacífica. Pregunte a cualquiera de mis feligreses.

—¿Tan pacífico que fue acusado de proferir amenazas terroristas?

Qawi movió las manos excitado.

—¡A eso es exactamente a lo que me refería al decir que los musulmanes no podemos tener un trato justo! Había un hombre en nuestra manzana que no paraba de dejar basura delante de la mezquita. Le dije que eso era una ofensa para el islam, que la limpieza era de suma importancia en nuestra religión y que, por favor, dejara la basura en la puerta de su edificio. ¡Lo siguiente que sé es que ese hombre presentó una denuncia ante la policía diciendo que yo le había amenazado con matarle!

—Y usted lo admitió como parte del acuerdo para reducir su sentencia.

—Llevar a cabo amenazas terroristas es un delito grave en el estado de Nueva York, como estoy seguro que ya sabe, comisaria Heat. Si íbamos a juicio y un jurado decidía ir a por el musulmán sin importar el motivo, me habrían deportado. Acepté ese trato para que todo acabara y no tener que arriesgarme.

—Muy bien. Por supuesto, señor Qawi. Igual que salió corriendo porque es inocente y las manchas de sangre de su mezquita las han dejado allí todas las demás personas que hacen uso de ella.

Heat se encontraba ahora justo al otro lado de la mesa, enfrente de Qawi. Se agachó hasta que su cara quedó cerca de la de Qawi.

—¿Quién era ella? La víctima. ¿Alguna chica del tiempo que a usted le pareció que sería una presa fácil? ¿Era una reportera que escribió algo que a usted no le gustó? ¿O alguna chica que ni siquiera era periodista y que usted secuestró en la calle? Al final, descubriremos la verdad. Ha dejado pruebas por todo el cuerpo. Sabemos lo del queroseno.

Heat observó la reacción de Qawi al pronunciar aquella palabra creyendo que podría ver algún atisbo de miedo, un reconocimiento involuntario de que su coraza tenía otra grieta.

Pero el rostro de Qawi no mostró nada.

—No tengo ni idea de qué es lo que está diciendo, comisaria.

—Claro que no —repuso Heat acercándose aún más a él—. Nuestra investigación no es más que el comienzo, señor Qawi. Vamos a indagar en el interior y el exterior de esa mezquita y de su vida. Y cuando hayamos acabado, usted se quedará sin un solo secreto. Vamos a presionar no sabe hasta qué punto a todas las personas que hay en su vida y van a resquebrajarse como frágiles cáscaras de huevo, una a una. Porque eso es lo que siempre pasa.

»¿Dónde ha escondido el machete, señor Qawi? ¿Está en su apartamento? Porque vamos a conseguir una orden de registro ahora mismo y lo vamos a encontrar. Y cuando lo tengamos, sé que va a tratar de decir que lo usaba para limpiar las telarañas de su sala de estar. Para entonces, le aseguro que ya no le estaré escuchando. Porque ya no le necesitaré. Esta es su oportunidad, ahora mismo, aquí, para confesar. Se está usted enfrentando ya a un camino largo y complicado. Si no colabora, no va a hacer más que empeorar.

Clavó sus ojos marrones en los de él. Qawi no pudo mantener la mirada.

Por un momento, ninguno habló.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Ahora vuelvo, señor Qawi —dijo Heat incorporándose—. O puede que no. Quizá sea ya demasiado tarde.

Heat se dirigió hacia la puerta con un oído puesto aún en dirección a Qawi, casi esperando oír un «espere» o algún reconocimiento similar de derrota.

Pero lo único que Qawi hizo cuando ella salió de la habitación fue volver a la misma posición, con el mentón sobre el pecho, las manos delante y los ojos mirando hacia abajo.

Heat volvió a la pequeña habitación al otro lado de la sala de interrogatorios número 1 y allí vio a un grupo de detectives con expresiones inusualmente serias.

—¿Qué pasa? —preguntó Heat—. Vale, va a ser difícil, pero...

—El único vehículo registrado a su nombre tiene tarjeta electrónica —la interrumpió Raley—. Confirma que su coche pasó por el peaje en dirección norte por la autopista de Nueva Inglaterra el viernes por la noche. No hay peaje que confirme cuándo regresó, pero...

—Pero fácilmente podría haber salido y haberse dado la vuelta, sabiendo que ya tenía una coartada electrónica.

—Bueno, sí. Pero he hablado con el hermano de Boston —explicó Feller—. El hermano dice que no solo puede confirmar que Muharib estuvo allí, sino que puede aportar cincuenta testigos que estuvieron con él en una fiesta el sábado por la noche. Tuvieron una celebración por el nuevo bebé. El hermano me ha enseñado un vídeo que publicó uno de los invitados en su cuenta de Facebook donde se ve claramente a Muharib. Y, por supuesto, aparece registro de fecha y hora.

—Eso no significa nada —repuso Heat—. Parry ha dicho que la hora de la muerte fue entre la medianoche y las ocho de la mañana del domingo. De Boston a Nueva York se tarda cuatro horas en coche. Fácilmente podría...

—El hermano dice también que presidió las oraciones del domingo —continuó Feller—. Que hizo la llamada y todo lo demás. Había, al menos, otros setenta y cinco testigos. Y algunos de ellos no son amigos ni familiares.

Heat frunció el ceño.

—Si quieres, Opie y yo podemos ir a Boston y empezar a entrevistarlos,

comprobar si es verdad. Pero no sé. Sería un farol demasiado grande por parte del hermano si no es cierto.

Heat se puso las manos en la cintura, realmente frustrada. Resolver un asesinato era normalmente un ejercicio claro de identificar al candidato más probable. ¿Un marido infiel muerto? Es la esposa. ¿El fallecido tenía un gran seguro de vida? Busca al beneficiario. ¿Alguien huye de la policía? Atrápalo y tendrás al asesino.

Es más, si tienes una víctima, alguien debe ser el asesino. Y, en este caso, si Qawi no estaba involucrado, ¿quién lo estaba?

Heat miró a su alrededor en busca de respuestas y sus ojos se fijaron en Rook, que estaba sentado en una silla, mirando fijamente a Qawi.

—Eh, ¿estás con nosotros? —preguntó moviendo una mano por delante de su cara.

—¿Eh? Sí —respondió Rook—. Es que... Estaba pensando en eso que ha dicho de que América necesita odiar a alguien.

—Vaya, ¿ahora vas a empezar también con lecciones de teología?

—No es teología. Es más bien sociología. O incluso simplemente historia —contestó Rook—. ¿Os dais cuenta de que todo lo que ahora se dice de los musulmanes en Estados Unidos, que no son verdaderos americanos, que no se puede confiar en ellos, que su ideología es peligrosa y retorcida por naturaleza, que están aquí pero son fieles a otro lugar... solía decirse también de los católicos? Hace cien años un católico ni siquiera podía ser contratado como director de un colegio de enseñanza primaria porque supuestamente iba a hacer uso de su puesto para reclutar seguidores para el papa. Este país tardó cincuenta años en darse cuenta de lo ridículo que era eso. E incluso cuando elegimos a John F. Kennedy hubo varios conspiranoicos lunáticos que veían la mano del Vaticano en todo lo que hacía.

—Sí, eso es fascinante, Rook —dijo Heat—. Pero ¿quieres decirme qué tiene que ver John F. Kennedy con el sospechoso que está ahí dentro?

Rook dirigió su atención a Heat.

—Oye, yo no quería decir nada, por si de verdad conseguías acabar con ese tipo. Ya sabes cuánto me gusta verte hacérselas pasar canutas a alguien que no sea yo. Pero...

—Dispara ya, Rook.

—No creo que este sea nuestro hombre. Mientras me has tenido encerrado, he hecho algunas llamadas. He hablado con Jeff Diamant, el periodista del

First Press especializado en temas de religión. Escribió un extenso artículo sobre la comunidad musulmana en la zona de Nueva York hace unos años y conoce a todo el mundo. Me ha dicho que Qawi es conocido por ser una voz progresista, que insiste no solamente en hacer una lectura más moderna del Corán, sino también en que los musulmanes de este país lideren la lucha contra el terrorismo. Ha sido muy coherente al decir que los musulmanes tienen que limpiar su propia casa si quieren que dejen de verlos como sospechosos.

—Lo cual podría ser una tapadera —señaló Heat—. ¿Quién mejor para poner en marcha el ISIS americano que el hombre que finge ser reformista?

—Cierto. Aunque Diamant también me ha puesto en contacto con un tipo de la prisión de máxima seguridad de Rikers. Este me ha contado que tuvieron un problema hace unos cuantos años con unos presos que predicaban una lectura muy literal del Corán, que fundamentalmente trataban de reclutar hombres jóvenes e influenciables y adoctrinarlos en una mentalidad extremista. Llamaron a Muharib Qawi para que les dejara las cosas claras. Él les dio una serie de sermones sobre cómo el Corán pide a los musulmanes que hagan el bien. Volvió más veces, les dejó lecturas. Incluso les explicó a los guardias a qué tenían que prestar atención para detectar si surgía otra mala hierba.

—Estupendo. Nos aseguraremos de darle a Qawi una estrella dorada cuando inicie su vida en prisión —dijo Heat—. Eso no cambia las pruebas. No cabe duda de dónde se ha grabado el vídeo ni de dónde se ha encontrado el cadáver.

—No digo que no sepa nada —repuso Rook—. Lo que digo es que tú ya has hecho un poco de policía malo. Déjame a mí hacer de poli bueno.

Heat puso una expresión como si alguien le hubiese preparado su bebida favorita, café con leche desnatada grande con dos toques de vainilla sin azúcar, añadiendo otros dos toques de agua de alcantarilla.

Pero entonces una idea que le había estado rondando en la mente durante la última hora encontró por fin su camino hacia la superficie: si de verdad Muharib Qawi iba a fundar el ISIS americano, secuestrar a una periodista, provocar la ira con un cruento vídeo de su decapitación para después tener la osadía de amenazar a un escritor ganador del premio Pulitzer y muy querido, ¿no habría tenido un plan de escapatoria ligeramente mejor que tratar de camuflarse en la exposición de ropa tradicional del golfo Pérsico del Museo

Americano de Historia Natural?

—¿Crees de verdad que puedes conseguir algo de este tipo? —preguntó Heat.

—Te garantizo que sí.

Heat forzó una carcajada.

—¿De verdad?

—¿Qué te apuestas?

—Tus carteles de *Star Trek* —respondió—. Los quiero fuera de casa.

—Vale —respondió él—. Y creo que ya sabes lo que quiero yo.

—¿Lo mismo que quieres siempre? Sabes que de todos modos te lo voy a conceder.

—No, no —respondió Rook—. Hay trampa. Quiero un pequeño juego de disfraces.

—El ambiente se está enrareciendo un poco, ¿no? —comentó Raley.

—Cada siete años —dijo Rook sin hacerle caso—, los vulcanos pierden ese modo de pensar tan lógico y racional por el que su pueblo es tan famoso. Cuando esto ocurre, la única forma de volver a la normalidad es conseguir una pareja.

—Rook, no hablarás en serio.

—Sí que hablo en serio. Si consigo algo de este sospechoso, vas a hacer el amor conmigo vestida de vulcana obsesionada con el sexo.

Feller dio una palmada en el hombro de Raley.

—Me parece que, más que enrarecerse el ambiente, hemos llegado al colmo del frikismo.

Pero Heat estaba extendiendo la mano derecha hacia delante.

—De acuerdo —dijo—. Es tu turno.

Con Heat observando desde el otro lado del cristal, Rook entró en la sala de interrogatorios número 1 con la sonrisa cautivadora con la que había camelado a cautas celebridades, genios solitarios y recelosos políticos de todo el mundo.

—Señor Qawi —empezó—. Soy...

—¡Jameson Rook! —exclamó Qawi poniéndose de pie y devolviéndole la sonrisa, aunque de una forma más aduladora—. ¡No me lo puedo creer! ¡Jameson Rook está delante de mí! ¡Alabado sea Alá! Es un gran honor conocerle, señor. Un gran honor.

Qawi había levantado sus manos esposadas y había juntado las palmas en un gesto de oración a la vez que inclinaba levemente la cabeza. Rook se giró hacia el cristal del espejo y sonrió con suficiencia.

Sin que ninguno de los dos pudiera verla, Heat puso los ojos en blanco.

—Soy un gran admirador suyo —continuó Qawi con entusiasmo—. He leído toda su obra, por supuesto. Sus artículos sobre Oriente Próximo han sido de los trabajos más reveladores que he leído nunca sobre el islam. Y no hablo solo de los periodistas estadounidenses. Alabo su obra por encima también de las publicaciones árabes.

—Pues muchas gracias... —empezó a decir Rook, pero volvió a ser interrumpido.

—¿Sabe cuál es mi favorito entre los trabajos que ha escrito usted? —preguntó Qawi.

—No. Dígamelo, por favor —contestó Rook. Lanzó una mirada en la dirección donde suponía que estaba Heat y movió las cejas. Ella puso los ojos

aún más en blanco.

—Fue solamente una pequeña columna, no más de unos cuantos cientos de palabras. No se trataba de una de sus importantes investigaciones. Quizá ni siquiera se acuerde. Trataba sobre los hititas, un pueblo que desapareció de la tierra hace más de mil años.

—Sí..., me suena —dijo Rook.

—Ah..., era brillante. No sé cuántas veces he recomendado ese artículo, sobre todo cuando hablo del Corán con jóvenes. Usted citaba pasajes tanto de la Biblia como del Corán que apelan a los fieles a aniquilar a los hititas. Por supuesto, ellos suponían una importante amenaza durante la época en la que tanto la Biblia como el Corán se escribieron. Los hititas salieron de Asia Menor con sus cuadrigas y su avanzado armamento. Pero ¿son hoy una amenaza? Por supuesto que no. Porque ya no existen. Mi frase preferida del artículo era: «No se puede acudir a los líderes hititas para que hagan alguna declaración».

Rook se rio entre dientes por su propio chiste tan antiguo.

—Ah, ya. Ahora me acuerdo. El artículo decía que los pasajes de los textos religiosos tienen que ser comprendidos como producto de la época en la que se escribieron, no sacarlos de aquel contexto e introducirlos en el mundo moderno. La única forma en la que deben interpretarse como un llamamiento a la guerra es si se está dispuesto a batallar contra los hititas.

—Exacto —dijo Qawi—. Por eso mismo intento hacer comprender a los jóvenes algunos de los pasajes más violentos del Corán. Porque, sí, hay partes que apelan a los creyentes a cortarles la cabeza a los infieles. Pero los que entienden el Corán saben que se referían solamente a una época muy específica de la historia, cuando Mahoma, la paz sea con él, quería reclutar y conseguir guerreros. Esa época ya ha pasado. Los enemigos a los que Mahoma se refería están ahora tan muertos como los hititas, así que debemos interpretar tales pasajes teniendo eso en cuenta. Es una tragedia que el Corán haya sido tan tergiversado por aquellos que hacen lo contrario.

Rook asentía con la cabeza. Por fin, tomó asiento frente a Qawi.

—Debo decir que me sentí muy consternado cuando oí que pronunciaban su nombre al final del vídeo —continuó Qawi—. Cualquier creyente de verdad sabe que Jameson Rook ha sido un amigo del islam. Usted ha ayudado a que la gente de América comprenda nuestra religión. Los musulmanes de todo el mundo deberíamos estar en deuda con usted, no

amenazándole.

—Bueno, gracias —dijo Rook—. Oiga, quiero que sepa que he hecho algunas llamadas de teléfono... Sé cuál es su posición en estos asuntos.

—Ha hablado con Jeff Diamant, ¿verdad? —preguntó Qawi.

Rook asintió.

—Es un buen hombre ese Jeff Diamant. Hemos mantenido muchas conversaciones fascinantes. Sin duda, hay un lugar en el *Jannah* para él.

—Pero tengo que decirle... —continuó Rook.

Qawi terminó la frase por él:

—... Que nada de esto tiene buena pinta para mí.

—Así es —confirmó Rook.

El turbante de Qawi se movía arriba y abajo.

—Lo sé. Lo sé. Pero lo que le he dicho a la comisaria Heat es verdad. No puedo explicar cómo ha aparecido una mancha de sangre en mi mezquita. Yo me fui a Boston y no estaba. Volví y ahí estaba.

—Pero tiene una idea de quién podría estar detrás de eso, ¿no? —apuntó Rook en voz baja.

Qawi dirigió su atención hacia la mesa.

—Hay algunos jóvenes de su congregación que tienen una visión muy inquietante del islam, ¿no es así?

El turbante volvió a moverse, solo un poco. Pero, aun así, fue visible.

Rook insistió:

—Han acudido a usted con preguntas y, por mucho que ha intentado convencerles de que el islam es una religión de paz, han estado consultando algunos infames y virulentos sitios de internet que dicen lo contrario. Están en Facebook, haciéndose amigos de imanes con los que usted no está de acuerdo.

—No dejo de decirles que la yihad se supone que debe ser una lucha interna —observó Qawi con voz distante—. Es la lucha entre el bien y el mal que se libra en el interior de una persona. No sacamos la yihad de nuestro interior. Los que lo hacen es porque no han entendido nada.

—Pero esos sitios de internet pueden ser muy persuasivos —apuntó Rook—. Las voces a las que escuchan son más fuertes y convincentes. Es difícil no seguir una llamada a la acción cuando lo único que se tiene para hacerle frente es un mensaje de pasividad. Y estos son jóvenes que se sienten alienados fuera de la sociedad. Se sienten marginados, furiosos.

—Buscan siempre trabajo vestidos como yo visto —contestó Qawi señalando su ropa—. Y siempre los rechazan. Yo... La verdad es que les sugerí que quizá deberían probar a llevar ropa occidental para las entrevistas. Me llamaron traidor.

—Y se van volviendo cada vez más extremistas en sus opiniones. Acuden a usted con pasajes del Corán que, si se leen de cierto modo, parece que instan a la violencia contra los no creyentes.

—Sabía que teníamos un problema cuando citaron a Wahhab —señaló Qawi.

Rook no necesitaba que le explicara que Muhammad ibn Abd al-Wahhab era un personaje religioso del siglo XVIII que fundó una secta islámica que defendía el regreso a una lectura estricta y ortodoxa del Corán ni que su ideología, el wahabismo, era seguida por Al Qaeda y su sucesor en el terrorismo, el ISIS.

—Intenté explicarles que era un pensamiento anticuado, que estaban recurriendo a una versión del islam que haría que diésemos la espalda a un milenio de progreso humano —dijo Qawi.

—Pero se sintieron cautivados —repuso Rook.

—Por desgracia, sí.

—Usted incluso descubrió que ellos mismos empezaban a publicar cosas en esas páginas de internet. No solo consultaban conversaciones, sino que participaban en ellas, se sumaban a ellas.

Qawi volvió a asentir.

—Y ahora, aunque sé que usted no quiere, aunque aún cree que puede volver a llevarlos a su modo de pensar, va a reconocer que han ido demasiado lejos. Va a reconocer que le han hecho un daño terrible a la religión que usted ama. Va a convertirse en un modelo de lo que está diciendo cuando habla de que los musulmanes tienen que ser los que lideren la lucha contra el terrorismo. Y va a decirme los nombres de esos jóvenes.

Rook había conseguido un ritmo tan hipnotizador que Heat esperaba que Qawi soltara aquellos nombres. Pero el imán hizo una pausa.

—Si yo... Si le doy los nombres, su comisaria Heat... va a seguir investigando, ¿verdad? No va a apresurarse a juzgarles simplemente porque sean musulmanes. ¿Serán tratados de manera justa?

—He tenido el placer de disfrutar de la compañía de la comisaria Heat

durante muchos años ya —contestó Rook—. Lo que le puedo garantizar es que ella, en lo que se refiere a sus investigaciones, actúa de forma ciega en cuanto a la raza, la etnia, el credo, la orientación sexual o cualquier otra forma de intolerancia que se le pueda ocurrir. La única ética que importa a Nikki Heat es la verdad.

Qawi se quedó mirando a Rook. Heat pudo oír cómo su silla crujía a través del micrófono mientras él se removía en su asiento.

—Muy bien —dijo—. Sus nombres son Hassan El-Bashir y Tariq Al-Aman. Quizá me equivoque. Sin duda espero equivocarme. Pero creo que pueden ser ellos los que están en ese vídeo.

Rook extendió una mano hacia Qawi. Agarró las muñecas encadenadas del imán como si tratase de inyectarle calidez humana al frío acero de sus esposas.

—Ha hecho usted lo correcto, Muharib —dijo Rook.

Rook llevó la otra mano detrás de su espalda y, ante la vista de los detectives de la sala de observación, hizo con los dedos la señal del saludo vulcano.

Durante la siguiente media hora, Heat vio cómo Rook continuaba pidiendo a Qawi información sobre los nuevos sospechosos.

Hassan El-Bashir había nacido en Harlem; Tariq Al-Aman en el Bronx. Aunque no eran familia, compartían historias similares. Cada uno de ellos tenía un abuelo que había sido cristiano pero que renunció a su «apellido de esclavo» —Smith, Jones o cualquier otro— adoptando uno nuevo cuando entraron en la Nación del Islam.

Este movimiento, fundado a principios de los sesenta, había perdido su fuerza. La devoción de sus familias por la religión no. La siguiente generación había sido criada como musulmana. Esa generación hizo lo mismo con sus hijos.

El-Bashir y Al-Aman eran esos hijos. Qawi contó que habían ido por primera vez a la Masjid al-Jannah unos años antes. Al ser de edades y temperamentos parecidos, se fueron acercando, primero como amigos, después como compañeros de piso en un frío apartamento de Harlem.

Qawi no sabía explicar qué era lo que les había llevado a radicalizarse

aparte de lo que Rook ya había imaginado. Era una mezcla de desilusión con respecto al sueño americano, que no parecía incluirles a ellos, y una serie de páginas de internet que publicaban lecturas del Corán muy diferentes a las que Qawi defendía.

Mientras Rook y Qawi hablaban, los detectives de la comisaría Veinte iban descubriendo otras informaciones de las vidas de sus nuevos sospechosos.

El-Bashir y Al-Aman no eran desconocidos para la policía de Nueva York. A El-Bashir le habían pillado unos años antes con cigarros de marihuana durante un registro que terminó con una denuncia de delito menor por posesión. Al-Aman tenía varios cargos imprecisos por alteración del orden público, aunque parecía más bien por haber molestado a las fuerzas del orden y no por haberlas amenazado. Ninguno de sus antecedentes era por violencia.

Rhymer había sacado sus fotografías para que las viera Heat. La de El-Bashir era de hacía varios años. En ella, tenía el aspecto de cualquier otro adolescente con el ceño fruncido, con un rostro terso y el pelo muy corto. No llevaba la cabeza cubierta ni ninguna otra cosa que indicara su afiliación religiosa.

La fotografía de Al-Aman era más reciente y concordaba más con un joven musulmán. Tenía la cabeza envuelta en un turbante. La barba, que parecía teñida de rojo, la llevaba larga.

Pero fue Raley, el rey de las cámaras de vigilancia, quien encontró lo más importante.

—Jefa, tengo algo que vas a querer ver —dijo al entrar en la sala de observación.

Heat miró a Rook y a Qawi, que ahora se hallaban sumidos en una profunda conversación sobre los parecidos entre los mensajes de la Biblia y el Corán. Tras determinar que no iba a perderse nada importante para su investigación, Heat siguió a Raley a la sala de la brigada.

—Por fin he conseguido las grabaciones de una cámara enfrente de la Masjid al-Jannah —anunció Raley mientras se sentaba delante de su gran pantalla—. Esto es minutos antes de las once de la noche del sábado.

Pulsó el botón para reproducir la imagen. Dos jóvenes vestidos con túnicas y turbantes caminaban en dirección este por la calle 73. Siguiendo el camino más directo, subieron los escalones de la fachada y entraron en la mezquita.

Se movían con prisa. Una pareja de hombres que se dirigían a un destino concreto. Uno de ellos, el de la derecha, lanzó una mirada furtiva hacia la

calle antes de entrar.

—Demasiado avanzada la noche como para acudir a la mezquita, ¿no crees? —dijo Heat.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Cuánto tiempo estuvieron dentro?

—Poco más de dos horas. Tengo aquí cuándo salen. La hora exacta es la 1:07 de la madrugada.

Raley reprodujo la imagen. Mostraba a los mismos jóvenes saliendo por la puerta principal. Caminaban de vuelta al oeste por la calle 73, en la misma dirección por donde habían venido.

Había en sus pasos la misma sensación de urgencia. Si acaso, andaban con más prisas.

—¿Alguien más ha entrado o salido en ese tiempo? —preguntó Heat.

—No. Ni tampoco durante varias horas antes y después.

—Así que acabamos de ver que dos hombres, que se han vuelto extremadamente radicales en su adhesión al islam, estaban en nuestro escenario del crimen durante el espacio de tiempo que Lauren estableció como hora de la muerte.

—Si son ellos, sí. He estado mirándolo un buen rato y... no puedo afirmarlo con seguridad.

—Vuelve al primer vídeo —le pidió Heat acercándose al panel del asesinato para coger las fotografías de El-Bashir y Al-Aman para poder acercarlas a la pantalla y ver si coincidían.

Raley hizo lo que le ordenaba y Heat volvió a ver el pequeño vídeo.

—¿Puedes congelarme la imagen en algún punto en que se les vea la cara? —le preguntó.

Raley obedeció y detuvo el vídeo en un momento en que los hombres pasaban justo bajo la farola.

—Vale, aumenta un poco la imagen.

—Ya lo he intentado —respondió Raley—. La resolución es bastante mala. Si te acercas demasiado, parecen manchas.

—¿Puedes ponerlo más nítido?

—Hay poca luz. No hay suficiente información para que el ordenador lo consiga.

—Haz lo que puedas.

Raley lo manipuló durante unos momentos y, despacio, fue mejorando la

imagen. Pero tenía razón. La materia prima era limitada.

—Vale, probablemente esto es todo lo que se puede mejorar —dijo Raley—. ¿Qué opinas?

Podría tratarse de sus sospechosos. Pero también podría ser que no lo fueran. No era fácil comparar una fotografía policial, sobre todo si tenía varios años de antigüedad, como la de El-Bashir, con una imagen granulosa de una cámara de seguridad.

—Imprímelo junto con una imagen ampliada de cuerpo entero de los dos —le ordenó Heat.

—Hecho.

—Así que dos horas —murmuró Heat mientras esperaba a que las imágenes salieran de la impresora—. Eso es tiempo más que suficiente para grabar el vídeo de una decapitación, ¿no crees?

—Claro. Lo único es que no se les ve meter a la víctima.

—Hay una puerta trasera —dijo Heat—. Podrían haberla metido por ahí. Probablemente lo hicieron antes. La última llamada para la oración del día es al atardecer. Las mezquitas suelen quedarse bastante vacías después. La verdad es que no se diferencia de las iglesias.

—Así que la llevan dentro en algún momento a última hora de la tarde, la atan y, después, regresan en mitad de la noche.

—Esa sería la hipótesis.

—¿Alguna cámara por la puerta de atrás?

—Negativo.

Heat se quedó mirando a la pantalla, aún con la imagen congelada de las caras de los jóvenes.

—Lo único que en realidad no tiene sentido es que..., en fin, digamos que El-Bashir y Al-Aman mataron a nuestra víctima en la madrugada del domingo —dijo Heat—. Pero no se deshicieron del cadáver hasta después de las once de la noche del lunes, cuando el lavaplatos de Pho Sure se fue a casa. Eso son veinticuatro horas o más en las que no hay explicación de dónde está el cadáver.

—Puede que lo guardaran en algún rincón de la mezquita —sugirió Raley—. Ellos deben conocer bien el templo. Debe tener algún almacén o sótano o algún lugar donde supieran que no sería probable que alguien encontrara el cuerpo. Volvieron el lunes por la noche o en la madrugada del martes a deshacerse de él.

—Es posible —admitió Heat—. Pero ¿por qué esperar? Lo más normal es que quisieran quitárselo de encima.

—Pues esperemos que podamos tener la oportunidad de preguntárselo a El-Bashir y Al-Aman muy pronto.

—Si es que son ellos —dijo Heat mientras cogía las imágenes de la impresora para regresar a la sala de interrogatorios número 1.

Cuando entró, Rook estaba en medio de una frase.

—... Así que el tipo va al vendedor de camellos de su pueblo y dice...

Rook se detuvo cuando vio la mirada de Heat.

—¿Chistes de camellos? ¿En serio? —preguntó Heat—. Cuando he salido estabais hablando de los puntos en común entre las dos grandes religiones del mundo ¿y ahora estáis contando chistes?

—¿Qué tienen de malo los chistes de camellos? —protestó Rook—. Resulta que los camellos son muy importantes en la cultura árabe. Sé que aquí se les considera unguilados malolientes y de mal carácter. Pero ¿sabías que la palabra «camello» viene de una palabra árabe que significa «belleza»?

Rook se inclinó hacia Qawi.

—Lo sé porque lo mencionaban en una novela de misterio que leí, *Tormenta salvaje*, de ese tal Richard Castle.

—Debe de ser un escritorzuelo. Me sorprende que un hombre de su intelecto lea una basura tan vulgar e infumable.

—Supongo que siento debilidad por los libros que son entretenidos de verdad —contestó Rook—. Usted se habrá dado cuenta, por supuesto, de que muchos de los escritores más imperecederos del mundo, como nuestro amigo Shakespeare, por nombrar alguno, eran considerados como los escritores vulgares e infumables de su época.

Heat se aclaró la garganta.

—Seguiremos en otra ocasión —dijo Rook—. Lo siento. ¿Qué decías?

Heat negó con la cabeza y, a continuación, colocó las fotos sobre la mesa delante de Qawi.

—Sé que no son de muy buena calidad —se disculpó Heat—. Pero esperaba que usted pudiera decirme si estos hombres son Hassan El-Bashir y Tariq Al-Aman.

Tras echarles un vistazo, Qawi se llevó la mano a la boca. Por aquel gesto, Heat supo todo lo que necesitaba saber, pero, aun así, Qawi habló.

—Ay, Hassan y Tariq, ¿qué habéis hecho?

—Entonces, son ellos.

—Sí. Me temo que sí.

—Estas imágenes están tomadas de una cámara de seguridad aproximadamente a las once de la noche del sábado. Estuvieron dentro unas dos horas y después se fueron. ¿Se le ocurre algún motivo por el que tuvieran que estar en la mezquita durante ese tiempo?

—Bueno, la mezquita está abierta a todas horas porque creemos que las necesidades espirituales pueden surgir en cualquier momento del día, pero no. A menos que fuese Ramadán, no se me ocurre ninguna razón para que estuviesen allí a esa hora.

La expresión de Qawi mostraba su tristeza al confirmar que dos miembros del rebaño se habían desviado tanto.

—Está haciendo lo correcto —le tranquilizó Rook.

—Esto resulta difícil. Muy difícil —contestó Qawi—. Pero sé que es aún más difícil para la familia de la víctima. ¿Puede...? ¿Puede decirles que me gustaría rezar con ellos? Es importante para mí que la familia comprenda que el asesinato es para Alá algo abominable.

—Lo haría si supiera quién es la víctima —dijo Heat—. Aún no la hemos identificado.

En ese momento, Randall Feller entró en la sala de interrogatorios moviendo en el aire una fotografía.

—Ahora sí —dijo con tono triunfante—. Los agentes han encontrado la cabeza en un contenedor dos casas más abajo de donde hallaron el cuerpo.

—¿Y bien?

—Lo siento, Rook —se disculpó Feller—. Sé que la conocías.

—¿Quién es? —preguntó Heat—. Vamos, suéltalo.

—Vale, vale —obedeció Feller—. Aquí está la víctima del caso de la decapitación del ISIS americano.

Feller colocó sobre la mesa un retrato profesional. Allí, mirando a Heat con expresión segura, estaba el rostro sonriente de la periodista del *New York Ledger* Tam Svejda.

La reacción de Rook al principio fue discreta: la boca se le curvó ligeramente hacia abajo, las mejillas se le hundieron unos centímetros y el mentón le tembló un poco.

Es extraño lo que se siente al saber que una antigua amante ha muerto. Porque el corazón cree que ha pasado página después de aquel amor del pasado. Hasta que descubre que ese otro corazón ha dejado de latir.

Heat notó que Rook trataba de mantener una fachada valiente delante de Feller. O quizá estuviese intentando fingir falta de interés para no herirla. Posiblemente estuviera luciendo una máscara de imparcialidad delante de Qawi, al que Rook ya estaba preparando como futura fuente de información.

Pero no le estaba funcionando. El ser humano que había en el interior de Rook pesaba más que el tipo duro, el esposo fiel y el periodista.

Por fin, se rindió.

—Oh, Tam —dijo extendiendo la mano para coger la fotografía mientras las lágrimas inundaban sus ojos—. Lo siento tanto...

—¿Era amiga suya? —preguntó Qawi.

—Sí. Durante un tiempo. Hace mucho. Fue... Nunca iba a funcionar. Dos periodistas que tenían que competir entre sí por conseguir primicias intentando tener una relación. Sobre todo, cuando uno de ellos trabajaba para un sitio como el *Ledger*. Así que rompimos. Pero pasamos buenos momentos. Fuera del trabajo era una persona realmente encantadora. Tenía un modo de...

Rook levantó los ojos y vio que todos le miraban.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —respondió Heat acercándose a él, agachándose y envolviéndolo en sus brazos desde atrás.

Rook le agarró la mano y respiró hondo. Incluso Feller parecía estar guardando un momento de silencio.

Cuando estaba viva, Heat y los demás detectives de la comisaría Veinte habían considerado a Tam Svejda como poco menos que la suciedad que se rascaban de los zapatos tras un descuidado paseo por el parque donde se saca a los perros. Era una mezcla del forúnculo supurante que aparecía en sus caras la noche del baile de graduación, el vecino que se negaba a bajar la música a las dos de la madrugada y el goteo de la nariz que nunca desaparece.

Los policías sentían cierto tipo de hostilidad por los periodistas. Básicamente, componían dos grupos cuyos objetivos eran a menudo diametralmente opuestos. El deber de los policías era asegurarse de que no se hiciera público nada que pusiera en peligro la investigación o que pudiese poner sobre aviso a los malos. El de los periodistas era asegurarse de que, más o menos, todo se hiciera público, o, al menos, todo lo que pudieran considerar cierto.

Pero ese tipo de antagonismos habituales habían desaparecido. Ella era ahora su víctima. Su causa. Y nada les detendría hasta asegurarse de que sus asesinos eran llevados ante la justicia.

—Señor Qawi, ¿conocían de algo Hassan o Tariq a Tam Svejda? —preguntó Heat.

—Yo... No lo sé.

—¿Leían el *New York Ledger*?

—De leer algún periódico, habría sido el *Ledger*. Pero nunca les vi prestar demasiada atención a las noticias.

—Tam estaba siempre recorriendo las calles —explicó Rook—. Especialmente, cuando escribía sobre delincuencia. Era ahí donde ella pensaba que estaba la mejor información. Podría haber sido para ellos un buen objetivo.

—O quizá la eligieron por algún motivo —replicó Heat—. O puede que la conocieran por su reputación de periodista agresiva y encontraran el modo de...

Heat dejó la idea en el aire, pero se interrumpió antes de terminarla. Aunque ya no consideraba sospechoso a Qawi, aún no confiaba del todo en

él. No quería elaborar teorías en su presencia.

—Señor Qawi, puede irse —dijo, a la vez que le quitaba las esposas—. Le agradecemos su ayuda en nuestra investigación. Para demostrarle nuestra buena voluntad, no vamos a presentar cargos por haber huido cuando fuimos a arrestarlo.

—Gracias.

—Sin embargo, como muestra continuada de su colaboración, ¿podría enviarnos cualquier prueba que pueda encontrar de la radicalización de Hassan El-Bashir y Tariq Al-Aman? Cualquier cosa que pudieran haber publicado en internet o cualquier otra muestra de que pudieran tener vínculos con la comunidad extremista.

—Veré lo que puedo encontrar.

—También quiero pedirle que no salga de Nueva York y que esté disponible para nuestros investigadores por si necesitan hacerle más preguntas. ¿Le parece bien?

—Sí, comisaria Heat. Gracias —contestó Qawi—. Y quiero que sepa que la Masjid al-Jannah va a celebrar una oración por la señorita Tam Svejda. Nuestra congregación se unirá a toda la ciudad de Nueva York para llorar su pérdida.

—Es todo un detalle de su parte, señor Qawi —dijo Heat.

Qawi se levantó de su silla. Heat y Rook le siguieron cuando salió de la sala de interrogatorios número 1 y, después, lo vieron entrar en el ascensor, donde se despidieron.

Mientras Heat volvía a la sala de la brigada con Rook detrás, ya iba pensando en los siguientes pasos.

—Muy bien —dijo Heat—. Feller, ve a por Opie. Quiero que forméis un equipo para capturar a El-Bashir y Al-Aman. Empezad por su apartamento. Como medida preventiva, llevad a la brigada antiexplosivos. Quizá os estén esperando y no quiero correr ningún peligro.

—Entendido —respondió Feller.

Heat miró a Rook.

—¿Sabes dónde viven los padres de Tam?

—En Pensilvania, creo. A las afueras de Filadelfia. En Main Line, si no recuerdo mal. O lo suficientemente cerca como para que las inmobiliarias lo llamen Main Line. Pero aparte de eso...

—Vale. Seguro que un apellido como Svejda no será difícil de localizar.

Rales, ¿puedes averiguar dónde están sus padres? Llama a la policía local y pregúntales si pueden notificar la muerte a su familia.

—Hecho.

—Además, busca la altura de El-Bashir y Al-Aman en sus carnés de conducir o en sus fichas policiales y compáralas con las de los hombres del vídeo. A ver si coinciden. No es exactamente una huella dactilar, pero será mejor que nada durante el juicio.

—Lo haré.

—Por cierto, ¿dónde demonios está Aguinaldo? —preguntó Heat—. ¿Aún no ha encontrado nada del pañuelo?

—Por lo que sé, sigue visitando tiendas —respondió Raley—. La voy a llamar.

—Sí, por favor. ¿Y tenemos noticias de Ochoa?

—Buenas noticias —la tranquilizó Raley—. La herida era superficial. Los médicos han dicho que la bala chocó contra algo antes de entrar en el trasero. Por eso no entró más que un par de centímetros.

—¿Crees que quien disparó falló a propósito? —preguntó Feller.

—Pronto lo sabremos —respondió Heat—. Los médicos saben que hay que enviar la pieza a balística para que la analicen, ¿no? En la central querrán saber de qué pistola ha salido.

—Ya la han enviado —dijo Raley.

—Buen trabajo —contestó Heat y, a continuación, miró a Rook—. En cuanto a ti...

Rook ya estaba retrocediendo.

—Otra vez al radiador no. Cualquier cosa menos el radiador.

Heat se rio.

—Esa es una posibilidad. Pero creo que si te tengo cerca estarás más seguro. ¿Quieres venir conmigo de excursión?

—¡Sí! ¡Sí! ¿Qué tal al zoo? ¿Podemos ir al zoo?

—En cierto sentido, es a donde vamos —respondió Heat—. Quiero hablar con el editor de Tam en el *Ledger*. Es posible que esos locos cogieran a la primera periodista que encontraron por la calle. Pero si buscaron un modo de atraerla o si tenían alguna razón específica para ir tras ella, quiero saberlo.

—Vaya... —dijo Rook—. Meterse en las fauces de la bestia, ¿eh?

Rook sabía que, para Heat, entrar en los despachos del *New York Ledger* y pedir audiencia era bastante parecido a salir a cenar en un barco por la laguna

Estigia y preguntar al capitán si tenía un momento para charlar.

—Por eso te llevo conmigo —replicó Heat—. Imagino que sabes cómo hablar con los periodistas.

—Así que me estás utilizando.

—También puedes pasar más tiempo con el radiador.

—En ese caso, utilízame como a una mula.

La redacción del *New York Ledger* ocupaba varias plantas de un gran edificio de la Sexta Avenida en el centro de la ciudad, casi treinta manzanas al sur de la comisaría Veinte. Heat pensó en coger un coche de la comisaría, pero decidió que iría más rápido con un taxi. El Departamento de Policía de Nueva York pedía papeleo. Los taxis no.

Rook se sentó a su lado. Giraron a la derecha en Columbus y no habían recorrido más de una manzana cuando Rook habló.

—Estás buscando a tu madre, ¿verdad? —comentó—. Incluso cuando estábamos parando el taxi, he visto que tus ojos miraban a otro sitio.

Heat respiró hondo.

—Sé que se supone que debo concentrarme en la investigación. Y eso hago.

—¿Pero?

—Pero sí. No puedo evitarlo. Incluso cuando iba corriendo tras Muharib Qawi, creo que la buscaba con uno de mis ojos.

—Yo estoy igual. He pasado la mitad del tiempo encadenado a aquel radiador mirando por la ventana, observando a todo el que pasaba.

—Gracias —dijo Heat en voz baja a la vez que deslizaba la mano sobre la de él.

—Tenemos que ser pacientes —repuso Rook mientras le apretaba la mano—. Lauren nos dará alguna respuesta muy pronto.

—Puede ser. O puede que lo único que nos proporcione sea mil preguntas más.

Durante el resto del trayecto no hablaron. Heat dedicó un momento simplemente a disfrutar del hecho de estar al lado de Rook. Seguía sorprendiéndole que pudiera significar tantas cosas para ella: no solo su juguete sexual preferido y su mejor amigo, sino también su consuelo.

El taxi les dejó en la esquina de la calle 55. Mientras salían, una mujer

delgada de pelo negro pasó junto a ellos sumida en una conversación telefónica por su móvil.

—Oye, ahora vas a tener que estar dispuesta a comportarte como una verdadera puta, ¿vale? —dijo—. Ese es nuestro mantra, ya lo sabes.

Heat esperó a que la mujer pasara antes de hablar.

—¿La dueña de un prostíbulo de lujo?

—Agente literaria —respondió Rook—. Aunque lo cierto es que con las mejores es difícil saber la diferencia.

Heat levantó los ojos hacia el edificio en el que estaban a punto de entrar.

—De acuerdo, hazme un breve resumen del editor de Tam.

—Se llama Steve Liebman. Lo he visto una o dos veces. Es el editor de la sección local, ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no.

—Los editores de la sección local son los mandos intermedios más estresados del mundo periodístico. Están constantemente acosados por los editores superiores a ellos en la cadena alimenticia para que saquen noticias sensacionalistas que vayan en primera página y que hagan que los ejemplares de ese día vuelen de los quioscos y sean visitados en todo internet, haya ocurrido o no de verdad algo realmente sensacionalista. Su obligación es, por tanto, coger la miseria de esas expectativas imposibles y pasarla a los periodistas multiplicada por diez, lo cual convierte sus vidas en verdaderos infiernos en la tierra si no entregan el artículo con la historia que los mandos superiores creen que existe, aunque el único lugar donde existe es en su imaginación. Es un trabajo que implica básicamente chuparle el alma a todo aquel que haya a tu alrededor hasta dejarlo seco.

—Suenas encantador.

—Lo cierto es que es un tipo bastante bueno —dijo Rook—. Para ser editor.

—¿Crees que nos va a ayudar?

—En circunstancias normales, si una comisaria de la policía de Nueva York entra en la redacción del *Ledger* y exige saber en qué andaba metido alguno de sus reporteros, Liebman te sacaría de su despacho entre risas como buen profesional —aseguró Rook—. Pero, por supuesto, estas circunstancias no son normales.

—En fin, vamos allá —dijo Heat—. Deja que sea yo quien dirija la conversación, ¿vale? Quiero tenerte cerca para que hagas lo correcto si entro

con mal pie y la lío.

—Seré como tu Don Limpio —respondió Rook. A continuación se vio en un cristal oscuro y pasó una mano por su pelo espeso de corte moderno—. Pero con mucho mejor pelo, ya sabes.

Heat entró primero en el vestíbulo del edificio y se presentó en el mostrador de seguridad.

Cinco minutos después, tras recoger unas etiquetas identificativas con sus nombres y fotografías, Heat y Rook fueron recibidos por una empleada. Se trataba de una mujer joven de aspecto cansado que los acompañó hasta la planta catorce, a una sala amplia con un mar de mesas en el centro. Apenas la mitad de ellas estaban ocupadas con hombres y mujeres de igual corte, la mayor parte también jóvenes y agobiados. Las finanzas de los periódicos habían estado tan mal durante tanto tiempo que sitios como el *Ledger* andaban continuamente cortos de personal. La mayoría de sus empleados estaban recién salidos de la universidad, lo cual permitía que se les pagara escandalosamente poco a cambio de la «experiencia» de trabajar en uno de los diarios más importantes del país.

La empleada llevó a Heat y a Rook a un despacho con paredes de cristal al otro extremo de la sala. Sentado a la mesa, tras montones de periódicos viejos, estaba un hombre de mediana edad, arrugado, con calva incipiente y gafas, mala postura y un aire de que la vida le había tratado muy mal.

La empleada llamó a la puerta. Liebman no se molestó en apartar los ojos de la pantalla.

—Hola, detectives, ¿en qué les puedo...?

Entonces, levantó los ojos.

—¿Jameson? —preguntó casi como si estuviese viendo a un fantasma—. Gracias a Dios que estás bien, pero... ¿Qué haces aquí?

Rook, siguiendo la orden de dejar que Heat hablara primero, no respondió.

—Señor Liebman, soy la comisaria Nikki Heat, de la comisaría Veinte.

—Sé quién es —respondió Liebman—. Leo mi propio periódico, ¿sabe? ¿Ha venido para darme alguna historia?

—No exactamente.

—Entonces, estoy seguro de que le encantará charlar con nuestra abogada. Que tenga un buen día —dijo sonriendo por primera vez.

—Señor Liebman, se trata de Tam Svejda.

En el momento en que Heat pronunció aquel nombre, la sonrisa de

Liebman desapareció.

—No —fue lo único que dijo, dejando caer los hombros aún más de lo habitual—. No..., por favor... Era ella la del vídeo, ¿verdad?

—Lo siento, señor Liebman.

El rostro de aquel hombre se enterró de inmediato entre sus manos. No emitió ningún sonido, pero su cuerpo empezó a temblar. Cuando levantó de nuevo la cabeza y apartó las manos, tenía lágrimas en los ojos.

—Lo siento —se disculpó, tratando de recomponerse—. Creo..., creo que lo sabía... Tam no es precisamente de las que se toman muchos días de descanso. Cuando no supe nada de ella el domingo, pensé: «Bien hecho, chica. Por fin te das un respiro». Luego, el lunes, sin llamadas ni correos, lo cual era... Quiero decir, no creo que haya pasado dos días seguidos sin tener noticias de Tam durante todo el tiempo que hemos trabajado juntos. Siempre tenía una filtración de alguna historia. Luego, esta mañana, he visto el vídeo y... En fin, como he dicho, creo que lo sabía. Es decir, todo lo que se veía en la víctima era... Pero aun así esperaba que no fuese ella. Oh, Tam.

Se puso de pie y se dio la vuelta. Se acercó a la ventana que había tras su mesa. No quería que Heat y Rook le vieran superado emocionalmente.

—Era una reportera fuera de serie —dijo Rook.

—Era más que eso —contestó Liebman con la vista fija en la ventana y voz apagada—. Sé que daba una imagen que ella misma había cultivado. Era una estrella del periodismo. Muy atractiva. Incansable en la búsqueda de una historia. Cada primicia que perseguía era como un trozo de carne cruda, y ella, una tigresa. Pero eso era, sobre todo, una fachada. Por dentro era un verdadero encanto. Solo había una periodista que recordara siempre mi cumpleaños y el aniversario de mi boda, y esa era Tam. Cuando murió mi madre, vino al funeral y lloró junto a mí. Era...

Liebman titubeaba, así que Rook terminó la frase.

—... Única.

—Sí. Eso era —dijo Liebman, volviéndose ahora hacia ellos y ofreciendo a Rook una triste sonrisa—. ¿Pero qué te voy a contar a ti? Tú sabes de qué hablo. Cuando estabais juntos, yo siempre dije que si teníais hijos serían los mejores reporteros de la historia. Habrían tenido que ponerles siempre una mesa en los premios Pulitzer, porque cada año ganaría uno de ellos.

Movió la mano en el aire como si quisiese deshacerse de un pensamiento estúpido.

—En fin, ¿cómo va la investigación? —preguntó Liebman—. ¿Habéis atrapado ya a esos cabrones?

Rook estaba a punto de decir algo, pero Heat le agarró la muñeca.

—Eso va a tener que seguir siendo confidencial —contestó ella.

Heat y Liebman se quedaron mirándose con cautela. Superada la parte emocional, retomaron sus roles de adversarios.

—Entonces, ¿se supone que tengo que ayudar a su investigación y luego esperar a la rueda de prensa para poder informar de algo? —preguntó Liebman—. Está de broma. Tam era nuestra reportera. También era la imagen pública de nuestra redacción local. Es del todo inaceptable que no estemos al frente de la competición en este asunto. Como poco, debe dejarnos ser los primeros en contar que ha sido ella la víctima del ISIS americano. Resultaría ridículo que todos los demás tuvieran esa primicia.

Heat respiró hondo, lo que esperaba que diera fuerza a su argumento, hasta que vio que Rook le hacía una pequeña señal de afirmación con la cabeza.

Dejó escapar el aire.

—Un momento —murmuró. A continuación, sacó su teléfono y tocó algunas teclas.

Se oyó una voz al otro lado.

—Aquí Raley.

—Oye, Rales —dijo Heat—. Muy rápido: ¿has encontrado ya a la familia de la víctima?

—Los Svejda viven en Media, Filadelfia —contestó—. La policía de Media me ha dicho que van a enviar a un comisario a su casa en quince minutos.

—Gracias —respondió ella y, después, colgó. Volvió a mirar a Liebman.

—¿Puede esperar media hora para que los padres de Tam no tengan que enterarse de esto por la prensa? —le pidió.

Él asintió.

—Ahí tiene su primicia. Puede contar que se lo he dicho yo. Y le prometo que le informaré antes que a la competencia durante toda la investigación siempre que pueda —dijo—. Pero necesito su colaboración. Y necesito que me prometa que si le ordeno que espere antes de publicar algo, usted lo hará.

—No haré nada que ponga en peligro su investigación, comisaria —respondió él—. Le aseguro que quiero atrapar a esa escoria tanto como usted.

—Gracias —dijo Heat—. Y bien, ¿estaba Tam trabajando en algo

relacionado con el ISIS?

—Pues sí. Hizo para nosotros el artículo de Joanna Masters.

—¿Lo hizo Tam? —preguntó Rook—. Dios mío. Ni siquiera miré el nombre del autor.

—Perdone —interrumpió Heat—. ¿El artículo de Joanna Masters?

—Joanna Masters es una cooperante que recibió un disparo del ISIS — contestó Rook—. Estaba en la Cruz Roja, ¿verdad?

Liebman asintió y, después, continuó con la explicación.

—Estaba en Siria ayudando a distribuir alimentos y medicinas entre los refugiados, cuando su convoy fue atacado por un grupo de combatientes del ISIS. Le dispararon cuando huía. Tam sabía que Joanna era de Nueva York y estaba decidida a conseguir la primera entrevista con ella. Tam empezó a trabajar a partir de una fuente a la que había conocido en la Cruz Roja para que la avisara cuando Joanna volviera a casa. Creo que Tam estaba esperando en la puerta del apartamento de Joanna en Greenwich Village cuando el taxi la trajo del aeropuerto. Todos habían informado ya de lo que le había pasado a Joanna Masters, pero Tam fue la primera en hacerse con toda la historia.

Liebman se rio entre dientes.

—El *Times* envió a un periodista a su casa al día siguiente y Joanna les dijo que lo dejaran. En lo que a ella concernía, ya había contado al *Ledger* todo lo que tenía que decir y eso era todo. En el *Times* terminaron teniendo que citar el artículo de Tam, dando su nombre. Al contrario de lo que normalmente hacen, que es fingir que no han sacado la noticia de algún sucio periódico sensacionalista. Oh, Tam —volvió a decir mientras negaba con la cabeza y suspiraba, con los ojos llenándosele de lágrimas.

—Vale, pero eso suena básicamente a un artículo de interés humano —dijo Heat—. ¿Por qué iba a importarle al ISIS una cosa así? No les preocupa precisamente tener mala prensa. Vamos, de hecho, parece que lo que buscan es mala prensa. ¿Por qué iban a sentirse amenazados por el artículo de Joanna Masters?

—No sabría decirle —respondió Liebman—. Supongo que es posible que Joanna le diera alguna especie de pista. Pero eso no es más que una conjetura mía. Desde luego, Tam no dijo nada. Tendría que preguntarle a Joanna.

Heat anotó en su memoria hacer una visita a Joanna Masters y preguntárselo.

—De acuerdo. Entonces, aparte de Joanna Masters, ¿estaba trabajando

Tam en alguna otra cosa que pudiese tener algo que ver con el ISIS? — preguntó Heat.

Liebman miró hacia la izquierda.

—Quizá —contestó.

—¿A qué se refiere con «quizá»?

—Tam y yo habíamos trabajado juntos durante muchos años —respondió—. A mis reporteros más jóvenes los ato corto. Y ya habrá notado usted que tengo muchos de ellos. Pero Tam era... Bueno, ella entraba en una categoría distinta. Sabía que en cuanto me contaba alguna historia yo tenía que incluirla en el presupuesto y, después, todos, desde el editor ejecutivo para abajo, empezarían a reclamarla a gritos, estuviese terminada o no. Así que hubo muchas ocasiones en las que ella estaba trabajando en algo y me decía que aún no estaba del todo terminado. Sinceramente, yo creo que ella aprendió ese truco de Rook.

—A los editores hay que saber tratarlos —confirmó el escritor.

—Yo había aprendido a confiar en que fuese ella quien me dijese cuándo era el momento oportuno —dijo Liebman.

—Entonces, ¿estaba trabajando en algo nuevo de lo que no le habló? — preguntó Heat.

—Sí. Me dijo que era algo importante.

—¿Cómo de importante?

—Como la supernova. Pero me dijo que tenía que perfilarlo más antes de que pudiera echarle un vistazo. Se fue de la ciudad el jueves para investigar, pero la verdad es que ni siquiera podría decirle adónde fue. Normalmente solo sé dónde ha estado Tam después de que me entregue su informe de gastos.

—¿Cree que podría averiguar en qué estaba trabajando? —preguntó Heat—. ¿Tenía algún archivo que podamos consultar?

Liebman infló los carrillos y dejó escapar el aire.

—Dios mío. No tengo ni idea. Su mesa no está mucho más ordenada que la mía.

—¿Podemos echar un vistazo?

—Claro —respondió Liebman—. Vamos.

Liebman se puso de pie y salió a la redacción. Heat y Rook le siguieron.

Mientras avanzaba, Heat se dio cuenta de que la estaban observando un montón de ojos jóvenes que mostraban una clara curiosidad. Después, se dio

cuenta de que aquellos ojos no la miraban a ella.

—Rook, ¿por qué te mira todo el mundo?

—¿Cree que se puede tener a un dos veces ganador del premio Pulitzer y pasearlo por la redacción local de un importante periódico sin que la gente se dé cuenta? Rook es como una mezcla entre el papa y Elvis para estos chicos. Probablemente, la mitad de ellos tengan en sus dormitorios carteles con su cara.

—Con el debido respeto a Su Santidad, yo tengo mucho mejor cabello —dijo Rook.

—En fin, ya hemos llegado —anunció Liebman al detenerse en una mesa que ocupaba el rincón más cercano a las máquinas de bebidas, el sitio de Tam Svejda.

Heat se quedó mirando la superficie de la mesa, que estaba cubierta de viejos periódicos, menús de comida para llevar, cuadernos de reportero, artículos de la competencia impresos y paquetes de ketchup. El principio organizativo parecía basarse en la entropía.

—¡Uf! —exclamó Heat—. No estoy segura de por dónde empezar.

—¿Qué tal por ahí? —preguntó Rook señalando.

Heat siguió su dedo hacia la parte superior del ordenador. La empresa matriz del *Ledger* no había gastado en nuevos equipos desde la presidencia de Bush —el primer Bush, probablemente—, así que el ordenador de Tam era algo así como un gran bloque con espacio suficiente encima para muchos chismes. Heat vio la cabeza de un caimán, un par de esposas en miniatura, unos dados viejos, un cubo de Rubik cuyos cuadrados eran fotos de modelos masculinos, una tarántula debajo de un cristal...

Y una bala deformada.

—No la toques. —Heat le dio una cachetada a Rook cuando extendía la mano para cogerla. Miró a Liebman—. ¿Sabe algo de esto?

—No mucho —contestó mientras se ajustaba las gafas, que se le habían resbalado por la nariz, para poder ver mejor—. Apareció de pronto. No sé, hace una o dos semanas. Le pregunté a Tam y lo único que me dijo fue que se trataba de un recuerdo.

—Un souvenir extraño —observó Heat.

—Los periodistas son personas extrañas, comisaria Heat —comentó Liebman.

Heat miraba ahora a Rook, que, privado de información táctil, estudiaba la

bala desde múltiples ángulos. Claramente se había golpeado contra algo bastante duro, de ahí su deformación.

—¿Crees que quizá alguien le estaba enviando un mensaje? —preguntó Rook—. Si estaban tratando de asustar a una reportera para que no hiciera un artículo, enviarle una bala sería una forma a la antigua usanza de conseguirlo, ¿no?

—Tam no se asustaba con facilidad precisamente —dijo Liebman.

—Sí, pero alguien que estuviese tratando de amenazarla no tendría por qué saberlo —repuso Rook—. Y, desde luego, Tam tomó esta «amenaza», entre comillas, y la colocó encima de su ordenador como si fuese un trofeo.

—Sí, pero ¿no habrían enviado una bala nueva? —preguntó Heat—. Una bien brillante y pulida que conservara aún su casquillo. Eso es más simbólico, ¿no? ¿Por qué enviar una vieja bala destrozada?

—Quizá formaba parte del mensaje: no solo tenemos balas, sabemos cómo usarlas —dijo Rook.

Los tres se quedaron quietos alrededor de lo que, en vida, había sido la mesa de Tam Svejda. Era como si estuviesen esperando a que su fantasma les visitara para susurrarles una teoría alternativa al oído.

Pero dondequiera que hubiese aterrizado el inquieto espíritu de Tam, no había sido en la redacción del *Ledger*. Después de treinta segundos escuchando a los futuros premios Pulitzer escribir en sus ordenadores sus informes de seis párrafos, Heat volvió a ponerse en marcha.

—¿Puedo llevarme la bala como prueba? —preguntó.

—Usted misma —respondió Liebman.

Heat sacó unos guantes de nitrilo y una bolsa para pruebas y dejó caer cuidadosamente la bala en su interior.

—¿Y estos cuadernos? —volvió a preguntar.

Liebman miró sus cubiertas.

—Normalmente solía llevar con ella los que estaba usando en ese momento. Todos estos parecen de artículos que ya habría escrito, así que son viejos. Pero probablemente a nuestra abogada le dé un ataque si no les echo un vistazo antes de que se los lleven. ¿Qué le parece si los miro y veo si contienen algo de relevancia? Se lo diré en caso de que descubra algo.

Rook notó la indecisión de Heat.

—Probablemente le enviaron esa bala por algo que aún no había escrito. No tiene sentido amenazar a alguien después de que el artículo ya se haya

publicado.

—De acuerdo —dijo ella.

Heat señaló después con la cabeza hacia el teléfono que estaba sobre la mesa de Svejda.

—¿Lo utilizaba Tam o solo usaba su móvil?

—No, utilizaba los dos —contestó Liebman y añadió con una sonrisa irónica—: A veces simultáneamente.

—¿El móvil se lo proporcionó el periódico?

—Así es.

—Entonces, cualquier cosa en la que estuviese trabajando habrá quedado reflejada en los registros de llamadas.

—Probablemente —contestó Liebman—. A menos que estuviese haciendo muchas entrevistas en persona.

—¿Con quién puedo hablar para ver su registro de llamadas? —preguntó Heat—. Normalmente, me limitaría a pedir una orden de registro, pero no creo que ningún juez vaya a dejarme meter mano en los registros telefónicos de un periódico cuando lo único que tengo es una corazonada que estoy tratando de confirmar.

—Bueno, si lo que quiere son los registros de llamadas, no me corresponde a mí, eso está claro. Aunque nos dedicamos a vencer la privacidad de los demás, nos tomamos la nuestra muy en serio. Como esto es un asunto criminal, tendrá que acudir a nuestra abogada.

—Claro. ¿Con quién trabajan?

—Con Helen Miksit —contestó Liebman.

Heat no respondió. Estaba demasiado ocupada realizando el hercúleo esfuerzo necesario para contener la mueca que se estaba formando en sus labios.

Cosa que consiguió.

O casi.

Otros veinte minutos de mirar por la redacción del *New York Ledger* no aportaron gran cosa, aparte de hacer que Heat se fuese sintiendo cada vez más incómoda de estar allí.

Estaba claro que Tam Svejda andaba detrás de algo: quizá algo no relacionado con su muerte o quizá algo que la colocaba en la trayectoria de colisión de un machete terrorista. Dondequiera que estuviesen las respuestas, no se encontraban en la mesa de Tam. Ni en las máquinas expendedoras que estaban detrás. Ni en ningún otro lugar de aquella redacción llena de periodistas recién llegados a la edad adulta.

Heat notó también que Liebman estaba deseando deshacerse de ellos para poder empezar a poner en marcha la maquinaria y cubrir la gran historia. Los reporteros del *New York Ledger* tenían una exclusiva. También tenían que llorar la muerte de una compañera, cosa que harían a la vez que realizaban su trabajo.

Aquel era uno de los pocos aspectos en los que los policías y los periódicos sí que tenían bastante en común: ninguno tenía mucho tiempo para pararse a llorar una pérdida.

Heat y Rook volvieron a salir a la Sexta Avenida y acababan de parar un taxi cuando sonó el teléfono de Rook.

—Aquí Jameson Rook —dijo con soltura.

Su expresión se iluminó.

—¡Ah! ¡Hola, Lana! —exclamó y, a continuación, puso la mano sobre el auricular—. Es Lana Kline. La hija de Piernas.

—Ya recuerdo. La alegría de la huerta en persona —respondió Heat con

una sonrisa empalagosa.

Pero Rook no notó su actitud pasivo-agresiva. Estaba de nuevo atendiendo a su llamada.

Entraron en el taxi. Heat le dijo al conductor que les llevara a Church Street, donde esperaba ver a Helen Miksit en su despacho y de buen humor.

—Sí, sí. Eso sería estupendo. ¿Cuándo? —preguntó Rook. A continuación, esperó un momento—. No, no es ningún problema.

Otra pausa.

—Yo siempre tengo una maleta hecha para ese tipo de emergencias —dijo.

Después, se rio.

—Sí, claro que llevo un bañador. —Fingió ponerse serio—. ¿Ron? Señorita Kline, es usted muy mala.

Esperó a la respuesta de ella y, a continuación, respondió:

—Compórtese... Pero si quiere mi consejo, yo elegiría Pyrat Cask. Tienen un ron viejo...

Esperó.

—Sí, ese —dijo—. Vale. Me parece bien. Sí, nos vemos... De acuerdo. ¡Tachán!

Puso fin a la llamada. Su sonrisa se había vuelto más bobalicona.

Heat notó cómo se le enrojecían las orejas. Se preguntó si de verdad le salía humo por ellas o si era solo su imaginación.

—¿Qué? —preguntó él con expresión de inocencia.

—Nada.

—Pareces... enfadada, de repente.

—No, estoy bien —respondió ella con una sonrisa de no estar nada bien.

—Ah, bueno. En fin, era Lana Kline. La hija de Piernas.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Sí?

—Sí. ¿Y?

—Pues parece que Piernas tiene un hueco en su agenda para una entrevista personal esta tarde. Y es algo que tengo que hacer antes de escribir su perfil. Porque, ya sabes, hablar con la fuente es... En fin, forma parte de lo que se quiere hacer cuando se trata de plasmar el perfil de una persona en un..., en un artículo... ¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Como si estuvieses pensando si sacarme las tripas me dolería más que

descuartizarme.

—No. Supongo que... solo estoy distraída.

—Porque es una muñeca hinchable, ¿recuerdas? —dijo Rook—. Y nadie desea tener relaciones sexuales con una muñeca hinchable. Es decir, salvo la gente que sí tiene relaciones sexuales con muñecas hinchables. No es que yo sepa nada al respecto.

El taxista extendió la mano hacia la pequeña puerta del cristal blindado que separaba su zona de la parte posterior del taxi y la cerró.

—Bueno, lo que quiero decir es que no tienes que preocuparte de nada con respecto a Lana —se explicó Rook—. No es más que... cordialidad profesional.

—De acuerdo —respondió Heat—. Y bien, ¿dónde quiere Kline reunirse contigo? ¿Un hotel o...?

—No. Vamos a tener la entrevista en el avión. En el trayecto desde Nueva York a no sé dónde.

—En su 737.

—Sí.

—El de la cama *king-size* —añadió Heat.

—Parece que lo de la cama te tiene fascinada. ¿Debería interpretar que quizá no has visto mucho mi cama últimamente, comisaria Heat?

—La he visto más que de sobra —respondió—. Solo que tu lado ha estado vacío todo el tiempo.

—Situación a la que pondré remedio en cuanto vuelva de... donde quiera que vayamos a ir.

—Lo sé —contestó Heat mordiéndose el labio.

—¿Qué?

—Es solo que... Mira, sé que creemos que ya tenemos a los tipos que hicieron esto. Pero hasta que los tengamos en la cárcel y sepa que hemos neutralizado la amenaza, me pone nerviosa que vayas a estar por ahí sin protección.

—No me pasará nada —dijo Rook—. Piernas Kline es un importante candidato a la presidencia. Ya tiene protección de los Servicios Secretos. Además, estoy seguro de que cuenta también con su propio servicio de seguridad. Y si ni yo sé dónde voy a estar, ¿cómo van a saberlo esos payasos del ISIS? Probablemente, no hay un lugar más seguro para mí que... donde sea que me lleven.

Deslizó la puerta de cristal para abrirla.

—Perdone, señor, ¿puede hacer unas cuantas paradas más? Cuando deje a mi esposa, tengo que ir a un sitio de Tribeca y, luego, necesito ir a LaGuardia. Es un hangar privado que pertenece a Aviación LokSat.

El conductor murmuró un asentimiento. Rook cerró la puerta.

—Aviación LokSat —repitió Heat—. Qué nombre tan agorero.

—No seas ridícula. Estás formando una montaña de un grano de arena —respondió Rook—. No hay nada agorero en ese nombre.

Se quedó en silencio un momento.

—En cualquier caso, estaré de vuelta sano y salvo antes de que te des cuenta —añadió—. Y entonces, estaremos los dos más que preparados para un memorable regreso a Reikiavik.

—¿Lo prometes?

—Solo viviré para ese momento —contestó Rook.

«Me basta con que sigas viviendo», estuvo a punto de decir Heat, pero se calló. Era una idea demasiado macabra como para pronunciarla en voz alta.

Se quedaron en silencio, viendo cómo pasaban una manzana tras otra a la vez que el taxi se abría paso entre los pequeños huecos del tráfico de la Séptima Avenida.

Heat sacó su teléfono y miró los mensajes.

—Feller me ha escrito para decir que El-Bashir y Al-Aman están escondidos en su apartamento. Dice que su equipo va a por ellos en un rato.

Pasó al correo electrónico.

—Y Raley dice que tiene una equivalencia preliminar de la altura en el vídeo. El-Bashir y Al-Aman miden alrededor de un metro ochenta, centímetro arriba o abajo, y que son los dos hombres del vídeo.

—¿Ves? Todo va a ir bien —la tranquilizó Rook.

Heat se limitó a mirar por la ventanilla mientras la zona sur de Manhattan seguía pasando a su lado. Heat sabía qué era lo que la preocupaba, por supuesto. No era lo que había en el vídeo, sino lo que no aparecía en la imagen. Estaba claro que aquellos dos hombres miraban hacia algo que estaba al otro lado de la cámara. Algo como unas anotaciones... o a alguien.

Alguien que era el que de verdad estaba al mando.

Alguien que consideraba a El-Bashir y Al-Aman como bienes desechables y para el cual sus arrestos no supondrían más que un ligero traspiés.

Alguien para el que el secuestro y la muerte de Jameson Rook sería una

parte esencial de un plan mayor para causar terror.

El taxi se estaba deteniendo al llegar al despacho de Helen Miksit, a la vuelta de la esquina del antiguo palacio de Justicia de Nueva York. El loft de Rook en Tribeca quedaba a pocas manzanas al noroeste. Heat vio que estaba ya pensando en la maleta que tenía que recoger rápidamente de camino a su encuentro en el avión privado de Piernas Kline en LaGuardia.

Le dio un beso y, a continuación, agarró su cara entre las manos.

—Ve con cuidado, no seas tonto —dijo—. Y vuelve conmigo a casa de una pieza.

—Eso siempre —respondió.

Ella salió del taxi y vio cómo se alejaba con la esperanza de que ese momento no quedara grabado para siempre en su mente como la última vez que lo veía.

Como muchos abogados criminalistas, Helen Miksit no solía atender a sus clientes en el despacho.

En general, tenía dos tipos de clientes: los ricos y poderosos, a los que iba a ver a sus lugares de trabajo o sus mansiones, y los pobres (pero de perfil alto), a los que visitaba en la cárcel o en los calabozos o en cualquier otra instalación gubernamental de la que no podían salir.

Eso significaba que su oficina era sencilla y funcional: un pequeño conjunto de despachos en un edificio cuyo vestíbulo, ascensor y pasillos llevaban treinta años necesitando una actualización. No estaba hecho para impresionar. Solo para proteger de la lluvia a Miksit y a su equipo, que constaba de un secretario, un pasante, un auxiliar que le hacía las indagaciones y un detective privado.

Decía mucho sobre el carácter de su relación el hecho de que Nikki Heat conociera a Helen Miksit durante todo el tiempo que había ejercido como abogada defensora —desde que había dejado la oficina del fiscal unos años antes— pero ni una sola vez hubiera estado en su despacho. Normalmente era Miksit la que quería conseguir algo de Heat (es decir, que un cliente suyo dejara de estar bajo custodia policial) y no al revés.

Así que se enfrentaba a un cambio de roles. Y la expresión de sorpresa del secretario de Miksit cuando vio a la comisaria Heat de la comisaría Veinte entrando por la puerta de Helen Miksit & Asociados era muestra de ello.

—Buenas tardes, comisaria —dijo él mientras lanzaba miradas disimuladas al calendario de la pantalla de su ordenador—. No sabía que venía hoy. ¿Ha concertado una...?

—No —respondió Heat—. ¿Está Helen...?

—¿Es Nikki Heat? ¿En mi despacho? —retumbó una voz desde la habitación de al lado. Puede que Hillary Clinton haya necesitado entrenar su voz para que suene profunda y dominante. La de Helen Miksit sonaba así por naturaleza.

Miksit no actuaba simplemente como un bulldog en los juzgados. También lo parecía. Las cosas que en la mayor parte de la gente tienen forma redonda eran cuadradas en Helen Miksit.

Si sonreía al aparecer en su pequeña recepción, era solo con malicia. Miksit llevaba en aquel juego el tiempo suficiente como para saber que los comisarios del Departamento de Policía de Nueva York no recorrían medio Manhattan para mantener una charla sin importancia. Las dos lo sabían: Heat había ido para rebajarse y poder conseguir algo que no había podido obtener por otros medios.

—Hola, Helen —la saludó Heat, decidida a enfrentarse a la conversación sabiendo que se atraen más moscas con miel que con hiel—. Me alegra volver a verte.

—Tonterías —espetó Miksit—. La última vez que nos vimos estabas tratando de obligar a mi inocente cliente a...

—El cual era tan inocente que de inmediato lo enviaste a Croacia —la interrumpió Heat.

Se acabó lo de la miel.

—Yo no lo mandé a ningún sitio —la informó Miksit—. Puede que se enterara de qué países tienen tratados de extradición con Estados Unidos y cuáles no. Después, decidió actuar basándose en esa información. Desde luego, yo, en mi calidad de letrada, nunca le habría aconsejado hacer nada que supusiera un obstáculo para la justicia.

—Por supuesto que no —respondió Heat—. Y da la casualidad de que mi visita de hoy te va a dar otra oportunidad de demostrar que, como letrada, vas a hacer todo lo que puedas por ayudar en una investigación policial.

Miksit no se molestó en disimular cómo ponía los ojos en blanco.

—Ay, Dios mío, sí que vamos a excavar aquí. Espero que hayas traído una pala.

Heat respiró hondo, tanto para tranquilizarse como para darle a la conversación una oportunidad para bajar de tono. Pensó en Rook y en lo mucho que él necesitaba que ella pudiera poner fin a esa investigación, aunque no lo reconociera. Quizá el gran artículo de Tam Svejda no tuviera en realidad nada que ver con su muerte.

O quizá sí que estaba completamente relacionada. Helen Miksit era ahora mismo la que guardaba la información que podría aclararle algo a Heat.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Heat en voz baja—. Necesito un favor de verdad.

Miksit frunció el ceño. Fanfarronadas aparte, Helen Miksit era una respetada miembro del colegio de abogados. Como tal, no podía pedirle a Heat, una agente del orden público, que regresara cuando tuviera más tiempo. Miksit miró exasperada a su secretario.

—Craig, no me pases llamadas.

—Sí, señora Miksit —contestó.

—Vamos, comisaria —dijo Miksit girándose hacia su despacho sin mirar a Heat.

El escondite particular de Helen Miksit era igual de sencillo y práctico que su estilo a la hora de litigar. No había fotos de familia ni objetos extravagantes. Los cuadros eran tan neutros como los de una cadena hotelera y parecían haber sido elegidos sin ningún intento de corresponder al gusto o personalidad de quien allí habitaba.

Por muy extraño que eso pareciera, Heat veía en Miksit a una especie de alma gemela: una mujer que no quería revelar nada fácilmente. Desde luego, no con cosas tan baratas y fáciles como un recuerdo de la infancia a la vista de todos. Miksit ni siquiera había colgado sus diplomas de la Facultad de Derecho. Helen Miksit solo contaba detalles de su vida privada si era necesario y, durante su carrera profesional, esa necesidad no se había planteado.

Miksit se alisó el vestido de punto St. John al sentarse tras su mesa. Heat se acomodó en el borde de la silla que había al otro lado.

—Bueno —empezó diciendo—. Estoy segura de que ya te has enterado de lo del vídeo de la decapitación al estilo ISIS.

Miksit puso de inmediato una expresión de repugnancia.

—Sí, claro. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? Yo represento a víctimas inocentes de las extralimitaciones de las fuerzas del orden, no a

fanáticos radicales religiosos.

—Hemos identificado a la víctima —le explicó Heat—. Siento decirte que se trata de Tam Svejda, del *Ledger*. Supongo que la conocías.

Heat supo la respuesta al ver la reacción no verbal de Miksit. Aquella sólida abogada se volvió más maleable mientras digería la noticia.

—La conocía y la quería —dijo Miksit—. Al contrario que la mayoría de sus compañeros de profesión, ella no se tragaba sin más las sobras que caían del abrevadero de la policía de Nueva York. Buscaba la verdad y no le importaba ensuciarse las manos si tenía que levantar piedras para encontrarla. El mundo sería un lugar mejor si hubiese mil Tams Svejda más, no una menos.

—Puede que no me creas, pero la verdad es que estoy de acuerdo contigo —repuso Heat—. Por eso espero que nos ayudes a atrapar a sus asesinos.

—¿Por Tam o por Jameson Rook? —preguntó Miksit—. He visto el vídeo, comisaria. Sé que han amenazado con que el siguiente será tu novio.

—Marido —la corrigió Heat—. Pero ¿qué importa eso? El resultado final es el mismo: sacar a esa basura de la calle.

—Desde luego —contestó la abogada a la vez que cogía un bolígrafo de su mesa y lo giraba entre los dedos—. Pero no sé en qué puedo yo...

—Me han dicho que representas al *New York Ledger* en asuntos criminales.

—Así es.

«Allá vamos», pensó Heat.

—También me han dicho que Tam estaba detrás de algo gordo cuando la mataron. Algo que su editor ha dicho que era tan importante como una supernova. Y creo que quizá por eso la han matado.

—¿Quizá?

—En este momento, es una pista que estoy tratando de seguir. Hace poco, alguien le envió una bala a la redacción. Creemos que podría tratarse de una especie de mensaje, como si alguien estuviese intentando amenazarla o persuadirla para que no publicara algún artículo.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que buscas del *Ledger*?

—Registros de llamadas telefónicas. El teléfono móvil de Tam era de la empresa. También utilizaba un teléfono fijo en su mesa. Me gustaría poder revisar los dos.

Miksit se recostó sobre el respaldo, casi como si tratase de observar a Heat

desde un ángulo más amplio.

—Estás de broma, ¿no? —replicó—. Ah, no. Espera. Ya entiendo: te estás quedando conmigo. Hay una cámara oculta por aquí en alguna parte y ahora va a salir alguien de debajo de una mesa a darme una sorpresa ¿no?

—Helen, por favor...

—No, no. No me vengas con «Helen, por favor» en un asunto como este. Me has dicho que necesitabas un favor. Un favor es: «Oye, se me ha olvidado la cartera hoy, ¿me compras un bocadillo?». Un favor es: «¿Te importaría recoger mi ropa del tinte?». Esto..., esto no es un favor. Esto es pedirme un grave incumplimiento de una norma ética. ¿Y todo porque tienes una corazonada poco fiable y una tonta historia de una bala? Seamos realistas, comisaria...

—Oye, Helen...

—No. Óyeme tú. Eres muy lista, Heat. Así que usa ese cerebro tuyo para pensar un momento en esto desde nuestra perspectiva. Me estás pidiendo permiso para acceder a los registros telefónicos de una de las mejores periodistas y de más éxito de ese periódico, una mujer que tenía más fuentes confidenciales que amigos de Facebook tiene la mayoría de la gente. Esas fuentes le hablaban porque confiaban en ella, porque sabían que era una periodista de verdad que nunca los delataría, porque sabían que antes iría a la cárcel que revelar sus fuentes.

»¿Tienes idea de la tormenta de mierda que se formaría si en un juicio se sabe que he permitido que el gobierno revise sus llamadas? ¿Te imaginas lo que eso supondría para la reputación del periódico? La gente dejaría de hablar del *Ledger* de un día para otro y no sería de extrañar. Bien podrían convertirse en un órgano de propaganda de la Cámara de Comercio, porque nadie se los volvería a tomar jamás en serio como periódico.

Heat apretó los dientes.

—¿Estás dispuesta a dejar que dos crueles asesinos se escabullan para poder mantener tus principios?

—Mira, comisaria, lo siento. De verdad que sí. Soy más admiradora de Tam que nadie. Quiero ver cómo resuelves este caso. Pero no puedo ponerme en evidencia. Hay cosas más importantes que un caso. Y una de ellas es que la libertad de prensa quede fuera del alcance de la intromisión del gobierno. Vas a tener que buscar otro modo de atrapar a esos cabrones, porque yo no puedo ayudarte en esto.

Heat consideró sus posibles opciones. Podía recurrir a amenazas...

«Pues entonces tendré que celebrar una rueda de prensa para decirle a todo el mundo que Helen Miksit está de parte de los terroristas».

O a los insultos...

«Si decides cambiar de opinión y tener algo de conciencia, avísame».

O a golpes bajos...

«Estoy segura de que los padres de Tam te estarán muy agradecidos por tu entrega a la Primera Enmienda».

Pero, en el fondo, Heat sabía que no podía hacer nada y, en cualquier caso, Miksit no haría otra cosa que darle aún más la espalda cuanto más insistiera. Decidió entonces optar por una salida elegante.

—Bueno, siento oírte decir eso —dijo—. Supongo que ya hemos terminado.

—Eso creo —respondió Miksit—. Lo siento, comisaria.

Heat sacó una tarjeta de visita y la dejó sobre la mesa al salir.

—Por si cambias de opinión —dijo.

Se fue sin decir nada más.

Heat seguía dolida por su derrota cuando salió de nuevo a Church Street.

Miró su teléfono para ver si había noticias de Feller y compañía, que probablemente ya habrían entrado en el apartamento de Harlem de Hassan El-Bashir y Tariq Al-Aman y estarían llevando a los dos a la comisaría para ser interrogados.

No había nada nuevo. Heat pensó en sus opciones: podía volver a la comisaría y esperarlos o podía aprovechar que ya estaba en la parte sur de la ciudad para ver si Joanna Masters seguía en su apartamento de Greenwich Village recuperándose de las heridas sufridas en el ataque del ISIS.

La segunda opción ganó con facilidad. Heat se guardó el teléfono y empezó a caminar hacia la boca de metro de Canal Street, consciente de que sería la forma más rápida de llegar allí a esa hora de la tarde.

Sin embargo, mientras se ponía en marcha, vio algo por el rabillo del ojo. Fue un pequeño atisbo, apenas podría considerarse como fugaz. Pero, de repente, todas las viejas neuronas y sinapsis —las que se habían activado esa mañana en que vio a su madre sentada en el banco de la marquesina del autobús— volvieron a dispararse.

¿Qué era lo que acababa de ver? Heat se giró frenéticamente a la izquierda y, después, a la derecha.

Y sí. Allí. Al otro lado de la calle, empujando un carrito en dirección sur: una vagabunda encorvada.

Pero esta vez Heat no se confundía. Ni iba a permitir que su madre volviera a escaparse.

El tráfico de la tarde subía por Church Street a la vez que los madrugadores

trataban de incorporarse al éxodo en el Holland Tunnel. Heat se encontraba justo a mitad de la manzana. Correr hacia el paso de peatones de un lado o de otro le llevaría tiempo y no era la distancia más corta. La línea recta sí lo era.

Sin dudar y sin mirar dos veces, Heat sacó su placa, la levantó en el aire y se metió entre el tráfico.

Una furgoneta frenó e hizo sonar el claxon a la vez, deteniéndose a pocos centímetros de Heat. En el siguiente carril, el conductor de un camión también se detuvo mientras le hacía una peineta a Heat. A continuación, un hombre en el carril bici, con los pantalones del traje sujetos con una pinza, tuvo que subirse a la acera para no atropellarla.

—¡Cuidado, señora! —le gritó.

Heat no les prestó atención. Ni tampoco vio a una pareja de peatones que estaban con la espalda apoyada en un edificio cercano mirando a Heat como si fuese una amenaza contra su seguridad.

—¡Alto! —gritó Heat—. ¡Que alguien detenga a esa señora!

Su madre había girado la esquina, justo por debajo de un cartel donde ponía FACULTAD DE DERECHO DE NUEVA YORK, y se dirigía al oeste por Worth Street, fuera de la vista de Nikki.

¿Iba a gastarle Cynthia Heat otro truco de espía? ¿Iba a desaparecer por alguna rendija de la acera o alguna grieta de un edificio como si nunca hubiese existido?

No. Otra vez no. Después de cruzar la calle, Nikki corrió hasta la esquina. La rodeó a toda velocidad, apenas esquivando a una mujer con una falda de tubo que llevaba tres vasos de café en una bandeja de cartón y que insultó a Heat cuando estuvo a punto de derramarlo todo.

Nikki no hizo caso. Lo único que le importaba era que de nuevo estaba viendo a su madre. Cynthia Heat seguía su huida en dirección oeste, aún encorvada sobre su carrito de compra robado. Pero, a menos que llevara la capa de Harry Potter para volverse invisible escondida bajo toda su ropa, esta vez no se iba a escapar. Nikki corrió los últimos veinticinco metros y agarró a su madre por los hombros para que se girase.

—Oiga, ¿qué le pasa? —gritó la mujer.

Nikki tenía ahora una visión completa de su rostro. Estaba sucio, lleno de arrugas y quemado, y, aunque las mejillas le parecían familiares, decididamente no se trataba de Cynthia Heat.

—Aparte sus manos de mí, policía —gruñó la mujer—. No existe ninguna ley contra los sin techo. Ni siquiera en el puñetero Manhattan.

Heat la soltó de inmediato.

Su rostro ya estaba enrojecido por la vergüenza.

—Lo siento, señora. Creía...

—Conozco mis derechos. Voy a buscarme a uno de esos abogados caros de por aquí y la voy a denunciar por maltrato policial.

—Señora, lo siento mucho —dijo Heat mientras retrocedía caminando hacia atrás.

—Malditos policías. Siempre fastidiándonos. Tengo derechos, ¿sabe? Creo que me ha hecho daño en la espalda. Noto un...

Heat sacó rápidamente su cartera y cogió un billete de veinte dólares. Lo puso encima del carrito de compra de la mujer.

—Disculpe, señora —repitió y, a continuación, se alejó.

—¡Gracias! —gritó la mujer a sus espaldas—. ¡Que Dios la bendiga! ¡Que Dios la bendiga!

Heat se despidió con la mano sin mirarla. «Que Dios me bendiga», pensó Heat. Y después: «Por favor, Señor, ayúdame a controlarme».

Cuatro paradas de metro y cuatro manzanas después, Heat había olvidado casi por completo la extraña experiencia de haber visto a su madre muerta hacía tanto tiempo o, en este caso, de no haberla visto.

Estaba ahora delante de uno de los típicos edificios de piedra rojiza de Greenwich Village, que coincidía con la dirección que había encontrado de Joanna Masters.

Se trataba de una vivienda unifamiliar de comienzos del siglo XX que probablemente costó a sus primeros ocupantes unos cuantos miles de dólares y que ahora valía unos cuantos millones. Eso si es que alguna vez salía al mercado. Las casas como esa rara vez se vendían.

Llamó al timbre y esperó, preguntándose si saldría un mayordomo a la puerta. En su lugar, fue una mujer de mediana edad con una melena castaña a la altura de los hombros y una actitud que mostraba a las claras que no se trataba de ninguna sirvienta. Caminaba, además, con un bastón.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿Joanna Masters?

—Sí.

—Soy Nikki Heat. Detective del Departamento de Policía de Nueva York. ¿Puedo pasar, por favor?

—¿De qué se trata?

—Es sobre Tam Svejda.

—Ah, por supuesto —dijo Masters apartándose de la puerta—. Pase.

Masters le señaló la sala de estar, cuyos muebles encajaban a la perfección con la vivienda donde estaban: eran un poco antiguos, algo pasados de moda, pero expresaban que la persona que se sentaba en ellos tenía todo el dinero que hiciera falta para sustituirlos cuando quisiera. Y también dejaban claro que no quería hacerlo.

El sofá estilo reina Ana, que, al parecer, Masters había establecido como su lecho de enferma, tenía varios almohadones y una manta. En la mesita baja de delante había dos botes de medicinas, un vaso con algún espantoso brebaje verde que podría ser zumo de trigo, una caja de pañuelos de papel y una novela de Michael Connelly a medio terminar.

—¿Admiradora de Harry Bosch? —preguntó Heat.

—La verdad es que esta es de Mickey Haller. Pero sí —respondió Masters mientras cojeaba detrás de Heat. La mujer señaló una silla antigua cuyos brazos de madera parecían haber sido tallados a mano hacía mucho tiempo—. Tome asiento, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo para beber? Sé que está de servicio, pero... ¿Agua? ¿Zumo?

Heat dijo que no y, después, vio cómo Masters volvía a acomodarse en el sofá siguiendo una trabajosa rutina que claramente había practicado más de una vez. Terminó con Masters contorsionada, mitad sentada mitad tumbada con el bastón apoyado a su lado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Heat.

—Unos días mejor que otros —respondió—. Le aconsejo que procure que nunca le disparen. Pero si tiene que elegir, intente que no le disparen en la espalda. No sabemos lo mucho que utilizamos la espalda para todo hasta que deja de funcionarnos bien. Aunque me dicen que he tenido suerte. Si la bala hubiese entrado cinco centímetros más arriba, probablemente estaría paralítica. O muerta.

Masters dejó que aquella sombría idea flotara en el aire unos momentos.

—Pero, bueno, dudo que la policía de Nueva York haya venido aquí para que le haga un informe médico. ¿Qué ocurre con Tam? ¿Está bien?

Heat echó un vistazo a la habitación. No había televisión ni rastro alguno de aparatos con conexión a internet. Solamente había periódicos viejos apilados a una distancia segura de la chimenea, lo cual quería decir que probablemente Joanna Masters recibía las noticias del mismo modo que los primeros inquilinos de aquella casa.

—Lo siento, Joanna —dijo Heat—. A Tam la han asesinado.

Mientras Heat le contaba a Masters lo del vídeo, la mujer ahogó un grito en varias ocasiones. Heat notó una especie de reacción de estrés postraumático en la antigua voluntaria de la Cruz Roja, quien claramente se había imaginado teniendo un final similar más de una vez.

—¡Esos..., esos animales! —exclamó cuando Heat hubo terminado—. Es como si la vida no les importase nada.

—Supongo que usted lo ha experimentado de primera mano.

—Ni se lo imagina —respondió Masters.

—¿Le importa hablarme de lo que le pasó allí?

—No... Supongo que no.

—Estaba allí como voluntaria de la Cruz Roja, ¿no es así?

—Sí. Sé que para muchos de mis amigos de aquí resulta muy raro. He tenido... una vida muy cómoda, detective Heat. No lo digo por presumir, sino... En fin, es la verdad. No es que yo hiciese nada para merecer haber nacido en una familia acaudalada. Y, desde luego, no me quejo. Es solo que..., no sé. Llegó un momento en mi vida en el que asistir a la última fiesta para recaudar fondos para otro museo de arte, un hospital o un refugio para animales no me parecía suficiente. Necesitaba... sentir que tenía una meta más allá de eso.

—Entiendo —dijo Heat.

—Había sido donante de la Cruz Roja desde... Dios mío, ni siquiera me acuerdo. Mi padre había pertenecido al consejo directivo, así que yo también. Y no paraba de ver las imágenes que sus voluntarios traían de esa gente de Siria que..., que...

—Que no tenían nada.

—No, ahí está la clave —la corrigió Masters, incorporándose en su lecho—. La verdad es que no eran el prototipo de refugiados desaliñados, desdichados y harapientos con los que uno no se puede identificar en realidad. Eran personas que habían trabajado como médicos, abogados y comerciantes. Simplemente... personas normales. El tipo de personas con las

que nos cruzamos todos los días en las calles de Nueva York. Solo que, sin que ellos tuvieran culpa alguna, la guerra civil había dado la vuelta a sus vidas poniéndolas del revés. Y aquí estaba yo, viviendo en mi típica casa neoyorquina, largándome a mi segunda residencia en los Hamptons como todos mis amigos. Y no podía seguir haciéndolo. Sentí que recibía la carga de toda esa información y tenía que hacer algo más que extender cheques.

»Así que me inscribí. Todos mis amigos de clase alta pensaron que estaba sufriendo algún tipo de crisis de la mediana edad. Fue como si: «¡Uy!, ¡uy! Ha llegado la gran cruzada de Joanna». Incluso la gente de la Cruz Roja trató de quitarme la idea de la cabeza. Pero yo estaba dispuesta a pagar como yo quería. Y lo cierto es que necesitaban esa ayuda. Así que me fui.

Masters sonrió y ladeó la cabeza.

—Esta es la parte en la que la gente empieza a mirarme como si lo que de verdad necesitara yo fuera un buen psiquiatra. ¿Por qué no me mira usted así, detective Heat?

—Porque comprendo que, a veces, en la vida se nos presentan situaciones en las que sientes que no tienes más remedio que reaccionar de una cierta forma —contestó Heat—. Porque, si no lo haces, resulta que no eres la persona que creías ser.

—Sí... Sí, supongo que es eso. ¿Le importa que utilice esa explicación con mis amigos?

—Sírvase usted misma —respondió Heat.

Masters se aclaró la garganta.

—En fin, me saltaré la parte del diario de viaje, pues no creo que sea eso lo que le interesa. Baste decir que llevaba alrededor de un mes en el país y me encontraba a las afueras de una ciudad llamada Deir ez-Zor. Está en la parte oriental del país y se asienta a lo largo de dos carreteras bastante importantes, la M-20 y la Ruta 4, lo que la convierte en un punto de paso obligado para muchos refugiados. También es probablemente la ciudad más grande cercana a la frontera de Irak, así que lleva siendo campo de batalla varios años.

»El ISIS disparaba a todo lo que tratase de entrar en el aeropuerto de la ciudad. No permitían la llegada de ayuda humanitaria. Mientras tanto, literalmente, tenían sitiadas varias partes de la ciudad, sin dejar que nada entrara ni saliera. Creo que eso formaba parte de su estrategia de someter a los civiles matándoles de hambre. Yo formaba parte de un convoy de camiones que intentaba acceder con comida, agua y medicinas. Estábamos en

uno de los suburbios del norte cuando un destacamento de combatientes del ISIS cayó sobre nosotros.

Masters miraba fijamente a un punto indeterminado en la distancia. Heat estaba segura de que una parte de ella no se encontraba ya en una casa de Nueva York, sino que se había transportado al otro lado del mundo.

—Lo triste fue que estábamos tratando de darles comida —continuó—. Se habían quedado aislados de su punto de abastecimiento y estaba claro que tenían hambre y nosotros... En fin, puede que en el fondo fuera una forma de comprarles para que nos dejaran en paz, pero también nos movía un impulso humanitario.

»No estoy segura del todo de qué es lo que hablaron. El jefe de nuestro convoy estaba tratando de convencerles de que estábamos allí como cooperantes pacíficos y que trabajábamos bajo el auspicio de la Convención de Ginebra. Pero, claro, la Convención de Ginebra es..., en fin, no es ni siquiera un chiste para esa gente. Por lo que a ellos respecta, bien podría haberla negociado una especie alienígena. Esos combatientes del ISIS son en su mayoría jóvenes y analfabetos. La mitad luchan porque simplemente no conocen otra cosa o porque alguien les ha prometido sexo, comida o dinero. Solo saben lo que sus imanes y sus líderes les cuentan.

Masters hizo una pausa y dio un sorbo a su zumo de trigo.

—En fin, que todo se precipitó de repente —continuó mientras dejaba el vaso—. Lo siguiente que sé es que estaban disparándonos. Empezamos a correr hacia los camiones, pero una bala me dio antes en la espalda. Gracias a Dios, uno de mis compañeros voluntarios era un turco grande y fornido. Si no, probablemente habría terminado como Tam, con un papel estelar en algún espantoso vídeo. Él me levantó con un brazo, como si fuese una muñeca de trapo, me metió en la trasera del camión y escapamos. A partir de ahí, todo ha sido hospitales y visitas de ejecutivos de la Cruz Roja a los que les preocupa haber podido perder a una donante.

Heat sonrió. Masters rio entre dientes.

—Esta es la versión corta —dijo Masters—. Podría contarle la más larga, pero... Bueno, no es que me moleste tener compañía. Como ve, estoy sola. Pero ¿qué tiene que ver esto con Tam? ¿Cree que la eligieron por haber escrito sobre mí?

—Si le soy sincera, no estoy segura —contestó Heat—. Por eso he venido. ¿Se había puesto en contacto con Tam últimamente?

—No. La verdad es que no. No desde el artículo. Es decir, me llamó al día siguiente para preguntarme si me había gustado, pero eso fue todo, la verdad.

—¿Sabe si tenía pensado hacer algún tipo de seguimiento?

—No..., no lo creo. No me lo dijo. Por lo que a mí respecta, habíamos terminado. Me dijo que me iba a devolver la bala cuando hubiese acabado con ella, pero...

—Espere. ¿La bala?

—Ah, sí —dijo Masters—. Supongo que eso forma parte de la versión larga. Al final, terminé en Estambul. La bala se me había incrustado junto a la columna. Fue una operación bastante delicada para poder sacarla. Cuando terminaron, me la regalaron. Como..., no sé, como un regalo o algo así. Cuando se la enseñé a Tam, se mostró muy interesada. Me preguntó si se la podía prestar. Yo dije: «Claro, ¿por qué no?». Me parecía un poco repulsivo tenerla por aquí, si le digo la verdad. Me dijo que me la iba a devolver. Pero, sinceramente, si se le olvidó, no me suponía ningún problema.

—¿Es esta la bala? —preguntó Heat a la vez que sacaba de su bolsillo la bolsa de las pruebas con la bala deformada y la balanceaba en el aire delante de Masters.

—Sí, esa es. ¿De dónde la ha sacado?

—Estaba encima de su ordenador del trabajo —respondió Heat—. Creíamos que quizá alguien se la había enviado a modo de amenaza o algo parecido.

—No. No es más que mi vieja bala sacada de mi vieja espalda.

—Pero ¿qué...? ¿Qué tenía pensado hacer Tam con ella? ¿Estaba preparando algún artículo? —preguntó Heat realmente perpleja.

Cuando el Departamento de Policía de Nueva York sacaba una bala de una víctima, como la que hacía poco habían extraído de la nalga de Ochoa, se enviaba a balística para que la analizaran. Pero eso se hacía para intentar buscar una correspondencia con el arma que la había disparado. Y no es que hubiese un gran misterio en lo referente a quién había sido el autor del disparo en este caso. Y, de todos modos, no importaba aunque consiguiesen averiguar qué adolescente analfabeto del ISIS había disparado. Probablemente ese muchacho ya estaría muerto.

—No tengo ni idea —respondió Masters.

—¿Le importa si me la quedo un tiempo? —preguntó Heat.

—Haga lo que quiera. En serio, no la necesito.

Tampoco Heat estaba segura de necesitarla. Pero su instinto le decía que aquella bala y la muerte de Tam Svejda formaban parte de la misma historia. Simplemente, aún no contaba con el hilo conector que las unía.

Nikki Heat no creía en las ciencias ocultas. Eso se lo dejaba a Rook y a su imaginación tan activa. Pero casi llegó a pensar que Tam estaba tratando de decirle algo con aquella bala, susurrarle el único secreto que ayudaría a Heat a darle sentido a todo aquello.

No podía oír lo que Tam le decía. Aún no. Pero, cuando salió de la casa de Joanna Masters tras haberle sacado toda la información y haberle rellenado el vaso de zumo de trigo, Heat estaba decidida a seguir escuchando.

Los gritos eran lo suficientemente fuertes como para que Heat pudiera oírlos incluso antes de que se abrieran las puertas del ascensor de la sala de la comisaría Veinte.

—Entonces, ¿estás tratando de decir que no me estabas apuntando? —gritaba Ochoa.

Las puertas se abrieron. Por segunda vez esa tarde, Heat veía a una persona de mediana edad cuya motricidad necesitaba la ayuda de un bastón. Miguel Ochoa estaba de pie rígido junto a una silla que ya tenía un almohadón colocado sobre ella. Definitivamente, no se iba a sentar.

—¿Cómo iba a estar apuntando hacia ti? —le espetó Raley—. ¡Primero le di al asfalto! ¿No has leído esa parte del informe?

—Lo has oído, ¿no? Has oído el tono con el que habla, ¿verdad? —le dijo Ochoa a Rhymer, el cual parecía estar escuchándole con una mirada compasiva—. ¿A ti te hace gracia, socio? ¿Te divierte?

Heat avanzó hasta Feller, que parecía que lo único que necesitaba era una cerveza delante de él para convertir aquello en un estreno del club de la comedia.

—Los de balística han informado sobre la bala que han sacado del trasero de Ochoa —le explicó Feller y, después, inclinó la cabeza señalando a Raley—. Parece que ha habido otro triste caso de violencia entre un irlandés y un mexicano.

Raley miró a Feller.

—Yo no le disparé. Le di al asfal...

Raley vio cómo Ochoa le miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Dio en el suelo. La bala se estrelló primero contra el pavimento y, después, por desgracia y por casualidad, rebotó y le dio a Ochoa.

—Por casualidad, ¿eh? —protestó Ochoa—. Y esa «casualidad» sucedió «casualmente» el 18.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Raley.

—El día que me tocaba a mí ser jefe —respondió Ochoa.

—Eso es lo más ridí...

—Cuando claramente estabas furioso y celoso porque yo, con toda la educación, debo decir, me había presentado como jefe de la brigada de detectives ante Lana Kline. Esto, socio, es un motivo. Y creo que está bastante claro que el medio y lo oportuno de la ocasión quedan fuera de toda duda.

—¿Quieres dejarlo ya? ¿Es que no has leído el principio del informe de balística? Dice que la bala rebotó del asfalto a tu culo...

—Muy bien —interrumpió Heat—. No es que no me resulte encantador veros a los dos pelear como en un combate de lucha libre femenina, pero ¿podéis informarme sobre las novedades en nuestro caso del ISIS?

Como Raley y Ochoa seguían mirándose fijamente el uno al otro, fue Feller quien contestó.

—Tenemos al yihadista Johnny y al talibán Timmy en la sala de interrogatorios número 1 —explicó—. Pero, hasta ahora, no han dicho nada.

—¿Los habéis detenido de forma pacífica? —preguntó Heat.

—Si consideramos que llamarte quince veces «hijo de puta» es pacífico, sí. No ha habido más incidentes.

—¿Y los técnicos están revisando ahora mismo el apartamento?

—Afirmativo —respondió Feller—. Hasta ahora, lo único que podemos confirmar es que los sospechosos son culpables de dejar los platos sucios en el fregadero. Pero nuestros hombres van a poner la casa del revés. Estoy seguro de que encontrarán algo.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna novedad? —quiso saber Raley.

Heat les habló del callejón sin salida que había encontrado en el despacho de Miksit, pero también les contó lo de la bala que ella y Rook habían encontrado en la mesa de Tam, su relación con Joanna Masters y su confusa importancia.

—Así que hasta ahora no he conseguido saber en qué andaba trabajando Tam ni si ha tenido algo que ver con su secuestro —concluyó Heat.

—No estoy seguro de que yo pueda aclarar algo al respecto —dijo Raley sin hacer caso a las continuas miradas de odio de Ochoa—. Pero sí que he tenido la oportunidad de ver las cuentas de Tam. Es todo bastante normal hasta el miércoles, cuando se compró un billete de avión a Cleveland para el día siguiente.

—¿Cleveland? —preguntó Heat—. ¿Qué es lo que puede hacer que una reportera local tenga que ir de Nueva York a Cleveland?

—No lo sé. Alquiló un coche en el aeropuerto internacional Cleveland Hopkins. El siguiente cargo en la cuenta es la cena en un restaurante que se llama El Lebrílope del Lago, en Lorain, Ohio.

—Qué pena que Rook no esté aquí —intervino Feller—. Nos lo contaría todo sobre la mitología de la liebre cornuda.

—¿Sabes? Los cuernos de los mamíferos están hechos en realidad de la misma sustancia que el cabello humano —dijo Raley.

—Es como si no se hubiese ido —repuso Feller.

—Sigamos. El siguiente cargo es en el Motel 6 de Lorain. Luego, pasamos al desayuno de la mañana siguiente en un local que se llama Mutt y Jeff. Y luego... nada.

—¿Nada?

—El último cargo se registró a las 7:54 de la mañana del viernes.

—Entonces, ¿la secuestraron en un lugar de Ohio?

—Es posible. O simplemente Lorain era una parada cómoda. Lorain está cerca de la carretera interestatal. Podría haber ido a cualquier sitio desde allí.

La expresión de Heat mientras pensaba en aquello era como si estuviese chupando un limón.

—¿Devolvió el coche alquilado? —preguntó Heat.

—Negativo.

—De acuerdo. Ponte en contacto con la policía estatal de Ohio y que busquen el coche alquilado.

—Ya lo he hecho —respondió Raley—. Hasta ahora, nada.

—Bueno, pues ya que molestamos a nuestros amigos de la América profunda, ¿por qué no envías una foto de Tam a la policía de Lorain? —preguntó Heat—. Pídeles que la lleven al restaurante Mutt y Jeff y al Lebrí... lo que sea para ver si alguien habló con Tam o si saben algo de qué estaba haciendo.

—De acuerdo —contestó Raley.

—¿Y sigues teniendo esas imágenes impresas de la cámara de vigilancia en la puerta de la mezquita?

—Sí, jefa.

—Estupendo. Te las voy a coger.

Raley se acercó a su mesa y levantó una carpeta marrón.

—Hay aquí dentro algunas cosas más que son interesantes, comisaria. Muharib Qawi nos ha enviado algunos comentarios que El-Bashir y Al-Aman han publicado en internet. Es... bastante sorprendente.

Le pasó la carpeta a Heat.

—Gracias, Opie —dijo Heat a la vez que miraba al detective Rhymer—. ¿Puedo encargarte una cosa?

—Sí, comisaria.

Señaló con la cabeza hacia los Roach.

—Evita que estos dos se maten mientras no estoy. ¿Feller?

—Sí, jefa —contestó Feller.

—Muéstreme a tus sospechosos.

Hassan El-Bashir y Tariq Al-Aman estaban en salas de interrogatorios distintas, para así sacar a la luz sus contradicciones y, luego, utilizarlas contra ellos. Heat empezó con El-Bashir.

Al menos, hacía tiempo que se mostraba menos seguidor del islam. Quizá, pensó Heat, eso le hacía ser menos radical ahora. Y, a cambio, más fácil de domar.

Una cosa estaba clara: aquel joven que estaba en el rincón con las manos esposadas era muy distinto al que había mirado con desprecio hacia la cámara del Departamento de Policía de Nueva York cuando era adolescente. Su mentón estaba ahora cubierto por una barba tupida que sería el orgullo de cualquier hipster de Brooklyn. La cabeza la llevaba envuelta en un turbante.

No se reconocía mucho más en él, salvo el ceño fruncido. Eso no había cambiado lo más mínimo.

—Oiga, esto es una mierda. Yo no he hecho nada —dijo El-Bashir en cuanto ella entró en la sala.

—Hola, Hassan. Soy la comisaria Nikki Heat. Soy quien dirige la comisaría Veinte. Siéntate, por favor. Tenemos que hablar.

—Que le den —contestó El-Bashir, aún de pie, cruzándose de brazos.

—Oye, Hassan, hay dos formas de hacer esto. Una, puedes sentarte para que hablemos. O dos, puedo enviarte directo a la prisión de Rikers, donde, debido a un error burocrático, te meteremos con los defensores de la supremacía blanca y, sin querer, les contaremos que eres un terrorista que le ha cortado la cabeza a una preciosa chica blanca. Quizá incluso les enseñemos el vídeo, solo para ver si eso les da alguna idea. Tú decides.

—Váyase a la mierda.

—Vale. El siguiente autobús sale hacia Rikers en unos veinte minutos. Que tengas un buen viaje y reza para que lo único que te hagan sea un tatuaje de las naciones arias en el cuello.

Heat se puso de pie. El-Bashir se sentó.

—Buena elección —señaló Heat.

—Mire, ya se lo he dicho al otro tipo. Yo no he hecho nada. No sé nada de la chica ni de que le cortaran la cabeza ni nada de eso. El mero hecho de ser musulmán no me convierte en terrorista. Maldita sea. Soy estadounidense, igual que usted.

—No. Tienes razón, Hassan. Ser musulmán no te convierte en terrorista. Esto es lo que nos hace pensar que lo eres.

Heat sacó una hoja de la carpeta marrón que Raley le había dado y empezó a leer.

—«Sembraré el terror en el corazón de los infieles. Entonces, córtenles el cuello y córtenles cada uno de los dedos. Corán 8:12» —dijo Heat—. Esto lo escribiste en Facebook el 11 de septiembre, Hassan.

El-Bashir no contestó.

—Tengo otro más —anunció Heat antes de leer—: «¡Profeta! Combate duramente contra los infieles y los hipócritas y sé implacable con ellos; y su refugio será el infierno y lo maligno su destino. Corán 9:73».

—Ese hijo de puta —espetó por fin El-Bashir.

—¿De qué hablas, Hassan?

—El imán Qawi le ha dado eso, ¿verdad? Es como el tío Tom en versión musulmana.

—Puede ser. Pero sigues siendo tú el que escribió esto en Facebook.

—Lo escribiera o no, no es ilegal. Joder, ¿no ha oído hablar nunca de la libertad de expresión?

—Sí. También he oído hablar de cámaras de vigilancia. Explícame esto.

Heat sacó una imagen congelada de Hassan El-Bashir justo cuando entraba

en la Masjid al-Jannah.

—Se grabó alrededor de las once de la noche del sábado. Tenemos otra en la que apareces saliendo unas dos horas después.

—¿Y qué? ¿Ahora es ilegal ir a la mezquita por la noche? —gruñó El-Bashir.

—No. Pero resulta que precisamente a esa hora es cuando mi médica forense me dice que asesinaron a nuestra víctima. ¿Te importa darme una explicación?

El-Bashir se quedó en completo silencio.

—¿Y por qué Tam? ¿Fue por algo que escribió? ¿Algo que iba a escribir?

El-Bashir continuó con la mirada fija al frente.

—Hassan, nada de esto pinta muy bien para ti. Te tenemos en el escenario del crimen a la hora en la que ocurrió el asesinato. Tenemos a nuestros investigadores registrando tu apartamento ahora mismo. Quizá encuentren el arma del crimen o quizá no. Pero hay una cosa que te garantizo que sí van a encontrar. Tam Svejda perdió una enorme cantidad de sangre cuando le cortasteis la cabeza y no sé si sabes una cosa de la sangre, pero se mete por todos lados. Aunque creas que la has limpiado, sigue ahí. Así que vamos a encontrarla. Y cuando eso ocurra, la compararemos con la de Tam y ahí se acabará todo.

Aquello volvió a animar a El-Bashir.

—Van a encontrar una mierda, porque yo no he hecho nada —dijo con tono desafiante—. Oiga, su chico me ha enseñado el vídeo y no sé quiénes eran esos hijos de puta, pero no éramos ni Tariq ni yo. Ni siquiera son nuestras voces.

—Las voces se pueden cambiar digitalmente, Hassan.

—Sí, pero, joder, nosotros no hablamos así. Todo eso de «la escoria del imperio yanqui». Tía, yo soy de aquí. Soy seguidor del equipo de los Yankees, ¿vale? Lloré el día que Derek Jeter se retiró.

—Mira, Hassan —dijo Heat cruzando las manos delante de ella—. Te voy a ser sincera. Estás en un buen lío. Y nada va a evitar que pases en prisión mucho tiempo. Pero sí que puedes conseguir que todo vaya mejor para ti si empiezas a colaborar. He visto una cosa en el vídeo que creo que nos va ayudar a los dos.

El-Bashir no contestó. Ahora la contemplaba con verdadera curiosidad.

—Tú y Tariq miráis todo el tiempo a la izquierda de la cámara. Miráis a

una persona, ¿verdad?

—No paro de decírselo, esos no éramos...

—Vas a decirme quién es esa persona y eso va a facilitarnos mucho la vida a los dos. Dime quién lo dirigía todo y me aseguraré de que te tratan lo mejor posible. Hay pabellones de celdas solo para musulmanes. Estarás más seguro allí. Tú solo dime quién te obligó a hacer esto, firmas una confesión y me aseguraré de que te tratan de una forma digna.

El-Bashir volvió a ponerse de pie.

—Ah, no. No, no. No me hable de confesiones. He leído muchas de esas historias sobre tipos negros que fueron a la cárcel por cosas que no hicieron y siempre empieza porque les engañan para que hagan una confesión de mierda. Ni hablar. No voy a participar en ese juego. Es como una mierda de esas de *En los límites de la realidad*. No me venga con gilipolleces de confesiones. Esto se está grabando, ¿verdad?

Miró frenéticamente a su alrededor en busca de una cámara.

—No he firmado ninguna puta confesión, ¿vale? ¿Me han oído? No he confesado una mierda.

—Siéntate, Hassan.

En ese momento, Feller entró en la sala casi sin aliento.

—¡Comisaria! —dijo—. Tenemos una confesión. ¡Al-Aman ha confesado!

—¿Qué? —exclamó El-Bashir.

—Cierra el pico, inútil. No estoy hablando contigo —le ordenó Feller y, después, miró a Heat—. Ha confesado que ya tenían a Tam en la mezquita el sábado por la noche y que volvieron para terminar la tarea. Dice que no quería hacerlo, pero que este inútil le obligó. Dice que su compañero de piso le lavó el cerebro con palabrería musulmana y que le hizo un lío. También dice que este cabrón fue el que hizo el corte.

—Dios mío, ¡ni hablar! ¡Para nada! Está mintiendo. ¡Está mintiendo! —gritó El-Bashir mientras se agarraba el turbante con las dos manos.

—Lo único que no le hemos sacado es quién era el gran jefe —continuó Feller—. Supongo que el que nos lo diga primero podrá negociar un mejor acuerdo con el fiscal del distrito, ¿no?

—Sí —dijo Heat—. Así es como funciona normalmente.

—No, no. ¡Así no es como funciona porque esto es una puta mentira! Esto es... No sé qué le han hecho a Tariq ni qué pastillas para locos le han obligado a tomar, pero está mintiendo. Se lo ha inventado todo. No pueden

creerle.

El-Bashir volvió a sentarse y se inclinó sobre la mesa con los ojos desenchajados.

—Oiga, sí, estuvimos en la mezquita, ¿vale? —confesó—. Estuvimos dos horas, es verdad. Pero lo único que estábamos haciendo era hablar por Skype. No tenemos acceso a internet en nuestro apartamento, así que usamos el ordenador de la Masjid al-Jannah. Las once de Nueva York son las seis de la mañana en Riad. Hay allí un imán que se conecta para hablar con nosotros después de las oraciones de la mañana. Pero eso es todo. Lo único que hicimos fue hablar. Si va al ordenador y enciende el Skype, verá que es uno de los contactos. Puede preguntarle si quiere o no sé... ¿No puede mirar el ordenador y ver si se ha usado para hacer llamadas o lo que sea? Por favor. Se lo suplico.

—Lo siento, inútil. Pero, aunque estuvieses hablando por Skype, eso no prueba nada —repuso Feller—. ¿Cómo sabemos que no te pusiste en contacto con ese imán para que te dijera cuál es la mejor forma islámica de cortarle la cabeza a alguien? O para que pudiera ver vuestros avances y haceros alguna crítica.

—Mierda puta —fue todo lo que Hassan El-Bashir pudo decir.

—¿Era a él al que mirabais hacia el lado de la cámara, Hassan? —preguntó Heat—. ¿No se trataba de una persona de verdad, sino de la imagen en la pantalla de un ordenador con un imán de Arabia Saudí?

—Ya está —contestó El-Bashir mientras volvía a ponerse de pie—. Estáis flipando. Es tal cual lo que he dicho, lo tergiversáis todo, como hacen todos los policías. Quiero un abogado. Ahora. Quiero un puto abogado.

Heat se quedó mirándolo un largo rato. Se encontraba ahora mismo en un terreno pantanoso de la legalidad. El interrogatorio se estaba grabando. En el momento en que el sospechoso reclamaba su derecho a un abogado, tenía que dejar la entrevista. Tenía conocimiento de juicios en los que todo lo que se había dicho después de que el sospechoso pidiera la presencia de un abogado, incluso tratándose de confesiones, no se admitía.

—De acuerdo, Hassan —dijo Heat—. Si es eso lo que quieres, tu abogado tendrá que verte en Rikers, por supuesto. Porque por lo que a mí respecta este interrogatorio ha terminado.

—Joder, vaya que se ha acabado —replicó él—. No me importa si Tariq se ha vuelto majara. No van a conseguir de mí una puta confesión.

Heat se puso de pie y siguió a Feller hacia la salida.

—Buen trabajo con Tariq —dijo Heat en cuanto se cerró la puerta—. ¿Está confesando ahora mismo o ha firmado algo ya?

—¿Estás de broma? Lo único que ha estado diciendo todo el rato es «abogado, abogado, abogado» —le explicó Feller—. Estaba seguro de que Hassan estaba a punto de pedir uno también y se me ha ocurrido que el truco de la falsa confesión merecería la pena.

Heat se limitó a negar con la cabeza.

—Por si quieres saberlo, me lo he creído del todo.

—Lo sé —contestó Feller. A continuación, la miró con una amplia sonrisa—. Quizá debería hablar con la madre de Rook para que me consiga un representante. Estoy desperdiciando mi talento estando tan lejos de Broadway.

Heat estaba a punto de hacer un chiste sobre el futuro de Feller en el sindicato de actores cuando oyó una voz procedente de la sala de la brigada.

Era una voz que conocía demasiado bien.

No está aquí Jamie? —preguntaba Yardley Bell con una mezcla de decepción e indignación—. Qué lástima. Quería verlo.

Heat se asomó por la esquina y vio a una mujer atractiva, morena y esbelta vestida con un elegante traje sastre a medida. La comisaria Heat y la agente Bell del Departamento de Seguridad Nacional eran más parecidas de lo que cualquiera de las dos estaba dispuesta a admitir. Además de tener el mismo color de pelo y la misma complexión, también compartían la misma fiereza profesional y la misma debilidad por los numerosos encantos de Jameson Rook.

A pesar de esa fuente de antagonismo y de la lógica antipatía provocada por el hecho de representar a distintos niveles gubernamentales, las dos mujeres habían superado un comienzo polémico en su relación y habían conseguido forjar una tregua. Así que, al menos en teoría, Heat no debía sentirse descontenta por ver a Bell.

Pero Heat sabía que Bell no había aparecido sin más en la comisaría Veinte para intercambiar cumplidos con ella ni con los demás detectives. Ni tampoco para saber cómo le iban las cosas a su exnovio.

Aquello podría tener dos finales posibles. Uno era malo. El otro, peor.

—Hola, agente Bell —la saludó Heat sintiendo una presión repentina en el pecho al hablar.

—¿En serio? ¿Después de todo este tiempo me llamas agente Bell? Sinceramente, comisaria Heat, creía que eso ya era cosa del pasado.

Bell venía acompañada de dos agentes tan fornidos que parecían no tener cuello. Heat supo entonces todo lo que necesitaba saber. Solo había una razón

por la que una agente del Departamento de Seguridad Nacional podía aparecer en la comisaría Veinte con dos agentes y, probablemente, un todoterreno aparcado en la puerta.

—No vas a llevarte a mis sospechosos, Yardley —la avisó Heat a la vez que se colocaba las manos sobre la cadera.

Bell, que claramente esperaba suavizar el motivo de su misión, bajó los ojos a la moqueta un momento, casi como si se avergonzara ante Heat.

—Vamos, Nikki, no compliquemos las cosas. Me temo que ya no son tus sospechosos.

—Desde luego que lo son. Se trata de un asesinato. ¿Desde cuándo los asesinatos no entran dentro de la esfera de la jurisdicción local?

—Lo siento, pero no eres la única que ha reclamado información de la tarjeta de crédito de Tam Svejda, ¿sabes? Sabemos que estuvo en Ohio.

—Ni siquiera conoceríais la identidad de la víctima si no fuese por nosotros.

—Por vosotros y por la página web del *New York Ledger* —la corrigió Bell—. Sea como sea, existen pruebas evidentes de que a la víctima la llevaron al otro lado de la frontera del estado. Eso lo convierte en nuestro caso. El secuestro lo convierte también en nuestro caso. Además, estos hombres estaban ya incluidos en la lista de personas sospechosas de terrorismo con posibles vínculos con el terrorismo internacional. Así que son al menos cinco motivos por los que ahora son nuestros sospechosos. Además, existen... motivos diplomáticos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Heat.

—Digamos simplemente que hay cosas que el ISIS estaría dispuesto a proporcionarnos a cambio de los prisioneros adecuados.

—Pero si ni siquiera son del verdadero ISIS —objetó Ochoa—. No son más que un par de muchachos de Nueva York.

—Sí, pero el ISIS no lo sabe, ¿o sí? —replicó Bell—. Nuestros operarios ya están recibiendo rumores de que «el vídeo de Nueva York», así es como lo llaman, se ha vuelto muy popular allí. Las estrellas de ese vídeo podrían considerarse una mercancía muy valiosa.

—Entonces, ¿qué sería? ¿Un intercambio de prisioneros? —preguntó Heat—. ¿Dos de los nuestros por dos suyos?

—No, no —aclaró Bell—. Estados Unidos no negocia con secuestradores. Es nuestra política de toda la vida. Si la incumplimos, se abriría la veda para

los norteamericanos que están por todo el mundo.

—¿Y qué, entonces? —preguntó Heat—. ¿Qué otra cosa vale lo mismo que darles a estos dos sacos de escoria el castigo que merecen? ¿Alguna empresa estadounidense que haga una donación generosa para que sus agentes elegidos a nivel federal sigan explotando algún pozo petrolífero allí?

Bell se limitó a sonreír.

—Puede que ya haya hablado demasiado. Lo único que tienes que saber es que tu gobierno te agradece la colaboración. Y la confidencialidad.

—¿Estás diciendo que no solo vamos a dejar libres a dos asesinos, sino que vamos a tener que mantener el pico cerrado? —preguntó Ochoa con expresión de que aquella idea le dolía más que la bala que los médicos acababan de sacarle del trasero.

—Bienvenido al mundo de las relaciones internacionales, en el que se puede tener la moralidad del color que se desee mientras siga siendo gris —contestó Bell.

—Increíble —murmuró Ochoa.

—Ah, y casi me olvido de la sexta razón por la que estos tipos son ahora nuestros —añadió Bell a la vez que sacaba del bolsillo de la pechera de su traje dos hojas de papel dobladas en tres—. Tenemos una orden judicial. Hábeas corpus. Es la expresión latina que significa «tener el cuerpo». En nuestro idioma, lo que quiere decir es: «Lo siento, Nikki, vas a tener que entregarlos».

Bell sostenía los papeles entre dos dedos. Heat se acercó y los cogió. En efecto, se trataba de una orden emitida por un juez federal del distrito este de Nueva York.

Heat la leyó con el ceño fruncido, con una mezcla de furia e impotencia, consciente de que poco podía hacer al respecto. Por mucho que los jueces dijeran, no tenía intención de dejar de trabajar en aquel caso. No mientras Rook siguiera en peligro. No mientras siguiera sospechando que aún existía una amenaza mayor sin resolver que iba más allá de dos jóvenes neoyorquinos que tenían en sus mentes unas ideas retorcidas sobre el islam.

Pero si trataba de entablar una batalla entre el ámbito local y el federal ahora mismo, terminaría recibiendo una llamada del Martillo, el cual le diría que acababa de llegar de la oficina del director y que allí todos estaban encantados de que aquel problema hubiese dejado ya de ser asunto del Departamento de Policía de Nueva York. Ah, y de paso la preguntaría qué tal

iban los informes del CompStat.

—Que sepas que el Departamento de Seguridad Nacional agradece el importante trabajo del Departamento de Policía de Nueva York —dijo Bell, como si el caso ya estuviese resuelto—. Habéis hecho un gran trabajo al identificar a la víctima y el lugar donde se cometió el crimen. Nos aseguraremos de decirlo cuando anunciemos los cargos que se imputan. Incluso dejaremos que aparezcas detrás en la rueda de prensa si quieres. Estaría bien que hubiese alguien del departamento de policía cerca del podio. A los contribuyentes les encantará ver que hay colaboración entre las distintas agencias.

—Sí, eso sería estupendo, Yards —respondió Heat con un tono ácido y dulce a la vez—. ¿Puedo llevar mi uniforme de policía o el Departamento de Seguridad Nacional preferirá poner alguna excusa para obligarme a ir vestida de simio?

Bell movió la boca para hacer un puchero.

—En serio, Nikki, no seas así. ¿De verdad creías que este caso iba a seguir siendo tuyo? ¿Qué pensabas, que te ibas a llevar a estos dos cabezas huecas a ese zoo de Rikers Island? Porque permíteme que te cuente qué es lo que pasaría allí. Uno, radicalizarían a toda la población de reclusos musulmanes. Y dos, el verdadero ISIS decidiría llevar a cabo el plan maravilloso de enviar aquí a unos cuantos pesos pesados yihadistas para sacarlos. ¿Te imaginas el golpe que eso sería? Daría la imagen de que Estados Unidos es un país débil e incompetente en su propio territorio. Sabes que no sería tan difícil que eso ocurriera en esa prisión vuestra con más agujeros que un queso suizo.

Bell negó con la cabeza.

—Lo siento, Nikki. Sabes que no es nada personal. Simplemente, nosotros contamos con recursos de los que vosotros carecéis. Y necesidades que vosotros no tenéis. Esto queda por encima de vuestro índice de resolución de casos. Tienes que entenderlo.

Hubo un silencio incómodo. Ochoa cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro después de haber dejado claro lo que opinaba al respecto. Raley carraspeó sin motivo. Feller se cruzó de brazos. Rhymer se balanceaba adelante y atrás.

Pero todos la miraban a ella. Heat sentía los ojos de todos sobre ella y, de nuevo, supo que la estaban examinando. ¿Qué tipo de jefa era? ¿Saldría en defensa de su brigada, de su departamento? ¿Era lo suficientemente dura

como para mandar al gobierno federal a tomar viento fresco porque aquel era un caso de la policía de Nueva York sí o sí?

Heat quería que supieran que lucharía por ellos; que lucharía por la justicia con uñas y dientes y mucho más.

Pero, al final, existía una línea delgada entre una valiente oposición y la resistencia sin sentido. Y este era un ejemplo claro de que tratar de interponerse en el camino del Departamento de Seguridad Nacional la dejaría en muy mal lugar. Heat recordó una máxima que su madre le había enseñado mucho tiempo atrás: a veces, una buena huida es mejor que una mala defensa.

—Están en las salas de interrogatorios —dijo—. Que sepas que los dos han apelado a su derecho a un abogado. No creo que vayáis a conseguir nada más de ellos.

—Gracias —respondió Bell—. Mañana enviaremos un camión refrigerado para recoger el cadáver. Espero que la víctima pueda pasar otra noche en vuestra morgue.

—Está bien.

—¿Hay alguna línea de investigación que hayáis seguido y que podamos continuar nosotros? —preguntó Bell.

—¿Aparte de lo que nos dijeron en la compañía de la tarjeta de crédito? No —mintió Heat como si nada—. Luego está lo que haya encontrado nuestro equipo de recogida de pruebas en el apartamento de los sospechosos. Pero supongo que eso es ahora cosa vuestra también. Por lo demás, espero que nos mantengáis al corriente de los avances de vuestra investigación.

—Por supuesto —respondió Bell con otra mentira—. Supongo que os habréis puesto en contacto con los familiares de la víctima. Lo habréis hecho, pues ya se lo habéis notificado a los medios de comunicación.

—Así es —contestó Heat—. ¿Vais a decirles que los bestias que han asesinado a su hija van a ser utilizados como moneda de cambio para que el petróleo siga estando a dos dólares los cuatro litros?

—No, claro que no. Ni siquiera sé si esto tiene algo que ver con el petróleo. Pero, para que estés tranquila, sí, a la familia se le va a decir que El-Bashir y Al-Aman van a negociar para evitar la pena de muerte y que van a pasar el resto de su vida en una celda de aislamiento de una prisión de máxima seguridad. Después, se les cambiará en algún momento. Entonces, se le dirá a la familia que atacaron a un guardia y que murieron durante el altercado. Eso si la negociación se realiza. Pero eso ya no depende de mí.

Bell vio la expresión incrédula de todos los demás.

—Escuchad, chicos. Así es como funciona el mundo, ¿vale? A mí no me gusta más que a vosotros. Pero hay cuestiones que quedan por encima de lo que ninguno de los que estamos aquí se puede imaginar. A veces, no somos más que personajes secundarios que tenemos que interpretar un papel.

—Pues esta película apesta —murmuró Raley.

—Socio, si tuviese una bolsa de caramelos los estaría lanzando a la pantalla —dijo Ochoa, olvidando por un momento su riña con Raley. De repente, había un enemigo peor en aquella sala.

Bell no les hizo caso. Dio una palmada y sonrió como si estuviese terminando de planear una merienda campestre por el Día del Trabajo.

—Bueno, supongo que ya está todo.

—Supongo que sí —confirmó Heat.

—Me alegra haberte visto de nuevo —dijo Bell—. Saluda a Jamie de mi parte.

—Claro.

Eso fue otra mentira más.

Heat notó cómo la energía de sus detectives decaía cuando los tipos sin cuello del Departamento de Seguridad Nacional se marchaban tras recoger a El-Bashir y Al-Aman y, después, firmar el consiguiente papeleo.

En lugar de quedarse a ver la inmediata desmoralización de su brigada, Heat se retiró a su despacho para hacer un repaso rápido de la enorme lista de correos electrónicos sin leer que se le habían amontonado, respondiendo solamente si estaba segura de que la despedirían en caso de no hacerlo.

Una vez que Bell y sus subordinados se marcharon, Heat volvió a la sala de la brigada. Los detectives acometían en sus mesas distintas fases de trabajo burocrático sin sentido, preparados para volver a sus casas tras terminar la jornada.

—Muy bien, chicos —dijo ella—. Volvamos al trabajo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Feller con un resoplido—. Acabas de dejar que los del FBI se llevaran a nuestros sospechosos para que puedan formar parte de algo tan importante que nosotros, las personas pequeñas, no podemos ni siquiera entender.

—Sí, pero no se han llevado lo más importante.

—¿El qué?

—Nuestra información —respondió Heat.

—¿Qué quieres decir, jefa? —preguntó Ochoa levantándose de su trono de almohadas y acercándose hacia ella cojeando.

—No me creo que esté a punto de decir esto, pero existe un modo de asegurarnos de que Tariq Al-Aman y Hassan El-Bashir acaben ante la justicia de este país.

—¿Cómo?

—Vamos a recopilar todo lo que sabemos y vamos a filtrárselo al *New York Ledger*.

Todos se quedaron con la boca abierta y la miraron con la cabeza inclinada.

Los perros acababan de confiar su suerte a los gatos. El aceite y el agua acababan de anunciar que planeaban formar una bonita mezcla. Los republicanos acababan de decidir que aceptarían cualquier cosa que dijese los demócratas. Heat no podría haberles sorprendido más aunque les hubiese dicho que dejaba su trabajo para convertirse en abogada defensora.

Opie fue el primero en recuperarse. Un poco.

—Pero..., comisaria —balbuceó—. ¿Eso..., eso se puede hacer? Es decir... ¡Joder!

—No, por supuesto que no. Por eso es por lo que vamos a guardar silencio. Y si no queréis formar parte de esto, lo entenderé. Fingiremos que esta conversación nunca...

—Eso ni siquiera se pregunta —la interrumpió Raley—. Vamos a hacerlo. ¿Verdad, chicos?

—Sí —contestó Rhymer.

—Desde luego —dijo Feller.

—Sin ninguna duda —confirmó Ochoa.

—La única pregunta es si de verdad crees que va a funcionar —añadió Raley.

—A los agentes secretos les gusta trabajar en la sombra —explicó Heat—. Ese es su mundo. Así que vamos a asegurarnos de que haya tanta luz sobre este caso que no les quede espacio donde ocultarse. Vamos a seguir las pruebas tal como hacemos normalmente y, después, se las vamos a pasar al *Ledger*. Cada filtración se convertirá en portada. Y después, ya sabéis que harán lo mismo otros medios de comunicación. Si lo hacemos bien, el hecho

de que el *Ledger* tenga una información tan minuciosa de la muerte de su trabajadora hará que la conviertan en una historia importante.

»Todas las Yardleys Bell del mundo confían en que la gente al final deja de prestar atención. Se crecen con todo lo que pueden hacer cuando la gente está mirando hacia otro lado. Tenemos que asegurarnos de que nadie olvide por un momento que Hassan El-Bashir y Tariq Al-Aman están bajo la custodia del gobierno de Estados Unidos esperando a ser juzgados. Para cuando hayamos acabado, allá donde vayan serán auténticas celebridades. Serán hasta tal punto el foco de atención que les será imposible salir del sistema sin ser vistos.

—Utilizar a la prensa como si fuese unas esposas —dijo Ochoa con una sonrisa—. Eso me gusta.

—Y a Tam le encantaría —añadió Raley siguiendo la estela de su compañero—. Sé lo importante que es para ti homenajear a la víctima, comisaria. Creo que has elegido la mejor forma de hacerlo.

—He forjado cierta relación con el editor de Tam —apuntó Heat—. Buscaré el modo de comunicarme con él de tal modo que no nos salpique a ninguno de nosotros. Estoy segura de que no dejará pasar esta oportunidad.

—Vale ¿y qué hacemos ahora? —preguntó Raley.

—Tenemos que seguir recopilando información para poder alimentar a la bestia —respondió Heat—. Lo que necesitamos saber para poder coger bien el toro por los cuernos es cómo llevaron a Tam allí adentro. Sabemos que no la metieron por la entrada principal, así que tuvo que ser por la de atrás.

—No hay cámaras. Ya lo he comprobado —dijo Raley.

—Lo sé. Pero alguien tuvo que ver algo allí. Opie y Randy, sé que ya habéis preguntado por los alrededores del callejón donde está el contenedor. Pero ¿podéis llamar a unas cuantas puertas más? Quiero que hablemos con todos aquellos cuyos apartamentos dan a la parte posterior de la mezquita.

—Hecho —contestó Feller.

—Y también he pensado en algo que el rey de las cámaras de vigilancia podría hacer.

—Su majestad está a tu servicio.

—Ahora tenemos una muestra bastante buena de las voces tanto de El-Bashir como de Al-Aman. ¿Podrías ver si consigues quitar el filtro del vídeo original para luego compararlo con esta nueva muestra? Quizá si logras recuperar parte del vídeo, el ordenador pueda encontrar similitudes que

nuestros oídos no perciben.

—De acuerdo —dijo Raley.

—¿Y yo? —preguntó Ochoa.

—Vete a casa. Tómate unos analgésicos. Túmbate boca abajo. Ya has hecho bastante por hoy.

—De eso nada, jefa. Si estos van a trabajar, yo también. Así es como funciona esto. Siempre he querido ir a Cleveland, ¿sabes? Quizá esta sea mi oportunidad.

Heat negó con la cabeza.

—No. Un hispano bien vestido cojeando con un bastón llamaría demasiado la atención en cualquier sitio. No puedo hacer que juegues a policía secreta en un terreno que no controlamos. Además, supongo que Lorain, Ohio, no es precisamente una metrópolis muy ajetreada. Si los federales andan también por allí, te verán en menos de seis segundos.

—Podemos contar con otro par de zapatos para rastrear la zona con nosotros —intervino Feller.

—Buena idea, Randy. ¿Te parece bien, Oach?

—Hecho.

Heat miró el reloj. Eran las seis pasadas.

—Bueno, ¿y dónde está Aguinaldo? —preguntó Heat—. ¿Alguien ha sabido algo de ella?

Desde el otro extremo de la sala se oyó el timbre del ascensor. Las puertas se abrieron y, como si Heat la hubiese invocado frotando su lámpara mágica, Inez Aguinaldo apareció.

—Vamos a dejar clara una cosa —dijo—. Nunca más volveré a ir de compras.

El pelo, que siempre llevaba bien recogido en una coleta, se le había revuelto.

Su rostro, cuyas necesidades de maquillaje se cubrían normalmente con una excursión cada dos años a la droguería de su barrio, parecía la zona cero del estallido de una bomba cosmética de Clinique.

Su forma de caminar, habitualmente erguida y uniforme, tenía cierto bamboleo debido a la ausencia del tacón de su zapato izquierdo.

—Dios mío. Mirad eso —anunció Ochoa.

Feller soltó un pequeño silbido.

—Caballeros, creo que queda bastante claro que solo hay una forma de que podamos abordar este cambio —dijo Raley.

—¿Concurso de insultos? —preguntó Ochoa levantando las cejas.

—Concurso de insultos —confirmó Raley.

—¿Y eso qué es? —preguntó Opie.

—Es como un concurso de tartas, pero de insultos —explicó Raley. Veinte dólares por cabeza. El ganador se lo lleva todo.

Antes de que a Aguinaldo se le ocurriera alguna forma de protesta, Ochoa, Feller y Raley habían sacado sus carteras y cogido tres billetes de veinte dólares que lanzaron sobre la mesa delante de Feller.

—Yo voy primero —dijo Ochoa—. ¿Qué os parece: «Vaya, chica, ¿por qué no me habías dicho que estaban haciendo audiciones para *The walking dead?*».

Feller fue el siguiente:

—Esa ha sido buena, pero yo probaría con: «No sabía que el circo había

llegado a la ciudad. ¿Sabe la señora payaso que te has estado morreando con su marido?».

Raley fue el último:

—Chicos, estáis siendo demasiado burdos. Hay que ser un poco más sutiles, como: «Oye, me gusta tu colorete. Creo que lo vi de oferta el fin de semana pasado en la tienda de bricolaje».

—Muy buena —celebró Ochoa—. Vale, Inez, tienes que elegir. ¿Quién ha ganado?

Aguinaldo los vio burlarse de su apuro sin reírse.

—Chicos, sois muy graciosos. Me estoy partiendo de risa —dijo con un tono absolutamente plano.

Heat estaba tratando de no mostrar ninguna reacción. Pero, cuando Aguinaldo se fue acercando, Heat arrugó la nariz al detectar un buqué de aromas mezclados que jamás podrían darse en la naturaleza. Una combinación de lavanda, escaramujo, vainilla, manzanilla e insecticida.

—¿Qué..., qué es ese olor? —preguntó Heat.

—¿Sabes cuántas veces me han rociado hoy? —protestó Aguinaldo—. Las chicas que trabajan en los mostradores de perfumería parecen inofensivas. Pero, en realidad, son como ninjas de las colonias. Lo único que tienes que hacer es pasar por allí y ellas se te acercarán para entablar conversación. Es como: «Hola —chorro—, ¿qué —chorro— tal —chorro— estás —chorro—?». Y, después, cuando ya te han dejado aturdida, te lanzan otra ronda. Son como delitos contra la calidad de vida con piernas.

Heat se echó hacia atrás de forma inconsciente.

—Oye, si mañana necesitas que alguien vaya a hacer una ronda por los barrios marginales, cuenta conmigo —dijo Aguinaldo—. ¿Quieres que vaya a despertar a vagabundos para interrogarles? No hay problema. ¿Que vaya de incógnito vestida de *drag queen*? Ponme un pene y una nuez en la garganta y allí estaré. Pero, pase lo que pase, nunca me pidas que vuelva a la Quinta Avenida.

Heat trató de ocultar una sonrisa, pero no lo consiguió.

—¿Puedo atreverme a preguntar qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? —espetó Aguinaldo—. Pues que he tenido la mala suerte de descubrir desde muy temprano que el pañuelo del vídeo es un modelo original de Laura Hopper.

—¿Laura qué? —preguntó Heat.

—Laura Hopper. Al parecer, en lo referente a pañuelos, ella es única en el mundo. ¿Beyoncé? ¿Adele? ¿Jennifer Lawrence? Si tienen que ponerse un pañuelo, será de Laura Hopper. Es seda pintada a mano y se venden como a diez mil la pieza. Eso si consigues uno. Laura solamente hace unos cuantos al año. Hay una encarnizada guerra de pujas cada vez que aparece uno en una subasta. Cuando alguien anuncia uno en eBay, casi todo internet se viene abajo.

—No lo entiendo —dijo Rhymer—. ¿Qué puede tener de especial un trozo de tela?

—Es el puro resplandor de la propia Laura Hopper —le explicó Aguinaldo—. Para mí, todo esto es nuevo. Pero, por lo que he visto, Laura Hopper es como... Bueno..., si Louis Vuitton y Oscar de la Renta tuviesen una hija y si esa hija hubiese heredado los mejores genes de las dos ramas de la familia, Laura Hopper seguiría estando todavía por encima.

—Sí, pero ¿diez mil por un pañuelo?

—Sus admiradores dicen que Laura Hopper es como un regalo, no solo para el que lleva sus pañuelos, sino para el mundo entero. Cada uno es único y tiene su propia historia. Es como una obra de arte de valor incalculable que se puede poner alrededor del cuello. Y Laura nunca repite ningún dibujo. Incluso tira a la basura el color cuando termina y hace una mezcla nueva para el siguiente pañuelo. No existen dos Laura Hopper iguales.

—Eso es una gran noticia, ¿no? —señaló Heat—. Podemos preguntar a Laura Hopper para ver si recuerda a quién le vendió el pañuelo. Si cada uno es tan único, puede que se acuerde.

—Ya lo he intentado, créeme. Hace como ocho horas y cuarenta chorros. Laura tiene su central en Nueva York y he podido ponerme en contacto con su asistente personal. El problema es que ella se encuentra ahora mismo en Tahití, pasando sus vacaciones anuales de tres semanas completamente desconectada. Al parecer, las únicas personas que pueden contactar con Laura son los corpulentos guaperas encargados de darle masajes y prepararle los daiquiris. Pero incluso a ellos se les obliga a guardar secreto bajo pena de muerte.

—Pero su asistente..., no sé..., ¿no tiene algún tipo de seguimiento de cada pañuelo? ¿No los catalogan? ¿No hacen fotos antes de venderlos?

—Sí y no —respondió Aguinaldo—. Venden principalmente a clientes de Nueva York porque es aquí donde se encuentra la mayor parte de la industria

de la moda norteamericana. La asistente tiene registros de todos los lugares donde han vendido algún pañuelo. Pero no qué pañuelo se ha vendido. No los numeran. Ni tratan de hacer una descripción de cada pieza. Laura Hopper opina que si le pones un nombre al pañuelo de algún modo se deprecia.

»Así que he tenido que ir a buscar todos los nombres que aparecen en esa lista con la esperanza de que alguien pudiese reconocer este Laura Hopper en particular como uno de los que han vendido —concluyó Aguinaldo dejando clara su exasperación.

—¿Cuántos han sido?

—Cientos. Y la cuestión es que Laura Hopper tiene inclinaciones igualitarias. Ella no vende solamente en sitios superlujosos. A veces, proporciona algún pañuelo a Macy's, por ejemplo, y les pide que lo pongan en secreto en las perchas de liquidaciones por treinta dólares. Así, incluso los que no son ricos tienen la oportunidad de poseer un pequeño trozo de la gloria que representa Laura Hopper, si es que tienen buen ojo.

—Joder —protestó Ochoa—. Entonces, Laura Hopper es como Willy Wonka pero sin la fábrica de chocolate.

—Y sin los detalles repulsivos para niños —añadió Feller.

—Sí. Nuestro problema es que... Digamos que eres la afortunada compradora que encuentra ese Laura Hopper en la cesta de las rebajas de Filene's Basement —prosiguió Aguinaldo—. En el momento en que descubres que ese pañuelo de treinta dólares puede valer diez mil, ¿qué haces?

—¿Una danza feliz que se convierte en ridícula si la hace un hombre blanco? —sugirió Raley.

—Bueno, sí, eso. Pero lo más probable es que tengas que pagar facturas y niños que necesiten aparatos en los dientes. Y, en cualquier caso, todos los asistentes a la fiesta a la que vas a ir van a pensar que es un Laura Hopper de imitación. Así que lo vendes.

—¿Es eso lo que pasó con este? —preguntó Heat.

—No lo sé —contestó Aguinaldo—. Sigo esperando que alguien de estas tiendas reconozca este pañuelo en particular y me dé alguna pista para poder seguirla. Pero aunque hay muchas personas que reconocen al instante que se trata de un Laura Hopper, ninguna sabe exactamente de qué Laura Hopper se trata. Y por eso parezco ahora mismo como si hubiese estado de compras durante un Black Friday que durara trescientos días seguidos.

—Ah, ese sí que es bueno —dijo Raley. A continuación, miró a Feller y a Ochoa—. ¿Cómo es que no se os ha ocurrido nada parecido?

Feller estaba a punto de responder, pero se quedó en silencio cuando vio que Aguinaldo no estaba todavía para bromas.

—Por tanto, no sabemos qué Laura Hopper era este —concluyó Heat—. Pero sí sabemos que apareció en nuestro escenario del crimen. Y eso nos devuelve a nuestra primera pregunta, que ahora se ha vuelto más confusa. ¿Cómo es que un pañuelo de mujer, un pañuelo de mujer único, famoso en todo el mundo y absurdamente caro, aparece en una mezquita de Nueva York como parte de la grabación del vídeo de una decapitación llevada a cabo por dos muchachos que, a juzgar por su apartamento, no tienen más de diez centavos entre los dos?

—¿Podría haber pertenecido a Tam? —preguntó Aguinaldo.

—No con el salario de periodista —contestó Heat—. Además, la conocía desde hacía varios años y nunca la he visto llevar ningún pañuelo y mucho menos uno como ese.

Ese era uno de los calcetines desaparecidos más raros en la carrera profesional de Heat y no le veía ningún tipo de lógica. No con las pruebas que tenían hasta el momento.

Y, al parecer, lo mismo pensaban los demás. Los detectives de la comisaría Veinte estaban participando en un concurso antimiradas en el que nadie podía mirar a los demás.

Al final, fue Ochoa quien habló.

—El verdadero ISIS trafica con todo tipo de artículos robados. Han robado obras de arte, antigüedades y cualquier cosa que caiga en sus manos y que ellos piensen que tiene algún valor. Es así como fundaron su imperio. Con eso y con el petróleo. Puede que estos niños aprendices de ISIS estén tratando de actuar como los adultos.

—Es posible —respondió Heat—. Antes de que salgas a hacer tu rastreo con Opie y Feller, ¿por qué no llamas a la División Central de Robos y preguntas si alguien ha denunciado el robo de un Laura Hopper ya sea en alguna tienda o a una persona? Imagino que algo de este valor estaría asegurado, así que la persona a la que se lo hubieran robado habría presentado una denuncia. Eso podría darnos alguna pista para seguir.

—Hecho —respondió Ochoa.

—De acuerdo, creo que todos sabemos lo que tenemos que hacer, excepto

tú, Inez —dijo Heat—. Pero tengo para ti una misión especial.

Una mirada de auténtico terror apareció en el rostro de Aguinaldo.

—Vete a casa. Date una ducha. Apesta.

—Por fin tenemos ganadora del concurso de insultos —anunció Feller a la vez que levantaba los tres billetes de veinte y se los pasaba a Heat.

Ella cogió el dinero y se lo pasó de inmediato a Aguinaldo.

—Y cómprate algo rico de comida para llevar, cortesía de tus generosos compañeros.

Mientras los detectives salían a cumplir con sus encargos y Heat volvía a su despacho, sintió una vibración en su pierna.

Bajó la mirada para ver el mensaje que le enviaba Lauren Parry.

«¿Puedes venir?».

A continuación, dos segundos después, llegó otro más.

«Sola».

Por segunda vez en el día, Nikki Heat hacía el trayecto hasta la sala 23B. Y, también por segunda vez, se daba cuenta de que eso la ponía nerviosa.

Lauren Parry no pedía ninguna reunión a solas con Nikki por asuntos rutinarios, sobre todo desde que Heat había sido ascendida a comisaria.

Aquello debía ser por las cenizas de su madre. Por mucho que Heat estuviera deseando conocer el resultado, también le tenía miedo de una forma que le resultaba inesperadamente complicada.

Porque, por un lado, y a pesar de que se había esforzado por no hacerlo, se había permitido fantasear con la idea de que su madre seguía viva. Era un cuento de hadas, sí. Pero ¿acaso no tenemos todos en nuestro interior a un niño que cree en los cuentos de hadas? Pensar que ella y su madre podrían algún día volver a preparar la cena juntas. O que pudieran disfrutar de una sinfonía una al lado de la otra. O que Cynthia Heat tomara alguna vez entre sus brazos a sus nietos...

«¿Nietos? Dios mío, Nikki. Despierta».

Y luego estaba el resultado opuesto, que era que Cynthia Heat siguiera tan muerta como lo había estado durante estos diecisiete años. Y por mucho que Heat se había esforzado en no creer en el cuento de hadas, sabía que acabaría llorando de nuevo la muerte de su madre.

Así pues, si el corazón de Heat latía con fuerza cuando abrió la puerta de la sala 23B, no era porque la caminata hasta allí hubiese sido especialmente extenuante.

—¡Ah, hola, Nik! —gritó Parry desde el otro lado del laboratorio.

Heat supo entonces que estaban solas. De haber habido más gente allí,

Parry la habría llamado comisaria Heat.

—Hola, Laur —respondió Heat.

A continuación, vio la bolsa de plástico con los restos de su madre sobre el mostrador junto a donde estaba Parry. Heat desvió rápidamente los ojos de la bolsa para que no pareciera que la miraba fijamente.

—Gracias por venir —dijo Parry—. Me he enterado por los federales de que nos quedaremos sin la compañía de Tam Svejda mañana a primera hora. ¿Qué ha pasado?

—Yardley Bell ha pasado.

—Creía que ahora os llevabais bien...

—Nos llevábamos —puntualizó Heat—. Hasta que me ha robado a mis sospechosos.

—Entonces, ¿te siguen interesando los resultados que he obtenido esta tarde?

—Por supuesto —contestó Heat. A continuación, puso una sonrisa de suficiencia y añadió—: Y no porque esté pensando en continuar investigando este caso ahora que es del FBI. Es solo porque admiro mucho tu trabajo.

Parry no necesitaba que Heat le diera ningún detalle.

—Pues te lo agradezco —dijo—. Bueno, pues ahora que las dos sabemos que esto es estrictamente académico, ¿recuerdas ese polvo blanquecino que encontré en las suelas de Tam?

—¿Lo que yo pensé que podría ser cocaína o heroína?

—Exacto. Solo que el espectrómetro de masas ha terminado dando un resultado muy distinto. Nuestro polvo misterioso, una vez separado de la suciedad y la mugre común que también había en el zapato, resulta ser zinc.

—¿Zinc?

—Eso es. Así que no es nada que se mete por la nariz. Aunque supongo que se sabe que los socorristas de la playa se lo ponen sobre la nariz.

Heat se cruzó de brazos.

—¿Qué haría eso en la suela de los zapatos de Tam?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que es por eso por lo que te dieron esa placa de detective tan llamativa y tan chula? —preguntó Parry—. Yo no soy más que la chica a la que le fue bien en la prueba de admisión de la Facultad de Medicina, ¿recuerdas?

—Sí, pero... Es decir, ¿en qué otros sitios hay zinc?

—Mejor pregunta dónde no lo hay —la corrigió Parry—. Me estoy

acordando de mi época de química orgánica. Y créeme, es una época que estoy tratando de olvidar. Pero, si no recuerdo mal, el zinc es el segundo metal más común en el cuerpo después del hierro. Es esencial para el sistema inmunológico, para curar heridas y todo tipo de cosas importantes. Eso cuando lo absorbe la sangre, claro. El que está en forma de metal puede aparecer también por todos lados. Se rocía sobre los coches para impedir que se oxiden. Está en alcantarillas, fusibles..., en todas partes. Probablemente esté ahora mismo en muchos de los bolsillos de los norteamericanos.

—¿A qué te refieres?

—Los peniques. Son casi todo de zinc, con tan solo una fina capa externa de cobre —le explicó Parry—. Y si hablamos de óxido de zinc, que es lo que usan los socorristas, se encuentra en una tonelada de cosméticos y medicamentos. Es decir, está por todas partes. Creo que incluso se usa en la tinta de las imprentas.

—¿Tinta de las imprentas como la que utiliza el *New York Ledger*? ¿Estuvo merodeando por una imprenta?

—Es posible —respondió Parry—. También es posible que fuese de excursión hace tres fines de semana y trajera algo en sus zapatos. El zinc aparece en la naturaleza y es bastante común en la corteza terrestre. Esa es una de las razones por las que le hemos buscado tantos usos. Es barato.

Heat trató de imaginarse cómo podía haber restos de zinc en las suelas de Tam Svejda. Pero enseguida admitió que se trataba de otra pieza que no quería encajar en el rompecabezas todavía.

O nunca.

El zinc podría ser otro calcetín desaparejado. Pero también podría ser una pista falsa, algo que no tuviese importancia alguna.

—Vale. Está bien saberlo —dijo Heat.

Sus ojos se movieron de nuevo hacia la bolsa de plástico y, después, otra vez hacia Parry.

—Y... ¿algo más? —preguntó Heat con voz algo entrecortada.

—Sí, ¿recuerdas eso que había en el cuerpo de Tam que olía a queroseno?

—Ajá.

—Gran sorpresa: es queroseno. Pero no empieces a hacerme preguntas de cómo ha llegado hasta ahí ni de qué puede significar, porque voy a recordarte de nuevo lo de tu placa de policía.

—Vale, entendido —dijo Heat, ahora mirando de forma bastante explícita

a cualquier otro sitio que no fuese el mostrador.

—Y ahora... hablemos de esa bolsa a la que has estado intentando no mirar desde que has entrado.

Heat sintió que las mejillas se le ruborizaban y bajó la mirada hacia sus zapatos.

—Sí, ¿qué me dices de eso?

—¿De dónde lo has cogido? ¿De un crematorio o...?

El corazón de Heat empezó a latir de nuevo con fuerza.

—Es..., es difícil de explicar. ¿Puedes simplemente...? ¿Qué es? ¿Qué has encontrado?

Parry no hizo caso de las vacilaciones de Heat y continuó:

—Bueno, son restos de un crematorio, de eso no hay duda. Toda la materia orgánica ha desaparecido, claro. Incluido el ADN. Cuando se quema algo a tan alta temperatura, lo único que quedan son huesos. Pero estos huesos...

Heat se había agarrado disimuladamente a la superficie de la mesa del laboratorio para mantener el equilibrio.

—¿Qué les pasa? —preguntó.

—Pues una cosa es segura —contestó Parry antes de pronunciar las tres palabras que cambiarían para siempre la vida de Heat—. No son humanos.

No eran humanos. Es decir, no era su madre.

Heat tragó saliva. Aparte de eso, parecía sentirse fuera de su cuerpo. Bajó los ojos y vio que los nudillos se le ponían blanquecinos al apretar la mesa con mayor fuerza, pero no era consciente de estar ordenándoles a sus manos que lo hiciesen. Sentía un zumbido en los oídos, aunque no estaba segura de cuál era su procedencia. Trató de formar palabras, pero descubrió que la boca se le había quedado seca.

—Hay que verlo por un microscopio para darse cuenta —continuó Parry, aparentemente sin percibir la agitación en la que acababa de sumergir toda la existencia de Nikki Heat—. Pero si lo haces, es bastante obvio. Una parte son definitivamente aviarios. Se sabe porque los huesos de los pájaros son mucho menos densos que los humanos. Había también lo que podría ser huesos de ardilla o de rata. Alguna especie de pequeño roedor, aunque, aparte de eso, no estoy segura de más. Haría falta alguien que conociera a los animales mucho mejor que yo. Había también algún mamífero más grande. Pero no un perro. Quizá un ciervo.

—¿Un ciervo? —consiguió decir Heat con una tos.

—Al principio pensé que podría tratarse de un crematorio de animales domésticos. Hasta que me encontré con el ciervo. Entonces, empecé a pensar que quizá se trataba de un animal atropellado. Ya sabes que el Departamento de Obras Públicas saca de la carretera a todos los bichos muertos y los quema.

—Atropellado —repitió Heat.

Por fin, dejó de intentar mantenerse en pie. O encontraba una silla o se caería al suelo. Por suerte, había una banqueta a poca distancia. Se la puso debajo a tiempo.

Atropellos. Las cenizas que Heat había colocado con todo cariño tras la placa en el columbario más bonito de Nueva York y que había visitado fielmente durante diecisiete años, con las que había conversado y que la habían hecho sentirse más cerca del espíritu de su madre... durante todo ese tiempo habían sido los restos de animales a los que la gente había atropellado con sus coches.

—Chica, ¿estás bien? —preguntó Parry con expresión preocupada—. Parece como si te fueses a desmayar.

—Sí, yo... solo... creo que no he comido.

—Y ahora tienes bajo el nivel de azúcar en sangre. Espera.

Parry desapareció en el interior de la habitación de al lado. Heat se inclinó sobre un codo encima del mostrador. Desde aquella milésima de segundo de esa mañana, una parte de ella se había convencido de que la mente le había jugado una broma pesada.

Ahora tenía delante de ella la prueba de que no era así. Y eso había hecho que el universo bien ordenado de Heat se sacudiera como si se tratara de un *big bang*.

Su madre no estaba muerta. Lo que sea que hubiese ocurrido aquel 24 de noviembre de 1999 había sido poco más que una inteligente escenificación de una mujer que, desde luego, tenía un sentido de la interpretación tan desarrollado como para sacarlo adelante.

En la cabeza de Heat empezaron a surgir preguntas de manera espontánea: ¿Qué había sido tan importante, amenazador o intimidante como para hacer que Cynthia Heat pensara que tenía que desaparecer de la vida de todos, incluida la de su propia hija? ¿Dónde había estado todos esos años? ¿A qué se había dedicado? ¿Por qué salía de repente de su escondite?

Nikki empezaba a luchar contra todo eso y mucho más cuando Parry

regresó con una botella pequeña de zumo de naranja que abrió para que Heat se lo bebiera.

—Toma. Bebe un poco de esto y, después, quédate quieta hasta que empieces a sentirte mejor —le aconsejó Parry—. No quiero que te caigas encima de mí. Sé que la mayoría de mis pacientes llegan un poco tarde para el juramento hipocrático, pero de vez en cuando tengo que fingir que soy una médica de verdad.

—Gracias, Laur —dijo Heat a la vez que agarraba el zumo de naranja y le daba un gran sorbo haciendo caso a Parry—. Pero creo que ya me siento mejor.

—¿Seguro?

—Desde luego —respondió.

No era verdad. Ni tan siquiera un poco. Pero ahora había algunas cosas de las que se tenía que ocupar. Y no podía hacerlo sentada en la sala 23B.

La única persona que estaba en la sala de la brigada cuando Heat regresó era Raley, que estaba concentrado con los ojos fijos en los píxeles que tenía delante. Llevaba puestos unos auriculares. No tenía sentido molestarlo.

Fuera, las sombras se iban alargando. El turno de día de la comisaría Veinte había terminado hacía rato y el de noche estaba ya en la calle, haciendo de Nueva York una ciudad más segura.

Nadie tenía por qué esperar que la comisaria Heat siguiera allí todavía. Se aprovechó de ello y salió. Se iba a casa.

Pero no al loft de Tribeca que compartían ella y Rook.

A su casa. Al apartamento de Gramercy Park donde había tenido una infancia feliz, donde sus padres habían vivido juntos hasta que se separaron, donde su madre había seguido residiendo tras el divorcio, donde Nikki había regresado durante las vacaciones tras los semestres de universidad, donde siguió viviendo sola hasta que conoció a Rook.

Y donde su madre había sido asesinada.

Para Nikki había supuesto un gran paso poner el apartamento a la venta poco antes de que ella y Rook se casaran. Ya llevaban un tiempo viviendo de forma continuada en la casa de Rook, claro. Pero, de algún modo, a Heat le costaba deshacerse de él.

Su vacilación no se había debido a que tuviese algún tipo de dudas sobre si

ella y Rook durarían juntos. Ya sabía que estaba enamorada de él para lo bueno y para lo malo y que nunca se sentiría completa sin él.

Fue por lo que representaba aquel apartamento: su independencia. Decir que vas a estar con una persona el resto de tu vida es una cosa. Decir que renuncias a la posibilidad de estar sola es otra.

Cuando Heat puso la casa en venta, esperaba que fuese rápido. Los apartamentos de Gramercy Park se vendían rápido normalmente.

Excepto, al parecer, el suyo. Al principio, hubo un ridículo intento de negociar a la baja. Después, nada. ¿Era porque la gente seguía acordándose de lo que había ocurrido allí? ¿O porque la cocina necesitaba modernizarse? ¿O es que, quizá de forma inconsciente, había puesto un precio demasiado alto, sabiendo que aún no estaba lista para quedarse sin el apartamento?

Cualquiera que fuese el caso, el apartamento aún no se había vendido tras llevar un año en el mercado. La inmobiliaria no paraba de hacer sutiles guiños para que bajara el precio de venta, pero Heat lo posponía siempre con la excusa de que lo pensaría cuando tuviese un momento libre, lo cual, por supuesto, rara vez ocurría.

Rook se había comportado como un príncipe en todo ese asunto. Desde un punto de vista estrictamente económico, no tenía sentido continuar pagando gastos de mantenimiento, impuestos y demás por una casa que nunca se utilizaba. Heat debería haber rebajado el precio sin más, haber aceptado lo que pudiera conseguir y haber pasado página. No necesitaban vender al precio máximo precisamente.

Pero Rook se daba cuenta de que había en juego otros aspectos aparte de los económicos. Así, mostrando una madurez inusual para tratarse de un niño grande y fornido, se había cuidado de no sugerir ninguna medida. Dejó que Heat se tomara su tiempo en lo que concernía a su espacio.

Heat cogió un coche camuflado en lugar de ir en metro. Después, encontró una plaza de aparcamiento al llegar. Bob Aaronson, el portero, la saludó con el adecuado nivel de ruido en su reacción de sorpresa, pues había pasado bastante tiempo, y cuando ella metió la llave en la puerta descubrió que la cerradura estaba algo dura.

El interior olía algo a rancio. No solamente no había habido ofertas, sino que ni siquiera había ido mucha gente a verlo últimamente. Era como si el anuncio en el Servicio de Listado Múltiple concluyera con: VENDEDOR

DESMOTIVADO. NO PIERDA EL TIEMPO.

La casa la había ordenado la agente inmobiliaria para hacerla parecer más atractiva a los posibles compradores que ya habían dejado de aparecer. Pero, por lo demás, estaba exactamente igual a cuando Nikki había vivido allí.

Y aún más, había cambiado poco desde que Cynthia había vivido allí. Los muebles eran los mismos. Las cortinas eran las mismas. Incluso la pintura era la misma. Lo más ambicioso que Nikki había hecho había sido cambiar los azulejos de la cocina. Pero lo había hecho solamente porque la sangre no desaparecía de la lechada.

Nikki no había tenido nunca la intención de mantener la casa como una especie de santuario. Simplemente le gustaba como estaba. Se amoldaba a ella. Y, en general, había estado demasiado obsesionada con el trabajo como para pensar siquiera en la idea de realizar obras importantes o volver a decorarla.

Al entrar y cerrar la puerta, se vio de nuevo en aquel 24 de noviembre de 1999. Entró en la cocina recordando el punto exacto del suelo donde había encontrado a su madre, boca abajo, con la apariencia de estar muerta, con el cuchillo sobresaliendo por su espalda. Recordó caer de rodillas junto a su madre, abrazarla, todo. Vio las salpicaduras de sangre, el horror por todas partes.

A veces, no estaba segura de si otros recuerdos eran reales o si eran de las fotografías del escenario del crimen que tantas veces había visto.

Heat respiró hondo y, a continuación, salió de la cocina. No había ido allí por hacer un macabro viaje nostálgico. Nikki Heat era muchas cosas. Pero, antes que nada, era policía.

Una policía que se daba cuenta de que el caso al que más tiempo había dedicado en toda su vida necesitaba una nueva cronología, nuevas pruebas, nuevo de todo. ¿Cómo lo había llevado a cabo su madre?

Empezó con el momento en que su madre había salido de la casa. Una médica —claramente una actriz o alguna compañera espía de Cynthia— había separado a Nikki del cuerpo. Después, una policía, otra actriz pagada o alguna amiga, había llevado a Nikki a la habitación de al lado mientras un equipo de otros farsantes se llevaba a Cynthia Heat.

Una mentira. Todo. Quizá con la ayuda del baclofeno, si Rook tenía razón. Quizá con algo más.

Habían engañado a Nikki por completo. Pero ¿tan difícil había sido? Solo tenía diecinueve años en aquel entonces y era muy ingenua. Confiaba en todo aquel que tuviese aspecto de ser alguna autoridad.

Pero Cynthia debió necesitar engañar a más personas aparte de a una adolescente inocente. Nikki había visto el certificado de defunción de su madre. Era del todo oficial, emitido por la ciudad de Nueva York. ¿Cómo lo había conseguido?

Heat se acercó al archivador que tenía en el pequeño despacho de su casa y lo abrió apretando con un dedo. Había varios archivos relativos a su madre. Pero había uno en particular que era el que Nikki estaba buscando.

Se alegró de que la encargada de la inmobiliaria no lo hubiese ordenado también. Dejó que sus dedos repasaran las carpetas y, por fin, lo encontró.

Un archivo con la etiqueta «Disposiciones de mamá».

Aquello era una neurona muerta que recobraba vida. En medio del remolino de toda la actividad que vino inmediatamente después de la muerte de su madre —cuando Nikki estaba demasiado aturdida por lo que había ocurrido como para ocuparse de los detalles más mundanos de la muerte—, le había parecido una bendición: Cynthia Heat había dejado todo organizado e incluso lo había dejado pagado.

Había elegido la funeraria. También la urna crematoria. Y, sí, incluso también había elegido el crematorio. Todo estaba bien detallado en su testamento.

En aquel momento, había parecido todo un detalle por parte de su madre. Y Nikki se había sentido aliviada por tener algo menos que hacer.

Ahora le parecía de lo más extraño. Las personas de ochenta años se preocupaban de cómo sería su funeral. También los pacientes de un cáncer terminal. Cynthia Heat tenía cuarenta y nueve y gozaba de una salud perfecta. ¿Qué tipo de persona de cuarenta y nueve años elige su propia urna funeraria?

Nikki abrió la carpeta. Los servicios se habían celebrado en la funeraria Gannon, que era claramente un lugar auténtico y legal. Estaba a tan solo unas cuantas manzanas. Heat había estado allí no solamente para el funeral de su madre, sino para mostrar sus respetos por otras personas a lo largo de todos estos años, principalmente vecinos que habían fallecido. Las personas que lo dirigían hacían muy bien su trabajo, encargándose de los detalles de un momento difícil en la vida de sus clientes con profesionalidad y cariño.

Heat repasó aquellos papeles. Había un folleto, una descripción del paquete funerario que había comprado. Cynthia Heat había elegido incluso la limusina que se utilizaría para llevar sus restos al columbario. El recibo estaba en papel carbón. Era 1999, antes de que todo fuese digital. Tenía un sello de PAGADO en la parte superior de la página. Nikki sintió un pellizco en el estómago cuando vio la firma de su madre al fondo.

Nikki siguió revisando la carpeta. A continuación, llegó a un montón de hojas parecidas de un establecimiento llamado crematorio Demming. De nuevo, una descripción de los servicios que se iban a realizar, todo ello con apariencia muy oficial. De nuevo, una factura firmada por Cynthia.

Pero en esta ocasión Nikki no conocía el negocio ni lo había visitado. Lo único que sabía era que le habían entregado la urna con las supuestas cenizas de su madre en el interior en el funeral.

Sintiendo curiosidad, Nikki escribió «Crematorio Demming Nueva York» en Google.

Ante ella aparecieron más de mil resultados. Pero incluso el primero, el que se consideraba más relevante por todos los algoritmos de búsqueda de Google, tenía «No aparece: ~~Demming~~» en fantasmales letras grises justo debajo.

El siguiente, igual. Y todos los demás resultados de la primera página. Faltaba ese Demming.

Quitó «Nueva York» y volvió a probar.

Esta vez, lo único que apareció eran obituarios de personas que se apellidaban Demming y que habían sido publicados por funerarias que también tenían la palabra «crematorio» en sus nombres. Pero no había ningún crematorio Demming.

Heat se apoyó en el respaldo apartándose del teclado. ¿Existía en el año 2016 algún negocio que no estuviese en internet?

No era muy probable. Pero seguía siendo posible. Sobre todo, si se trataba de un crematorio antiguo cuya existencia dependiera de la derivación de otras funerarias, también antiguas.

Heat pasó a la página web del estado de Nueva York y, tras pulsar algunas teclas, miró las licencias de negocios. No había ninguna a nombre de crematorio Demming en la sección de «activos». Así que pulsó sobre «todos», la parte donde se incluían las licencias que habían caducado hasta

1984.

Probó todas las combinaciones, consciente de lo escrupulosas que podían ser las bases de datos. Pero cada vez que escribía algo, la respuesta era: NO SE HA ENCONTRADO NINGUNA ENTIDAD.

Al menos, con eso supo Heat cómo habían conseguido el certificado de defunción: los del crematorio Demming (en realidad, más actores y sin duda competentes) habían entregado los restos incinerados de «Cynthia Heat» (en realidad, restos incinerados de animales atropellados del Departamento de Obras Públicas) a la funeraria Gannon, la cual después había solicitado el certificado de defunción, pues formaba parte del paquete que había comprado Cynthia.

Y así fue como la muerte de Cynthia Heat había llegado a ser oficial.

Resuelto uno de los misterios.

Nikki Heat deseó entonces poder empezar a resolver los otros muchos que quedaban.

La botella de Bolla Valpolicella le había costado a Nikki 13,95 dólares y una cara de desprecio del tipo de la tienda de licores, que sabía que solo había obtenido una calificación 81 en el *Wine Observer*.

A Heat no le importó. No bebía por el sabor. Bebía por los recuerdos.

Era 1996. Tenía dieciséis años. Su primer viaje a Italia. Mamá con su paso nervioso.

Había algo en Europa que hacía que Cynthia Heat cobrara vida de una forma que nunca le pasaba en Estados Unidos. Sus gestos se volvían más marcados. Su rostro reflejaba un rubor permanente. Su voz se volvía más encantadora y sus anécdotas más traviesas. Era como si toda su aura empezara a resplandecer en cuanto traspasaba la aduana.

Nikki, por entonces una adolescente, creía que era por la emoción de viajar al extranjero, la oportunidad de practicar idiomas —¿y cómo es que sabía tantos?— y la excitación de vivir algo distinto. No había sabido nada hasta mucho después sobre el colorido historial de Cynthia Heat como agente de la red de niñeras.

Fue a posteriori cuando Nikki se dio cuenta de que los sitios a los que iban eran lugares donde su madre ya había estado, probablemente en circunstancias mucho más emocionantes que como guía turística para su ignorante hija. Cynthia Heat no solo disfrutaba con el presente. Estaba reviviendo su emocionante pasado con su hija al lado.

Entonces, ¿en qué estaba pensando Cynthia cuando había elegido su primer destino tras aterrizar en el aeropuerto Leonardo da Vinci, cansada por el desfase horario, pero exuberante? No fue el Coliseo, San Pedro, el Foro ni

cualquier otro de los destinos obligatorios sobre los que Nikki había leído en sus guías. Se trataba de una plaza común y corriente. Nikki estaba segura de que tenía un nombre, pero no podía recordarlo, si es que Cynthia se lo dijo alguna vez.

Sin darle explicaciones ni entretenerse en el camino, Cynthia se dirigió a aquel lugar tan inadvertido y se sentaron en unos escalones de mármol. Descorchó una botella de Bolla Valpolicella, dio un largo trago y, después, le pasó la botella a su hija.

Por supuesto, Nikki ya había bebido alcohol antes. Sus padres dejaban que su hija diera un sorbo de esto o tomara media copa de lo otro en algunas ocasiones.

Pero nunca había bebido alcohol así. Cogió la botella, se inclinó hacia atrás, igual que su madre había hecho, y dio un trago. Después, se la devolvió, pero su madre la miró y le dijo que bebiera un poco más.

A medida que el alcohol entraba en su flujo sanguíneo, Nikki empezó a asimilar lo que tenía alrededor. En medio de la plaza había una escultura de mármol de un dios romano cuyo rostro estaba corroído por la lluvia ácida y cuyo brazo izquierdo no era más que un muñón que debió caerse siglos atrás. De haber estado en Norteamérica, probablemente habría sido una de las atracciones principales de la capital, una antigua maravilla que la Cámara de Comercio habría incluido en todos los folletos. Aquí no era más que otro pedazo de piedra en una ciudad que, en realidad, tenía cosas mucho mejores que ofrecer.

Al otro lado de la calle había una sencilla iglesia de piedra construida en el siglo VIII, una antigüedad poco importante para los estándares italianos, pero sobrenatural para una estadounidense como Nikki, que nunca había visto nada tan antiguo. Se quedó mirándola con asombro, incapaz de entender un periodo tan largo de tiempo tan fuera de contexto para sus dieciséis años. Durante más de medio milenio, esa iglesia había bautizado, casado y enterrado a generaciones de personas, haciendo de anfitriona en los momentos más importantes de sus vidas. Pero los romanos pasaban sin más junto a ella con sus Fiat y sus Vespas sin reparar en ella.

Igual que tampoco prestaban atención a las dos norteamericanas que estaban sentadas en los escalones de mármol dando tragos de aquella botella. La madre de Nikki no decía nada, no le narraba la escena como hacía a veces;

no hacía nada aparte de mirar al infinito o, tal y como Nikki conjeturaba ahora, hacia el pasado.

Nikki solo podía recordar que estaba en el presente. Los dieciséis son una época conflictiva en el ciclo de la relación entre madre e hija. Las batallas de adolescente, que normalmente comienzan alrededor de los doce años, parecen durar desde toda la vida. Ambas partes están agotadas de esta batalla sin fin, volviendo a formar nuevos ejércitos, enviándolos al campo de batalla, declarando victorias, contando bajas, trazando nuevas líneas para romperlas en el momento en que las tropas están listas para volver a movilizarse.

Aquella botella de Bolla Valpolicella en silencio había sido como una ofrenda de paz. Simplemente se la pasaron la una a la otra hasta que el vino se acabó y Nikki estaba medio borracha. A continuación, se dispusieron a aventurarse por el resto de la ciudad.

Su madre no le había contado nunca por qué aquella plaza había sido su primera parada. Nikki nunca le dijo a su madre lo mucho que disfrutó aquel momento.

Ahora, tras todos estos años, el sabor dulce y afrutado del Bolla Valpolicella llevó a Nikki de vuelta a aquella plaza, a aquella sensación de cercanía con su madre.

Y Nikki siempre bebía de la misma forma. Directamente de la botella.

Alrededor de las nueve, ya había acabado con buena parte del contenido. La comida india que había pedido aún no había llegado, así que el vino apenas se detenía en su estómago vacío antes de subírsele directamente a la cabeza. Cuando sonó el teléfono, pensó que sería el encargado de la entrega a domicilio que quería volver a comprobar la dirección, pero no era él.

Era Rook.

—Hola, preciosa —dijo con una voz cálida y sensual que hizo que Heat deseara que estuviese allí para que se aprovechara de su estado de semiembriaguez y ella pudiese aprovecharse también de él.

—Hola —saludó ella escondiendo las piernas bajo su cuerpo encima del sofá—. ¿Qué tal la entrevista con nuestro futuro presidente?

—Bien. Muy bien. Hicimos la primera parte de camino a Pensilvania y, después, la otra mitad en el siguiente vuelo. La verdad es que este hombre es algo aparte. Sobre todo cuando consigues que baje un poco la guardia.

Hemos hablado de su negocio, de su familia, de su política... Y no es que yo esté de acuerdo con todo lo que dice, pero la verdad es que es muy bueno en el tú a tú. Elocuente como él solo. Es como Bill Clinton, pero sin la parte sórdida.

—Mírate —dijo Heat—. Pareces un periodista novato que acaba de conocer a su primer famoso rico.

—Sí, ¿verdad? —respondió Rook riéndose de sí mismo—. No te preocupes, me controlaré antes de sentarme ante el teclado. Buscaré algún empleado insatisfecho que le critique sin piedad para poder llegar a un equilibrio.

De fondo, Nikki oyó unas risas. Y quizá el mar.

—Oye, ¿dónde estás? —preguntó.

—En South Beach. Miami era la última parada del día de la campaña Kline y todos los vuelos que salen esta noche están ya llenos. Así que he pensado pasar aquí la noche y volver a Nueva York por la mañana. Lo siento, sé que me esperabas para ocupar la otra mitad de la cama. Créeme, yo también.

—Lo cierto es que ahora mismo las dos mitades están vacías.

—¿Sí? ¿Trabajando hasta tarde?

—No exactamente. Yo... La verdad es que estoy ahora mismo en mi casa.

Hubo un breve silencio al otro lado del teléfono. Heat oyó a un ruidoso grupo de fiesteros que pasaba cerca.

—Ah. ¿Y qué haces ahí? —preguntó Rook por fin.

Heat le contó lo de los resultados del laboratorio de Parry y lo del crematorio ficticio.

Cuando terminó, el entusiasmo de Rook salía despedido por el auricular.

—Entonces..., vaya..., está... Es decir, ¿está viva de verdad? No es que yo dudara de lo que viste, pero... ¡Vaya! Eso es... Es estupendo, ¿no?

—Sí... Supongo que sí.

—¿Supones que sí?

—Sí, Rook, pero... No pretendo ser yo la protagonista de esto, pero ¿tienes idea de lo mucho que me dolió perderla? Me partió la vida en dos durante años. En algunos aspectos, aún no he superado ese trauma. Nunca podré hacerlo. ¿No podría haber encontrado el modo de librarme de eso? De hacerme saber que seguía viva y que algún día volvería.

—Estoy seguro de que tuvo una muy buena razón para hacer lo que hizo —argumentó Rook—. Si desapareció sin más, debió ser por un asunto de

vida o muerte. Y estoy seguro de que la muerte que le preocupaba era la tuya. Te estaba protegiendo. No podía arriesgarse a que tú lo supieras. Tu pena tenía que ser real.

—Rook, yo era actriz —replicó Heat—. ¿No crees que podría haber fingido unas lágrimas en el funeral? Mi madre me había visto llorar en el escenario.

—Pero no se trataba solamente del funeral. Era todo. Probablemente sabía que habría gente vigilándote. Si no actuabas como si ella estuviese muerta cada segundo de tu vida, habría parecido sospechoso. No podía arriesgarse a que lloraras a la perfección en el funeral y después estuvieses riéndote mientras comías con tus amigas dos días después.

—Sí, vale. Pero ¿dónde narices ha estado todo este tiempo? ¿No podía haber esperado un mes a que las cosas se enfriaran y, después, enviarme una nota? Desapareció cuando yo tenía diecinueve años, Rook. ¡Diecinueve! Se perdió mi graduación. Se perdió mi boda. Se ha perdido casi la mitad de mi vida. ¿Qué tipo de madre hace eso?

—Una madre que hacía lo que consideró que era mejor.

—¿Por qué la defiendes tanto? ¿De parte de quién estás? —saltó Heat sin poder evitar el tono infantil. Era el vino el que hablaba. O el antiguo dolor.

—Oye, oye. Estoy de tu parte —murmuró Rook—. Siempre estoy de tu parte. Ya lo sabes. Solo estoy diciendo que tu madre te quería y que nunca te habría hecho daño de haber podido evitarlo.

—Lo sé. Lo sé. Perdona —respondió Heat. Volvió a poner el corcho en la botella.

—¿Y qué plan tienes ahora? ¿Esperar a que tu madre se ponga en contacto contigo? Está claro que está en Nueva York. Quizá esté observándote, considerando si es seguro volver a ponerse en contacto.

Heat cogió una manta que estaba doblada sobre el respaldo del sofá y se la echó por encima de los hombros.

—No sé —dijo—. La verdad es que no tengo ningún plan. Creo que eso es en parte lo que me asusta. Tengo que hacer algo, Rook. No puedo limitarme a estar sentada aquí hasta que a mi madre le apetezca volver a aparecer. ¿Sabes lo que se siente al caminar por la calle preguntándome si la voy a volver a ver en la siguiente esquina?

—Tiene que ser duro.

—Y no dejo de pensar que, si sigue en peligro, ¿qué pasa si necesita

ayuda? Ya no soy una niña inocente de diecinueve años. Ahora tengo recursos. Puedo hacer algo.

Su voz se fue animando, como si se acabara de dar cuenta del poder que tenía.

—Cuidado, Nikki. Ya estuviste en esa madriguera. No hay nada...

Pero Heat ya no le escuchaba. Su cerebro se había puesto en marcha y la boca trataba de seguirle el ritmo:

—Hay dos personas que aún siguen vivas que tuvieron relación con los sucesos que condujeron a la muerte de mi madre. Supongo que ahora puedo decir que condujeron a su desaparición. Carey Maggs y Bart Callan.

Rook no necesitaba que se lo recordara. Maggs era el antiguo dueño de una fábrica de cerveza y magnate farmacéutico que tramó un plan retorcido para contagiar de viruela a toda la ciudad de Nueva York porque su empresa era la única que fabricaba la vacuna. Y Callan era el antiguo agente del Departamento de Seguridad Nacional y del FBI que le había ayudado a prepararlo.

Los dos estaban ahora en la cárcel. Todos los demás relacionados con la trama estaban muertos.

—Muy bien —dijo Rook—. Y no estoy tratando de hacer de abogado del diablo. Solo intento ayudarte a pensar las cosas. ¿Qué puede hacer que Maggs y Callan estén dispuestos a hablar ahora?

—Porque el tiempo ha pasado—contestó Heat de inmediato—. Ya no están protegidos por abogados que cuestan un millón de dólares. Se les ha privado de su dignidad y su orgullo. El dinero y la influencia que tenían antes ya no importan. Ahora son dos reclusos más dentro del sistema federal que se están enfrentando a una larga y horrible pena que no acabará hasta que no salgan de la cárcel con los pies por delante. Si me presento ante ellos como una persona que puede mover algunos hilos para hacerles la existencia algo más fácil, aunque sea una celda para ellos solos o un trabajo mejor dentro de la cárcel, apuesto a que estarán dispuestos a negociar con lo que sea.

Rook se quedó un momento en silencio. Heat creyó oír música de fondo.

—Bueno —dijo por fin—. Supongo que no se me ocurre nada malo que pueda pasar siempre que no digas una palabra de que has visto a tu madre. No puedes desenmascararla. Y ten cuidado, ¿vale? No sabemos qué fue lo que hizo que tu madre se viera obligada a actuar así, pero lo que fuese tuvo que ser lo suficientemente fuerte y peligroso como para que mereciera el

perderse diecisiete años de tu vida. Así que abórdalo con respeto, ¿de acuerdo?

—Te haré caso.

Se oyó una voz cantarina que decía: «¡Jaaaaammmmmmiiiiieeee! ¡Eh, Jamie! ¿Vienes? Justin y Preston nos han traído una cosa muy mala de la tienda».

—¿Quién es esa? —preguntó Heat—. ¿Sigue Lana contigo?

—Sí. Y Flotsam y Jetsam. Y Piernas va a venir cuando acabe una reunión con unos peces gordos de aquí. Cuando les dije que tenía un amigo que nos puede meter en la casa de Versace, una cosa llevó a la otra y creo que se va a liar ahora.

—Lo siento, pero ¿qué se va a liar?

—Unos chupitos. En la terraza de Versace. Con vistas a Ocean Drive. ¿Hay algo más increíble? Tomarse unos chupitos con el futuro presidente de Estados Unidos en la antigua casa de un diseñador de moda internacionalmente conocido que fue cruelmente asesinado por su amante. ¡Demonios! Si se me ocurre qué puede tener que ver eso con dirigir el país, quizá lo convierta en la entradilla de mi artículo solo por lo guay que suena.

—Rook...

Pero ahora era Rook el que no escuchaba.

—Al parecer, Piernas nunca tiene resaca. Asegura que puede beber bourbon durante toda la noche y luego despertarse como si hubiese estado durmiendo todo el tiempo en la iglesia. Me gustaría poder tener ese superpoder. No me extraña que esté a punto de convertirse en el líder del mundo libre. Vamos, creo que yo sería el jefe del universo libre si no fuera por mis resacas.

—Rook...

—Piernas me ha contado cuál fue su primer gran negocio. Fue un pozo petrolífero de Nuevo México. La mitad de los derechos minerales que necesitaba estaban en terreno federal, lo cual ya se había asegurado. Pero la otra mitad estaban en terrenos privados cuyo propietario era un rancharo que no estaba seguro de querer confiarle a un muchacho al que nadie conocía que dirigiera la operación. Bueno, pues Piernas fue, abrieron la botella y empezaron a darle. Cuando digo que Piernas hizo que el tipo cayera bajo la mesa es que literalmente aquel hombre se despertó debajo de la mesa de su cocina. Pero cuando despertó, Piernas ya había salido y estaba ayudando a

uno del rancho a cargar un toro de ochocientos kilos en un camión. Eso es lo que le hizo decidir que Piernas era un hombre que podría realizar cualquier tipo de trabajo. Te lo aseguro, este tipo es...

—¡Rook! —exclamó Heat con voz lo suficientemente alta como para captar su atención.

—Ah, perdona.

—Oye, ten cuidado, ¿vale? Solo porque hayamos atrapado a dos de estos hombres del ISIS no significa que le hayamos cortado la cabeza a la serpiente. Por lo que sabemos, solo hemos conseguido la cola. Así que cuidado, ¿de acuerdo?

—Sí, lo tendré. No te preocupes. Entre los matones de seguridad de Piernas y los del Servicio Secreto con cosas onduladas en las orejas, no puedo estar más seguro. Oye, me tengo que ir. Ha llegado mi contacto de Versace y si no tengo cuidado no nos dejarán entrar.

—Vale —dijo ella—. Cuídate.

Pero Rook ya se había ido. Lo único que oyó al colgar fue unas risas.

Heat lanzó el teléfono sobre el cojín que tenía al lado y dejó que su cabeza se hundiera sobre el brazo del sofá.

Cuando volvió a levantarla, sus ojos se posaron en el Steinway de media cola del rincón.

Bajó un pie al suelo y, después, el otro. Antes de saber lo que estaba haciendo, se había acercado al piano. Siempre le consolaba la sensación de sus dedos deslizándose por las teclas.

Como hija de una profesora de piano, Nikki tocaba las escalas a los dieciocho meses de edad. Cuando cumplió tres años, tocaba piezas a dos manos. A los cinco, a Mozart.

Nikki no había llegado a convertirse nunca en la intérprete de música que su madre era. Pero, para ser justos, Cynthia tenía un talento de primera, aunque finalmente decidiera que espiar a la gente en el Palais Garnier era más interesante que tocar para ellos en el mismo sitio. Pero Nikki también era buena. Podía tocar a Chopin, a Rajmáninov, a Bach. O incluso a Billy Joel cuando le apetecía gandulear y cantar a voz en grito *New York State of mind*.

Estuvo tocando hasta la muerte de su madre. Después, para su sorpresa, descubrió que no podía tocar una sola nota. Era demasiado doloroso. Le traía

demasiados recuerdos de la persona que ya no estaba con ella. Cada parte del instrumento, desde el teclado hasta la caja de resonancia, cuya integridad había sido la razón por la que Cynthia Heat tenía encendido siempre el deshumidificador, eran un recuerdo de su madre. Así que, durante trece desafortunados años, el piano de media cola del rincón de su apartamento permaneció en silencio.

Aquello cambió por fin cuatro años atrás, cuando Nikki resolvió (o, al menos, eso creía) el asesinato de su madre (o, por lo menos, lo que ella pensaba que había sido el asesinato de su madre). Desde entonces, cuando quería sentir una conexión con su madre, lo único que tenía que hacer era sentarse y dejar que el espíritu de ella la invadiera.

Y eso era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Por suerte, la agente inmobiliaria había insistido en que el Steinway se quedara en el apartamento mientras estaba en venta. Pocas cosas adornaban mejor un espacio que un piano de media cola. Y, por supuesto, Nikki lo había mantenido siempre afinado. Una nota discordante de aquellas cuerdas tan perfectas habría sido una afrenta a la memoria de Cynthia.

Nikki había llegado al taburete. Se inclinó hacia delante y sacó *Mozart para manos jóvenes*, con su cubierta arrugada y sus páginas manoseadas. A continuación, abrió por la página que en cualquier caso se abría ya sola debido a los pliegues: «Sonata n.º 15».

Colocó el cuaderno abierto en el soporte y, después, rodeó el piano por un lado, dejando que su mano se deslizara por la suave madera negra, admirando su lustre. Levantó la tabla superior y colocó el palo de sujeción para que la música pudiera salir del piano e invadir su dolorido corazón.

Todo aquello le resultaba muy familiar. Volvió al taburete. Se sentó. Levantó la tapa del teclado, con todas sus ochenta y ocho teclas de blanco marfil y negro ébano. Aspiró aire por la nariz, notando cómo el diafragma se le expandía. Soltó el aire por la boca. Recordó lo que su madre le decía siempre de no apresurarse.

«Como decía Mozart: “El espacio entre las notas también es música”». Ese había sido uno de los consejos favoritos de su madre.

Enderezó la espalda, pues Cynthia Heat no toleraba la postura desgarbada, y colocó los dedos en su lugar. Puso en marcha un metrónomo en su mente y, a continuación, empezó a contar en silencio.

Uno. Ella y su madre tocarían otra vez juntas algún día. Quizá por fin

dominarían el *Allegro Brillante* de Mendelssohn, la pieza a cuatro manos que Nikki nunca había conseguido ejecutar bien.

Dos. A no ser, claro está, que Cynthia Heat no tuviera verdadera intención de volver. Quizá su autoexilio fuera permanente. Quizá ese avistamiento había sido lo único que conseguiría Nikki.

Tres. ¿Qué era más traumático? ¿Saber que alguien había muerto o saber que está vivo pero no quiere volver a tu vida?

Cuatro. «Abandono». Aquella palabra asaltó su mente. Eso era lo que en realidad había sido. ¿Había algo más doloroso en la vida que ser abandonada por tu propia madre?

Nikki se quedó mirando los pentagramas y las líneas que tenía delante. Se suponía que ya tenía que haber empezado a tocar. Era lo que la música exigía. Era lo que el piano quería.

Trató de contar otra vez. Uno, dos, tres, cuatro.

De nuevo, no pasó nada.

Nikki Heat no era capaz de tocar ni una simple nota.

Amanecer. Espera, no es el amanecer. Ese era siempre uno de los problemas de Manhattan. La ciudad que nunca dormía relucía a todas horas. Nunca se estaba del todo seguro de si lo que veías era el sol saliendo o la contaminación luminosa.

Se sentó en la cama y miró el reloj, 3:23 de la madrugada.

Volvió a tumbarse, pero solo un minuto, hasta que por el golpeteo de los latidos de su pecho supo que era poco probable que volviera a dormirse. La ansiedad la atacaba así a menudo cuando se enfrentaba a un caso importante o cuando algo perturbador estaba ocurriendo en su vida personal. Y, en ese momento, como estaban pasando ambas cosas, era como si el estrés hubiese caído encima de ella desde una grúa.

Sentía que tenía dos alternativas: pasar el siguiente par de horas removiéndose, dando vueltas y enredando las sábanas hasta que llegase la hora de levantarse o enfrentarse a la realidad y empezar el día que tenía por delante.

Heat se puso de pie enseguida y tiró de la colcha. Normalmente, podría haber aprovechado aquel temprano comienzo para hacer ejercicio, pero el plan que había comenzado a dibujarse en su mente mientras hablaba con Rook estaba ya completamente desarrollado.

Bart Callan, al menos, estaba fuera de su alcance. Por ser antiguo agente federal, lo habían llevado a la prisión de Florence ADX —una institución de máxima seguridad de Colorado—, tanto por su protección, para que no estuviera encarcelado con convictos a los que él mismo había llevado tras los barrotes, como porque consideraban que tenía las aptitudes necesarias para

que el riesgo de fuga fuera importante. Para llegar hasta él necesitaría un vuelo y, por el carácter de la prisión, algunos papeleos previos por parte de Heat.

Carey Maggs era otra historia. Lo habían llevado a la Penitenciaría de Allenwood, en el centro de Pensilvania. Seguía siendo una institución de alta seguridad —a un hombre que había estado involucrado en el tipo de delitos de Maggs nunca le correspondería una prisión de seguridad media—, pero Heat podía aparecer allí y, como agente del orden, era razonable que pudiera verle de inmediato.

Heat pensó en el resto de los detalles mientras estaba en la ducha. Podía ir hasta allí y volver antes de que nadie de la comisaría Veinte la echara demasiado de menos. Desde luego, sus detectives tenían demasiado que hacer como para reparar en su ausencia.

Salió del apartamento sin tiempo para ordenarlo. A la agente inmobiliaria le entraría un berrinche si fuera a enseñarlo. A Heat no le importó. De repente, tenía menos ganas de deshacerse de la casa.

Puede que incluso la sacara del mercado. Rook lo entendería.

De nuevo en la calle, lo último que hizo antes de entrar en su coche camuflado fue colocar la luz estroboscópica en el techo. El trayecto hasta Allenwood era algo menos de tres horas a velocidad normal. Pero podía dejarlo en algo más de dos si llevaba las luces encendidas y pisaba el acelerador a fondo.

Había poco tráfico a la salida de la ciudad a esas horas y enseguida estuvo cruzando el puente George Washington y, después, dirigiéndose hacia el oeste por la interestatal 80. Una vez pasado el condado de Bergen en Nueva Jersey, la autopista avanzaba recta y se despejaba. De esa forma, pudo ahorrar más tiempo.

Al pasar por el Desfiladero de Delaware serpenteando entre los pequeños cañones esculpidos hacía mucho tiempo por aquel río poderoso, el amanecer seguía siendo solo un rumor. El primer atisbo del alba no empezó a aparecer por su espejo retrovisor hasta que no hubo atravesado las Poconos. Pensilvania se había vuelto llana en ese punto. Estaba llena de tierras de cultivo ondulantes por las que Heat avanzaba a toda velocidad en la oscuridad con las luces intermitentes rebotando en los campos de heno y en las vacas dormidas.

Cuando llegó a Allenwood, los primeros rayos del miércoles acababan de

empezar a aparecer por el horizonte al este. Aparcó en un lugar señalizado para las fuerzas del orden y, después, se acercó al edificio principal, que tenía más aspecto de hotel de estación de esquí que de prisión. Pero lo cierto es que la mayoría de los hombres de su interior habían llegado allí porque sus vidas habían realizado un tipo de descenso muy diferente.

El agente de servicio que la saludó desde detrás del grueso bloque de cristal blindado pareció sorprenderse al ver a Heat. Su visita no estaba anunciada y, además, hizo las cuentas. Eran las seis menos cuarto de la mañana. Cualquiera que hubiese llegado hasta allí desde la ciudad de Nueva York se habría tenido que despertar muy temprano.

Pareció aún más atónito cuando, tras ver su placa y su permiso de conducir, ella le dijo que había ido a ver a Carey Maggs. Allenwood tenía bastantes reclusos importantes. Pero Maggs podría ser en ese momento el más famoso. Intentar propagar la viruela por la ciudad de Nueva York te convierte más que ninguna otra cosa en una celebridad.

Mientras esperaba, Heat se sentó en aquel vestíbulo funcional con el mobiliario atornillado al suelo, no porque nadie fuese a robarlo, sino para que no pudiera usarse como arma. Las familias que iban de visita eran, a veces, casi tan violentas como los hombres que estaban dentro y se sentían casi igual de descontentas por estar allí.

Sin nada más que hacer, Heat se quedó mirando un retrato del presidente de Estados Unidos, ahora un hombre de paja que quizá pronto sería sustituido por el que había pasado la noche tomando chupitos con su marido.

Pasaron veinte minutos. Heat ya se lo esperaba, por supuesto. En las prisiones, nada sucedía con rapidez. Todos los que estaban dentro, desde los reclusos hasta los guardias, que se limitaban a contar los días hasta su jubilación, tenían demasiado tiempo en sus manos como para pensar siquiera en darse prisa por nada.

Pasaron cuarenta minutos. Heat había estudiado ya no solo el retrato del presidente, sino también los del vicepresidente, el fiscal general y el director de la Agencia Federal de Prisiones. Se preguntó si, cuando se habían tomado aquellas fotos, esas personas sabían que algún día su imagen llegaría a un lugar tan triste y desesperado.

Heat estaba a punto de quejarse al agente de guardia —en serio, ¿cuánto tiempo se puede tardar en localizar a un recluso?— cuando se abrió la puerta que había en el lateral de la caja de cristal blindado.

Salió un hombre alto y atractivo con un uniforme cuidadosamente planchado. Heat se puso de pie.

—Comisaria Heat —dijo—. Siento haberle hecho esperar. Soy el capitán Wills, subdirector de seguridad.

—Buenos días —le saludó Heat, preparada para que él le empezara a recitar el protocolo que esperaba que siguiera para ver a Maggs.

Pero en lugar de eso, él le hizo una pregunta:

—¿Puedo saber por qué quiere hablar con el recluso Maggs?

—Puede tener información sobre un caso pendiente que estamos investigando —respondió Heat.

—Un caso pendiente —repitió Wills—. Entonces, no se trata de algo que haya ocurrido recientemente.

—No. Es antiguo. Un asunto de los años noventa —dijo Heat mintiendo a medias.

—Ah —contestó él. A continuación, bajó los ojos hacia sus lustrosos zapatos un momento antes de volver a levantar la mirada—. Ojalá hubiese llamado antes. Podría haberle ahorrado el viaje, comisaria. Carey Maggs ha muerto. Fue asesinado ayer.

Heat sintió aquellas palabras como un cubo de agua helada que le hubiesen tirado por la cabeza. La sacudió con el primer contacto y ahora le bajaba por la espalda con un flujo escalofriante.

Wills había hecho una pausa, como si esperase a que Heat dijera algo. Como no fue así, continuó:

—Ocurrió entre el almuerzo y la cena, pero es lo único que sabemos. El guardia que le pasó la comida del mediodía ha dicho que Maggs protestó porque se suponía que debía tener un almuerzo kosher. Maggs fingía ser judío. Algunos de los reclusos lo hacen porque creen que aquí se gasta más dinero en la comida kosher. No es así, pero... En fin, el guardia que reparte la cena lo encontró muerto. Tenía un tajo profundo en el cuello, como si le hubiesen estrangulado con un cable. Estamos investigando, pero, por ahora, no tenemos mucho más.

—Pues tuvo que ser su compañero de celda, ¿no?

—Esa es la cuestión. Maggs estaba en una unidad de reclusión especial. No tenía compañero de celda. Se suponía que tenía que estar a solas veintitrés horas al día. Ya había pasado su hora de acompañamiento. No debía tener ningún tipo de interacción con otros reclusos ni guardias entre el almuerzo y

la cena.

—Pero si estaba en la unidad de reclusión especial, debía tener una o dos cámaras en su celda, ¿no?

Wills volvió a mirarse los zapatos.

—Dentro de la celda no. Y la cámara que cubre ese bloque de celdas sufrió un..., eh..., un desajuste ayer.

—¿Un desajuste? —repitió Heat. Pudo notar cómo la sangre le desaparecía del rostro.

—Cuando volvimos para revisar la grabación, no estaba allí. No sabemos si el software tuvo una especie de problema técnico o si la han borrado. El ordenador almacena las grabaciones por bloques de tres horas. El de ayer por la tarde ha desaparecido.

Ha desaparecido. Por supuesto. Heat sintió cómo la rabia la invadía. No necesitaba oír casi nada más. Pero se sintió obligada a seguir haciendo preguntas, solo por estar segura.

—¿Han encontrado el arma homicida? —preguntó.

—No, señora. Seguimos buscándola.

—¿Y huellas? ¿Cabellos sueltos que dejara el asesino? ¿Cualquier tipo de prueba física?

—Lo siento —contestó él—. Las manchas de sangre indican que el asesino llevaba guantes. Aparte de eso, últimamente hemos realizado muchos cambios de internos en la unidad de reclusión especial. Eso les hace más difícil ocultar teléfonos móviles, armas y demás artículos de contrabando. Maggs llevaba en esa celda en particular tan solo dos días. Y no tenemos asistentas que limpien las celdas mientras se cambia a un recluso por otro. Por esa celda ha salido y entrado mucha gente. Cualquier cosa que hubiésemos encontrado como pelo o fibras habría sido poco concluyente de todos modos.

Adoptando ya el papel de detective, Heat intentaba ahora descartar algún desencadenante del asesinato de Maggs que no estuviese relacionado con su madre.

—¿Y el móvil? —preguntó—. ¿Había tenido Maggs alguna riña con alguien? ¿Alguna especie de discusión en el patio?

—No, que nosotros sepamos.

—¿Tenía relación con alguna de las bandas de aquí dentro?

—¿Maggs? Dios mío, no. Estaba en la unidad de reclusión especial por

propia voluntad para poder alejarse de las bandas. Resulta curioso decirlo, pues sé por qué lo encarcelaron, pero no era un delincuente como la mayoría de las personas que están aquí.

—¿Es posible que le debiera dinero a otro recluso o algo así?

Wills negó con la cabeza.

—Era de lo más solitario. Incluso durante la hora que estaba fuera, lo único que hacía era recorrer el perímetro de la valla. Les he preguntado a todos los guardias habituales de la unidad de reclusión especial de todos los turnos y todos dicen que Maggs era una persona solitaria. Ninguno le recordaba manteniendo ninguna interacción importante con ningún otro recluso. No se les ocurre por qué nadie de aquí podría quererle muerto.

—Entonces, lo que me está diciendo es que no tienen ninguna pista.

—No, señora —respondió. Y añadió de nuevo—: Lo siento.

Heat quiso empezar a despotricar ante la incompetencia de aquel hombre, pero sabía que no serviría de nada. Alguien había entrado en la celda de Carey Maggs, había acabado con su vida y, después, había salido sin ser detectado. Quizá se tratara de un guardia corrupto. Quizá un preso astuto.

Cualquiera que fuera el caso, Heat sabía que la tarea, pese a tratarse de un desafío logístico, no era imposible. Por muchos sistemas de seguridad que tuvieran, las prisiones eran, al final, administración pública. Y las administraciones públicas se componían de personas que cometían errores o que podían ser sobornadas o amenazadas para que miraran hacia otro lado.

—Usted formaba parte del equipo que atrapó a Maggs y evitó aquel ataque a la ciudad de Nueva York hace unos años, ¿verdad? —preguntó Wills.

—Así es.

—Pues, en ese caso, supongo que debo preguntarle una cosa más. Quizá pueda ayudarnos a verle la lógica, porque estamos un poco confundidos, si le soy sincero. No se trata de algo que estemos planeando hacer público. Así que le agradecería que tratara esta información con cierta discreción.

—De acuerdo —dijo ella.

Tras ese largo preámbulo, Wills fue directo al grano:

—Carey Maggs tenía la lengua cortada.

—¿Cortada? —preguntó Heat.

—Sí, señora. El cadáver no tenía lengua.

—Pero ¿la lengua estaba...? Es decir, ¿la han encontrado?

—No, señora. No estaba en la celda. Y hemos realizado una inspección

sorpresa esta noche. Hemos revuelto literalmente todas las demás celdas del centro. Hemos dado la vuelta a los colchones. También a las mesas. Hemos realizado búsquedas en todas las cavidades del cuerpo. Habíamos pensado que quizá el asesino se había guardado la lengua como una especie de trofeo. También hemos buscado el arma homicida. Pero no hemos encontrado ninguna de las dos cosas.

—Entonces, entiendo que actúan siguiendo la teoría de que el asesino no era un recluso y se ha llevado la lengua y el cable fuera de la prisión.

—Correcto —confirmó Wills.

—Lo cual significa que las posibilidades de que puedan resolver esto son pocas.

Por tercera vez, Wills bajó la mirada a sus zapatos.

—También correcto —dijo.

Heat se despidió tras asegurarle al capitán Wills que se pondría en contacto con él si descubría algo en su investigación que pudiera servir de ayuda a la de ellos.

Pero, mientras salía de las oficinas de la prisión, había dos cosas que ya le estaban quedando claras.

Una, que la muerte de Maggs y la reaparición de su madre habían sucedido en cuestión de horas, lo cual no le parecía ninguna coincidencia. Cualquiera del exterior que quisiera ver muerto a Maggs por algún otro motivo lo habría hecho hacía tiempo. Y Maggs no parecía haber hecho nada para despertar la suficiente ira de nadie del interior. Aquello tenía que estar relacionado de algún modo con Cynthia Heat.

Y dos. Nadie se molesta en cortarle la lengua a alguien y después sacarla de la prisión solamente por diversión.

El asesino estaba tratando de enviar un mensaje sobre lo que le pasa a la gente que habla.

Heat regresó tambaleándose a su coche y se sentó dentro dejando caer el peso de su cuerpo.

Bart Callan era ahora la única persona que tenía en mente. Si Maggs estaba muerto, ¿había llegado alguien también hasta Callan? Desde luego, sería más difícil para el asesino llegar hasta Callan en una prisión de máxima seguridad. Pero Heat no rechazaba esa posibilidad.

Eran las siete de la mañana, las cinco según el horario de Colorado. Eso podría suponer un problema si la prisión de Florence ADX fuese un banco, pero lo único bueno de las prisiones era que siempre tenían gente trabajando en su interior.

Marcó el número de la prisión. Tras pasar por un menú automático, tecleó los números pertinentes para hablar con un agente de verdad. Se presentó, le explicó el motivo de su llamada —de nuevo, habló del caso sin resolver— y preguntó si podía hablar con Bart Callan en algún momento de la mañana.

—¿Callan? Espere —dijo el oficial. Oyó el sonido de un teclado de fondo y después—: Lo siento, el señor Callan ya no se encuentra con nosotros.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Heat.

—Aquí dice que ha sido trasladado a la Institución Federal de Cumberland hace tres semanas.

Hace tres semanas. Heat quería gritar.

—¿Cumberland? —preguntó—. No sabía que hubiese una prisión de máxima seguridad en Cumberland.

—Es que es de seguridad media.

—¿Cómo es posible que un asesino en serie como Bart Callan haya sido trasladado a una prisión de seguridad media? —preguntó Heat, sintiendo cómo levantaba la voz.

—No sabría decirle. Eso es cosa de la Agencia Federal de Prisiones.

Heat dudaba que pudiera encontrar a alguien de la Agencia Federal de Prisiones capaz de darle una explicación adecuada.

—De acuerdo, gracias —dijo antes de colgar.

Marcó de inmediato el número que encontró de la Institución Federal de Cumberland. Repitió el mismo procedimiento de tecleado de números que había realizado para la de Florence hasta que oyó la voz de un agente que sonaba casi idéntica a la del último con el que había hablado. De nuevo, se identificó y explicó lo que buscaba.

—¿Qué debo hacer para conseguir hablar con el recluso Bart Callan? —concluyó.

—¿Callan? —repitió el hombre—. Pues primero tendrá que encontrarle.

Por segunda vez esa mañana, Heat sintió que le caía por encima agua helada.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

—Bart Callan se escapó ayer de un taller de trabajo —respondió el hombre

—. ¿Es que no ve las noticias? Ha salido en todas partes.

—Al parecer, no han incluido a Nueva York —repuso ella.

—Sí, bueno. Él formaba parte del equipo que recogía basura en la autopista, no muy lejos de aquí. Había cinco agentes con su grupo, todos veteranos. Ninguno de ellos se explica adónde ha ido Callan. Lo único que pudimos averiguar fue que llevaría una media hora de ventaja cuando hicieron el recuento y vieron que no estaba. Desde entonces, todos están detrás de él, desde perros hasta drones. Hemos cortado carreteras y todo lo demás, ningún Bart Callan. Al menos, todavía no.

«O nunca», quiso decir Heat.

—Nuestros chicos lo encontrarán —continuó el hombre—. Puede estar segura. Pero quizá pueda usted decir a los suyos que estén alerta por si aparece en Nueva York por algún motivo, ¿vale? Y si lo encuentran, envíenlo de vuelta.

Heat le aseguró a aquel hombre que lo haría antes de colgar.

Pero, por supuesto, ella conocía muy bien a Bart Callan. Había presenciado su traición desde primera fila. No se había escapado sin más de aquel taller de trabajo. Probablemente llevaba planeando su huida desde hacía meses. Y no lo había hecho solo. Había tenido ayuda. La ayuda de alguna alta esfera.

Las autoridades podrían buscar todo lo que quisieran. Nunca lo iban a encontrar.

Heat no reparó en el paisaje durante el viaje de vuelta a Nueva York más de lo que lo había hecho a la ida. Ni había posado sus ojos en las montañas. Ni en los ríos.

Esta vez no era por la oscuridad, sino porque miraba de frente furiosa, aprovechando el viaje para intentar darle lógica a la sucesión de acontecimientos.

Siguiendo un orden aproximado: su madre había aparecido, Carey Maggs había sido asesinado y Bart Callan había desaparecido. Todo ello en pocas horas.

Resultaba asombroso. Y estaba claro que todo estaba conectado de algún modo. ¿Coordinado incluso? Pero ¿cuál era la visión general? ¿Y quién estaba detrás de aquello? ¿Qué significaba todo eso?

Hasta la mañana anterior, Heat había creído que entendía todas aquellas pistas enrevesadas, que había recorrido cada uno de sus pasos. Su madre había sido silenciada porque iba a desenmascarar a Tyler Wynn, que había estado implicado en la trama de la viruela orquestada por Carey Maggs, al cual ayudaba Bart Callan. Aquello era..., en fin, estaba poco claro. No había nada claro en aquel asunto.

Pero había terminado. Por lo menos, Heat pensaba que aquel rastro había llegado a su fin.

Solo que ahora era obvio que estaba ocurriendo algo nuevo. Se había precipitado algún tipo de acontecimiento.

¿Se trataba simplemente de que la madre de Nikki había salido de su escondite? ¿Había sido ese el detonante que había llevado a la muerte de

Maggs y a la huida de Callan?

¿O la aparición de su madre era el resultado de algo y no la causa?

Nikki estaba tan desconcertada al final del trayecto como lo había estado al principio. Aparcó el coche detrás de la comisaría Veinte y, después, en lugar de entrar por la puerta trasera, dio la vuelta hacia la delantera. Apenas era capaz de admitirlo, pero, sí, de repente, sintió que su madre estaba allí.

Era una corazonada. O quizá tan solo una esperanza.

Heat examinó un lado y otro de la calle 82. Su mirada se detuvo en la marquesina de autobús, que estaba vacía. Miró en los callejones, detrás de los coches aparcados, junto a los troncos de los árboles. Miró a cada peatón, mujer u hombre. No le cabía duda de que su madre podría disfrazarse de anciano con la misma facilidad que de anciana.

Pero no había nadie que levantara las sospechas de Heat. Se apoyó contra la pared de ladrillo de la comisaría, cerró los ojos y trató de lanzar su deseo más ferviente al universo con todas sus fuerzas.

«Mamá, ven. Si estás en peligro, yo te protegeré. Si necesitas algo, yo te ayudaré. Vamos a estar juntas otra vez. Igual que cuando era niña. Igual que cuando estuvimos en los escalones de aquella *piazza* romana. Bebamos un Bolla Valpolicella y resolvamos juntas nuestros problemas. No hay nada que no podamos conseguir si unimos nuestras fuerzas».

Abrió los ojos.

Era la misma calle de antes. Con los mismos peatones, que ahora se habían alejado un poco más.

Y no veía a Cynthia Heat por ningún sitio.

Lo mismo que había pasado durante los últimos diecisiete años, excepto durante una milésima de segundo.

Las lágrimas empezaban a inundar los ojos de Nikki. Y eso era lo último que una comisaria necesitaba: que la vieran llorando en la puerta de su propia comisaría.

Así que Heat se enderezó, guardó la preocupación por su madre en el compartimento más seguro que pudo encontrar dentro de su cabeza y volvió a entrar. Más tarde volvería a ser una hija. Ahora mismo, eran casi las diez de la mañana y tenía que volver a ser comisaria.

Lo primero que vio nada más entrar en la sala de la brigada le provocó una

fuerte sensación de *déjà vu*.

Era Raley, sentado exactamente en el mismo sitio en que lo había dejado cuando se fue la noche anterior, vestido exactamente con la misma ropa, todavía con los auriculares apretados contra sus orejas.

Heat se acercó a él.

—Rales, ¿te fuiste a casa anoche?

—No, gracias —respondió—. Acabo de tomarme una taza.

Sus ojos no se apartaron de la pantalla del ordenador. Heat estaba ahora a su lado. De él emanaba cierto tufo, un hedor que dejaba ver que su desodorante de veinticuatro horas había traspasado el límite de su duración.

—Oye, Tierra llamando a Raley. Por favor, ponte en contacto con tu jefa. ¿Qué estás haciendo?

—No pasa nada. No tengo hambre —contestó.

Heat alargó la mano hacia el ordenador y sacó el conector del auricular de su enchufe. Raley se sorprendió por un momento y, a continuación, la miró con expresión de perplejidad.

—Hola. Soy Nikki Heat. Tú eres Sean Raley. ¿Puedes oírme?

—Perdona, perdona —dijo él a la vez que se quitaba los auriculares y estiraba los brazos desprendiendo más olor.

Heat se apartó, aunque él no pareció notarlo.

—¿Dormiste algo anoche? —preguntó ella.

—Sí, me eché en el sofá de tu despacho unas horas. No te preocupes, me encuentro estupendamente.

—Bueno —replicó ella—, siento decírtelo, pero no hueles estupendamente. Y es un olor a vagabundo que llevas incubando toda la noche.

Raley se olió la axila derecha y, a continuación, la izquierda.

—Pues yo no... —Y se interrumpió—. ¡Uf! Apesta.

—Muy bien. Ahora voy a dar dos pasos hacia atrás —dijo Heat—. Pero ¿por qué no me dices qué estás haciendo?

—Sí, perdona. He estado mirando la grabación de la decapitación, como me pediste. Me he concentrado en un trozo de veinte segundos en donde me ha parecido que el audio era bastante limpio. Lo he aislado. Después, he empezado a trabajarlo. ¿Con cuántos detalles sobre el proceso de filtración quieres que te aburra?

—Con muy pocos —aseguró Heat.

—Vale. En ese caso, lo único que tienes que saber es que en esto hay que ser muy meticuloso..., pero es posible. El truco está en trabajar con bandas de frecuencias muy cortas. La mejor comparación que se me ocurre es que resulta parecido a hacer una copia de un cuadro del que solo se puede ver un trozo diminuto cada vez. Algo que se puede hacer, siempre que lo lleves a cabo con mucho cuidado y con mucha precisión. Trozo a trozo, el cuadro va juntándose. O, en este caso, la grabación. Y, al final, lo que se consigue es esto.

Raley pulsó el botón de reproducción.

«No hay mayor símbolo de vuestra ignorancia que vuestros mentirosos títeres de los medios de comunicación, que solo existen para difundir la tergiversada propaganda de vuestro gobierno sionista. Y no hay mayor pecado que el modo en que vuestro pueblo permite que vuestras mujeres expongan sus cuerpos y alardeen de ellos de una forma tan vergonzosa cuando solamente deberían ser vistos por sus maridos».

Heat reconoció al instante aquellas palabras, pero no la voz. Ya no sonaba como la de Darth Vader ni la de Kylo Ren. Sonaba más bien como la del locutor de la radio de la universidad, nervioso su primer día en antena.

—Entonces, lo que estoy escuchando es... —quiso saber Heat para asegurarse.

—... La voz del ISIS americano sin ningún filtro. —Raley terminó la frase por ella—. Para ser claros, no es la original, del mismo modo que una copia de un Renoir no es un Renoir auténtico. Pero suena exactamente como la original, igual que una buena copia de un cuadro es exactamente igual que el original. Han desaparecido todos los efectos que enmascaran el audio.

—Y ahora escucha esto.

Raley volvió a pulsar el botón y por los altavoces salió una voz conocida.

«Mire, ya se lo he dicho al otro tipo. Yo no he hecho nada. No sé nada de la chica ni de que le cortaran la cabeza ni nada de eso. El mero hecho de ser musulmán no me convierte en terrorista. Maldita sea. Soy estadounidense, igual que usted».

Era Hassan El-Bashir, con su acento neoyorquino y su timbre de barítono al menos una octava más grave que el del vídeo del ISIS americano y con inflexiones completamente distintas.

—He comparado esas dos muestras —explicó Raley—. Se corresponden en un trece por ciento. Es el valor más bajo que he visto nunca en muestras

que, al menos en teoría, eran del mismo idioma. O, por lo menos, era el resultado más bajo hasta que lo he comparado con esto.

Raley pulsó el botón de reproducción de otro archivo.

«Abogado. Abogado. Abogado. Es lo único que voy a decir, cabrón, para que se acostumbre usted también. Abogado. Abogado. Abogado».

Aquel hombre pronunciaba la palabra «abogado» con auténtico acento del Bronx. Su tono era aún más grave que el de El-Bashir.

—Ese es Tariq Al-Aman —dijo Raley—. Y ha tenido un resultado del once por ciento.

—Entonces, a ver si lo he entendido bien. Apenas hay algo más de un diez por ciento de posibilidades de que los hombres del vídeo sean Tariq Al-Aman y Hassan El-Bashir.

—No. La verdad es que se trata de algo mucho peor que eso. Un once por ciento de correspondencia significa que, desde el punto de vista de la calidad vocal, solo hay un once por ciento de la voz de Al-Aman que coincide con la otra muestra. Para empezar siquiera a considerar que dos muestras se corresponden, se necesita tener, al menos, un noventa por ciento de coincidencia, si no más.

—Entonces, con una coincidencia del once por ciento no...

—De forma absoluta, segura y sin rastro de duda, no hay correspondencia —dijo Raley—. Yo daría fe de ello ante un juez.

—Lo cual quiere decir que los dos hombres que ahora están bajo custodia federal...

—No son nuestros hombres —confirmó Raley.

Heat cerró los ojos un momento. Toda su investigación había saltado por los aires. Sus sospechosos aparentemente ideales —dos hombres jóvenes, furiosos y radicalizados en su devoción por el islam— no eran más que dos impulsivos malhablados cuyas declaraciones de inocencia habían sido auténticas.

Lo peor de todo era que Heat solo se hallaba mínimamente más cerca de saber quién estaba detrás del ISIS americano de lo que lo había estado cuando vio por primera vez el vídeo. Todos habían avanzado hasta donde habían podido, pero, sin saberlo, lo habían hecho sobre arenas movedizas. Todo aquel esfuerzo tan intenso apenas les había llevado a ningún lugar.

—Lo siento —dijo Raley—. Sé que no es esto lo que querías.

Heat levantó el mentón.

—Lo que yo quiero siempre es la verdad, Rales, ya lo sabes —contestó—. Pero ahora, si me perdonas, creo que tengo que hacer una llamada.

Heat entró en su despacho, levantó el teléfono de su mesa y llamó al móvil de Yardley Bell. Sonó un tono. Dos. A la tercera llamada, Heat oyó:

—Nikki Heat, no me digas que has encontrado otra excusa para hacer que este sea tu caso. Porque te aseguro...

—Cierra el pico, Yardley —la interrumpió—. Tienes que soltar a El-Bashir y Al-Aman.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque son inocentes.

—¿Qué..., qué estás diciendo?

—Inocentes. Es una palabra muy rebuscada que significa que ellos no lo hicieron.

—Nikki, no tengo tiempo para...

Heat la interrumpió con una breve explicación de lo que Raley había descubierto. Bell parecía estar escuchándola, pero su respuesta al terminar casi dejó a Heat sin aliento.

—No veo que eso cambie nada desde nuestra perspectiva —observó Bell.

—Yardley, ¿qué estás diciendo? No fueron ellos.

—Ya, pero eso no lo sabe el ISIS. Por lo que a ellos concierne, son los auténticos. Las estrellas del vídeo de Nueva York. He visto sus estados de Facebook y lo mismo habrá hecho todo el que quiera interesarse. Esos chicos dejan claras sus ideas, aunque no hayan predicado con el ejemplo. Cuando les digamos cuál es nuestro plan, es probable que quieran atribuirse el mérito del vídeo solo por ganarse la reputación que eso les da ante sus colegas del ISIS. La cuestión es que son mercancía de valor y que, a cambio, conseguiremos lo que necesitamos. Eso es lo que importa.

—No puedes ser tan retorcida —dijo Heat—. Esos muchachos no son monedas de cambio. Son seres humanos.

—Nikki, no me vengas con moralinas. Puede que estemos jugando con arena, pero, créeme, no estamos en el recreo del jardín de infancia. Está claro que esto queda por encima de tus responsabilidades. Tú ocúpate de los peatones imprudentes de la Séptima Avenida y deja que nosotros nos ocupemos de las cosas de los mayores. Ahora, si me perdonas...

—Lo haré público —se apresuró a decir Heat.

Bell se quedó en silencio un momento. Heat aprovechó la ocasión:

—Tengo un amigo en el *Ledger*. Es el jefe de Tam. Si no sueltas a esos chicos, le diré que el Departamento de Policía de Nueva York ha encontrado pruebas exculpatorias creíbles que demuestran que los dos principales sospechosos no pueden ser los responsables del vídeo y que el Departamento de Seguridad Nacional los sigue reteniendo de todos modos. Estoy segura de que quedará muy bien: «El Departamento de Seguridad Nacional detiene a dos ciudadanos estadounidenses sin ningún motivo».

La reacción de Bell vino en forma de gruñido.

—Si lo haces, conseguiré que la Fiscalía de Estados Unidos vaya a por ti más rápido que una mosca a la mierda.

—Prueba a ver, Yardley. ¿De qué me van a acusar? ¿De administrar justicia? ¿De excesiva amabilidad? ¿De proteger a inocentes? Estoy tratando de cumplir con mi deber. Espero que tengas suerte a la hora de buscar un jurado que me encuentre culpable.

—No importa. La Fiscalía puede acusar a un bocadillo de jamón. Y una vez que estés imputada, ¿qué pasará? Pues que el Departamento de Policía de Nueva York no podrá permitirse que esa nube amenazante sobrevuele una de sus comisarías. Te darían de baja administrativa y te quitarían de tu puesto. Y luego, como ya sabes, los tribunales federales pueden ser a veces muy lentos. Un par de aplazamientos. Un cambio de juzgado. Después, justo antes del juicio, cambiarían a los fiscales y todo se retrasaría más. Podemos tenerte dando vueltas en el sistema cuatro o cinco años. Para cuando acabaras, tu imagen estaría tan deteriorada que el Departamento de Policía de Nueva York no podría devolverte a tu comisaría. Serías la olvidada comisaria Heat. Apuesto que te meterían en la oficina de la intendencia. Piensa en lo agradable que sería tu vida pasando el día en busca del mejor licitador para la provisión de sujetapapeles.

Heat deseó poder ver en ese momento los ojos de Bell. Porque estaba segura de que aquello era un farol.

Bueno, casi segura.

Vale, solo un poco segura.

Fuera verdad o no, solo había una forma de acabar con un farol en el póquer, aunque se tratara de un mentiroso profesional como James Patterson o de una agente federal ambivalente en cuestiones éticas como Yardley Bell.

Ver la apuesta.

—¿Sabes qué, Yardley? Eso me parece de lo más divertido. Vamos a ver lo valiente que eres cuando todos los musulmanes de Nueva York se pongan a protestar en la puerta de tu despacho.

—Podemos destrozarte, Nikki. Lo sabes.

—Me gustaría ver cómo lo haces —contestó Heat—. Me aseguraré de que el Departamento de Seguridad Nacional quede tan en ridículo que tus jefes no van a saber dónde meterse.

»Mientras tanto, esto es lo que va a pasar. Tienes hasta las doce del mediodía para soltar a esos chicos. Si no lo haces, iré al *Ledger* y, después, supongo que veremos quién destroza a quién.

—Estás echando tu carrera por la borda, Heat. No lo hagas.

—Querías guerra, Yardley. Ya la tienes —contestó Heat—. No sabes cuánto voy a disfrutar con esto.

Colgó de un golpe el teléfono sintiendo que cada parte de su cuerpo se agarrotaba.

Salvo las manos. Le estaban temblando.

Media hora más tarde, Heat había reunido a sus detectives tras haberles llamado para que regresaran a la sala.

Bueno, a la mayor parte de ellos. Raley estaba en casa, echándose una siesta bien merecida, con suerte seguida de una ducha muy necesaria. En su ausencia, Heat se encargó de informar a todos de los resultados de su noche en vela y de su importancia.

Los rostros serios que la rodeaban reflejaban lo sombrío de su realidad. Ochoa, Rhymer y Feller habían estado haciendo sus sondeos la noche anterior y por la mañana. Y aunque no habían conseguido más que dejar tarjetas de visita en algunos de los apartamentos que daban al callejón, sabían que aquello era el equivalente en la policía al juego de la lotería.

Aguinaldo, ya descansada de su sesión de tiendas, había pasado la mañana tratando de localizar el pañuelo desde otros ángulos, visitando páginas de internet de moda y llamando a casas de subastas que hubiesen vendido pañuelos de Laura Hopper. Nada, por ahora.

Habían transcurrido más de veinticuatro horas desde que habían tenido noticia de aquel crimen y más de setenta y dos desde que se había cometido. Eran horas críticas. Y todos los allí congregados conocían las estadísticas: la mayor parte de los casos se resolvían en las primeras cuarenta y ocho horas o nunca.

Pero allí estaban, aún sin un sospechoso fiable. Había llegado el momento de reorganizarse. Y rápido.

—Vale. Esto es lo que hay. Prácticamente empezamos de cero —explicó Heat—. Pero empezamos de cero con dos ventajas importantes. Sabemos

quién es la víctima y sabemos dónde ocurrió el crimen. Miguel, ¿sigues teniendo la lista de los extremistas musulmanes que te dio McMains?

—Sí.

—Bien, pues divide y vencerás. Quiero que cada uno de vosotros se ocupe de una cuarta parte de esa lista y empiece a repasarla. Mirad si alguna de las personas o de los grupos que aparecen en ella tienen vínculos con la Masjid al-Jannah. Preguntad a Muharib Qawi si puede venir a ayudarnos. Hemos cometido el error de ceñirnos a El-Bashir y Al-Aman. Vamos a intentar ahora ampliar nuestro campo de visión.

Alrededor de ella, todas las cabezas asentían.

—Voy a trabajar desde la perspectiva de Tam Svejda —anunció Heat—. Estaba detrás de algo en Ohio. Voy a tratar de averiguar qué era.

—Eso suena bien, jefa —dijo Ochoa, cuyo heroico pero penoso acto de acercarse cojeando a su mesa para coger la carpeta que le había dado McMains provocó el final de la reunión.

Heat fue detrás de él y, a continuación, giró hacia la mesa de Raley. Había sido él quien se había puesto en contacto con la policía de Lorain el día anterior. Heat podría haberle despertado para preguntarle con quién había hablado, pero le pareció más humano buscar primero su cuaderno de notas en la mesa. Sin hacer caso del olor corporal que aún flotaba en el ambiente, apartó unas hojas impresas y unos manuales sobre la limpieza de filtros de archivos de audio hasta que dio con un pequeño cuaderno de espiral.

Tras pasar unas cuantas hojas, encontró: «Teniente Jen Forbus, policía de Lorain». Al lado, había un número de teléfono.

Heat lo marcó. Mientras sonaba el primer tono, Heat se recordó que tenía que suavizar sus modales. No iba a hablar con una colega de Nueva York brusca, impaciente y de perpetua actitud irónica. La persona al otro lado de la línea sería educada, franca y cortés.

Y Heat tendría que soportarlo.

Unos segundos después, Heat oyó el acento alegre de la América profunda que esperaba escuchar.

—Brigada de detectives del Departamento de Policía de Lorain. Al habla la teniente Forbus. ¿Qué desea?

—Teniente Forbus, soy la comisaria Nikki Heat del Departamento de Policía de Nueva York —se presentó y, a continuación, forzó una fórmula de cortesía—: ¿Qué tal está?

—¡Anda! Hola, comisaria Heat. Estoy estupendamente, gracias por preguntar. ¿Qué tal está usted?

—Muy bien, gracias.

—Vaya, eso está muy bien —dijo Forbus—. ¿Y en qué puedo ayudarla?

—Gracias por preguntar —contestó Heat, encantada consigo misma por haber podido entablar un vínculo tan rápido con aquella habitante del interior del país. Pero ahora, una vez establecida aquella relación cordial, había llegado el momento de ir al grano—. Creo que ayer por la tarde habló usted con uno de mis detectives, Sean Raley.

—Ah, sí. Parecía muy buen tipo.

—Lo es, desde luego. La llamo para preguntar si han tenido oportunidad de distribuir la fotografía que él le mandó.

—Claro que sí —respondió Forbus—. Ya sabe, nosotros no tenemos casos propios. La gente de aquí es demasiado simple como para pensar siquiera en cometer delitos. Así que no tenemos nada mejor que hacer que preguntar «hasta qué altura» cada vez que un detective de la gran ciudad nos dice que saltamos.

Forbus continuó con el mismo tono amigable:

—De hecho, usted ya sabe que la única razón por la que los de Ohio existimos es para hacer que los neoyorquinos se sientan superiores a nosotros. Nos encanta que se refieran a nosotros como la América profunda. Nos hace sentir muy especiales que ustedes tengan a veces la consideración de saludarnos al pasar sobrevolándonos en sus lujosos aviones. Tanto que los niños y niñas de Lorain pasan la mayor parte del tiempo mirando al cielo diciéndose: «Madre mía, espero que esos elegantes neoyorquinos nos estén mirando ahora mismo».

»No, la verdad es que Ohio no tiene muchas cosas buenas. Lo único que hacemos es darles palizas a su lamentable equipo de baloncesto y elegir a su próximo presidente.

Heat no había dicho nada aún. No conseguía que su boca se pusiese en marcha.

Forbus terminó riéndose.

—Comisaria Heat, espero que sea consciente de que estoy bromeando con usted.

—¡Claro! Claro, por supuesto —balbuceó Heat.

—Bien. Y en cuanto a su víctima, estuvimos distribuyendo ayer su

fotografía. No hay duda de que atrajo mucho la atención, sobre todo la de nuestros ciudadanos masculinos. Empezó en el Lebrílope, donde comió sola en la barra. Estuvo allí treinta y cinco minutos. Pidió una ensalada César, una perca del lago Erie y una copa de vino blanco que solo se bebió a medias. Después, pagó la cuenta, dejó una propina del veinte por ciento y se fue.

—¿Dijo algo sobre lo que estaba haciendo allí?

—No. El camarero ha declarado que la atendió lo mejor que supo, porque era mucho más guapa que la mayoría de las mujeres que han entrado nunca en ese restaurante. Pero parece ser que ella hizo oídos sordos. Dice que no consiguió sacarle más de cinco palabras. No paraba de mirar su teléfono la mayor parte del tiempo. Lo mismo pasó en el Mutt y Jeff a la mañana siguiente. Entró. Pidió. Desayunó. Mantuvo la cabeza agachada. Se fue.

—Bueno, siento haberla molestado.

—Ah, espere. Hay más. Después de salir del Lebrílope el jueves por la noche, fue a la calle 28 Este y allí todo cambió.

—¿Qué hay en la calle 28 Este?

—Prácticamente, casi todos los antros de la ciudad. Están el City Bar, el Tres Estrellas, el International Lounge, el Adulto y Sexy...

—¿El Adulto y Sexy?

—El bar Adulto y Sexy, «donde los adultos vienen a jugar». Eso es lo que dice en su cartel —explicó Forbus—. Son garitos para obreros. No quiero decir que solo haya delincuentes allí, pero nos dan trabajo. Abren a todas horas para recibir a los diferentes turnos de las acerías, de modo que, salgan a la hora que salgan de trabajar, siempre pueden ir a tomarse algo. Son ese tipo de lugares donde se sirven los dos tipos de cervezas.

—¿A qué se refiere? —preguntó Heat.

—La Bud y la Bud Light —le explicó Forbus—. En fin, al parecer, su víctima se pasó por algunos y se fue.

—¿Sí?

—¿Por qué está tan sorprendida?

—Supongo que no lo estoy, pero... Estaba en viaje de trabajo, pero no aparece ningún cargo en su tarjeta de ninguno de esos sitios.

—Comisaria Heat, ¿ha estado usted alguna vez en un bar de obreros? La proporción entre hombres y mujeres es de diez a uno. ¿Cree que una mujer como Tam Svejda tuvo que pagarse una copa en cualquiera de esos bares? A mí lo único que me sorprende es que no tuviéramos que enviar un coche

hasta allí para poner fin a alguna pelea entre los tipos que hacían cola para invitarla a la siguiente ronda.

—Tiene razón. Vale, así que va a esos bares, los hombres empiezan a tropezarse unos con otros alrededor y después... ¿qué?

—Pues parece ser que ella era mucho más agradable con ellos que con el camarero del Lebrílope, eso desde luego.

—¿Agradable en qué sentido?

—Con mucho flirteo. Aunque fue bastante hábil y no dejó que ninguno se le acercara demasiado. Flirteaba con uno, luego pasaba a otro y, después, cambiaba al siguiente bar y flirteaba un poco más. Al parecer, solo era parloteo. Pero no se imagina el revuelo que provocó por aquí.

—¿De qué parloteaba?

—De esto y de lo otro. Lo cual es como decir que en realidad no lo sé. Esos tipos son obreros, comisaria. No son precisamente muy comunicativos con la policía. Más bien nos consideran gente que ha venido para fastidiarles la diversión. E incluso los que nos hablan no nos dan muchos detalles de sus conversaciones. Lo más que hemos podido averiguar es que ella les hacía preguntas sobre dónde vivían, dónde trabajaban, qué hacían allí..., ese tipo de cosas. Información biográfica básica. Las cosas que preguntamos siempre. Era como si les estuviese entrevistando, pero probablemente ellos no se dieron cuenta.

—Sobre todo, porque estaban demasiado ocupados comiéndosela con los ojos —sugirió Heat.

—Exactamente. Yo misma he hablado con alguno de esos hombres y la mayoría de ellos no paraban de decirme lo buena que estaba. Permítame que le diga que me he divertido mucho con eso.

—¿Pero se fue con alguno?

Forbus se rio.

—Sí, en sus sueños. Qué va, lo más lejos que llegaron algunos fue a darle sus teléfonos. Y en ese momento, se convirtieron al instante en héroes entre sus amigos. Pero he hablado con un camarero del Adulto y Sexy, que fue su última parada. Me ha dicho que se fue sola. Uno de los tipos la acompañó al coche. Aquí en Lorain hay muchos caballeros. Pero luego ese hombre volvió a entrar.

—¿Ha hablado con alguno de los tipos que le dieron su teléfono?

—Me temo que no. La memoria de la gente suele volverse muy borrosa en

ese punto. Lo achacan a las copas y a lo tarde que era.

—Dicho de otro modo, les preocupa meter a sus amigos en algún problema.

—Bingo —confirmó Forbus.

—Les puede usted garantizar que no estamos pensando que se tratara de ningún acoso sexual que se fuera de las manos. Sabemos que se marchó sola. También sabemos que estaba bien durante el desayuno del día siguiente. Lo que de verdad quiero averiguar es si esos siderúrgicos cuyos números ella apuntó tenían algo en común. Supongo que no sería su encanto ni la inteligencia de sus dotes de seducción. Está claro que ella buscaba algo específico.

—Aún no he terminado con esos hombres —le aseguró Forbus—. Estuve hablando con ellos en los bares, así que no iban a soltar nada allí. No con los demás delante. Pero los buscaré más tarde en sus casas. Si no colaboran, buscaré el modo de persuadirles. No creo que resulte difícil. Le daré a usted sus nombres, comisaria Heat. No tardaré mucho tiempo.

—Vale. Se lo agradezco de verdad.

Forbus le prometió que volvería a ponerse en contacto con ella en cuanto supiese algo más. Las dos mujeres intercambiaron sus números de móvil y sus direcciones de correo.

—Por cierto, no bromeaba en lo de elegir a su presidente —dijo Forbus cuando ya ponían fin a la llamada—. Ya sabe que Ohio ha acertado en la predicción de todas las elecciones presidenciales desde 1964.

—Lo sé —contestó Heat.

—Que conste que vamos a votar por Lindsay Gardner —añadió Forbus—. Una bibliotecaria como presidente es exactamente lo que este país necesita.

Tras volver a dejar el teléfono en su base, Heat salió de nuevo a la sala de la brigada y se acercó al panel con la información del asesinato, que ya no incluía las fotografías de los dos jóvenes musulmanes de Nueva York.

En realidad, se trataba de un panel tristemente vacío. Lo coronaba un retrato de Tam Svejda realizado por un profesional. Las palabras «zinc» y «queroseno» estaban debajo de ella. Había una fotografía de la Masjid al-Jannah colgada al lado. También una fotografía del pañuelo de Laura Hopper que salía en el vídeo.

Cogió un rotulador y trazó una línea desde la foto de Svejda y, después, tres círculos conectados también por líneas. En el primero escribió: «Bala de Joanna Masters». En el segundo: «Nueva York → Cleveland → Lorain, Ohio». En el tercero: «Entrevistas a obreros».

Se detuvo un momento y, a continuación, dibujó otra línea y un cuarto círculo. En él, escribió un interrogante que indicaba que no sabían adónde había ido Svejda a continuación. También resumía lo que significaba para Heat aquella serie de acontecimientos. Puede que nada. Puede que todo.

Hubiera deseado que Rook estuviera presente. Él tenía un modo especial de ver el panel de los asesinatos, de mirar exactamente las mismas palabras que miraba ella y, sin embargo, conformar una historia completamente distinta.

Heat estaba haciendo poco más que mirar fijamente los espacios en blanco del panel, perdida en sus pensamientos, cuando oyó un alboroto que procedía desde el lejano vestíbulo.

—¡He dicho que aparte sus manos de mí, joder! Ya no soy sospechoso. Puedo caminar sin que me agarre del brazo.

Se trataba de un acento neoyorquino que, para entonces, ya reconocía. Pero nunca habría pensado que, de todos los lugares adonde el destino y las circunstancias podrían haber llevado a Hassan El-Bashir, estaría otra vez pisando el suelo de la comisaría Veinte. Y menos de forma voluntaria.

La primera reacción de Heat fue de alivio. Sorprendentemente, Yardley Bell había hecho lo correcto. Descubrir su farol había sido la mejor decisión para todas las partes implicadas.

Su segunda reacción fue de curiosidad. ¿Qué estaba haciendo El-Bashir de nuevo allí? Apareció por la esquina con el sargento de guardia detrás de él.

—Ha venido diciendo que quiere hablar con la «señora comisaria» —dijo el sargento con tono de disculpa—. He intentado que explicara para qué, pero...

—... Pero no voy a hablar con nadie que no sea la señora comisaria —terminó la frase El-Bashir con expresión desafiante.

—Hola, Hassan —le saludó Heat—. Me alegra volver a verte. Por cierto, se dice comisaria Heat.

—Sí, sí, lo que sea. Oiga, ¿podemos hablar? He pasado la noche con sondas anales en esa mierda de sitio para operaciones encubiertas sacado del Área 51 o de *Expediente X* en el que me metió esa federal y solo quiero

volver a casa.

—De acuerdo —contestó Heat—. ¿Te parece bien en mi despacho?

—Mejor que esa sala del espejo —respondió enojado.

—Por aquí —le indicó Heat señalando hacia su despacho y abriéndole la puerta.

—¿Estará bien, comisaria? —preguntó el sargento.

—Sí, gracias, sargento.

Heat cerró la puerta después de que entrara El-Bashir, quien ya había tomado asiento delante de la mesa. Ella eligió apostar la silla que había al lado de él en lugar de poner una mesa entre los dos. Se trataba de un pequeño gesto, un truco psicológico más que nada, pero que establecía una cierta intimidad con un ciudadano que, comprensiblemente, mostraba en ese momento algo de recelo hacia las fuerzas de seguridad.

—¿Qué pasa, Hassan? —preguntó girando la silla hacia él.

Sin la presencia del sargento de guardia —o de cualquier otro que llevara uniforme— parecía ahora más relajado, sin esa necesidad de mostrar lo duro que era.

—Verá, solo quería darle las gracias, comisaria Heat —dijo él—. No sé qué iban a hacerme esos federales, pero creo que iba directo a que me metieran la cabeza en una bañera de Guantánamo. Pero esa federal me ha dicho que usted me ha hecho un gran favor con ese asunto del audio. Ha dicho que usted incluso se ha jugado el cuello por mí y casi la ha obligado a soltarme.

—Solo cumplo con mi deber, Hassan —contestó Heat.

—Sí, lo sé. Solo que... Bueno, digamos simplemente que no me he cruzado con muchos policías tan decentes, ¿sabe? O sea, algunos de ellos fingen ser tu amigo pero sabes que es mentira, porque solo están tratando de acercarse a ti para poder trincarte o para que delates a otro. Pero ¿usted? Tía, usted es auténtica. Esa federal me ha dicho que le debo mucho y tiene razón.

—Bueno, pues de nada —dijo Heat con una cálida sonrisa y con la esperanza de que quizá, en sus futuras interacciones con la policía de Nueva York, él recordara que la amplia mayoría de agentes están motivados por los mismos ángeles buenos que la movían a ella.

El-Bashir se removió un poco en su asiento. Heat notó que tenía algo más en mente, pero iba a dejar que él lo contara a su debido tiempo.

—Tengo que decirle una cosa —dijo por fin—. Creo... Bueno, no sé si

importa o no. Si le soy sincero, no iba a contar nada de esto. En mi barrio, a los soplones se les castiga, ¿me entiende? A la policía no se le ayuda. Pero yo creo que... En fin, que le debo una.

Heat asintió.

—¿Recuerda que le conté que estuvimos en la Masjid al-Jannah el sábado por la noche hablando por Skype con ese imán de Arabia Saudí?

—Claro.

—No era mentira. Estábamos hablando de verdad. Y nada más que eso. Pero la cuestión es que..., bueno, no sé qué pasaba, pero había algo cuando salíamos.

Heat pudo sentir prácticamente cómo un chorro de energía salía de su silla, pero mantuvo la calma.

—¿A qué te refieres, Hassan?

—Habíamos terminado de hablar por Skype y estábamos a punto de irnos cuando oímos algo detrás de la mezquita. Me acerqué a la ventana y vi dos todoterrenos negros y grandes aparcando. Tenían unas antenas altas, como si fueran coches de policía o algo así.

—¿Coches de policía? —preguntó Heat. Había varias divisiones del Departamento de Policía de Nueva York que podrían contar con todoterrenos negros en su flota. En ese aspecto, aquellos vehículos podrían ser de la policía estatal. O federales. Ninguna delegación del gobierno tenía el monopolio de los omnipresentes todoterrenos negros.

—¿Conseguiste ver la marca o el modelo? ¿Eran Ford? ¿Chevrolet?

El-Bashir negaba con la cabeza.

—Tenían una raya blanca a los lados. Eso..., eso fue lo único que vi.

—Vale. Y, después, ¿qué?

—Salieron unos hombres. Eran cuatro. Dos de cada vehículo. Y eran enormes. Como si yo los mirara desde la segunda planta y ellos siguieran siendo más altos que yo, ¿sabe lo que quiero decir? Iban vestidos todo de negro. Y tenían muchos músculos, ¿sabe? Parecían como mafiosos o algo así.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sé. Es decir, por ejemplo, eran blancos.

—¿Blancos? ¿De piel blanca? ¿Estás seguro?

—Sí, no me cabe duda.

El-Bashir vio la incredulidad en el rostro de Heat.

—No la estoy engañando, comisaria Heat. Sé que se supone que el árabe

con la toalla en la cabeza es el malo. Pero le aseguro que esos tipos eran tan blancos como usted. Y, no sé, daban mala espina, ¿sabe? ¿Quién más tiene tipos así aparte de la mafia?

A Heat se le ocurrían un montón de posibilidades, pero no quería interrumpir el discurso de El-Bashir.

—Vale. ¿Qué pasó después?

—Bueno, no íbamos a quedarnos allí para averiguarlo. Tariq estaba apagando el ordenador y yo le dije: «Riq, tío, tenemos que irnos». Le conté lo que había visto y él dijo: «Sí, vámonos cagando leches». Y eso hicimos.

—¿Y a qué hora pasó todo eso?

—Poco después de la una de la mañana. No podría decirle la hora exacta. No estaba precisamente como para mirar el reloj. Simplemente nos fuimos.

—¿Crees que podrías describir a alguno de esos mafiosos para hacer un retrato robot?

El-Bashir torció el gesto.

—La verdad es que no. Es decir... No vi a ninguno de ellos desde muy cerca. No eran más que tipos grandes y blancos. Lo siento. Todo pasó muy rápido.

Unos tipos grandes y blancos. Unos todoterrenos negros con rayas blancas y grandes antenas.

Aquello implicaba un nivel superior de organización, de planificación, de dinero. De amenaza. Heat no sabía qué estaba pasando, pero lo cierto era que le gustaba mucho más cuando creía que se trataba simplemente de dos delincuentes juveniles demasiado apasionados.

—Está bien, Hassan —dijo Heat. Extendió la mano por encima de la mesa, cogió una tarjeta de visita y se la dio a Hassan—. Si se te ocurre algo más, llámame, ¿de acuerdo?

—Vale —contestó él—. Y gracias de nuevo, comisaria Heat.

—Ha sido un placer —respondió ella.

Y lo decía de verdad.

T ras acompañar a El-Bashir a la salida, Heat había vuelto a su mesa y estaba empezando a ocuparse de la montaña de papeles que parecían reproducirse mientras les daba la espalda. Y que parecían especialmente fértiles cuando estaba en medio de un caso importante.

Había reducido la montaña alrededor de un centímetro cuando oyó el saludo de Jameson Rook al entrar en la sala con su habitual ademán ostentoso.

—¡Cariñito! ¡Ya estoy en caaaaasa! —canturreaba.

Heat salió a tiempo de ver a Rook lanzando su portatrajés sobre la silla ladeada y, después, chocando los puños con los detectives.

—He venido aquí directamente —anunció—. Ni siquiera he pasado por casa.

—Sí, sí. Es estupendo —dijo Ochoa, apenas incapaz de contenerse—. Has estado en el avión, ¿verdad?

—¿Qué avión? —preguntó Rook sin saber fingir una expresión inocente.

—No intentes quedarte conmigo, Rook, o te daré con el táser en el culo. Vamos, suéltalo. Has visto la cama, ¿no?

—¿Cama? ¿Había una cama en ese avión?

—Se acabó. Voy a por el táser.

—Vale, vale —dijo Rook—. Sí, hay una cama. Sí, es de tamaño *king-size*. Y sí, he dormido en ella. Lana insistió.

Ochoa soltó un chillido afeminado y se llevó las manos a la boca de la emoción.

Rook miró rápidamente a Heat y añadió:

—Solo. Te lo garantizo.

—¿Y cómo es eso de estar todo desparramado a once mil metros de altitud? —insistió Ochoa con admiración.

—¿En sábanas de mil hilos? ¿Sobre el colchón más lujoso y la almohada más suave que hayas visto en tu vida? Casi tan chulo como la llegada del aire acondicionado al sur del país.

Ochoa se colocó la mano en el corazón.

—Dios mío —dijo en tono reverencial—. Es decir, no me malinterpretéis. Voy a seguir votando a Lindsay Gardner por su...

Heat se aclaró la garganta.

—Política de interior —continuó Ochoa—. Y no quiere construir un castillo con un foso a lo largo de la frontera del sur. Pero es difícil superar a Piernas Kline en las cuestiones más guays.

—No sé. La cama estaba muy bien, no me malinterpretes. Pero si yo tuneara un avión, creo que preferiría tener compartimentos para el contrabando, como el *Halcón Milenario*. Nunca se sabe cuándo vas a tener que salir huyendo de Jabba el Hutt.

—Bah —contestó Ochoa—. Yo creo que prefiero la cama.

—Tú mismo. Pero ni siquiera te he contado todavía lo mejor —dijo Rook con tono frívolo—. Estábamos tomando unos chupitos anoche...

—Espera, ¿quiénes?

—Piernas, yo y gente de su equipo.

—¿Incluida Lana?

—Pues sí, si es que es eso lo que te interesa.

Ochoa volvió a llevarse la mano al corazón.

—En fin —continuó Rook—. Estábamos tomando chupitos y una cosa llevó a la otra y confieso que nos empezamos a descuidar un poco. Pero nos lo estábamos pasando tan estupendamente y nos estábamos llevando tan bien que me dijo que iba a crear un nuevo puesto en el gabinete para mí.

—¿Cuál? ¿El de secretario de Estupidez? —preguntó Feller.

—¿Eso existe? —preguntó Rhymer.

Rook no les hizo caso.

—Piernas me ha prometido que si sale elegido va a nombrarme... —hizo una pausa para dar mayor solemnidad al momento— el primer ministro de Magia en la historia de Estados Unidos.

Heat no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Hablamos de mi presupuesto y todo. Debo confesar que esto ocurrió después del sexto chupito. Después, brindamos por Dumbledore con el séptimo. Así que esta mañana recordaba los detalles con cierta confusión. Pero no me cabe duda de que me va a dar bastante libertad para dirigir el ministerio como a mí me parezca conveniente.

Rook se acercó a darle una palmada en el hombro a Rhymer.

—¿Sabes? Voy a necesitar a alguien que dirija mi Oficina de Relaciones con Muggles. Me hará falta un buen hombre para hacerlo.

—Siempre que no quieras que sea profesor de Defensa contra las Ciencias Ocultas —contestó Rhymer.

—Dios mío, Opie —murmuró Heat—. Tú también no.

—¿Qué? —protestó Rhymer—. Ese puesto es una sentencia de muerte.

—¿Y qué tal todo por aquí? —preguntó Rook—. ¿Has conseguido que esos dos aspirantes a ISIS lo suelten todo? Cuando me nombren ministro de Magia podría enviarles a la prisión de Azkaban.

Heat le contó cómo la investigación de Raley con el vídeo había exonerado a los dos hombres y que prácticamente habían vuelto a la casilla de salida. La expresión de Rook fue cambiando a medida que ella hablaba. Heat supo que él estaba haciendo lo que mejor se le daba: repasar la investigación a su manera, tratando de encajarlo todo, para ver qué cabos quedaban sueltos cuando hubiese terminado.

—¿Y el pañuelo? —preguntó Rook cuando Heat terminó de informarle—. ¿Ha salido algo de ahí?

—Créeme, no vas a querer escuchar la versión larga de esa historia —contestó Aguinaldo—. La corta es que se trata de un pañuelo de Laura Hopper.

—¿Un Laura Hopper? ¿En serio? —preguntó Rook emocionado.

—¿Por qué no me sorprende que eso tenga algún significado para él? —le preguntó Ochoa a Feller.

—Creo que la respuesta es «metrosexual» —respondió Feller.

Rook no permitió que aquel intento de tocarle las narices le impidiera seguir.

—No, en serio. Eso es un gran paso. Todos los Laura Hopper son únicos. En parte, es eso lo que hace que sean tan deseados. Eso y que Laura Hopper es de lo más guay. La cuestión es que lo único que hay que hacer es averiguar de quién es este Laura Hopper en particular y, así, tendremos una pista

importantísima.

—Pues ese es el problema —replicó Aguinaldo—. Nadie del mundo de la moda de Nueva York parece saberlo. Todos reconocen que se trata de un auténtico Laura Hopper, pero parece que nadie es capaz de decirme nada sobre este pañuelo en particular. Y va a ser imposible contactar con Laura durante las tres siguientes semanas.

Rook se rio.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Heat.

—¿Qué te ha dicho su ayudante? ¿Bora Bora o Seychelles?

—Pues Tahití —contestó Aguinaldo—. ¿Cómo lo has...?

—Y deja que adivine: las únicas personas que tienen acceso a ella son unos sumisos sirvientes que han firmado un acuerdo de confidencialidad.

—Unos fornidos asistentes que han jurado guardar secreto bajo pena de muerte.

—¡Ah! ¡Eso es aún mejor! Me encanta que sus asistentes sobreprotectores jueguen así de fuerte. Espera —dijo Rook a la vez que sacaba su móvil.

Dio unos cuatro toques a la pantalla y, después, se lo llevó al oído.

—No te sientas mal porque te haya engañado. Utiliza esa historia con todos sus visitantes no deseados. Hubo una vez en la que me engañó con... Espera.

Rook volvió a acercarse el teléfono para hablar.

—Laura Hopper, zorra pelirroja, soy Jameson Rook. ¿Qué tal estás?

Tapó el teléfono con la mano un momento.

—No os preocupéis, es una broma privada —explicó antes de volver a hablar.

—Pues estoy con lo de siempre, consolando a los afligidos y afligiendo a los consolados, como cualquier otro buen periodista.

Escuchó durante un momento.

—¿Tanto tiempo ha pasado? No, no. Nos vimos en aquello de Bono. ¿Recuerdas? La barbacoa en la playa. Fue cuando convencimos a aquel duque inglés de veintitrés años tan encantador de que eras una asesina que seducía a los hombres y, después, les cortabas el cuello. ¿Te acuerdas?

Rook escuchó y, después, soltó una carcajada.

—No es verdad —dijo—. Eres muy mala.

Volvió a tapar el teléfono con la mano.

—La verdad es que terminó llevándose al duque a su casa. Lo cual es muy

típico en ella. Los hombres se vuelven tontos con Laura Hopper.

Rook se acercó el teléfono a la oreja.

—Claro que pensaba que estaba enamorándose de ti. Siempre te digo que esos tipos no son solamente juguetes para que te diviertas.

Hubo más palabras al otro lado de la línea.

—No lo sé —dijo Rook—. Creo que «duquesa Laura Hopper» suena bastante bien, ¿no?

Tras unos segundos más, Rook asintió.

—Sí, sí. Supongo que es así. No puedes atarte. Ni siquiera a la realeza.

Escuchó y, después, volvió a reírse.

—Demasiado, demasiado. En fin, escucha, ¿qué planes tienes para almorzar?

Hubo una respuesta.

—No te andes con esos juegos conmigo. Le contaré a Brad lo de tu duque.

Rook puso rápidamente la mano sobre el auricular y se explicó:

—Ha estado viéndose con Bradley Cooper aparte... ¡Chis! Los periodistas del cotilleo no saben nada.

Volvió a acercarse el móvil para seguir con aquella conversación, de la cual Heat y el resto de los detectives solo podían escuchar una parte.

—Estupendo. Eso está mejor. ¿Qué te parece a las doce y media en Harlow...? ¿Estás de broma? Prácticamente formé yo al chef. ¿Dónde crees que aprendió a hacer el mejor bocadillo de huevo trufado del mundo? No, sacaron los mejillones del menú hace tres semanas, pero ahora tienen unas ostras del río Rappahannock de Virginia que están de muerte. Pero asegúrate de dejar sitio para el zapin de plátano. El mejor postre del... ¿Te parece bien que lleve a una amiga? Es una gran admiradora y quiere hacerte unas preguntas sobre uno de tus pañuelos... Vamos, ya me conoces. Vale, vale, trato hecho. Estupendo. Te veo en un rato, entonces. Tú también. Hasta luego.

Colgó el teléfono y vio que todos le miraban.

—¿Qué? —preguntó Rook.

—¿Sabes que resulta muy raro que puedas hacer eso con todo el mundo? —dijo Heat.

—No. Estoy seguro de que habrá alguien que viva en una choza de la Micronesia con quien no podría contactar por teléfono —le aseguró Rook—. Aunque, en realidad, ahora que lo pienso, sí que conozco a un tipo que se

llama Tosiwo que vive en Pohnpei y que podría...

—¡Basta! —exclamó Heat—. Muy bien, chicos. Volvamos al trabajo. El espectáculo de Jameson Rook ha terminado por ahora.

—Siguiente función en veinte minutos —anunció Rook, pero Heat le hizo callar con una mirada furiosa.

—Olvídenlo, acaba de ser cancelada —dijo.

Mientras los detectives volvían a sus respectivas mesas, Heat tiró de la manga de Rook.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —preguntó moviendo la cabeza hacia su despacho.

—Por supuesto —respondió él. A continuación, miró a Aguinaldo—. ¿Tienes la fotografía de ese pañuelo? —le preguntó.

Ella se golpeó el bolsillo del pecho de su chaqueta.

—Genial. Probablemente saldremos en unos diez minutos. El metro será la mejor forma, si te parece bien. La línea B nos dejará a pocas manzanas.

—Sí, claro —respondió Aguinaldo.

—Estupendo. Créeme, no debemos llegar tarde. Nadie hace esperar a Laura Hopper.

Rook cogió su portatrajes de la silla ladeada. Heat sujetaba la puerta de su despacho para que él entrara. Al cerrarla, él se dirigió hacia el otro lado de la habitación y lanzó la bolsa al rincón.

Cuando se giró, Heat estaba allí. Le agarró por la parte posterior del cuello y lo usó como palanca para atraerlo hacia ella. A la vez que ponía sus labios sobre los de él, juntó la mitad inferior de sus cuerpos para sentir su contacto y, al instante, ese momento se convirtió en el mejor de todo el día.

Si su ansia por él en ese instante se hubiese puesto sobre una balanza, habría pesado más que Saturno. Era porque lo echaba de menos. Y porque esa mañana sus emociones habían dado mil vueltas. Pero era también porque, en lo más hondo de su corazón, a Nikki Heat le excitaba casi todo lo que veía en Jameson Rook.

Y aquella sensación era mutua.

—Vaya —dijo él jadeando cuando ella se apartó.

—Esto no es más que el prelude para lo de después —le advirtió ella, también un poco jadeante—. He supuesto que no tendría nada de malo.

—A ver —contestó él aprovechando la oportunidad para iniciar otro beso. Este más profundo, más lento y más apasionado. Y, si era posible, aún más electrizante—. No —dijo cuando terminaron—. No tiene nada de malo. De hecho...

—Lo siento —le interrumpió Heat apartándose hacia atrás—. Si lo hacemos otra vez, puede que te haga llegar tarde a tu reunión con Laura Hopper.

—Que se vaya al infierno Laura Hopper —dijo él mientras trataba de volver a abrazarla. Pero ella le apartó extendiendo el brazo, como la figura del trofeo Heisman de fútbol americano.

—No te preocupes. Ya iremos luego a Reikiavik. Y será un viaje mejor aún cuando no tenga que preocuparme de que unos lunáticos quieren secuestrarte. Imagina lo desinhibida que estaré entonces.

—¿Más desinhibida? —preguntó él a la vez que se mordía los nudillos.

La única respuesta de ella fue darle un suave beso al otro lado de la mano.

—¿Es una promesa?

—Sí. Pero luego.

—Me parece bien —contestó él—. ¿Y cómo te ha ido con Maggs y Callan? ¿Pudiste sacarles algo?

Heat le hizo un resumen de su mañana: el viaje a Pensilvania y las llamadas a las distintas prisiones. Cuando hubo terminado, él se dejó caer sobre una de las sillas que había junto a la mesa.

—Así que Maggs está muerto y Callan se ha escapado —murmuró él, como si aún estuviese tratando de asimilarlo—. Alguien ha tenido un martes muy ajetreado.

—Sí, pero ¿quién?

—Ahí está el misterio, ¿no? —señaló Rook—. Por decir algo obvio, está claro que Maggs ha sido el que ha salido perdiendo. Era el cabo suelto que finalmente alguien ha necesitado eliminar.

—Sí. Pero ¿por qué ahora? —preguntó Heat, deseando saber si Rook estaba pensando lo mismo que ella—. Maggs llevaba dos años en esa prisión. Es como si quienquiera que lo haya matado pudiera haberlo hecho en cualquier momento. Está claro que ha habido algo que lo ha desencadenado.

—La repentina reaparición de tu madre —sugirió Rook.

—Desde luego, es lo que parece.

—Pues sí. A menos que tu madre haya vuelto a aparecer en respuesta a

otra cosa. En cuyo caso, ese habría sido el desencadenante.

—Yo también lo he pensado.

—En fin, lo cierto es que estamos ante la pregunta de qué fue antes, la gallina o el huevo —dijo Rook—. Y por ahondar en el tema, la reaparición de tu madre ha atraído algo más que simplemente tu atención. Mientras seguía «muerta», el hecho de que Maggs estuviera vivo no era especial problema para nadie. En el momento en que alguien averiguó que había vuelto, Maggs volvió a convertirse en una amenaza y tuvo que ser eliminado. Y no me preguntes por qué. Porque no lo sé.

La pierna izquierda de Rook empezó a rebotar arriba y abajo. Su repentino exceso de energía necesitaba una salida.

—No es que diga que Maggs no importa —prosiguió Rook—. Porque sí que importa. Pero nuestras posibilidades de averiguar por qué tenía que ser silenciado parecen... remotas.

—Los muertos no hablan —convino Heat.

—Ya te digo, camarada. Eso me recuerda una cosa: ¿quieres que seamos un rey pirata y una casquivana pirata en Halloween? Le he dicho a mi editor que me dejara el corsé de la fotografía de la cubierta de mi última novela de Victoria St. Clair. Te quedaría muy bien, sobre todo, si...

—Rook, concéntrate.

—Sí. Lo siento. Por cierto, ¿hay alguna ducha de agua fría por aquí? —preguntó Rook mientras se tomaba un momento para sacudirse—. Vale, creo que ya estoy bien. En fin, como decía, creo que Callan es la pista principal. Primero, porque sigue vivo. Segundo, porque está claro que alguien quería que saliera de prisión, sin estar muerto, por algún motivo. Ese cambio a una prisión de seguridad media hace seis meses no fue ningún error burocrático casual. Claramente hubo alguien que movió los hilos.

—Debió de ser alguien de la Agencia Federal de Prisiones, ¿verdad? —sugirió Heat.

—Bueno, en última instancia, sí. Pero, si averiguas quién de la Agencia de Prisiones firmó el traspaso, eso no significa necesariamente que hayas conseguido nada. Nuestro supuesto funcionario de la agencia podría haberse limitado a seguir órdenes de otra persona, bien de la Agencia de Prisiones o de un nivel más alto del Departamento de Justicia.

—Pero Callan tuvo que recibir ayuda de alguien que trabajara para el gobierno.

—Puede que sí. Pero puede que no.

—Eso sí que es una ayuda.

—Solo digo que sí, que podría ser algún tipo de trama interna en la que alguien con la suficiente influencia dentro del gobierno federal tocara algunas teclas. Callan fue agente del FBI antes de entrar en Seguridad Nacional. Si empezamos a mirar la cantidad de gente con la que tuvo contacto durante su carrera que siga por allí y que le haya podido ayudar a conseguir ese traspaso..., es probable que tengamos a cientos de posibles sospechosos.

»Pero tampoco podemos descartar un soborno desde el exterior. Creo que la historia nos ha demostrado que, si se tiene suficiente dinero, se puede conseguir que el gobierno de Estados Unidos haga lo que sea por ti. Eso hace que nuestra lista de sospechosos sea...

—Enorme —concluyó Heat—. Entonces, pudo ser alguien que necesitara la formidable mezcla de habilidades de Bart Callan. O alguien que tema que se descubra lo que él sabe y, por tanto, se viera presionado a ayudarlo. O...

La voz se le fue apagando y, después, soltó un gruñido de frustración.

—Son demasiadas posibilidades. Ojalá mi madre se pusiera en contacto conmigo de alguna forma. De verdad, no como una aparición. Nosotros podemos sentarnos aquí y empezar a lanzar teorías durante horas, pero probablemente ella pueda aclararlo todo en medio minuto. ¿Por qué no deja que la ayude?

—Ya lo hemos hablado —dijo Rook—. Es porque sabe que supone un peligro demasiado grande. Tenemos que confiar en ella. Ahora mismo, tiene más información que nosotros, así que sabe qué es lo mejor.

Rook hizo una pausa.

Heat se dio cuenta de que estaba mirándola con atención.

—No dormiste muy bien anoche, ¿verdad? —preguntó.

Heat negó con la cabeza. Rook se puso de pie, se acercó a ella, que estaba apoyada en su mesa, y la envolvió con sus fuertes brazos. Ella dejó que lo hiciera.

—Ya he visto esa mirada tuya antes, Nikki —dijo él mientras ella apoyaba la cabeza sobre su hombro—. Esa mirada obsesiva. Y tengo que decirte que me asusta. Me asusta muchísimo. Sé que es inútil pedirte que lo dejes. Pero no puedes permitir que esto te consuma. Porque puede pasar. Acabará contigo hasta que no quede nada de ti.

Ella se apartó.

—Voy a estar bien. De verdad —contestó—. Al fin y al cabo, no soy yo la que está bajo una amenaza terrorista ahora mismo. La verdad es que no estoy segura de que andes así por toda la ciudad, saliendo a comer, montando en el metro...

—¿Qué es lo que te preocupa? El típico vagón de metro de Nueva York cuenta con, al menos, tres viajeros más fuertes que lo que sea que el ISIS pueda lanzar contra nosotros. Estaré bien. Además, tendré todo el tiempo una acompañante del Departamento de Policía de Nueva York. Vamos a almorzar y, después, volveremos directamente aquí.

—Lo sé. Es que... tengo un mal presentimiento. Cada vez que sales es como si volviésemos a lanzar los dados. Y una de esas veces va a salir la pareja de unos. Quiero que estés donde pueda verte, donde pueda tenerte a salvo.

—Cuando vuelva de la comida te prometo que me quedaré aquí agachado —dijo Rook—. La fecha límite para entregar mi artículo sobre Piernas Kline es mañana a última hora. He escrito una parte, pero tengo que seguir con ello, aunque solo sea porque necesito por escrito ese Ministerio de la Magia antes de que a él se le olvide. Y hablando de fechas límite... —añadió mirando su reloj.

—Sí, lo sé. Vete. Pero ten cuidado.

Se besaron una última vez y, a continuación, Rook salió por la puerta.

Heat sabía que debía zambullirse de nuevo en su papeleo de inmediato y seguir con ello hasta que Rook y Aguinaldo regresaran con la pista que le podría dar a su investigación una nueva ruta.

Pero no pudo evitarlo. Fue a la ventana de su despacho solo por volver a ver al hombre al que amaba antes de que desapareciera de su vista.

Abrió la cortina a la vez que Rook y Aguinaldo bajaban los escalones delanteros de la comisaría Veinte. Rook daba pequeños brincos como un niño, como solía hacer siempre que ayudaba en una investigación. Aguinaldo se movía con su habitual eficacia compacta.

Heat vio cómo giraban a la derecha y subían por la calle 82 en dirección a la boca de metro del Museo de Historia Natural.

Y por eso tuvo una visión tan clara de lo que ocurrió a continuación.

Lo primero que llamó su atención fue el rugido de un motor seguido de un chirrido de neumáticos procedente de algún lugar abajo en la manzana.

Giró la cabeza a la izquierda y vio un todoterreno negro con una antena muy larga que avanzaba por la calle a toda velocidad, con una raya blanca en el lateral.

Justo cuando pasó por la comisaría, hubo un repentino movimiento al otro lado de la manzana. Otro enorme todoterreno negro, idéntico al primero, derrapó por la esquina de Columbus Avenue y avanzó con un fuerte bramido hacia el oeste, en dirección prohibida.

Los dos vehículos parecían a punto de colisionar hasta que se detuvieron a cinco metros el uno del otro, rodeando a Rook y a Aguinaldo.

—¡Corred! —gritó Heat. Aunque, por supuesto, ellos no podían oírlo gritar

desde el interior del edificio. Y la ventana estaba sellada desde hacía siglos.

Rook y Aguinaldo se habían quedado inmóviles, más sorprendidos por la repentina aparición de aquellos dos vehículos que asustados. Fue entonces cuando Heat se dio cuenta de que ninguno de los dos había estado con ella cuando Hassan El-Bashir le describió a los extraños visitantes nocturnos de la Masjid al-Jannah. Y Heat no lo había incluido todavía en el panel del asesinato. Ni Rook ni Aguinaldo sabían que aquellos todoterrenos eran idénticos a los que probablemente habían llevado a Tam Svejda hasta su muerte; ni tampoco tenían ni idea del peligro que corrían ahora. Aguinaldo no estaba sacando su arma.

Heat sí. No había tiempo para llamar por teléfono. Estaba sacando su Smith & Wesson de nueve milímetros de la funda.

Pero antes de romper la ventana —si disparaba y luego quitaba con los pies los cristales que quedaran, podría asomarse por ella y, quizá, apuntar a las personas que estaban a punto de abalanzarse sobre Rook y Aguinaldo—, se detuvo. La bala rompería la ventana, sí. El problema estaba en lo que pasaría después. Heat no tenía ni idea de dónde terminaría el proyectil. Ningún ángulo de disparo era seguro. O iría hacia la calle, donde habría conductores y peatones, o al interior del edificio de enfrente, donde había apartamentos. No era un disparo limpio.

Durante el tiempo que tardó en calcular esto, las puertas de los todoterrenos negros se habían abierto. Habían salido cuatro hombres —grandes, con ropa oscura y pasamontañas en la cabeza—. Habían sacado sus armas. Gritaban órdenes que Heat no pudo distinguir.

Para entonces, Aguinaldo ya estaba acercando la mano hacia su arma, que llevaba en una funda de hombro bajo la chaqueta. Pero era demasiado tarde. Tres de aquellos hombres vestidos de negro se abalanzaron sobre ella. Uno de ellos la agarraba desde atrás y dos por delante. Habían adivinado que Aguinaldo —la agente de policía armada— era el mayor peligro y, por tanto, tenían que neutralizarla en primer lugar. Y lo hacían con una eficacia implacable. Dominaron a Aguinaldo rápidamente. La verdad es que no tenía ninguna posibilidad.

Rook estaba tratando de huir, corriendo en dirección a la comisaría. Pero los asaltantes parecieron adivinar sus intenciones. Desde el vehículo de atrás, el cuarto hombre, que tenía el tamaño y la agilidad de un defensa de la Liga Nacional de Fútbol Americano, hizo un placaje a Rook y lo lanzó sobre la

acera. Rook, que no era precisamente una flor frágil, tenía una desventaja de veinte kilos, todos ellos de musculatura. Rook peleó con fuerza, pero no había aprendido muchos movimientos de lucha libre en la Facultad de Periodismo. Al hombre más grande no le costó inmovilizar a Rook.

Heat estaba desesperada. Ya no se molestó en gritar más. Nadie de la sala de detectives iba a poder llegar hasta allí lo suficientemente rápido. Ninguno de los de abajo podía oírla. Se limitó a arrancar las cortinas de la ventana con la mano izquierda. Con la derecha, cogió la Smith & Wesson por el cañón.

A continuación, utilizando la empuñadura de la pistola como un martillo, golpeó el centro de la ventana.

Se trataba de un cristal de seguridad de varias décadas de antigüedad y no se rompería con facilidad. Simplemente se agrietó dibujando una tela de araña tras el primer golpe. Después del segundo, apareció un pequeño agujero en el centro. Por fin, con el tercer golpe, Heat hizo añicos la parte central, lo suficiente para poder usar la pistola como garra para agrandar el agujero. No hizo caso a las docenas de pequeños cortes que se hizo cuando los trozos de cristal cayeron sobre su mano sin protección.

La escena del exterior iba empeorando rápidamente. Aguinaldo había sido desarmada y, después, la habían llevado al más lejano de los dos todoterrenos; se revolvía con frenesí, pero impotente. Uno de los hombres abrió las puertas traseras mientras los otros dos la lanzaban al interior. Heat no estaba segura de si habría otro hombre dentro del vehículo esperando para reducirla aún más.

Los tres hombres dirigieron después su atención hacia Rook, que seguía inmovilizado por el otro hombre de dimensiones de jugador de fútbol americano. Heat estaba ahora dando patadas al cristal que seguía obstinándose en agarrarse a la mitad inferior de la ventana y no se detuvo ni soltó ningún grito cuando uno de aquellos vidrios rotos especialmente terco rasgó su pernera y se hincó en su pierna.

Rook estaba en el suelo boca abajo. Uno de los hombres le agarraba con fuerza por la parte de arriba. Otro, un tipo enorme que parecía no haber visto los noventa kilos en la báscula desde el colegio, estaba sentado sobre las piernas de Rook. Los otros dos dirigieron su atención a los brazos de Rook y los ataron por las muñecas utilizando una brida.

En cuanto tuvieron atadas las manos de Rook, el hombre que había inmovilizado la parte superior de su cuerpo sacó una bolsa de arpillera. En

medio de todos sus esfuerzos, Heat ahogó un grito. Pudo ver la franja negra que recorría el lateral de la arpillera. Era el mismo tipo de saco, puede que incluso la misma pieza, que Tam Svejda llevaba puesto en el momento de su ejecución.

El hombre lo deslizó por encima de la cabeza de Rook. Después, lo levantaron entre los cuatro, uno por cada extremidad, y lo llevaron hacia el vehículo de atrás.

Por fin, Heat había conseguido quitar el suficiente cristal como para poder sacar la parte superior de su torso por la ventana. Cogió la pistola con la mano izquierda, la única que le proporcionaba el ángulo con el que poder disparar, y echó el cuerpo hacia fuera.

La única suerte que tuvo Heat es que la calle estaba sin peatones. Todos se habían dispersado cuando los tipos de los pasamontañas sacaron las pistolas. Aun así, Heat no pudo apuntar a los hombres que tenían a Rook. Quizá si tuviese un rifle. Quizá si tuviese una mira telescópica. Quizá si hubiese tenido una postura firme para poder disparar.

Pero no en aquellas condiciones. Desde aquel ángulo y aquella distancia, con aquel arma tan poco precisa y una postura tan poco segura, había muchas posibilidades de que un disparo se desviara y terminara dándole a Rook.

En lugar de eso, apuntó a las ruedas del vehículo hacia el que lo llevaban, el que estaba más cerca de ella. Disparó una vez. Después, otra. Y otra. Si podía inutilizar el vehículo, dejarlo varado en medio de la calle 82, aquello podría tener un final mucho más feliz que el que parecía previsible.

Aquel «si» era la palabra clave. En alguna ocasión, Heat había practicado disparos con la mano izquierda en el campo de tiro. Pero seguía resultándole incómodo. No tenía el control del arma con el que contaba cuando la manejaba con su mano dominante. Carecía de la bien entrenada memoria muscular, desarrollada durante muchas horas y años.

Los tres disparos dieron sobre el asfalto sin causar ningún daño, cerca de la rueda a la que apuntaba. En un esfuerzo por no disparar hacia arriba, el error más común, sobre todo con la poca práctica que tenía con la mano izquierda, había compensado excesivamente el movimiento y había disparado demasiado bajo.

Los hombres habían arrastrado ya a Rook lo suficientemente cerca del todoterreno como para que ella ya no pudiera apuntar con seguridad. Giró su atención hacia el vehículo donde estaba Aguinaldo. Era el que estaba más

lejos, un disparo aún más difícil. Pero, al menos, estaba bloqueando la calle, lo que daba una ligera ventaja a Heat. Disparar a las ruedas de ese todoterreno haría que la huida del otro fuese más lenta.

Sin embargo, había ahora un peligro adicional: el hombre que agarraba la pierna izquierda de Rook la había soltado y había sacado su arma. Enseguida respondería a los disparos.

Heat no era un buen objetivo, pues solamente sobresalía por la ventana el brazo izquierdo, el hombro y la cabeza. Pero, aunque solo fuera eso, enfrentarse a disparos reales hacía aún más difícil poder apuntar a su objetivo, sobre todo cuando una de las balas que le disparó dio sobre el lateral del edificio, a pocos centímetros de ella. Unos pequeños trozos de ladrillo le dieron en la cara.

Apretó el gatillo tres veces más. Las balas dieron en el parachoques del coche y le provocaron tres agujeros en el cromado. Se maldijo por haber fallado.

Entre disparo y disparo, Heat fue consciente de que el ruido estaba atrayendo la atención del interior del edificio. Pudo oír el alboroto de los agentes que gritaban órdenes. Iba a llegar una respuesta. Y rápido. Si, por lo menos, Heat conseguía entorpecer la marcha de los asaltantes, la comisaría Veinte se movilizaría enseguida con una fuerza abrumadora. Cuatro matones con camisetas ajustadas no serían rival para los hombres y las armas que la policía de Nueva York podría sacar a la calle.

Pero aquellos matones lo sabían, por supuesto. Sabían que la velocidad no era solo algo deseable, sino una necesidad absoluta. Y sus actos, tan rápidos y coordinados desde el principio, estaban llegando ya a su fin.

A Rook lo habían lanzado al interior de la parte trasera del todoterreno. Los tres hombres trataban dificultosamente de llegar a la delantera de los dos vehículos. El cuarto estaba cubriéndolos con su arma, salpicando a Heat con disparos que cada vez se acercaban más a ella y que le hacían más difícil poder apuntar a cualquiera de los hombres que habían quedado brevemente desprotegidos.

Otra bala dio en la fachada del edificio, justo encima de ella, lanzando otra lluvia de partículas sobre su cara. Para Heat, mantener la cabeza fuera de la ventana resultaba de lo más temerario. Era solo cuestión de tiempo hasta que el hombre la alcanzara de verdad. Por un momento, mantuvo la mano y el brazo izquierdo fuera. Si le daban, no importaba. Y realizó dos disparos más.

Pero se retiró cuando se dio cuenta de que prácticamente estaba disparando a ciegas. No era solo que hubiesen mermado enormemente las posibilidades de alcanzar su objetivo, sino que habían aumentado astronómicamente las de alcanzar a otro, como Rook, Aguinaldo o algún peatón que estuviese tratando de quitarse de en medio.

El cuarto hombre siguió disparándole de todos modos, lanzando balas al interior del edificio, imposibilitando que Heat pensara siquiera en volver a sacar la cabeza. Una bala dio en el alféizar de la ventana y astilló la madera. Heat sabía que, de haber seguido donde estaba, era probable que aquella bala le hubiese alcanzado en el abdomen.

Heat oyó cómo los todoterrenos se ponían en marcha, supuso que alejándose de la comisaría. Se había lanzado sobre su mesa y estaba cogiendo el teléfono. Llamó al sargento de guardia.

—Sigue habiendo disparos —dijo Heat en cuanto él contestó.

—Lo sabemos, comisaria. Lo sabemos. Vamos a lanzar ahora una respuesta por la puerta. Denos treinta segundos más y lo haremos.

El sargento colgó.

Pero no tenían treinta segundos. Los disparos del exterior habían cesado. Cuando Heat volvió a la ventana, lo único que vio fue la gran trasera negra del segundo vehículo en su huida.

La sangre le goteaba por el tobillo por un corte profundo en la pantorrilla. Tenía manchas de sangre en la mano derecha por las innumerables heridas que se había hecho al romper el cristal. Había sangre chorreándole por la frente debido a las esquirlas de ladrillo que se le habían incrustado.

Nikki Heat no prestaba atención a nada de eso ni se detuvo un solo segundo. Salió de su despacho, pasó junto a sus detectives, que estaban tratando de recuperarse de la conmoción mientras se hacían con sus armas, y bajó por las escaleras. No iba a esperar al ascensor.

Cuando llegó al vestíbulo de la comisaría Veinte, había seis agentes allí congregados casi listos para entrar en acción. El último de ellos estaba preparándose mientras los otros cinco ya lo estaban: casco antidisturbios, chalecos antibalas y escudos blindados.

Heat no llevaba nada más que un sujetador y una blusa para protegerse. No le importaba. Sin dudar, lideró la carga desde la comisaría con su nueve milímetros apuntando hacia arriba.

En la calle, los peatones empezaban a salir poco a poco de sus escondites tras decidir que, puesto que los vehículos se habían marchado, el peligro había pasado. Se pusieron de inmediato sobre seguro cuando vieron a Heat ensangrentada y seguida de su equipo de agentes bien armados.

Cuando Heat llegó a la esquina de Columbus Avenue no vio rastro de nada raro. El tráfico, tanto a pie como de vehículos, fluía con normalidad. No se oían ya más ruidos de neumáticos derrapando, rugidos de motores ni disparos.

Miró a un vendedor de perritos calientes que había en la esquina.

—Había dos todoterrenos negros —dijo Heat jadeando—. ¿Por dónde han...?

El hombre extendió el brazo hacia el semáforo de la esquina sur del cruce de la calle 81.

—Casi se llevan por delante a una mujer que empujaba un cochecito con un niño. Han estado así de cerca.

El hombre levantó la mano y juntó el pulgar y el dedo índice, pero Heat no se quedó lo suficiente para ver lo cerca que había estado de ocurrir una tragedia. Ni tampoco iba a esperar a los agentes que venían tras ella. Le seguirían el paso o no, pero ella ya estaba corriendo por Columbus Avenue, los brazos sincronizados con el movimiento veloz de sus piernas.

Sí, probablemente no tenía sentido: un ser humano empujado tan solo por la fuerza de sus piernas tratando de correr detrás de dos todoterrenos con motores de ocho cilindros de potencia bajo sus capós. Pero aquello era lo único que Heat podía hacer.

Quizá uno de los vehículos se tropezara con algo: una farola, una boca de riego, un edificio... Quizá el sargento de guardia, previendo que los coches irían por Columbus, había podido llamar a alguna patrulla para que los bloqueara, por lo que Heat podría proporcionar una importante ayuda desde atrás.

Quizá hacer algo le pareciera mejor opción que no hacer nada.

El semáforo de la calle 81 estaba en rojo. Heat no se molestó en recorrer todo el camino hasta el paso de peatones. Cruzó la avenida en línea recta mientras hacía señales con las manos a los coches que esperaban a que cambiara el semáforo.

Al otro lado de la calle estaba el Museo de Historia Natural, con los escalones de la entrada llenos de turistas, igual que el día anterior, cuando había ido detrás de Muharib Qawi. Heat no aminoró el paso al girar por la esquina. Si acaso, aceleró.

Y no se detuvo. Ni siquiera cuando quedó claro que se estaba dirigiendo hacia un verdadero caos.

El cruce del oeste de Central Park con la calle 81 era una maraña de coches, taxis y camiones, algunos apuntando en dirección contraria, otros con los parachoques en el suelo, otros con el chasis abollado. Salía humo de radiadores rotos. Había trozos de plástico, que hasta poco antes formaban parte de los vehículos, tirados por la calle. Los grupos de turistas hacían

gestos de nerviosismo.

Los conductores iban saliendo con cautela de sus coches y camiones para comenzar el proceso de evaluación de daños y designar culpables.

—Dos todoterrenos —espetó Heat al llegar al cruce. Fue lo único que pudo decir antes de tomar aire.

—¡Sí! ¡Lo sé! —respondió el conductor de un Ford Edge con el frontal abollado—. ¡Los muy cabrones han pasado por el puñetero semáforo como si no existiera! Yo solo...

—¿Por dónde? —preguntó Heat al volver a tomar aire.

El conductor movió el pulgar hacia la transversal de la calle 79, que daba al otro lado del cruce. En realidad, era como la continuación de la calle 81, aunque cambiara el nombre de la calle.

Daba directamente a Central Park. Y no tenía semáforos. No era más que una larga calle en curva con nada que pudiera detener a un todoterreno que estuviese huyendo, especialmente si se trataba de un vehículo al que seguramente no le importara rodear coches más lentos ni retar a los vehículos que vinieran en dirección contraria a ver quién se apartaba antes.

Heat corrió hacia el lado opuesto del cruce, donde tenía una vista de la parte donde la calle se curvaba y perdía el campo de visión. Por supuesto, no había tráfico rodando por ella. Nadie había podido atravesar el cruce obstruido por el accidente.

Por fin, Heat recapacitó y se detuvo. Se inclinó hacia delante, agarrándose a los pantalones por encima de las rodillas, inhalando oxígeno todo lo rápido que los pulmones se lo permitían.

No tenía oportunidad alguna de alcanzarlos. Se llevó el teléfono a la boca y, con una serie de cortas ráfagas de voz, informó de que los todoterrenos habían sido vistos por última vez dirigiéndose al este por la transversal de la calle 79.

Tendría que confiar en que los otros treinta y cinco mil agentes jurados del Departamento de Policía de Nueva York hicieran el trabajo que ella no había podido realizar. Y no le cabía duda de que así lo harían.

Traerían a Rook y a Aguinaldo de vuelta, sanos y salvos.

Los todoterrenos no podían desaparecer sin más.

—¿Qué coño quieres decir con que han desaparecido sin más? —gritó el Martillo, y no era la primera vez.

Fue una hora después. Una hora durante la cual una combinación de recursos humanos y tecnológicos del Departamento de Policía de Nueva York no había conseguido una sola pista de adónde se habían llevado a Rook y a Aguinaldo.

Había llegado el momento de reorganizarse. Pero primero tenía que haber recriminaciones. A Zach Hamner lo habían llevado a la comisaría Veinte desde la central. Oficialmente, estaba proporcionando «soporte administrativo» en la búsqueda de una detective de la policía de Nueva York y un destacado miembro de los medios de comunicación.

Extraoficialmente, había ido allí a fastidiar.

—No es posible —continuó Hamner—. Los conejos desaparecen de los sombreros de los magos cuando estos dicen: «Abracadabra». Las manchas desaparecen de la ropa de la gente después de emplear un quitamanchas. Unos enormes todoterrenos negros no... desaparecen... sin más.

—Señor, teníamos hombres en la zona dos minutos después de que empezaran los primeros disparos —se excusó el sargento—. Incluso alertamos a patrullas de a pie antes de eso. Todas las unidades de la comisaría estaban en alerta máxima y listas para responder. La policía aérea estaba sobrevolando la zona en menos de siete minutos...

—Y King Kong y Papá Noel estaban ocupando puestos de francotiradores en el tejado. Eso ya lo he oído. Y no me importa. Lo que quiero que me expliquéis mejor, para que yo pueda contárselo al director y él comunicárselo al alcalde, es cómo cuatro matones armados han secuestrado a una detective de policía y a un famoso periodista a plena luz del puto día estando a quince putos metros de la puerta de una comisaría. ¿Me lo puedes explicar una vez más? Porque sigo sin tener muy claro cómo coño ha podido pasar y menos claro aún cómo coño han desaparecido como un puto pedo en medio de un campo de doscientos mil metros cuadrados.

Estaban en la sala de la brigada: los detectives, el teniente que dirigía la unidad de patrullas, el sargento de guardia y unos cuantos agentes más de uniforme a los que se les atribuía cierta responsabilidad.

Heat estaba a un lado. Incluso el Martillo había tenido la sensibilidad de ser consciente de que una persona cuyo marido acababa de ser secuestrado y que había arriesgado su vida tratando de evitarlo quizá no tenía necesidad de

que el pálido rostro vampírico del primer ayudante del director adjunto de asuntos legales le lanzara salivajos y tacos.

Miraba hacia el suelo que tenía enfrente. Si alguien hubiese dibujado una línea recta desde sus ojos hasta donde parecía estar mirando, diría que tenía los ojos fijos en el lateral de la mesa de un detective. En realidad, no miraba a nada. Estaba perdida en pensamientos que se desviaban en mil direcciones.

Tenía que recordarse en todo momento que lo que sentía que deseaba hacer —caer presa del pánico y de la autocompasión— no ayudaría a nadie. Y menos aún a Rook y a Aguinaldo. Tenía que mantener su atención en el caso.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Eran algunos de los asiduos de McMain? ¿O se trataba, en realidad, de una ramificación directa del ISIS capaz de contactar con la nave nodriza, en cuyo caso debían hacer uso de los recursos de los servicios de inteligencia federal? ¿O era una nueva y desconocida célula terrorista de extremismo islámico que estaba operando con absoluta independencia?

Y lo que era más importante: ¿había algún modo de averiguar dónde se escondían?

Los detectives habían redoblado sus esfuerzos para repasar la lista de conocidos sospechosos proporcionada por el Cuerpo Especial Antiterrorista. Y contaban con personal —cortesía del Martillo— para poder registrar todos los apartamentos, urbanizaciones y casas unifamiliares desvencijadas que quisieran. No se estaba escatimando ningún esfuerzo.

Pero, al mismo tiempo, no estaban consiguiendo ningún resultado.

Incluso la pista del pañuelo seguía sin resolver. Una vez que supieron que Rook y Aguinaldo no iban a reunirse con Laura Hopper para almorzar, Heat ordenó que dos detectives del distrito Centro Norte fueran a ver a Hopper al restaurante para interrogarla.

Ella recordaba el pañuelo, hasta la tinta especial de color rojo que había utilizado y cómo las hojas de un árbol que estaba junto a su casa la habían inspirado. Aquel artículo había sido por encargo. Por desgracia, lo había encargado un jeque saudí que quedaba fuera del alcance del Departamento de Policía de Nueva York y del sistema judicial estadounidense. El Departamento de Estado estaba haciendo averiguaciones de forma discreta. Heat tenía pocas esperanzas de que consiguieran algo.

Hamner había continuado con su bronca mientras Heat seguía absorta en sus pensamientos. Pero enseguida fue consciente de que estaba terminando.

—Entonces, lo que me estáis diciendo es que no tenemos nada —dijo Hamner—. Nada. Todas las putas unidades de la ciudad están volviendo del revés las calles mientras buscan estos dos vehículos, pero simplemente han desaparecido de la faz de la tierra. Santo cielo.

A su alrededor, una sala llena de cabezas que miraban hacia el suelo con remordimiento y ojos que evitaban establecer contacto visual.

—Vale, vale. Tenemos que salir de esta delante de los medios de comunicación. Vamos a parecer un puñado de gilipollas hagamos lo que hagamos. Pero si jugamos la baza de la compasión no acabarán con nosotros del todo. ¡Heat!

Heat levantó la vista de la mesa.

—Tú eres esa baza de la compasión —dijo Hamner—. Vas a salir en televisión para pedir a la gente que te ayude a buscar a tu marido. Después de eso, los medios tendrán que portarse bien. ¿Quién sabe? Quizá incluso consigamos una o dos pistas. Si anunciamos una rueda de prensa de urgencia en la puerta de la comisaría, ¿puedes ocuparte de ello?

—Sí, señor —contestó Heat.

—Bien. Ahora límpiate esa sangre. Pareces una maldita figurante de *Braveheart*.

Veinticinco minutos después, Heat estaba agarrada al lateral del podio que habían colocado en la acera ante la entrada de la comisaría Veinte.

Se había limpiado la cara y, ante la insistencia de un nervioso responsable de relaciones públicas, se había aplicado una capa de maquillaje. También se había puesto el uniforme que tenía colgado tras la puerta de su despacho. «Una mejor imagen», le habían dicho. Además, el gorro le tapaba uno de los cortes de la frente.

No habían tenido tiempo de colocar la iluminación, así que solo estaban Heat y los focos de las cámaras. Y, al contrario que en las conferencias de prensa en las que anunciaban importantes arrestos o grandes alijos de drogas —donde había varios policías que competían por conseguir un lugar en el fondo—, Heat se estaba enfrentando a ellas sola. Nadie quería formar parte de aquello.

—Buenas tardes —empezó diciendo Heat, tratando de mantener una actitud profesional—. Aproximadamente a las 12:03 de esta mañana, se ha

producido un secuestro a la vista de todos aquí, en la calle 82, en la puerta de la comisaría Veinte.

Repasó toda la historia: los todoterrenos, la ruta de huida, la descripción de los asaltantes y la sospecha de que esos mismos hombres eran los responsables del secuestro y asesinato de Tam Svejda.

Después, llegó a la parte que los medios de comunicación congregados habían estado esperando.

—Las víctimas son Inez Aguinaldo, detective de esta comisaría Veinte..., y Jameson Rook, periodista de...

Los reporteros no esperaron a que terminara. Hubo un coro de aullidos con preguntas que llegaron a la vez. Hizo falta que uno de los responsables de relaciones públicas les gritara para que volviera a restablecerse el orden en la conferencia de prensa.

—Lo siento —prosiguió Heat cuando se quedaron en silencio—. Sé que tenéis muchas preguntas y, desde luego, nosotros también. Pero esta vez no voy a responder a ninguna. A estas alturas, cualquier cosa que os pueda decir sería probablemente una suposición.

»La razón principal de esta rueda de prensa es pedir a la ciudadanía que nos preste su ayuda. Solicitamos que cualquiera que haya visto algo sospechoso llame a nuestro teléfono de colaboración ciudadana. En esta ciudad hay ocho millones de pares de ojos y queremos que todos estén atentos por si ven esos todoterrenos o cualquier otra pista que pueda ayudarnos a encontrar a la detective Aguinaldo y al señor Rook. El Departamento de Policía de Nueva York no puede hacer esto solo. Necesitamos su ayuda y la necesitamos ahora. En nombre del Departamento de Policía de Nueva York, les doy las gracias por su ayuda y colaboración.

En cuanto puso el punto al final de la frase, los periodistas le lanzaron una nueva tanda de preguntas. Pero Heat ya se había dado la vuelta y había desaparecido en el interior de la comisaría.

En el momento en que estuvo fuera del campo de visión de las cámaras, sintió que las piernas le temblaban. La tensión por mantener el control al final había resultado ser abrumadora. Ya no podía mostrar la expresión de coraje que había conseguido mantener.

Se hundió y encontró un lugar seguro donde aterrizar en uno de los bancos del vestíbulo, justo debajo de los carteles que exhibían los rostros de los más buscados. Y allí era donde seguía sentada, tratando de concentrarse en su

respiración para que el pánico no la invadiera del todo, cuando vio al Martillo.

Hamner era un hombre cuya única exposición a la luz la mayoría de los días era a la de las bombillas fluorescentes. Pero cuando Heat levantó la cara para mirarle, vio un rostro que parecía especialmente demacrado.

—¿Qué? —preguntó Heat—. ¿Tan mal lo he hecho?

—No. Has estado bien —respondió Hamner con una dulzura nada propia de él—. ¿Puedes venir arriba conmigo? Tienes que ver una cosa.

Estaban reunidos alrededor del ordenador de Raley. El rey de las cámaras de vigilancia había regresado de su siesta, aunque parecía que no le había sentado muy bien.

El Martillo no era el único que había perdido el color. Cuando Heat se acercó, vio que Ochoa se había llevado la mano al cuello. Era el mismo gesto de vulnerabilidad con el que ella había reaccionado de manera inconsciente después de ver el primer vídeo del ISIS americano.

De repente, Heat juntó las piezas. Esos salvajes no habían perdido el tiempo a la hora de llevar a cabo su amenaza. Había otro vídeo. Y esta vez, Rook era el protagonista.

—Dios mío —dijo llevándose las manos a la boca.

De repente, el mundo pareció darse la vuelta. El flujo sanguíneo de su cerebro se había detenido. Los músculos dejaron de responder a sus órdenes. Sintió que el cuerpo se le venía abajo. Sintió que el mundo se le venía abajo.

«Rook estaba muerto. Su futuro. Todo su mundo».

Heat oyó un gemido. Fue bestial, salvaje, casi primario. Fue un grito de absoluto dolor, de sufrimiento infinito. Era el tipo de lamento que se escucha en los funerales, cuando los dolientes se golpean el pecho y se tiran del pelo. El sonido de un corazón destrozado.

Entonces, Heat se dio cuenta, con un desapego irreal, de que aquel sonido procedía de ella misma. Sus pulmones expulsaban el aire, su laringe traqueteaba, su boca emitía ese ruido aberrante. Y, sin embargo, era incapaz de detenerlo.

El dolor. Era desgarrador, omnipresente. Su hermoso Rook. El rostro que

amaba. Los brazos que la consolaban. El cuerpo que tan bien se ajustaba al suyo. ¿Cómo podía haber desaparecido?

Tenía los ojos abiertos, pero, en realidad, no veía nada. Solo oscuridad. O puede que solamente fuera luz. Era como si su nervio óptico se hubiese puesto en huelga y ahora solamente emitiera una señal neutra.

Sintió los brazos de otra persona sobre ella. Y manos. Le pareció ser consciente de que ya no estaba de pie. Su batalla personal contra la gravedad había terminado con una derrota. La única razón por la que seguía erguida era porque alguien —no podía saber quién— la estaba sujetando.

¿Qué había sido ella antes de Rook? Había tenido una vida, pero en realidad no había vivido. Rook le había dado sentido a su existencia. Le había dado alegría. ¿Qué sería su vida sin Rook? Nunca más habría felicidad.

Los quejidos cesaron un momento. Y fue entonces cuando sus oídos permitieron que otra voz los penetrara. Era insistente. Y no paraba de repetir lo mismo.

—Sigue vivo —decía Ochoa—. Está bien. Aún tenemos una oportunidad. Sigue vivo. Vamos a encontrarle. Sigue vivo.

De repente, Heat recuperó la visión. Vio que Feller y Ochoa la sujetaban. Los dos la habían agarrado cuando vieron que estaba a punto de desmayarse. Raley y Rhymer miraban preocupados.

—Respira hondo, jefa —le decía Raley—. Inspira hondo. Tranquila.

Miró a su alrededor y vio que no iban a dejar que se cayera. Vacilante, se soltó. Volvía a tener los pies firmes sobre el suelo y las piernas volvían a tener fuerza.

—Lo siento —dijo Hamner—. Lo primero que debía haberte dicho era que Rook sigue estando bien. Lo siento mucho, Heat.

Ella se limitó a asentir. No estaba segura de poder hablar todavía.

—Rhymer, tráele algo de café a la comisaria —le ordenó Hamner—. O mejor, un zumo. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido, Heat? No puedes dejar que el azúcar de tu sangre baje tanto. Vamos a dedicar quince minutos a que todos...

La sugerencia de que realizaran una pausa, de hacer cualquier cosa que no estuviese dirigida a traer de vuelta de inmediato a Rook y Aguinaldo fue lo que hizo que Heat recuperara todos los sentidos.

—No —dijo con voz ronca, con la laringe aún seca por el lamento funerario—. No tenemos quince minutos. ¿Qué está pasando? Estabais todos

mirando la pantalla de Raley cuando he llegado y me he desmayado. Es otro vídeo, ¿verdad?

—Jefa —dijo Ochoa—. Concédete unos minutos para...

—¡Basta ya! —exclamó con brusquedad—. Estoy bien. Son Rook y Aguinaldo los que tienen problemas. Es en ellos en lo único que debemos centrarnos ahora.

Se dio cuenta de que Ochoa seguía agarrándola por el brazo. Se soltó de él y se acercó al ordenador de Raley.

—Pon el vídeo, Rales. Es una orden.

Raley fue hasta la mesa y se sentó. Unos segundos después, la imagen granulosa de un vídeo apareció en medio de la pantalla. Parecía haber sido grabado con la misma cámara que el primero.

La habitación era claramente otra. Y la cámara ampliaba la imagen desde más lejos, lo cual dificultaba distinguir lo que la rodeaba. No había luz natural, solo una tenue bombilla en algún punto del techo. La pared de atrás era de un acero brillante y ondulado sin pintar. Podría tratarse de un depósito, un almacén o cualquier otra estructura industrial.

Rook estaba en el centro de la imagen. Estaba de rodillas, con los brazos atados por detrás. Y, supuestamente, también las piernas, aunque no se veían. Su posición era exactamente la misma que la de Tam Svejda, aunque él no tenía una bolsa sobre la cabeza. El ISIS americano quería que todo el mundo supiera que habían capturado a su gran presa, el famoso periodista dos veces ganador del premio Pulitzer.

A ambos lados de Rook permanecían los que parecían ser los mismos hombres del primer vídeo. Sus máscaras, guantes, gafas de sol, ropa y gorros eran también idénticos. Como en la anterior ocasión, fue el de la izquierda quien tomó la palabra.

«Saludos», dijo de nuevo con voz de Darth Vader. «Volvemos a dirigirnos a ustedes en nombre de Alá, el ser supremo, el que vive, el siempre clemente. Que Alá bendiga a todos los creyentes que están escuchando este mensaje».

«*Allahu akbar*», intervino el de la derecha.

Rook miraba hacia delante, como si su rostro estuviese esculpido en piedra, solo con algún pestañeo ocasional que dejaba claro que no era una estatua. Cualquier emoción que Rook estuviese sintiendo, Heat no pudo distinguirla. Debía de tener miedo. Pero no se permitía mostrarlo. Ni siquiera la mujer que mejor le conocía pudo ver ninguna grieta en su valiente fachada.

Aun así, Heat se dio cuenta tras unos segundos de que no podía seguir mirándole. Le dolía demasiado verle así. Dirigió su atención a su captor enmascarado.

«Grande es el poder de aquellos que siguen la senda de Alá, que celebran el Corán como la palabra sagrada de Alá, que entienden que las revelaciones que el ángel Gabriel hizo al profeta Mahoma, la paz sea con él, son el testimonio último y más verdadero que Alá dio a los hombres», continuó el de la izquierda. «Grande es también el poder de aquellos que encuentran inspiración en el jefe supremo Abu Bakr al-Baghdadi y en el califato que él ha fundado. Que la llamada para unir al mundo bajo la bandera del islam motive a todos los musulmanes para que declaren la yihad sobre los enemigos que compartimos».

«*Allahu akbar*», repitió el de la derecha.

Al igual que con el primer vídeo, Heat notó que la atención del hombre parecía cambiar una y otra vez desde la cámara hacia algo que estaba al lado. Estuvo más segura que nunca de que había alguien más en aquella habitación. Se trataba de la persona que había dado la orden a los cuatro matones que habían llevado a cabo el secuestro y, claramente, era el jefe de los hombres que estaban delante de la cámara.

«Como podéis ver, porque Alá es grande, Él nos ha conducido hasta nuestro cerdo rey de los periodistas, Jameson Rook, que ahora está encogido de miedo ante nosotros», continuó el hombre de la izquierda. «Sus esfuerzos por esconderse como una cucaracha asustada no han sido nada comparados con el poder de Alá. Que se sepa que todos los enemigos de Alá sufrirán un destino similar. Incluso ahora, cuando los infieles atacan al Estado Islámico con sus aviones y sus ejércitos, es igual que en los tiempos de la Hégira, cuando Mahoma, que la paz sea con él, se vio obligado a huir de La Meca para después regresar triunfante. Lo mismo pasará con el Daesh. Las fuerzas justas de Alá siempre triunfarán».

«*Allahu akbar*», dijo el de la derecha.

«Ahora hacemos nuestra siguiente declaración y, por el poder de Alá, será tan real como la anterior», añadió el hombre de la izquierda. «El periodista infiel Jameson Rook ha cometido muchos pecados y ahora recibirá el castigo por sus transgresiones. Para complacer a Alá, Jameson Rook morirá bajo el filo de nuestras espadas hoy a medianoche».

Tras ver un espectáculo tan horripilante, eran muchas las emociones que podían invadir a Nikki Heat, desde la rabia hasta el miedo o la desesperación.

Pero no iba a permitir que ninguna de ellas la asaltara. Eso era lo que los terroristas querían: que se viera incapacitada ante el horror de lo que estaba presenciando. No iba a rendirse a tal impulso. Mientras Rook siguiese vivo —mientras hubiese una pequeña posibilidad de poder rescatarle— no iba a permitirse perder más tiempo con sus sentimientos.

Sobre todo, cuando el tiempo era tan valioso. Eran la 13:45. Nunca le había parecido que las dos menos cuarto fuese una hora tan cercana a la medianoche.

Así que Heat no vaciló. En cuanto el vídeo terminó, se dio la vuelta para mirar a los detectives.

—¿Cuándo ha llegado esto? —preguntó.

—Durante la rueda de prensa —respondió Raley—. Hace diez minutos. Lo han enviado al correo electrónico principal de la comisaría.

—Y supongo que procede de una dirección IP imposible de rastrear.

—Bueno, un número distinto, pero han usado el mismo proceso para ocultar el rastro —explicó Raley—. Puedo intentar...

—No te molestes —le interrumpió Hamner—. Tenemos en la Brigada de Delitos Informáticos de la central a unos genios que pueden ponerse con ello. Fallaron con el primero, pero puede que una segunda muestra les sirva para desenmarañarlo. Espera.

Hamner había sacado ya su teléfono y supuestamente empezó a dar órdenes para que los de Delitos Informáticos lo dejaran todo y se pusieran con aquello.

—Muy bien —dijo Heat—. Rales, en ese caso, quiero que hagas con este vídeo lo que hiciste con el último. Vuelve a repasar el audio para ver si puedes aislar cualquier ruido de fondo que pueda darnos una pista de dónde se ha grabado.

—Eso no me llevará mucho tiempo —respondió Raley.

—Lo sé. Así que, cuando termines, quiero que compruebes ese acero ondulado. A mí me parece bastante nuevo. No parece tener la suciedad que se espera ver en acero más viejo. Dudo que resulte, pero quizá haya suerte y logres ver si corresponde a alguna marca o a algún producto en particular. Llama después al fabricante para ver si puede ayudarnos a buscar a un

distribuidor de la ciudad que sepa algo.

—Entendido.

—Oach, Opie, Feller, ¿cómo os va con la lista de McMains?

—Vamos lo más rápido que podemos —contestó Ochoa.

—¿Ha reconocido Qawi alguno de los nombres?

—Reconocer sí —dijo Ochoa—. Pero nos ha jurado que ninguno de ellos tenía relación con la Masjid al-Jannah. Dice que a ese tipo de personas probablemente sus mensajes de tolerancia y paz les habrían parecido difíciles de aceptar y que habrían buscado un guía espiritual en otro lugar.

—Vale. Pero seguid insistiendo. Puede que encontréis algo.

Justo entonces, como si las palabras de Heat hubiesen lanzado un deseo que el universo se viese obligado a cumplir de inmediato, sonó el teléfono de la mesa de Ochoa.

—Aquí Ochoa.

Frunció el rostro con expresión concentrada mientras la persona del otro lado de la línea le hablaba.

—Estupendo, gracias —dijo y después volvió a colocar el teléfono en su base.

—Puede que tengamos algo sobre los todoterrenos —anunció—. Los han encontrado abandonados en un depósito de mantenimiento de las instalaciones de conservación de Central Park. ¿Quieres que vaya a ver?

Heat ya estaba en marcha. Ochoa la siguió. Las únicas palabras que ella pronunció fueron:

—Yo conduzco.

Cuando Frederick Law Olmsted diseñó Central Park, imaginó un parque de juegos en el que los neoyorquinos pudiesen huir de las presiones de la vida en la ciudad y fingir que estaban en un santuario silvestre.

No imaginó el patio de mantenimiento de las instalaciones de conservación de Central Park.

Cuando Heat y Ochoa entraron en el patio tras haber llevado las sirenas y las luces encendidas desde la comisaría Veinte casi a la velocidad del sonido, vieron lo que básicamente era un aparcamiento abarrotado. Estaba rodeado de una valla de alambre oxidado con concertinas en la parte superior y probablemente necesitaba ser cuatro veces más grande para poder albergar todas las cosas que se apiñaban en su interior.

Había camiones de distintos tamaños aparcados en doble y triple fila. Había carros de golf, quads y unas camionetas pequeñas para transportar el equipo. Había montones de suciedad, montones de piedras y montones de quién sabe qué más escondidos bajo unas lonas.

Como si no hubiese suficientes cosas, había también dos lustrosos todoterrenos negros con altas antenas y unas rayas en los laterales en el otro extremo. Heat supo al instante que se trataba de los mismos vehículos que había visto en la calle 82.

Uno había pasado la mitad de sus ruedas sobre un bordillo y se apoyaba sobre un estrecho tramo de hierba junto a la valla. El otro estaba en el rincón, delante de un tractor, con el parachoques rozando la pala frontal del tractor. Los dos estaban suficientemente ocultos entre las ramas que colgaban de los árboles, de tal modo que los helicópteros no pudieran verlos a menos que

hubiesen decidido aterrizar en medio del patio.

En el otro extremo del aparcamiento, en la puerta de una antigua cochera de ladrillo con un enorme portón abierto, había un hombre que se parecía a Danny DeVito, solo que un poco más alto y mucho menos simétrico, con una pareja de policías de Central Park.

Uno de los agentes fue a saludar a Heat y Ochoa cuando estos se acercaban.

—Nos han dicho que mantengamos aquí al testigo, pero que no le hiciéramos ninguna pregunta; así que eso es lo que hemos hecho. Ahora es suyo.

Heat le dio las gracias al agente y, a continuación, se presentó ante el testigo. Fue a estrechar la mano de aquel hombre, pero él levantó las dos para disculparse. Las tenía cubiertas de una grasa negra. Ella prosiguió y tomó nota de su nombre —resultó que no era Danny DeVito— y su profesión, soportando con paciencia una breve explicación de por qué no era algo más elevada.

—Hábleme de esos dos todoterrenos —dijo finalmente ella.

—Sí, bueno, probablemente alrededor de las doce de la mañana puse en el elevador el F-150 —contestó el que no era Danny DeVito señalando con el pulgar la camioneta Ford F-150 que, efectivamente, estaba elevada varios metros en el aire—. Uno de los cojinetes estaba a punto de caerse. Algo ha debido estar funcionando mal durante semanas. Pero ¿alguno de los tipos que la conducen ha dicho algo? Ni hablar. Estos chicos...

—Señor —le interrumpió Heat con moderada firmeza—. Los todoterrenos.

—Ah, sí, sí. Pues estoy trabajando debajo de la camioneta y oigo que entran dos coches. Yo sé de motores, ¿vale? Y sé cómo suenan. Muchos de ellos son diésel o electrónicos, además. E incluso los de gasolina... Bueno, no creo que usted quiera que empiece a hablarle de catalizadores. En fin, que ninguno de nuestros motores suena igual que lo que estaba entrando en el patio. Así que digo: «¿Qué?». Y salgo de debajo de la camioneta.

»Salgo y veo esas cosas —continúa apuntando a los vehículos—. Y digo: “¿Qué narices es esto?”. Creía que a lo mejor se trataba de una inspección sin previo aviso del Ayuntamiento o... Bueno, no sé. En fin, que lo último que sé es que hay dos tipos enormes con pasamontañas que salen. Y cuando digo enormes, quiero decir enormes.

Pronunció la palabra «enorme» como si empezara por una «i».

—Pensará usted que yo ya he visto suficientes películas y que sé que unos tíos así con pasamontañas no presagian nada bueno. Y yo pensé... Bueno, no sé qué pensé. Pero se limitaron a irse. Y yo les digo: «Eh, no se puede aparcar aquí». Y ellos siguen andando como si no les importara un pimiento. Y de verdad que no sé en qué estaba pensando, porque miré al más grande y le dije: «Oye, musculitos, te estoy hablando. No se puede aparcar aquí».

El que no era Danny DeVito negó con la cabeza.

—No sé qué habría hecho si ese tipo llega a venir a por mí. Probablemente me habría levantado como una pelota y me habría metido en su bolsillo de atrás si hubiese querido. Pero no me miró. Era como si yo no existiese. Así que digo: «Bueno, que os den, tío. Voy a llamar a la policía de tráfico y se los va a llevar la grúa. Y ya sabes que las empresas de grúas cobran un extra por esos todoterrenos tan grandes. Te va a salir por mil dólares». Y nada. Ninguno dice nada. Así que pienso: «Bueno, da igual». Y llamé a la policía de Tráfico.

»Luego, estoy en mi descanso mirando un poco la televisión que tenemos ahí detrás y veo a la comisaria diciendo que quiere información de estos dos todoterrenos y yo pienso: “Oye, espera”. Y empiezo a encajar las piezas, ¿sabe? Así que ¿son ellos?

No tenía sentido mentir al que no era Danny DeVito.

—Sí, señor —contestó Heat—. Eso creemos.

El que no era Danny DeVito soltó una palabrota al oír aquello.

Cuando terminó, Heat continuó preguntándole:

—¿Ha tocado usted los vehículos, señor? Ya sea por dentro o por fuera.

—No, señora —contestó con seriedad.

—¿Y alguna otra persona? ¿Se ha acercado alguien a ellos?

—No, señora —insistió.

—Bien, gracias —dijo ella antes de ponerse unos guantes azules de nitrilo. Ochoa, sin necesidad de que le dijera nada, hizo lo mismo—. Vamos a echar un vistazo.

Mientras Ochoa se acercaba cojeando al vehículo que estaba en el bordillo, Heat fue hacia el que estaba aparcado junto al tractor.

Rodeó casi por completo el coche y se detuvo cuando el cargador frontal le impidió seguir. Vio que no había ningún agujero de bala en el parachoques. Eso quería decir que aquel era el vehículo en el que habían metido a Rook.

Cuando se acercó, estuvo segura de que se trataba de un Cadillac Escalade

con cabina alargada. Le habían arrancado la insignia de Cadillac tanto del frontal como de la trasera en un intento de hacerlo menos reconocible. Los propietarios habían pensado, con razón, que el escudo de Cadillac era de los que más recordaba la gente, aunque solo lo vieran un momento.

Miró debajo, principalmente para comprobar si tenía algún explosivo, pero también para asegurarse de que no hubiera nada inusual en el chasis. Pero todo parecía estar en orden. Después, se acercó a la puerta del conductor, desde donde pudo ver el Número de Identificación del Vehículo. Tomó nota en su cuaderno.

Después, miró el interior asomándose por los cristales tintados. El interior era todo negro, desde los asientos de piel hasta las alfombras. Vio cómo relucía el cromo de la palanca de marchas, también la ausencia de polvo en el salpicadero y de manchas en el tablero de mandos. Todo el interior del vehículo había sido limpiado. Las únicas huellas que probablemente encontrarían en el interior pertenecerían a Rook.

Con poca esperanza de éxito, Heat probó a abrir la manilla de la puerta. Pero, por supuesto, el Cadillac estaba cerrado con llave. No había motivo alguno por el que musculitos y su compañero quisieran ponerles las cosas más fáciles a las fuerzas del orden, aunque un policía de la ciudad de Nueva York bien entrenado tardaría menos de un minuto en abrir la cerradura.

Una vez comprobado que no había nada que ver, Heat empezó a hacer los preparativos para que el equipo de recogida de pruebas examinara a fondo los dos todoterrenos. No era optimista en cuanto a la posibilidad de que encontrarán nada.

Ochoa parecía haber llegado a las mismas conclusiones, pues, cuando Heat empezó a acercarse al otro vehículo, él ya estaba cojeando en dirección a ella.

—¿Has visto algo? —preguntó Heat.

—No. Supongo que esos agujeros de bala son cosa tuya.

Heat asintió.

—Aparte de eso, este trasto está más limpio que el culito de un bebé. Podríamos revisarlo pieza a pieza y dudo que encontráramos nada. ¿Y el tuyo?

—Igual. ¿Has apuntado el Número de Identificación del Vehículo?

La respuesta de Ochoa fue sacarse un cuaderno del bolsillo y abrirlo por la última página en la que había escrito algo. Heat ya tenía en la mano el teléfono y estaba llamando a un número de su lista de contactos: el

Departamento de Policía de Nueva York tenía un agente con línea directa con el Departamento de Vehículos a Motor del Estado de Nueva York.

—Hola, soy la comisaria Heat, de la comisaría Veinte —se presentó cuando el agente respondió—. ¿Puedes comprobar estos Números de Identificación del Vehículo y decirme a quién pertenecen?

Esperó mientras escuchaba el sonido del teclado antes de que el agente respondiera.

—Está registrado a nombre de la empresa Mayo Nouns LLC.

—¿Mayo Nouns? —repitió Heat.

—Sí, comisaria —contestó el agente deletreándose después.

Heat escribió el nombre en su cuaderno. Nada más hacerlo, sus ojos resolvieron el acertijo que tenía delante. Mayo Nouns era un anagrama de Anonymous.

—Tiene domicilio en Albany —le explicó el agente—. ¿Quiere que se lo dé?

Heat dijo que sí, aunque ya tenía la penosa sensación de adónde la llevaría aquello. Le pidió al agente que comprobara el registro del número del otro vehículo. También era propiedad de Mayo Nouns, con la misma dirección.

Le dio las gracias al agente, colgó y después buscó en Google la dirección. En efecto, el domicilio de Mayo Nouns LLC era un despacho de abogados cerca de la capital del estado, un bufete que probablemente habría realizado el papeleo de constitución de una sociedad que no existía más que en papel. Mayo Nouns LLC era, sin duda, una subsidiaria cuya propiedad en su totalidad pertenecía a Nona Mousy Inc., o algo igual de escurridizo, que resultaría ser una compañía fantasma de Delaware, lo cual no llevaría a ningún otro sitio.

Cuando vives en una nación donde las leyes las hicieron un atajo de terratenientes acaudalados cuya experiencia más intensa con la autoridad fueron sus tratos con el rey Jorge III —y cuya confianza en el gobierno llegaba por tanto tan lejos como sus zapatos de hebilla al ser lanzados al aire —, este tipo de evasivas legales eran sorprendentemente fáciles de lograr.

—¿Qué tenemos? —preguntó Ochoa.

—Un callejón sin salida en cuanto al propietario —respondió Heat—. Por lo demás, yo diría que lo que tenemos es dos Cadillac Escalade que han sido abandonados aquí tras el secuestro para que los raptos pudieran cambiar a otro u otros vehículos que no está buscando todo el Departamento de Policía

de Nueva York.

—Sí, yo estaba pensando lo mismo.

—Lo cual significa que, a no ser que el equipo de recogida de pruebas obre el milagro y encuentre algo útil en el interior, esto ha sido una pérdida de tiempo —dijo Heat a la vez que intentaba que la frustración no pudiera con ella.

Miró su reloj y vio que eran las dos y cuarto. Le quedaban menos de diez horas.

—Y, desde luego, tiempo es lo que nos falta.

Esperaron a que Benigno DeJesus y su equipo aparecieran y, después, volvieron a la comisaría, de nuevo con las luces estroboscópicas y las sirenas. Aunque, cuando llegaron, quedó patente enseguida que no era necesario que se dieran prisa.

Había una gran confusión en la actividad que se estaba desarrollando fuera de la sala de la brigada de la comisaría Veinte, que Hamner había reorganizado para convertirla en un gabinete de crisis. Había puertas que se abrían a patadas, cráneos que recibían golpes y ruedas que se ponían en marcha.

Nada de ello llevaba a ningún sitio. El Departamento de Policía de Nueva York era la institución municipal más grande de Estados Unidos en la lucha contra el crimen, casi el doble que la siguiente, y, sin embargo, todo ese poder no era suficiente. Cuando pasó una hora, Heat pudo sentir que el miedo la invadía como una marea imparable.

Lo cierto era que podían pasar todo el tiempo que quisieran buscando. Pero si no sabían qué o a quién ni dónde buscarlo, no iban a conseguir nada.

Heat había hablado dos veces con Margaret Rook, que estaba muy preocupada por su hijo. Buscaba que Heat la tranquilizara, pero Nikki no tenía nada que ofrecerle. Cuando colgó, oyó que Jean Philippe ya estaba intentando realizar la tarea imposible de consolar a una madre afligida.

Desde luego, la cobertura de los medios de comunicación no era poca. Los tres candidatos a la presidencia —el popular Piernas Kline, la simpática Lindsay Gardner e incluso el despiadado Caleb Brown— ya habían hecho menciones a aquel asunto.

Pasó otra hora. Heat estaba en el despacho leyendo el breve informe de

otra infructuosa redada en un supuesto refugio terrorista, cuando sonó su teléfono.

—Aquí Heat —dijo con más cansancio que el que le hubiese gustado admitir. Las palabras que oyó a continuación fueron lo que menos se esperaba.

—Hola, Nikki. Soy Helen Miksit.

En la última conversación, Miksit se la había quitado de en medio como si fuese una pelusa al cerrarle la puerta de una pista principal para la investigación de Heat sobre el último artículo de Tam Svejda.

«¿Qué querrá ahora?», pensó Nikki. «¿Regodearse?».

—Abogada —respondió Heat con cautela.

—¿Esta conversación está siendo grabada? —preguntó Miksit.

—No.

—Bien. Porque esta llamada es extraoficial. Es así o cuelgo ahora mismo. No puedes usar bajo ningún concepto lo que voy a contarte para conseguir una orden de registro. No puedo correr el riesgo de que esto llegue nunca ante un juzgado. ¿Está claro?

Heat enderezó la espalda preparándose para una pelea.

—No, no está claro. Ni siquiera sé de qué estás hablando. ¿Cómo puedo...?

—Joder, Nikki, por una vez cierra el pico y escucha —rugió Miksit con el mismo tono que habría usado para protestar ante un rumor en un juicio. Y Heat, probablemente por la fatiga, se dobló.

—No estaba lanzando ninguna cortina de humo cuando te dije que quería que el asesino de Tam se enfrentara a la justicia. Yo quería a esa chica —continuó Miksit—. Así que he seguido adelante y he pedido los registros de llamadas del móvil y del teléfono del trabajo de Tam y los he repasado yo misma. La mayoría de las llamadas carecen de importancia. Policías. Políticos. Comida china. Lo habitual en la vida de una reportera.

»Hay algunos números que no he podido averiguar por mi cuenta. Pero Steve Liebman, el editor de Tam, creo que ya le conoces, me ha ayudado a buscar la mayoría de ellos. Cuando terminó, nos quedamos con un número.

Heat se dio cuenta de que había empezado a inclinarse hacia delante en su silla mientras Miksit hablaba.

—Vale —dijo Heat—. ¿Y quién es?

—Esa es la cuestión. Ni Liebman ni yo hemos podido averiguarlo. Es

internacional, así que en la base de datos de búsqueda a la que Liebman tiene acceso no hemos encontrado nada. Lo único que sabemos es que llamó varias veces. Las tres primeras llamadas fueron cortas, el tiempo suficiente como para dejar un mensaje, nada más. La cuarta duró cinco minutos y cincuenta y ocho segundos, lo cual tampoco nos pareció lo suficientemente larga como para ser una entrevista.

—Pero puede que sí como para concertar una reunión —sugirió Heat.

—O para no hacer ninguna declaración —replicó Miksit—. La única forma de averiguarlo es ponerse en contacto con quienquiera que sea y preguntárselo. Pero pensamos... Bueno. Lo cierto es que fue idea de Liebman. Dijo que esto iba más allá de lo que debía hacer un periódico en la investigación de un asesinato y que había llegado a un punto en el que se había convertido en un posible asunto policial. Pensó que debíamos dejar que fueses tú quien hiciese la llamada de teléfono.

Heat bendijo en silencio a Steve Liebman.

—Vale, estupendo —contestó. Después, antes de que se le olvidara, añadió —: Gracias.

—Y que quede claro. Tampoco quiero que le digas a esa persona dónde has conseguido su número. Y tú...

—No puedo usarlo para conseguir una orden de registro. Entendido. Esta conversación nunca ha tenido lugar.

—Bravo —dijo Miksit—. Siempre has aprendido rápido. De acuerdo, aquí va.

Miksit empezó a leer el número. Heat empezó a reconocerlo en el momento en que Miksit leyó el final del código del país. Cuando terminó de apuntarlo, Heat estaba segura.

Aquel número pertenecía a Fariq Kuzbari, el agregado de seguridad de la misión siria en las Naciones Unidas.

Mucho tiempo atrás, la madre de Heat había dado clases de piano a sus hijos. Más recientemente, había ayudado a Heat a resolver el asesinato de su madre, cuando Heat creía que su madre había sido asesinada. Y Heat sabía que estaba implicado en varios proyectos, la mayor parte de ellos en el difuso límite de la legalidad, los cuales no habría revelado ni bajo la más intensa de las torturas.

—¿Cuándo tuvo lugar la llamada de cinco minutos? —preguntó Heat.

—El martes de la semana pasada.

—¿Y después nada?

—Nada —confirmó Miksit.

Heat no podía imaginar por qué una reportera local del *New York Ledger* había tenido la necesidad de ponerse en contacto con el jefe de seguridad de la misión siria.

Pero estaba completamente decidida a averiguarlo.

La primera llamada de Heat después de terminar de hablar con Miksit fue a Fariq Kuzbari.

No respondió, por supuesto. Nunca lo hacía.

Heat probó con el número principal de la misión siria, donde por fin habló con un conserje, quien le aseguró que el señor Kuzbari estaba fuera del país y no se podía contactar con él. Heat dejó otro mensaje, que sabía que iría al fondo de la papelera.

En sus anteriores conversaciones con Kuzbari, solo había dado con aquel hombre cuando a él le apetecía que le encontraran. Como norma, era él quien iniciaba los contactos, no el receptor. Incluso aunque supiera que lo estaban buscando, eso no garantizaba que fuera a responder.

Eso no era nada bueno. Esta vez no. Heat no tenía las doce, veinticuatro ni cuarenta y ocho horas que habitualmente se necesitaban para que Kuzbari se materializara de repente junto a ella en la calle dentro de su Range Rover HSE, como había hecho otras veces.

Antes de haber conformado del todo un plan, ya había salido del despacho. Soltó un «Luego vuelvo» mirando a Hamner, cuyas preguntas y posteriores protestas ya empezaban a convertirse en un lejano ruido de fondo a medida que Heat se alejaba.

Heat sabía que había miles de sitios en todo el planeta donde podría estar Kuzbari, pero solo uno era más probable que los demás. Al menos, una visita a aquel lugar podría acelerar el proceso de ahuyentarlo.

La misión permanente de la República Árabe de Siria en la ONU, que cada día se iba volviendo algo menos permanente en un Oriente Próximo cada vez

más fracturado, estaba en la Segunda Avenida, a pocas manzanas de la sede de Naciones Unidas. Estaba situada en un edificio de oficinas llamado Centro Diplomático —pues Centro de Espionaje habría sido demasiado veraz a gusto de cualquiera— en un barrio lleno de otros consulados y misiones.

Heat iba a toda velocidad por la calle 79 Transversal en un coche patrulla. No tenía sentido utilizar uno camuflado. Las sutilezas no servían de nada cuando se trataba de cruzar la ciudad en medio del tráfico de las cuatro y media de la tarde.

Con la sirena encendida durante todo el trayecto, obligando a otros conductores a echarse a un lado, abriéndose paso en las intersecciones sin importar el color en que estuviera el semáforo, completó el viaje en veinte minutos de alta intensidad.

Cuando llegó a la Segunda Avenida, aparcó en un lugar prohibido y atravesó las puertas de cristal del Centro Diplomático a la vez que mostraba su placa al guardia de seguridad de camino al ascensor.

Todo fue bien en el vestíbulo. Heat sabía que en la propia misión siria sería de otra forma. Cuando se abrieron las puertas del ascensor se encontró de inmediato con un par de pesadas puertas de madera con un pequeño timbre al lado y una prominente cámara de seguridad que apuntaba hacia ella desde la esquina. Probó a abrir las puertas, pero estaban cerradas con llave. Tocó el timbre.

Levantó su placa para que la vieran en la cámara de seguridad. Pasaron treinta segundos. Volvió a llamar. Todavía nada. Esta vez, pasó un minuto. Las personas que estaban dentro o bien esperaban que se marchara o estaban sorteando quién salía a responder. Volvió a llamar.

Por fin, un hombre esbelto con traje gris apareció en la puerta. La abrió solo lo suficiente para que se le viera la mitad del cuerpo.

—¿Qué desea? —preguntó con acento extranjero.

—Soy la comisaria Nikki Heat. He venido a ver a Fariq Kuzbari.

—Sí, creo que ya hemos hablado por teléfono. Como la informé entonces, el señor Kuzbari está fuera del país. Ahora, si me perdona...

—¿Sabe una cosa, amigo? No voy a perdonarle y no tengo tiempo para estos juegos suyos. Así que vamos a jugar al mío.

Con un movimiento rápido, Heat metió el pie por la puerta, sacó la nueve milímetros de su funda y colocó el cañón bajo el mentón del hombre. Este trató de golpearle el brazo con la puerta, pero Heat fue más rápida que él —y

probablemente más fuerte de lo que se esperaba en una mujer—. Le empujó a la habitación de al lado, que en realidad no era más que una pequeña antesala con otras pesadas puertas al otro lado. La misión siria había recibido buen asesoramiento en cuanto a medidas de seguridad, probablemente de manos de Kuzbari.

Empujó al hombre hasta un rincón con la pistola aún clavada en la carne blanda por encima de su nuez. Heat esperaba que hubiera una respuesta armada después de alrededor de un minuto, o puede que menos, y que a esta le siguieran unas negociaciones bastante tensas.

En lugar de ello, se abrió la puerta del vestíbulo principal y solo apareció un hombre. Fariq Kuzbari iba elegantemente vestido con un traje de corte occidental —comprado en Savile Row, pensó Heat— y un turbante a juego sobre la cabeza.

—Nikki Heat —dijo—. Iba a devolverle la llamada, ¿sabe?

Heat guardó el arma de inmediato. El hombre al que había empujado murmuró lo que parecía una maldición en árabe.

—Lo siento —se disculpó Heat—. Tengo poco tiempo.

—Eso parece —contestó él—. Pero, por favor, pase. No nos entretengamos.

Heat pasó detrás de Kuzbari junto a cuatro ceñudos guardas de seguridad, dos de los cuales tenían a su lado unos fusiles AR-15. No la llevó a su despacho, sino a una sala de juntas que daba al edificio de las Naciones Unidas y, detrás de él, al río East. Le indicó con una señal que tomara asiento, cosa que ella hizo.

—He visto el último vídeo, por supuesto —dijo Kuzbari—. Lo siento muchísimo. Como sabe, siento mucho respeto por el señor Rook y un enorme odio hacia cualquier grupo que se declare parte del ISIS. No creo que tenga que contarle las atrocidades que esos bárbaros están infligiendo sobre mis compatriotas mientras hablamos. ¿Cómo puedo ayudarla?

—El martes de la semana pasada usted habló con Tam Svejda, del *New York Ledger* —respondió Heat en forma de afirmación, para no tener que andar con el juego de preguntas y respuestas.

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Quería mi ayuda para un artículo. Pero me temo que no pude prestársela.

—¿Qué artículo?

—Era sobre balas —respondió Kuzbari.

—¿Balas? —repitió Heat—. ¿Qué pasa con las balas?

—Como ya sabe, mi país está luchando por su propia existencia contra el ISIS. Estamos llevando a cabo esa lucha en todos los aspectos posibles. Una de las cosas que nos confunde, y también a su gobierno, es saber dónde consigue el ISIS sus reservas de balas. Sabemos que en parte proceden de posiciones enemigas que han capturado. El ejército iraquí tenía un enorme acopio de munición, buena parte del cual abandonó sin más sin luchar por él la primera vez que el ISIS barrió la región.

»Pero de eso hace ya más de dos años. Las armas siguen funcionando, por supuesto. Pero ¿y las balas? Incluso con los cálculos más generosos de la cantidad de balas que los iraquíes podían poseer, el ISIS debería haber agotado esas provisiones hace tiempo. Cualquier territorio que consigan ahora o cualquier posición nuestra que invadan supondría poco más que una pequeña gota de nueva munición. Desde luego, no la suficiente como para satisfacer sus necesidades. Y sabemos que no tienen fábricas armamentísticas propias. Así que tienen que estar comprando las balas en algún lugar. Tienen el dinero, desde luego, principalmente del petróleo que roban y de los impuestos que recaudan a sus ciudadanos. Y tienen líneas de abastecimiento para introducir las balas. Pero, aun así, debe haber alguien que esté dispuesto a vendérselas. ¿Quién es? No lo sabemos.

—Y eso es lo que usted le contó a Tam —dijo Heat.

—Casi palabra por palabra, sí. Parecía bastante decepcionada.

—¿Por qué?

—Porque no le estaba diciendo nada que no supiera —respondió Kuzbari—. Todo lo que le acabo de contar ya lo han transmitido los medios de comunicación. Incluso se han realizado estudios de la munición gastada por el ISIS. Las dos fuentes principales son fabricantes de armas de China y de Estados Unidos.

—Entonces, ¿por qué las autoridades no han ido a por esos fabricantes?

—Porque ellos alegan que no pueden saber qué uso se hace de sus armas. Las ventas de municiones no se rastrean a nivel local. Yo puedo comprar armas a un fabricante legal y, después, vendérselas a otra persona. Y es absolutamente legal. Solo si se las vendo al ISIS se convierte en ilegal. ¿Quién realiza la venta al ISIS? Esa pregunta se ha planteado muchas veces. Es la respuesta lo que parece escapar a todos.

—¿Le habló ella de alguna teoría?

—Parecía tener una en mente, pero no me la contó. Si me deja adivinar, yo diría que solo la tenía en parte.

También había algo en la mente de Heat que estaba tomando forma. Recordó la bala que ella y Rook habían encontrado en la mesa de Svejda. Habían supuesto que alguien estaba amenazando a Tam, pero ella le había dicho a Liebman que se trataba de un souvenir.

Pero, claro, había resultado ser la bala que habían sacado a Joanna Masters de la espalda. Cuando Heat tuvo noticia de aquello no pudo entender por qué Svejda había querido conservarla. Pero ahora le empezaba a quedar claro.

No se trataba de ningún recuerdo, sino de una prueba. Para Tam Svejda, aquella bala había sido el punto de partida de un artículo sobre la procedencia de las balas del ISIS.

—¿Le mencionó el nombre de Joanna Masters? —preguntó Heat.

—No. Nuestra conversación fue bastante breve. Igual de breve que esta. ¿Unos cinco minutos? Desde luego, no más de diez. En cuanto supo que yo no tenía respuestas para ofrecerle, decidió acudir a alguien que sí las tuviera.

»Y ahora, me temo que yo también debo irme —dijo Kuzbari levantándose.

Se despidieron y Heat volvió enseguida al coche patrulla para atravesar de nuevo la ciudad.

Esta vez, fue al ritmo del tráfico. Quería ese tiempo para organizar la información que había recabado y construir un nuevo desarrollo de los acontecimientos.

Dos semanas antes, Tam Svejda había escrito un artículo sobre Joanna Masters, quien había sido herida por una bala del ISIS en Siria. Como hacen los buenos periodistas, Svejda dejó que aquella historia la llevara hasta otra.

Al siguiente martes, hacía solo una semana y un día, había aprendido lo suficiente sobre el mundo del tráfico armamentístico internacional como para saber que Fariq Kuzbari era el tipo de hombre que podría tener mucha información al respecto. Pero Kuzbari no le dio ninguna respuesta. Y parecía que nadie podía hacerlo.

Pero eso no detuvo a Svejda. El miércoles, por razones que aún no estaban claras, había decidido reservar un billete de avión a Cleveland para el día

siguiente. El jueves por la noche, estaba en los más elegantes establecimientos de Lorain, Ohio, flirteando con los obreros siderúrgicos.

Eso no tenía ningún sentido. Las balas no estaban hechas de acero. Y, en cualquier caso, ¿qué iban a saber los obreros sobre el ISIS?

¿Aquel viaje a Lorain era por un artículo distinto? ¿Algo que no tenía nada que ver con la investigación sobre el ISIS?

Posiblemente. Pero eso no parecía cuadrarle. Estaba claro que Svejda le había hincado el diente a esa historia y parecía que esto la había hecho llegar hasta Ohio.

Lo único que Heat sabía seguro era que, después de desayunar el viernes por la mañana, Svejda no había vuelto a usar sus tarjetas de crédito. Parecía lógico que hubiese sido secuestrada en algún momento durante esa mañana, antes del almuerzo, cuando habría sido probable que usase de nuevo su tarjeta de crédito.

¿El ISIS americano la había seguido a Ohio y había decidido secuestrarla allí? ¿Es que era más vulnerable en un lugar donde estaba alojándose en hoteles de carretera, comiendo en sitios imprevistos y hablando con desconocidos?

Había partes de esa historia que le faltaban aún. Y cuando Heat regresó a la comisaría, seguía sin haber llenado esas lagunas.

Aún sentada en el coche patrulla, Heat llamó al número de Jen Forbus, la teniente de policía de Lorain, con la esperanza de que ya hubiese descubierto algo. Pero la llamada pasó al buzón de voz.

Heat entró de nuevo en la sala de la brigada y se dirigió directamente al panel con la información del asesinato. Trazó líneas desde el retrato de Tam y desde los círculos que contenían las palabras «Lorain» y «bala de Joanna Masters». Las unió en un nuevo círculo, en el que escribió: «¿Dónde consiguió el ISIS sus balas?».

Era la última pregunta que Tam Svejda había estado realizando y, al parecer, la única que la había llevado a su asesinato. Quizá porque el verdadero ISIS tuvo noticias de su investigación y envió a algunos de sus emisarios para que la eliminaran.

Heat volvió a su despacho, cerró la puerta al entrar y zambulló su mente en nuevos pensamientos. Mientras se acercaba a su mesa, vio el portatrajes de Rook aún tirado en el rincón donde lo había dejado esa mañana.

De repente, algo en su interior se rompió. Todos esos compartimentos

ordenados que Heat tenía en su cerebro, los que ella imaginaba que estaban contruidos con los ladrillos más gruesos, aquellos donde ella conseguía que la investigación estuviese lejos de sus sentimientos y viceversa, saltaron en ese instante por los aires. No estaban hechos de ladrillos, al fin y al cabo, sino de paja.

Antes de saber siquiera qué le pasaba, Heat ya estaba de rodillas frente al portatrajes, casi como si estuviese rezando delante de él. Aquel bulto de vinilo relleno había sido unas horas antes como una parte de Rook, un objeto que casi se había fundido con su cuerpo.

Y ahora era la única parte de él que le quedaba. Había lágrimas en sus ojos, lo suficientemente gruesas como para que no pudiese ver bien. Cogió el portatrajes y se lo llevó al pecho, que se movía sin parar con la pena silenciosa por el hombre al que amaba, un hombre que podía estar viviendo ahora sus últimas seis horas y media de vida.

Después, despacio, se puso de pie, aún agarrada al portatrajes. Fue tambaleándose hasta la silla que había delante de su mesa y se dejó caer con todo su peso. Su mente mermada pensó que al menos así no tendría un aspecto tan ridículo como cuando estaba arrodillada en el suelo.

Bajó los ojos hacia la bolsa que tenía en su regazo. El deseo de estar cerca de Rook era el más fuerte que jamás había sentido. Antes incluso de darse cuenta de lo que hacía, estaba abriendo la cremallera del portatrajes. Tenía que recobrar la sensatez pronto, tendría que volver a construir esos compartimentos —era lo que le decía la parte de ella que aún estaba en contacto con la realidad—, pero, primero, quería tener solo un pequeño recuerdo de él, aunque solo fuera poder oler su ropa.

Puede que fuera ridículo. Pero no podía evitarlo.

Había llegado al final de la cremallera y ahora estaba abriendo la bolsa. Vio en su interior el traje bien colgado, el neceser que se había caído al fondo, los zapatos que había llevado puestos el día anterior.

Pero, entonces, algo atrajo su atención. Fue un resplandor de color de un trozo de tela que le resultó familiar al instante, aunque Heat no supo de inmediato por qué.

Metió la mano en la bolsa y lo sacó. En ese momento, se alegró de estar sentada. Estaba casi segura de que, de haber estado de pie, se habría desmayado.

Era el pañuelo de Laura Hopper. El del vídeo. Aquella prenda hecha a

mano y absolutamente única en el mundo. A Heat no le cabía ninguna duda.
Pero ¿qué podía hacer eso en manos de Rook?

Nikki Heat no había sufrido nunca mareos en los coches. Le volvían loca las montañas rusas. No le importaba lo mucho que se movieran los barcos en el mar.

Pero, en ese momento, mirando aquel pañuelo que, desde luego, no pertenecía al atuendo de su marido, su fuerte estómago se revolvió.

Cayó de rodillas. Gateó hasta la papelera que estaba debajo de su mesa y la cogió justo a tiempo. A continuación, vomitó lo poco que tenía en sus tripas hasta que se quedó vacía.

Desde los primeros momentos de este caso lo había tenido claro. Aquel pañuelo había estado en el vídeo, pero en una parte en la que los secuestradores quizá ni siquiera habían reparado. Aquel pañuelo era único. Solo existía uno en el mundo. Por tanto, quienquiera que fuera el dueño de ese pañuelo había estado en la sala cuando se grabó el vídeo.

—¿Es que Rook había estado allí? ¿Rook?

Aunque él no participara en la trama, eso significaría que había estado allí de brazos cruzados mientras asesinaban a Svejda y después no había dicho nada, lo cual, desde el punto de vista de la ley, le convertía en alguien tan culpable de su muerte como la persona que sujetaba el machete.

No le cabía duda de que Rook había conseguido el pañuelo. Aquella prenda había sido un encargo de un jeque saudí, pero Rook conocía a muchos. Sus misiones le habían llevado a Arabia Saudí, al menos, en una docena de ocasiones y, a veces, Rook había cenado con miembros de la familia real saudí cuando habían estado de visita en Estados Unidos. Era posible que uno de ellos hubiese decidido dárselo a Rook como regalo.

Pero... un momento. Si Rook formaba parte de aquello, ¿por qué habían anunciado los terroristas que el siguiente a por el que irían sería Rook? Sobre todo cuando no se trataba de una amenaza en vano. Ella había visto con sus propios ojos cómo los secuestraban. Le había visto resistirse a los hombres que los asaltaban. No tenía sentido.

A menos, por supuesto, que se tratase de algún tipo de elaborada cortina de humo. ¿Qué mejor forma de evitar sospechas que hacer que parezca que eres la víctima?

Heat empezó a negar con la cabeza. No podía ser. No era posible que Rook estuviese implicado en aquello en ningún otro papel que no fuese el de víctima. Había estado envuelto en algunas cosas ridículas a lo largo de los años, sí. Sus actos habían parecido a veces cuestionables hasta que todos los datos habían quedado aclarados. Le había ocultado cosas cuando había pensado que era por el bien de ella o cuando la ética de su profesión así lo requería.

Pero esto sería ir mucho más allá. Ningún malentendido podría explicar la participación de Rook en nada relacionado con el ISIS americano. Esa idea no cuadraba con el hombre al que ella conocía y amaba.

Tenía que haber alguna explicación, algo que ayudara a que todo eso cobrara sentido. Heat tenía que creerlo así, sobre todo por su propia cordura.

Mientras tanto, tendría que guardar silencio sobre lo que había encontrado. Si lo sacaba a la sala de la brigada en ese momento, solo provocaría confusión y llevaría la investigación a un callejón sin salida. No podía permitir que los demás detectives vieran aquello.

Porque si pensaba como policía, más que como esposa y amante, colocaría de inmediato a Jameson Rook en el primer puesto de su lista de sospechosos, llegando incluso a la petición de una orden de arresto.

Heat se dio golpecitos en los ojos con la manga de su blusa, sorbió los mocos que trataban de salir por su nariz y escupió una vez más en la papelera. Se puso de pie y se acercó adonde había dejado el pañuelo.

Entonces, antes de volver a lanzar el portatrajes al rincón, cogió el pañuelo y lo guardó en su interior sabiendo que nadie más pensaría buscarlo allí.

Si alguien vio a Nikki Heat saliendo a hurtadillas hacia el baño con un cepillo de dientes, un tubo de dentífrico y una bolsa de basura de plástico con

vómito, no dijo nada.

Puede que estuviesen demasiado ocupados como para darse cuenta. O quizá sintieron ganas de vomitar también.

Motivos no faltaban. Habían pasado las seis —quedaban menos de seis horas del plazo límite dado por los terroristas— y seguían sin tener una pista fiable.

Los equipos de Operaciones Tácticas enviados para interrogar y, posiblemente, llevar a la comisaría a terroristas sospechosos habían vuelto sin nada hasta el momento. Raley no había conseguido nada del vídeo. El equipo de recogida de pruebas había sacado una enorme cantidad de nada de los todoterrenos. Las únicas huellas que habían encontrado eran de Rook y de Aguinaldo.

Los equipos de detectives que habían estado barriendo Central Park con la esperanza de que alguien hubiese visto el cambio de los todoterrenos negros al vehículo o vehículos nuevos y «limpios» no habían logrado de momento ningún resultado. La Brigada de Delitos Informáticos también informaba de un resultado nulo.

El teléfono de colaboración ciudadana había seguido respondiendo llamadas con picos de actividad en el momento en que la rueda de prensa de Heat lideraba las noticias tanto de las cinco como de las seis. Se había visto a personas parecidas a Aguinaldo en los cinco distritos, a menudo sentada sin hacer nada en pizzerías, viendo escaparates en la calle o paseando a un perro que la verdadera Aguinaldo no tenía. Eran menos los avistamientos de Jameson Rook. Era lo bastante conocido como para que la gente no lo confundiera con otros ciudadanos al azar.

La desesperación había hecho mella. Se lanzaban nuevas teorías con la esperanza de que alguna cuajara. Ninguna lo hizo. Muharib Qawi, el imán de la Masjid al-Jannah, había llegado para servir como una especie de experto en islam de guardia. Pero nada de lo que decía servía.

Había muchos portazos, puñetazos en las paredes y patadas a las mesas. Y, aunque por un instante aliviaban la frustración, tampoco servían de nada a largo plazo.

A las ocho menos cinco, cuando el teléfono de Heat sonó, lo cogió con tanta fuerza que casi se le cayó al suelo.

—Aquí Heat —dijo sin apenas mirar el número en la pantalla.

—Hola, comisaria. Soy Jen Forbus, de Lorain. ¿Me ha llamado antes?

Forbus parecía más retraída que en la anterior ocasión. No había atisbo alguno de la alegría que había tenido antes su voz.

—Sí. Me preguntaba si había podido seguir la pista de esos hombres con los que Tam Svejda intercambió los teléfonos.

—Sí y no —contestó Forbus.

—¿Qué quiere decir?

Forbus hizo una pausa, como si no supiera por dónde empezar.

—Tam tomó nota de los números de seis hombres —dijo por fin—. He hablado con tres de ellos y me han dicho que ella no les llamó. Otro de ellos dice que sí, pero que él no le devolvió la llamada. Dice que pensó que ella andaba detrás de algo y que él no quería formar parte de ello.

—¿Detrás de... qué?

—No me lo ha dicho. Creo que, una vez que estuvo sobrio por la mañana, se dio cuenta de que Tam no estaba interesada en él por el mismo motivo que él en ella. Y creyó que Tam quería que él hiciera algo...; en fin, no estoy segura de que fuera ilegal. Pero parecía como si, fuese lo que fuese, él no quisiera hacerlo. He intentado insistirle para que me diera más detalles, pero, en realidad, no sabía más. Solo ha dicho que le dio la sensación de que Tam le traería problemas y él no los buscaba.

—De acuerdo, ¿y los otros dos?

—Uno ha dicho que Tam le llamó y le dejó un mensaje y que él le devolvió la llamada. Pero que no volvió a tener noticias de ella. Y el último...

—¿Qué?

Heat oyó que Forbus tomaba aire al otro lado de la línea.

—Está desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Desde cuándo?

—Nadie lo sabe bien. Se llama George Lichman. Es soltero, sin hijos, vive solo. Sus padres están en Elyria, que no queda lejos. Normalmente va los domingos a cenar y, como no apareció, le llamaron y no obtuvieron respuesta. El martes, el padre fue a su apartamento, que está en Vermilion, una ciudad al lado de la nuestra. El padre dice que su hijo no estaba allí ni tampoco su coche.

—¿Denunciaron su desaparición?

—No. El padre dice que George no era especialmente feliz y que había estado ahorrando dinero para poder dejar el trabajo y dedicarse a otra cosa,

como volver a estudiar para poder convertirse en policía. Menuda ironía. La familia se imaginó que debía haberse marchado recientemente y que llamaría cuando estuviese establecido en otro lugar. Creo que cuando yo aparecí y empecé a hacer preguntas fue la primera vez que se pusieron nerviosos de verdad.

—¿Ha podido ir usted al apartamento?

—Lo cierto es que es por ahí por donde he empezado —contestó Forbus—. He conseguido que el encargado del edificio me deje entrar y no he visto nada que pareciera fuera de lugar. Pero tampoco parecía que se hubiese marchado para hacer un largo viaje. El armario y los cajones seguían llenos de ropa. He hablado con algunos vecinos. No estaban muy seguros de cuándo había sido la última vez que lo habían visto, pero sí de que no estaba allí desde hacía días. Son apartamentos estilo jardín, de modo que cada uno tiene su propia entrada y no se relacionan mucho.

—¿Es posible que desapareciera el viernes, el mismo día que Tam?

—Esa es la teoría que he tratado de comprobar —respondió Forbus—. No puedo decir que la haya confirmado. Pero, desde luego, tampoco la descarto. Parece bastante seguro que nadie le ha visto esta semana ni durante el fin de semana. En cuanto al último momento en que lo vieron la semana anterior, el recuerdo de todos era un poco confuso. Siento no poder ser más precisa.

—No, lo entiendo —dijo Heat, pues ella misma había hablado con vecinos que tenían recuerdos poco seguros.

—Le he dicho a la familia que le he añadido en la base de datos de Personas Desaparecidas —le explicó Forbus—. Pero, entre usted y yo, estoy actuando como si tuviéramos en nuestras manos otro asesinato.

Heat dedicó un momento a honrar la memoria de George Lichman. No era ese su ritual completo, pues tampoco era ese su caso. Pero, aun así, sintió que necesitaba honrarle.

—He encontrado otra cosa que puede ser de interés —añadió Forbus—. He localizado al último hombre que estuvo con Tam Svejda en Adulto y Sexy, el último sitio al que ella fue durante su excursión por los bares del jueves por la noche. Es el hombre que la acompañó al coche y, después, volvió al bar.

—Ah, sí.

—Ha admitido de inmediato que esperaba que su acto de caballerosidad hubiese sido recompensado de algún modo, aunque fuese con un pequeño abrazo o algo así. No consiguió nada, por supuesto. Pero dice que cuando se

marchaba vio algo en la parte posterior del coche de Tam que llamó su atención.

»Bueno, ha confesado que cuando esto ocurrió ya llevaba varias copas esa noche, pero ha insistido mucho en cuanto a lo que vio. Dice que tenía en la trasera del coche un equipo de respiración autónoma con un par de bombonas de aire extra.

—¿Como... un equipo de buceo?

—No. El de buceo está pensado para debajo del agua. Este es para fuera del agua.

—¿Y qué hacía ella con algo así?

—A mí que me registren. El tipo ha dicho que lo reconoció porque él lo había utilizado. La Ley de Seguridad y Salud Ocupacionales se ha vuelto más estricta y exige que los trabajadores utilicen aparatos de respiración autónoma para cierto tipo de trabajos.

—Entonces, ¿es que Tam tenía pensado utilizarlo en la acería o...?

—Ni idea. Solo he pensado que debía decírselo por si a usted le parecía que concordaba con algún otro aspecto de su investigación.

—Entendido. Gracias —dijo Heat.

Pero no entendía. No entendía nada en absoluto.

Pusieron fin a la llamada con la promesa de seguir en contacto. A continuación Heat se acercó al panel con la información del asesinato. Trazó una línea hasta el nombre de Tam y, después, las palabras «aparato de respiración autónoma».

A continuación, hizo una pausa mientras pensaba en el signo de puntuación. De forma muy consciente, pues parecía resumir perfectamente todo lo que ocurría en ese momento, convirtió el punto en un signo de interrogación.

Confucio dijo una vez: «No importa lo despacio que vayas, siempre y cuando no te detengas».

Era un gran consejo, para tratarse de una galleta de la fortuna.

Para los detectives de la comisaría Veinte, que sabían muy bien lo que ocurriría cuando llegara la medianoche, aquello suponía poco consuelo. Detenerse no era una opción que tuviesen en mente. Tampoco ir más despacio.

Y, sin embargo, a medida que se iban reduciendo las horas hacia la medianoche, seguían sin tener nada que mostrar, a pesar de todas las puertas a las que habían llamado (o habían derribado), todas las pistas que habían seguido en vano y toda la energía que habían gastado.

Heat había decidido de forma consciente no mirar el reloj de la pared de la sala. Le hacía sentirse como si admitiese la derrota.

En lugar de ello, se dedicó a hacer dos cosas una y otra vez. Iba a un ordenador que tenía el correo principal de la comisaría y miraba si había correos nuevos. Al no obtener resultados, volvía al panel del asesinato, segura de que, si miraba todas esas líneas y círculos, se fusionarían en un todo que no había visto antes.

A las diez, otro programa de noticias provocó otra oleada de llamadas, ninguna de las cuales terminó materializándose en algo real. A las once, se repitió el mismo ciclo.

Para entonces, Hamner estaba blanco como el papel. Había hecho todas las amenazas que se le habían ocurrido para llamar a la acción, intimidando a comisarios de policía de toda la ciudad. Había sacado patrullas al azar,

autorizado horas extra, ordenado la salida de unidades caninas y amonestado sin cortapisas a cualquier agente que no le entregara los resultados que él esperaba.

Nada de eso sirvió de ayuda.

A las doce menos cinco, con todas las alternativas agotadas, los detectives se quedaron en un inquietante silencio.

Ochoa estaba de pie —pues su dolorido trasero le impedía mantenerse sentado— repasando de nuevo la mitad de la lista del Cuerpo Especial Antiterrorista. Rhymer estaba sentado repasando la otra mitad.

Raley tenía puestos los auriculares. Había confirmado que las voces del primer vídeo se correspondían con las del segundo —si es que eso tenía alguna importancia— y ahora volvía a hacer una meticulosa revisión de cualquier ruido de fondo que pudiese distinguir. Sus esfuerzos por averiguar la marca del acero ondulado que había detrás habían sido en balde. Al parecer, demasiados fabricantes utilizaban el mismo molde.

Feller paseaba de un lado a otro sudando, lanzando a la vez fortuitas miradas al panel con la información del asesinato.

Heat estaba apoyada en una mesa junto al panel, pero ya no lo miraba. Había estado tratando de encontrar alguna forma de meditación, intentando limpiar su mente consciente para que su subconsciente pudiera proporcionarle una nueva respuesta.

—Cuatro minutos para la medianoche —dijo Hamner rompiendo el silencio.

Se acercó a Heat, colocó una mano amable sobre su hombro y habló con la voz ronca de tanto gritar:

—Lo siento, comisaria. Hemos hecho todo lo que hemos podido. ¿Hay... alguien a quien quieras llamar? ¿Algún lugar adonde quieras ir? Tardaron alrededor de una hora y media en enviar el vídeo la última vez. Puedo pedir que un capellán del Departamento de Policía te acompañe a tu apartamento, ¿quieres? No es necesario que estés aquí.

Dejó que aquella idea hiciera su efecto.

Heat se apartó de él.

—No, yo... No quiero pensar luego que podría haber hecho algo de haber estado en la comisaría. Me quedo aquí hasta...

«Hasta el amargo final», pensó. Pero no lo dijo en voz alta.

—De acuerdo —respondió Hamner con suavidad—. Llámame si cambias

de idea...

Heat negó con la cabeza. Por fin, porque no podía aguantar más, sus ojos se posaron sobre el reloj de pared de la sala. Otras comisarías habían sustituido sus relojes analógicos por otros digitales, pues preferían la precisión de una pantalla LED a la, en comparación, imprecisión de la manilla grande y la pequeña.

En la Veinte, no. Tenían el mismo reloj desgastado que había estado allí desde que el edificio se construyó. Su fondo, que alguna vez había sido blanco, se había vuelto amarillento. Su esfera de cristal tenía un permanente aspecto ahumado, pese a que la comisaría Veinte era un espacio sin humos desde hacía dos décadas.

Heat vio cómo el segundero recorría los números del uno al doce. El minuterero estaba ahora en la última marca antes de las doce. La aguja que marcaba las horas pasaba de las doce de una forma tan imperceptible que parecía que seguía estando completamente vertical.

La manecilla de los segundos empezó su siguiente trayecto circular. Pasó por el dos, el cinco, el ocho. No se detuvo.

Llegó al doce. El segundero, el minuterero y la manecilla de la hora, formaron entonces una sola, en perfecta posición de firmes. Había llegado la medianoche.

Y, con otro tic del reloj, pasó.

En algún lugar estaba ocurriendo lo impensable.

Durante un rato, nadie se movió. Fue como si el velatorio ya hubiese dado comienzo.

Pasaron cinco minutos. Después, diez. Oficialmente, ya era jueves. El 20 de octubre ocuparía el lugar del 24 de noviembre como el día más terrible en el calendario de Heat, un aniversario que la llenaría de una pena atroz mientras viviera.

De vez en cuando, alguien se aclaraba la garganta o se rascaba la frente. Nadie quería marcharse. Eso habría sido un acto de rendición y, también, una especie de traición a su comisaria y amiga. Todos sabían, sin que nadie se lo hubiese dicho, que poco después Nikki Heat les necesitaría como nunca antes.

Habían pasado quizá quince minutos de la medianoche y Heat, Hamner y

los detectives seguían en una especie de animación suspendida.

Entonces, llegó un fuerte ruido desde abajo.

Gritos. Aplausos. Un tremendo barullo de felicidad.

Como si compartieran un mismo cerebro, todos los que estaban en la sala parecieron tener la misma reacción.

Primero, levantaron el mentón, como si hubiesen salido de un trance. A continuación, inclinaron la cabeza, como si no supiesen distinguir qué era lo que oían. Después, alargaron el cuello hacia el lugar de donde procedía el sonido, como si intentaran dar sentido a lo que estaba ocurriendo.

Hamner dio dos pasos en dirección al barullo y, a continuación, se detuvo. Feller dejó de caminar.

—¿Qué narices...? —murmuró Ochoa.

Entonces, se abrieron las puertas del ascensor. Y allí, de pie y totalmente ilesos, en medio de una multitud de agentes de policía, con unas enormes sonrisas en sus rostros, estaban Jameson Rook e Inez Aguinaldo.

Heat sintió al instante una oleada de calor, de alivio y de lágrimas de alegría, todo ello mezclado en una sola emoción que le salía a borbotones. Un grito se escapó de sus labios, pero, al contrario que el gemido de angustia que había salido de ella de manera involuntaria cuando creyó que le había perdido, esto fue más como el aullido eufórico y estupefacto de un ganador de la lotería.

Rook había empezado a salir del ascensor y apenas había atravesado las puertas cuando Heat, que había echado a correr, saltó sobre sus brazos. Si no le hubiese lanzado contra la pared, le habría tirado al suelo.

—Ay, Rook —dijo con la boca pegada al cuello de él y, a continuación, murmuró las únicas palabras que le venían a la mente—: No tienes ni idea. No tienes ni idea.

—No puedo... —empezó a decir él, pero no parecía capaz de formular ninguna palabra más.

Heat se aferró a él con más fuerza. Sus pies apenas tocaban el suelo colgada de su cuello. Todo salía de ella como un chorro catártico: las lágrimas, la emoción, el mecánico balbuceo agradecido. Era consciente de que había manos que daban palmadas a Rook en el hombro, de que Aguinaldo, que también había conseguido salir apenas del ascensor, estaba rodeada de policías felices que la abrazaban. Heat no permitió que aquello la distrajera de su objetivo inmediato, que era dar el mayor abrazo que le

hubiesen dado a Rook en toda su vida.

—No puedo... —dijo él de nuevo titubeando.

Heat lo tenía ahora completamente envuelto en sus brazos. No iba a soltarle. Nunca más.

Y, por fin, Rook terminó la frase.

—No puedo respirar —dijo por fin.

—¡Uy! Lo siento —respondió Heat aflojando ligeramente los brazos.

Bajó hasta ponerse de puntillas. Los dos respiraron hondo. Rook con más urgencia que Heat.

En ese momento de gozo, Heat era incapaz de construir ningún pensamiento racional. Era Hamner quien intentaba poner orden en el caos y, por fin, captó la atención de la muchedumbre que había entrado en la sala.

—Detective Aguinaldo, señor Rook, creo que hablo en nombre del director y de todos los hombres, mujeres y personas transgénero de la policía cuando digo que estoy tremendamente feliz de verlos de vuelta sanos y salvos —dijo mientras los agentes que estaban congregados a su alrededor sonreían al contemplar aquel extraño momento de humanidad en el Martillo.

Después, aquello terminó y Hamner recuperó sus formas:

—Pero debo recordar a todos que aún tenemos una investigación en marcha y que el ISIS americano sigue siendo una amenaza. Así que necesito saber cómo habéis escapado y qué podéis contarnos de esta amenaza.

Antes de que Aguinaldo pudiese responder, Rook tomó el control.

—Creo que lo más apropiado es dejar que la heroína del día dé las explicaciones —dijo—. ¡Lana!

Heat estaba tan sorprendida de oír aquel nombre que tuvo que mirar dos veces cuando la figura alta y despampanante de Lana Kline apareció entre la multitud. Estaba flanqueada, como siempre, por sus edecanes en prácticas, Justin y Preston, que sonreían obedientes. Su cabello y su ropa eran tan perfectos como siempre, como si estuviese lista para dar una rueda de prensa en cualquier momento.

—Oh, créanme, yo no soy la heroína en esta historia —respondió Kline en tono modesto.

Preston intervino de inmediato:

—Con el debido respeto, señorita Kline...

—... Sí que lo es —terminó la frase Justin.

—Tonterías, chicos. Lo único que he hecho en realidad es hacer uso de las

capacidades de Industrias Kline. Le conté a papá lo que estaba pasando y le dije que me destrozaría que le pasara algo a Jamie. Y papá se puso manos a la obra. Papá es el verdadero héroe.

—Pero, para empezar, ¿cómo ha localizado a la detective Aguinaldo y al señor Rook? —preguntó Hamner—. Todos nuestros agentes de Nueva York los han estado buscando. Hemos examinado un millón de cámaras de seguridad. Hemos puesto a volar varios helicópteros.

—Pues no creo que esté violando ningún secreto de seguridad si les digo que Industrias Kline tiene bastantes contratos con distintas fuerzas militares —explicó ella—. Hay muchos generales y almirantes que le deben favores a papá y él ha llamado a algunos de ellos. Lo que sí hay que resaltar es lo que esos satélites militares pueden ver y hacer. He oído decir a papá que pueden leer un periódico por encima del hombro de un terrorista a una distancia de treinta y cinco mil kilómetros desde el aire. Pero hasta que no han podido localizar a Jamie e Inez, no he sido consciente de lo buenos que eran.

—Creo que han revisado grabaciones de los satélites para localizarnos desde el momento del secuestro, pasando por el cambio de vehículos, hasta el almacén donde nos han tenido escondidos —intervino Rook—. Después, han hecho uso de tecnología de imágenes a través de cámaras térmicas para confirmar nuestra posición dentro del almacén.

—Imágenes de cámaras térmicas. ¿Eso son las imágenes con esas manchas rojas que papá me ha enseñado?

—Así es —contestó Rook.

—Bueno, pues eso. Imágenes de cámaras térmicas —continuó Lana—. Yo solo sé que, en cuanto papá conoció la localización, no vaciló. Envío a sus mejores hombres de inmediato.

Kline miró a Hamner al intuir que era él quien estaba al mando.

—Lo siento. Sé que lo más adecuado habría sido llamarles a todos ustedes y dejar que lo hicieran. Pero a papá le preocupaba que no diese tiempo. Y su seguridad privada es buenísima. La mayor parte de sus miembros son antiguos integrantes de fuerzas especiales y ya se les había puesto en alerta de que se les podría necesitar. Así que estaban preparados y listos para actuar. Dadas las circunstancias, él pensó que era mejor suplicar disculpas que pedir permiso.

—Bueno, oficialmente, no podemos aprobar un comportamiento justiciero —dijo Hamner con lo que, para él, era una sonrisa sardónica.

—Pero de forma extraoficial mi cuello ya ha escrito una larga y elocuente nota expresando su gratitud por no haber sido cortado en dos —replicó Rook.

—¿Y dónde está ese almacén al que os llevaron? —preguntó Heat.

—Junto al río East, pero en la parte de Brooklyn —contestó Rook—. Sinceramente, yo creía que iban a acabar con nosotros. Nos tenían a los dos atados. Teníamos esos sacos de arpillera en la cabeza. Pican muchísimo, por cierto.

Rook miró a Aguinaldo.

—¿A ti te picaba? Creo que me ha salido un sarpullido...

—Esa era la menor de mis preocupaciones —le aseguró Aguinaldo con una sonrisa.

—En fin, lo cierto es que todo pasó a una velocidad sorprendente —continuó Rook—. No podíamos ver nada, claro. Pero de repente se apagaron las luces y después, por el sonido, supongo que lanzaron granadas de aturdimiento. Esas cosas hacen mucho ruido, por cierto. Apenas podía oír nada después. Incluso los disparos que siguieron a continuación me parecían amortiguados. Cuando comprendimos lo que estaba pasando, alguien nos quitó las capuchas y unos tipos con gafas de visión nocturna y mascarillas de gas en la cara nos ayudaron a ponernos de pie. Eran la viva imagen de la eficacia. Nos sacaron a la calle y nos llevaron a la limusina de Lana antes siquiera de que me diera tiempo a darles las gracias.

Se quedó pensativo un momento.

—Aunque espero que la nota de agradecimiento de mi cuello les llegue.

—¿Y los asaltantes? —preguntó Hamner—. Los cuatro hombres que realizaron el secuestro, los dos del vídeo, el jefe... Debían ser al menos siete.

Todos miraron a Lana.

—Ya no —fue lo único que dijo.

El Martillo asintió con seriedad. Heat había trabajado con Hamner el tiempo suficiente como para reconocer los cálculos que él ya estaba haciendo. Hamner sabía que había circunstancias en las que las empresas privadas proporcionaban soluciones que quedaban fuera del alcance del gobierno. Y se daba cuenta, con el instinto político que le había conducido hasta su papel de principal agente encargado de solucionar problemas en el Departamento de Policía de Nueva York, de que aquella era una de esas ocasiones en que cuanto menos supiera, mejor.

Ya se le ocurriría alguna historia para contar a la prensa, a la central y al

Ayuntamiento. Lo haría porque era el Martillo y, a veces, los martillos se usaban para encastrar clavos que después pudiesen taparse.

Tirando de la mano de Rook, Heat se acercó a Lana Kline. A continuación, Heat se separó de Rook, aunque solo brevemente, para poder darle un abrazo a Kline.

Esta vez, un abrazo de verdad. No un abrazo de chicas.

—Gracias —dijo, mientras la ahogaba envolviéndola entre sus brazos de tal forma que el pelo y el maquillaje de las dos mujeres quedaron algo revueltos—. Muchísimas gracias. Decir que estoy para siempre en deuda contigo me parece... del todo inadecuado.

—Qué tontería —respondió Kline mientras se alisaba el vestido a la vez que Heat se apartaba—. No soy más que una agente de prensa oportunista que intenta asegurarse un buen artículo de su candidato en el *First Press*.

Le guiñó un ojo a Rook.

—Yo creo que Piernas Kline se merece el mejor artículo en la historia del *First Press* —dijo él.

Ella señaló con la cabeza hacia el panel del asesinato.

—Pues, entonces, mi última cita para el artículo es que Piernas Kline se siente orgulloso de que el Departamento de Policía de Nueva York haya cerrado otro caso y también de sus continuos esfuerzos por mantener a salvo a los ciudadanos de Nueva York.

—Muchas gracias —dijo Hamner, claramente pensando en cómo quedaría eso en los programas de noticias de la mañana.

—No hay de qué. Y aunque nos encantaría quedarnos aquí para celebrarlo, me temo que debemos despedirnos —contestó Kline—. Mientras estamos hablando, el avión nos espera. Papá va a dar una importante conferencia mañana en Zagreb... Bueno, supongo que ya es hoy. Tiene que fortalecer sus apoyos en el extranjero, ya saben.

Kline dio dos palmadas.

—¡Justin, Preston! ¡Vamos, chicos!

—Sí, señorita Kline —dijo Preston.

—Sí, señorita Kline —repitió Justin.

O puede que primero fuera Justin y luego Preston. Heat seguía sin estar segura cuando las puertas del ascensor se cerraron tras ellos.

Hamner seguía teniendo algunas preguntas y Rook y Aguinaldo hicieron lo posible por responderlas.

No se trataba de un informe minucioso, porque no era eso exactamente lo que quería Hamner. Solo necesitaba detalles suficientes como para poder confeccionar una historia en la que encajaran todos los datos que cualquier persona del exterior pudiese descubrir.

Los detectives empezaron a desperdigarse rápidamente. Ochoa se fue cojeando con Raley. Enfrentarse a un auténtico escenario a vida o muerte parecía haber dejado atrás su riña sobre el incidente del disparo. Habían suavizado las cosas como suelen hacerlo normalmente los hombres: no con palabras, sino llegando simultáneamente a la conclusión de que aquello por lo que reñían no merecía tanto la pena.

Feller y Rhymer salieron tras ellos poco después. A continuación, se marcharon Hamner y Aguinaldo, dejando a Heat y a Rook a solas en la sala de la brigada.

—Es muy tarde —dijo Rook.

—Sí que lo es —contestó Heat.

—Y yo estoy más que agotado.

—Igual que yo.

—Y, desde luego, los dos hemos sufrido una horrorosa experiencia tanto física como emocional.

—La peor.

—Lo único en lo que deberíamos estar pensando ahora mismo es en llegar a casa y caer profundamente dormidos durante un día, por lo menos.

—O dos.

—Porque no nos queda ni una pizca de energía.

—Nada de nada.

Se miraron profundamente a los ojos y los dos hablaron justo en el mismo momento:

—¿Reikiavik?

—Vamos —dijo Heat mientras Rook, tambaleándose hacia la puerta del despacho de Heat, comentaba a la vez:

—Voy a por mi portatrajes.

El portatrajes de Rook. El que en su interior guardaba inexplicablemente el pañuelo de Laura Hopper.

No es que Heat se hubiese olvidado. Simplemente, había dejado de estar en

la parte delantera de su mente, ocupada con la inminente decapitación a la que se enfrentaba Rook. ¿Debía abordar ese tema ahora?

No, decidió rápidamente. Había ciertos misterios que podrían resolverse más adelante. O quizá seguir siendo misterios.

Heat había recuperado a su marido sano y salvo. Los hombres responsables de la muerte de Tam Svejda habían sufrido la pena definitiva. Sus cadáveres estaban sirviendo de alimento en ese momento a la vida acuática del fondo del río East o dondequiera que los hombres de Kline hubiesen decidido lanzarlos.

La cuestión era que nunca más podrían aterrorizar a nadie. Por una vez en su vida, pensó Heat, podía tratar de no hacer caso de las implicaciones legales y dejarlo todo tal cual.

Entonces, Rook salió del despacho con el pañuelo cubriéndole la cara como si se tratara de una bailarina gitana.

—Sé que no es momento de darse regalos —dijo él—. Pero este es especial. Y no se me ocurre mejor modo de celebrar el final de este caso.

Dio unas cuantas vueltas torpes y, después, tres largos pasos de baile hacia Heat tarareando una melodía inventada. A continuación, lo desplegó ante ella con gran ceremonia.

—Tu propio y único pañuelo de Laura Hopper hecho a mano —anunció.

Hizo una profunda reverencia.

Heat sintió que la boca se le secaba mientras lo cogía. De repente, el corazón le latía con fuerza.

—Vaya —se obligó a decir, como si estuviese encantada de recibirlo—. ¿De dónde..., de dónde lo has sacado?

—Ah —respondió Rook con despreocupación—. Me lo ha dado Lana.

Rook pareció no darse cuenta de que a Heat se le había desencajado la mandíbula y siguió adelante con su peculiar actitud.

—Lo sé, lo sé, te has quedado sin habla —dijo—. Yo también me quedé igual. Es decir, supongo que ya sabrás lo exclusivos que son. Pero estábamos en Miami el martes por la noche y Lana acababa de cambiarse de ropa y salió con esto puesto. Yo dije: «¡Vaya! ¿Un Laura Hopper?» y creo que al principio se quedó impresionada de que yo reconociera que se trataba de un Laura Hopper. Me atrevo a decir que hace falta ser un hombre muy especial con una sensibilidad especial. Entonces, me preguntó si me gustaba. Y, por supuesto, contesté que sí. Y ella dijo: «Toma, quiero que se lo regales a Nikki».

»Al principio, yo decía: “¡No, no, no! No puedo”. Pero ella insistió. Me dijo que un jeque o algo parecido se lo había regalado a su padre para que él se pensara alguna especie de negocio. Desconozco los detalles. En fin, me dijo que era un pañuelo que simplemente tenía que ser compartido y que ya lo había disfrutado un tiempo y se lo había puesto en varias ocasiones y tiene tan buen concepto de ti que le gustaba la idea de que tú lo disfrutaras y... ¿Por qué no me has interrumpido todavía? Normalmente, siempre me interrumpes cuando estoy balbuceando mientras deberíamos estar de camino hacia el dormitorio.

Heat movió la lengua para hacer suficiente saliva en su boca como para poder hablar.

—Rook —dijo con voz ronca—. Es el pañuelo que aparecía en el primer vídeo.

Se acercó al panel del asesinato y apuntó a una fotografía.

Ahora era Rook el que miraba con la boca abierta.

—Espera —tartamudeó—. Eso significa..., eso significa...

—Que Lana Kline estaba presente cuando se grabó el vídeo —dijo Heat.

—Pero ¿cómo es eso...?

Entonces, Rook se detuvo. Heat observó cómo sus ojos leían con ansia el panel con la información del caso, que, en realidad, no había mirado desde el comienzo de la investigación.

—¿Qué significa esto? —preguntó y, a continuación, leyó directamente del panel—: «Bala de Joanna Masters». «¿Dónde consiguió el ISIS sus balas?».

Heat le habló a Rook de cómo la entrevista a Joanna Masters había conducido a Svejda a empezar un artículo sobre cómo el ISIS obtenía la munición.

—¿Y esto? —preguntó Rook señalando la palabra «zinc».

—Se encontraron restos de zinc en sus zapatos.

—¿Y se la vio por última vez en Lorain, Ohio?

—Eso es.

—Entonces, yo te puedo explicar exactamente qué hacía allí —dijo Rook—. No estaba entrevistando a obreros siderúrgicos. No exactamente. Apostaría que para los policías de Lorain la palabra «obrero» es una especie de nombre intercambiable que utilizan para describir a cualquiera que trabaje en alguna de las fábricas que hay en la zona ribereña. Pero eso no son acerías. ¿Recuerdas que te conté que mi recorrido por Industrias Kline me llevó a un horno de fundición en la costa del lago Erie?

—Sí.

—Esa planta estaba en Lorain, Ohio. Además de planta de fundición, también es donde se encuentra la División de Municiones de Industrias Kline. ¿Ese zinc de la suela de sus zapatos? El zinc es lo que se añade al cobre para hacer el latón. El latón que fabrican lo llevan después a la armería, donde lo convierten en casquillos para balas.

—Que a continuación se venden al ISIS —conjeturó Heat.

—Tam debió averiguarlo. O, al menos, tenía una fuerte corazonada. Acudió a esos bares en busca de hombres que trabajaran en Industrias Kline, tipos que pudieran introducirla a escondidas y, después, hacerle una especie de recorrido turístico como el que me hicieron a mí..., pero la versión menos colorida. Y apuesto que sé dónde terminó ese recorrido. Porque ¿sabes qué

más tenía esa sucursal de Industrias Kline en Lorain? Su propia pista de aterrizaje.

Rook señaló la palabra «queroseno» del panel.

—Por esa razón es por lo que tenía esto en su cuerpo. Puede que el queroseno lo descubriera Al-Razi hace mucho tiempo, pero hoy en día uno de sus principales usos es para el combustible para reactores. Puede que ella estuviese simplemente merodeando por la zona donde van a repostar el combustible y le salpicara algún chorro de gas. Por eso tenía ese tufo su ropa. Estaba fisgoneando por los aviones, tratando de confirmar que las balas que venían de la armería estaban siendo embarcadas a bordo de ellos.

»Y después... —apuntaba ahora a las palabras «equipo de respiración autónoma» con un resplandor en sus ojos— iba a hacer un largo viaje en la bodega de carga despresurizada del avión. Por eso tenía todas esas bombonas de más. Una de las reglas más antiguas del periodismo es «seguir la pista del dinero». Ella solo estaba haciendo una pequeña variación. Iba a seguir la pista de las balas. Era la única forma de confirmar que Industrias Kline estaba vendiendo directamente al ISIS o a algún intermediario.

Heat tenía las manos sobre la cadera. No es que no creyera la versión de Rook, sino que quería ponerla a prueba.

—Pero ¿por qué Industrias Kline le vendía al ISIS? —preguntó.

—Porque Piernas no es tan rico como dice —respondió Rook—. Sobre todo ahora, con la gasolina tan barata. Sus negocios de petróleo le están haciendo perder mucho dinero. Y él es la versión moderna de rico en terrenos pero falto de dinero. Solo que, en su caso, es rico en reservas y falto de dinero. Lo que hace siempre es reinvertir. Nunca saca capital y está respaldado por muchos préstamos. Ese iba a ser el toque de atención de un perfil que, por lo demás, es brillante. Un analista me dijo que si Industrias Kline sufriera otro trimestre malo, le exigirían reponer fondos y, entonces, todo el castillo de naipes se desmoronaría.

»Es probable que el ISIS esté dispuesto a pagar cuatro o cinco veces el precio de esas balas. Así que el ISIS hacía las matanzas, pero Industrias Kline se enriquecía con ellas. Piernas sabía que no podía permitirse desaprovechar ese margen de beneficio y confiaba en que nadie podría seguir nunca el rastro hasta él. Siempre podría decir: “Sí, habéis encontrado nuestras balas por allí. Pero por allí hay balas de todos. No éramos nosotros los que se las vendíamos. Era un intermediario”. Un piloto o copiloto bien sobornado y el

plan quedaba, si me permites la expresión, a prueba de balas.

—Hasta que apareció Tam Svejda —dijo Heat siguiendo con la historia—. Desde luego, la cronología de los hechos tiene sentido. La última vez que se la vio fue desayunando el viernes por la mañana. Fácilmente podrían haberla traído a Nueva York el sábado por la noche, a tiempo de grabar el vídeo. Debió quedar con George Lichman el viernes por la mañana y ser secuestrada después. Tratar de entrar a hurtadillas con todas esas bombonas de aire sería probablemente lo que la delató.

—Y en ese momento, Industrias Kline se encontró con un gran problema: una periodista que había descubierto su conexión con el ISIS —apuntó Rook—. No podían dejarla marchar, porque seguiría haciendo preguntas y, antes o después, todo se sabría. Así que tenían que deshacerse de Tam. Y tenían que hacerlo de tal modo que no los descubrieran.

—No podían lanzarla sin más al horno de fundición y olvidarse de ella. Probablemente, eso es lo que le hicieron al pobre George Lichman. Nadie iba a montar mucho alboroto por un obrero metalúrgico. Pero ¿qué hacer con Tam? La gente iba a hacer preguntas si desaparecía. Al final, seguirían su rastro hasta Lorain y averiguarían lo que estaba haciendo, a menos que apareciera alguien con una distracción del tamaño del ISIS como era ese vídeo.

—Culpar al terrorismo de Oriente Próximo —canturreó Rook— siempre funciona porque encaja a la perfección con las ideas preconcebidas de todo el mundo. Es como dijo Muharib Qawi. Desde el 11 de septiembre, el musulmán es el hombre del saco preferido por los estadounidenses.

Heat continuó donde él lo dejó:

—Y, además, alimenta el sentimiento antiinmigrantes de la plataforma de Piernas Kline. Así que el vídeo no era solo una gran maniobra de distracción, sino también la mejor propaganda para su campaña que podría esperar. Con una renovada oleada de islamofobia y xenofobia extendiéndose por el país, Estados Unidos giraría sus ojos hacia el hombre que más vehemencia mostrara con la idea de mantener fuera a los forasteros.

—Y lo que es más: «rescatarnos», entre comillas, a Aguinaldo y a mí otorgaría a la candidatura de Kline otra gran victoria en todas las noticias de mañana. Y sabían que eso les haría menos sospechosos. ¿Por qué iba a creer nadie que su héroe y su sospechoso eran la misma persona?

Tras descifrar por fin los misterios del panel del asesinato, Rook se colocó

frente a Heat.

—¿Sabes? Te pones muy atractiva cuando resuelves crímenes —dijo con voz lujuriosa—. Estoy deseando ir a Reikiavik contigo.

—Yo también —contestó Heat con un ronroneo—, pero tenemos este pequeño asunto entre manos.

—¿Piernas y Lana Kline van a huir?

—No solo van a huir. Van a ir Zagreb, que está en Croacia. País que, como todos sabemos...

—... No tiene tratado de extradición con Estados Unidos —concluyó Rook—. Y no hay modo de que podamos tapan esto hasta que regrese. Irá a Croacia y cuando averigüe que le están buscando venderá sus reservas por lo que sea su valor y lo usará como dinero para sobornos. Podrá permanecer como invitado de honor en Croacia tanto como quiera. Tenemos que detenerle antes de que salga del territorio estadounidense.

—¿Es ya demasiado tarde? —preguntó Heat.

—Se han marchado hace treinta y cinco minutos...

—Lo cual no sería suficiente para llegar hasta LaGuardia y hacer despegar el avión. Aún tendrán que entregar un plan de vuelo, conseguir la aprobación y, después, colocarse en la cola de despegue.

—Por cierto, ¿te das cuenta de que empezamos a parecernos a Justin y Preston, terminando las ideas y las frases del otro? —preguntó Rook.

—A propósito, apuesto a que cuando hagamos un análisis de sus voces serán ellos dos los que aparecen en el vídeo fingiendo ser terroristas con el filtro de Darth Vader...

—El filtro de Kylo Ren.

—El que sea. Pero cuando Raley quite ese filtro, sonará como las voces de dos chicos que dirigían la radio del instituto..., como la de Justin y Preston. Apuesto que uno de ellos es zurdo, como el tipo que en el vídeo utilizaba el machete. Me parecía raro en un árabe. También eso explicaría por qué no paran de mirar hacia el lado de la cámara. Estaban mirando constantemente a Lana, buscando su aprobación.

—Vale, pero sabes que yo no voy a aceptar esa apuesta —dijo Rook—. Como recordarás, aún tienes que hacerme el amor vestida de vulcana obsesionada con el sexo. Aún no he cobrado esa apuesta.

—Lo haré, lo haré.

—Pero antes...

—Al aeropuerto de LaGuardia —continuó Heat.
—A la terminal de Aviación LokSat —terminó él.

Rook conducía. Heat se encargaba de los teléfonos.

Probablemente deberían haberlo hecho al revés. Heat era mejor conductora, aunque a Rook le costase admitirlo. Pero necesitaban el estatus oficial de Heat cuando hablaran con la Autoridad Portuaria. Sobre todo teniendo en cuenta la aparentemente ilógica noticia que tenían que dar: que Piernas Kline estaba detrás del ISIS americano y que él y su avión tenían que ser retenidos hasta que ella llegara.

La siguiente llamada de Heat fue a Hamner, quien de inmediato dio orden de búsqueda de la limusina de Kline, por si habían dado un rodeo, estaban detenidos por el tráfico o seguían de camino.

Después, llamó a la teniente de policía de Lorain, Jen Forbus, quien le confirmó que George Lichman, al que ahora se refería en pasado, había trabajado para Industrias Kline, un detalle que ella no había considerado importante anteriormente. Los otros cinco hombres que habían dado sus teléfonos a Svejda también trabajaban para Kline.

Cuando Heat colgó, Forbus montó un alboroto pidiendo órdenes de registro y declarando el homicidio de Lichman. Quizá encontraran el coche de Lichman en algún lugar. Las dos mujeres sabían que era más que probable que ya fuese demasiado tarde para encontrar su cuerpo. Un horno de fundición puede alcanzar fácilmente los dos mil grados. No quedaría nada de él.

Heat tuvo enseguida noticias de Hamner, quien le dijo que la limusina estaba en la estación de Grand Central. El conductor decía que había dejado a todo el grupo de los Kline —Piernas, Lana y su equipo de seguridad— en la

terminal de Aviación LokSat y que, después, los agentes habían registrado la limusina para confirmarlo.

Mientras tanto, Rook estaba haciendo realidad una vieja fantasía en coche. Google Maps decía que el trayecto desde la calle 82 hasta el aeropuerto de LaGuardia era de veintiún minutos. Con Rook ignorando alegremente las normas de tráfico y los límites de velocidad y conduciendo con la impunidad de un coche sin matrícula y la luz intermitente, recorrieron el trayecto en dieciséis.

Cuando Rook dio el último acelerón y se detuvo delante de Aviación LokSat, un enorme edificio con aspecto de almacén en el lado oeste de la superficie del aeropuerto, parecía como si la mitad de la policía de la Autoridad Portuaria se les hubiese adelantado. Había un tremendo despliegue de fuerzas, la mitad probablemente innecesarias —¿hasta un camión de bomberos?—, pero Heat conocía bien el incesante abultamiento de las horas extra en la Autoridad Portuaria y no se sorprendió.

Siguiendo la fuente de actividad hasta su cénit, Heat y Rook se abrieron paso alrededor del edificio hasta la parte delantera del hangar. Allí, un Boeing 737 NG estaba rodeado de vehículos de la policía de la Autoridad Portuaria, con aspecto de ser un rinoceronte rodeado por una manada de perros salchicha.

—Es el avión de Kline —dijo Rook.

La nave había sido pintada como una bandera norteamericana, con las estrellas en el alerón y las bandas rojas y blancas en el fuselaje. Era como una versión gigante de la insignia de la bandera estadounidense que llevaban Preston y Justin en la solapa.

—Sí, yo también lo habría adivinado —respondió Heat mientras seguía andando.

Tras mostrar su placa para pasar a varios agentes de la Autoridad Portuaria que se esforzaban por justificar sus horas extra, Heat se presentó por fin ante el hombre desgarrado de pelo negro que parecía estar dirigiendo aquel espectáculo.

—Hola. Soy la comisaria Nikki Heat. Soy...

—... La razón por la que no estoy en la cama ahora mismo. Sí, lo sé —dijo él antes de mostrar una sonrisa simpática y extenderle la mano derecha—. Capitán Ron Marsico.

A continuación, Marsico miró a Rook.

—Señor Rook, hubo un tiempo en que pensé hacer periodismo antes de recobrar la cordura y entrar en la Autoridad Portuaria. Pero quiero decirle que soy un gran admirador suyo.

—Y yo le agradezco todo lo que hace por proteger los puentes, túneles y puertos de Nueva York —respondió Rook—. Y sé que son cientos de miles los neoyorquinos que piensan lo mismo cada día.

Le estaba dorando un poco la píldora, pero Marsico pareció acoger aquello con agrado.

O, al menos, hasta que volvió a mirar a Heat.

—Supongo que es usted la responsable de provocar este jaleo, pero yo soy el responsable del jaleo en sí. Así que dígame que tiene una buenísima razón para hacerme retener al avión que pertenece al futuro presidente de Estados Unidos. Porque me gusta mi trabajo y preferiría que no me despidieran.

—No se preocupe por eso —contestó Heat—. ¿Dónde está Piernas Kline?

—Dígame usted. No estaba en esa cosa, si es eso lo que pensaba —dijo Marsico apuntando al avión.

—¿Qué?

—Hemos interceptado esta nave justo cuando salía hacia la pista de despegue. Hemos ordenado al piloto que se detuviera diciéndole que se trataba de un asunto policial y que teníamos que subir al avión para arrestar a un sospechoso. El piloto ha obedecido, pero cuando hemos subido a bordo no había pasajeros, solo tripulación.

Heat miró el avión con el ceño fruncido por la consternación.

—Eso no es posible. Hemos hablado con un conductor de limusina que ha dicho que ha dejado a Piernas y a su gente aquí.

—Eso dígaselo al piloto enfadado al que he interrogado —replicó Marsico—. Ha jurado por activa y por pasiva que tenía órdenes de hacer volar el avión vacío hasta un lugar de Europa para recoger a unas personalidades importantes de Industrias Kline y, después, traerlas a Estados Unidos. Me ha maldecido por hacerle llegar tarde y no ha parado de decir que tendría que presentar un nuevo plan de vuelo, etcétera, etcétera. Por si servía de algo, hemos interrogado al copiloto y al auxiliar de vuelo por separado. Los dos corroboran la versión del piloto. Todos siguen en la sala de interrogatorios de nuestras oficinas por si usted quiere hablar con ellos.

Heat se cruzó de brazos. Rook hizo un mohín en silencio.

—También hemos hablado con todo el turno de noche de Aviación

LokSat, integrado por un chico que, al parecer, debía estar colocado — continuó Marsico—. Por si sirve de algo, ha dicho que no ha visto a ningún pasajero subir al avión.

—Probablemente porque no podía ver más allá de su canuto —dijo Rook.

—Puede que sea verdad. Mire, yo estoy totalmente a favor de acabar con el terrorismo. Cualquiera que haya estado en la Autoridad Portuaria tanto tiempo como yo habrá perdido amigos el 11 de septiembre. Pero no puedo retener un avión sin motivos. Si no tiene alguna causa probable de que esta nave o su tripulación estén implicados en la comisión de un delito, voy a tener que dejarlos marchar. Ni siquiera debía haberlo retenido tanto rato, pero veo las noticias. Sé por lo que han pasado hoy usted y su marido.

—Gracias —dijo Heat.

Miró a Rook.

—De acuerdo, estoy demasiado cansada como para resolver esto. ¿Cómo han podido soltarse del anzuelo? ¿Cómo sabían siquiera que íbamos tras ellos?

Entonces, Heat chasqueó los dedos.

—¡El panel del asesinato! Lana lo estuvo mirando mientras se encontraba en la comisaría. Ha debido verlo todo allí y ha supuesto que era solo cuestión de tiempo que encajáramos las piezas. Han debido saber que veníamos y, entonces, han cambiado de aviones. Maldita sea. Estaban usando este como señuelo.

—Por si sirve de algo, no creo que eso hubiera cambiado nada —intervino Marsico—. No ha huido desde aquí. Esta era la única salida programada de Aviación LokSat para esta noche. Y hemos enviado unidades a las demás terminales de aviación privada para preguntar por él, solo por estar seguros. Piernas Kline no es precisamente un tipo que pueda entrar y salir de puntillas de ningún sitio sin que nadie se dé cuenta. No le han visto.

Heat soltó un gruñido. Rook había levantado la vista hacia aquella monstruosidad roja, blanca y azul que tenían ante ellos con una sonrisa distraída en su rostro.

—Capitán, ¿le importa si subo un momento al avión? —preguntó.

—¿Para qué?

—Nostalgia —respondió él.

—¿Cómo?

Rook miró fijamente a Marsico.

—Piernas Kline tiene una cama *king-size* en esa cosa. Me dejaron dormir una vez en ella durante cuarenta y cinco minutos. Fue una experiencia muy especial y mágica, y... me gustaría despedirme.

—Rook, en serio —empezó a protestar Heat—. No tenemos tiempo para... Pero Marsico ya se había encogido de hombros.

—¿Por Jameson Rook? Por supuesto. ¿Por qué no? Necesito un poco de tiempo para anunciar que esta fiesta se ha acabado y sacar a mi gente de aquí. Tiene cinco minutos mientras nos vamos marchando. Después, tendré que permitir que esta cosa siga su camino.

—Entendido —dijo Rook—. Gracias.

Rook ya estaba dando largos pasos hacia las escalerillas, que seguían conectadas al lateral del avión. Heat tuvo que apresurarse para seguirle el paso.

—Rook, sé que te encantaba esa cama, pero ¿no te parece que esto es demasiado?

No respondió. Empezó a subir las escaleras.

—Vamos, Rook, estamos perdiendo el tiempo. Es probable que Piernas Kline esté buscando alguna otra forma de huir del país mientras hablamos. Está claro que sabe que vamos tras él. Seguramente haya subido a algún barco o a un submarino o Dios sabe qué otro vehículo.

Rook, sin hacerle ningún caso, estaba ya en el interior del avión. Heat seguía detrás. Terminó de subir las escalerillas, giró a la derecha en la cabina de mando y pasó por la primera cabina, que tenía una docena de sillones muy grandes anclados al suelo. Cada uno tenía suficiente espacio a su alrededor como para poder reclinarsse del todo y que aún quedara espacio libre.

Las cabinas estaban separadas no por una cortina, como lo estarían en los aviones comerciales, sino por una puerta. Tenía aspecto sólido, quizá reforzada con acero, probablemente insonorizada. Privacidad extrema, pensó, para cualquier actividad extraoficial que pudiese ocurrir al otro lado a mil metros de altura.

Abrió la puerta y entró en la segunda cabina, donde estaba la cama. Rook estaba dando saltos sobre ella. Después, se dejó caer y se despatarró encima.

Lo cierto es que el verbo «despatarrarse» no le hacía justicia. Estaba dando vueltas, casi como un perro que se estuviese rascando sobre el césped.

—Vale, Rook —dijo Heat—. Ya te has divertido. Y le voy a contar todo a Ochoa para que se ponga más celoso de lo que ya está. Pero ¿podemos irnos?

Rook no le prestaba atención. Se había dirigido a un panel de botones que había a un lado de la cama, que, al parecer, era ajustable. Rook estaba apretando los botones de forma aleatoria, casi como un niño pequeño que hubiese encontrado un nuevo juguete. La cama respondía a aquellas órdenes contradictorias casi de forma espasmódica y sus distintas partes se reclinaban, se ponían planas y, después, se volvían a reclinar. Las luces de arriba se apagaban y encendían. La música se ponía en marcha y se cortaba. El botón para llamar al auxiliar de vuelo sonó varias veces.

Heat se dio una palmada en la frente. Aquello era caer demasiado bajo, incluso para su marido. Puede que a veces Rook actuara como el único niño del mundo que había ganado dos premios Pulitzer. Pero, por debajo de eso, ella se daba cuenta ahora de que había algo en él mucho menos maduro.

—Vale, Jameson —dijo Heat con la esperanza de parecerse lo suficiente a Margaret Rook como para que él respondiera—. Se acabaron los juegos. Ahora vamos...

La interrumpió el zumbido de un motor que se ponía en marcha. En ese momento, la cama se empezó a mover. No arriba y abajo, como cuando Rook había tocado los botones.

La cama se movía hacia un lado.

—Lo sabía —dijo Rook—. Sí que es el *Halcón Milenario*.

Rook tenía en su rostro una enorme sonrisa. Desde luego, la cama se estaba deslizando para dejar a la vista un compartimento secreto que tenía debajo.

Heat miraba sorprendida cómo el hueco entre la cama y el lateral del compartimento se iba agrandando unos treinta centímetros.

Entonces, un objeto negro y rectangular, casi de la longitud de una barrita de caramelo y quizá dos veces más grueso, salió de la apertura.

—¡Granada de aturdimiento! —gritó Rook.

Y todo se volvió blanco.

El ruido les alcanzó una décima de segundo después, un ensordecedor muro de sonido.

Fue incluso más imponente que la luz. Y entre la oleada de conmoción y el modo en que echaba abajo el equilibrio de sus oídos internos, Heat y Rook cayeron al suelo.

El ser humano tiene cinco sentidos, pero la mayor parte de la información

que recibe procede de la vista o del oído. Si se inhabilita uno, la mayoría de la gente puede encontrar la forma de seguir funcionando, aunque de forma incompleta. Pero sin los dos, Heat y Rook se quedaron del todo discapacitados.

Heat sintió que una mano le tocaba la funda de la pistola. Trató de agarrarla, pero estaba tan desconcertada que le costó incluso saber dónde tenía la funda. Quienquiera que quisiera su arma, probablemente uno de los matones de Kline, ahora la tenía casi con la misma facilidad que si hubiese desarmado a un bebé.

Se preparó para recibir un disparo. ¿Había mayor ignominia para un policía que ser asesinado con su propia pistola?

La cabeza le palpitaba. Empezó a parpadear con la esperanza de recuperar así la vista. Pero seguía sin ver nada más que una luz cegadora. Era como si hubiese estado mirando al sol demasiado tiempo.

Si hubo algo que la salvó, fue la advertencia de Rook. En ese momento entre el grito de Rook y la detonación del objeto, Heat pudo cerrar los ojos y llevarse las manos a los oídos. Aquello le evitó sufrir toda la fuerza de la granada. Se estaba recuperando algo más rápido que si la hubiese pillado por sorpresa.

Heat se puso a cuatro patas y gateó por el suelo hasta que encontró la cama. Aquello la estabilizó en cierto sentido, solo por el simple hecho de tener algo a lo que agarrarse. Continuaba parpadear. Los ojos seguían palpitándole, pero sintió que empezaba a poder distinguir de nuevo entre la luz y la oscuridad.

Notó una sacudida.

¿Se trataba simplemente de que su trastornado sentido del equilibrio la estaba confundiendo o...?

No. No le cupo ninguna duda. El avión se estaba moviendo.

Con el poco oído que había recuperado, pudo distinguir el sonido de los motores al encenderse. El silbido de las turbinas era inconfundible.

Piernas Kline estaba tratando de huir de Estados Unidos en un avión pintado como una enorme bandera americana.

Heat pensó que seguramente alguien en tierra notaría el grandioso despliegue de exagerado patriotismo en movimiento. Y lo detendrían.

Pero ¿quién? ¿Y cómo? Cuando habían dejado al capitán Marsico, parecía más preocupado por sacar a sus hombres de la zona de aviación privada. Su

gente iba en la dirección opuesta. Y una vez que un avión grande como aquel se ponía en marcha, no se podía parar.

Por eso los matones de Kline no les habían matado todavía. Primero estaban tratando de huir. O eso o sabían que la comisaria de policía y el famoso escritor serían unos valiosos rehenes si las cosas se torcían.

—¡Rook! Rook, ¿me oyes? —gritó Heat.

—Sigo en la cama —respondió él.

—¿Piernas Kline está tan loco como para pensar que va a poder sacar el avión de aquí?

—¡Piernas Kline probablemente cree que puede hacer lo que sea! —gritó Rook—. Solía pilotar aviones fumigadores cuando estaba en la universidad. Y apuesto que al menos uno de esos antiguos miembros de las Fuerzas Especiales a los que tiene contratados sabe algo sobre cómo hacer volar un avión. Entre todos, es probable que puedan hacer despegar esta cosa. Y si sabes cómo activar el piloto automático, estos aviones pueden volar solos. Puede llegar hasta el espacio aéreo croata sin que nadie toque apenas los mandos.

Heat seguía parpadeando. Ahora podía ver formas. Utilizando la cama como apoyo, se levantó. Descubrió que podía estar de pie de nuevo, aunque se tambaleaba. Dio unos pasos hasta que encontró el lateral del fuselaje, que utilizó para ayudarse a mantener la posición vertical.

El avión iba ganando impulso. No era velocidad de despegue. Pero claramente rodaba con rapidez. Un avión de ese tamaño necesitaría una buena pista para ganar velocidad y poder despegar. Pero quienquiera que estuviera en los mandos parecía decidido a llegar rápido a una pista.

Heat se movió a tientas por las paredes en dirección a la parte delantera de la cabina. Entre su visión limitada, pero que iba recuperando rápidamente, y sus manos, pudo encontrar la puerta que llevaba a la cabina.

Trató de abrirla, pero estaba bloqueada. Claro. La palpó hasta que encontró el pomo. Lo miró bizqueante y, a continuación, le dio una fuerte patada.

El pomo no se movió. Se trataba de una puerta que estaba hecha para aguantar. Volvió a darle una patada. No pasó nada. Era de acero reforzado, sin duda. Podría estar todo el día dándole patadas. Se le rompería el pie antes de que cediese la puerta.

—No malgastes tus fuerzas —dijo Rook—. No vas a abrirla. Y aunque lo hicieras, hay una pareja de fornidos matones esperándote al otro lado.

Además, están Piernas y otro piloto en la cabina de mando. Y todas las puertas de las cabinas de mando de hoy en día están diseñadas para ser completamente impenetrables. Nunca podrás atravesarla.

—Entonces, ¿cuál es nuestro plan? —preguntó Heat, dándose cuenta de que ya no necesitaba gritar tanto para que se la oyera.

—Tenemos que evitar de algún modo que el avión despegue —respondió Rook—. En cuanto empiece a volar, los únicos que podrán hacerlo bajar a tierra serán las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

—¿Crees que nos derribarían?

—¿Un avión sin permiso pilotado por terroristas empedernidos en el espacio aéreo de Nueva York? En un santiamén —contestó Rook—. Y ya sé que es evidente, pero no creo que a los F-18 que nos derriben les preocupe mucho que tengamos un aterrizaje agradable. Probablemente esperarán a que estemos sobre el agua para que no caigamos sobre ningún civil que esté debajo de nosotros y, después, disfrutarán de unas prácticas de tiro.

Así que eso era todo. Estaban encerrados en la cabina trasera, detrás de una puerta inexpugnable, dentro de un avión que prácticamente se iba a convertir en un enorme ataúd volador en el momento en que despegara. No tenían armas de fuego ni de otro tipo aparte de las almohadas de la cama *king-size* de Piernas. Y apenas podían ver ni oír.

El avión realizó un brusco giro a la derecha, lo cual hizo que Heat volviese a perder el equilibrio. Después, en cuanto la nave volvió a enderezarse, Heat fue lanzada hacia atrás por la repentina fuerza de la gravedad. El piloto acababa de dar toda la potencia a los dos motores CFM56-7B, que ahora alcanzaban casi los 120.000 newtons de fuerza.

Heat se golpeó contra la pared posterior de la cabina y, después, cayó al suelo, aturdida por un momento.

Ahora estaban en una de las pistas principales, acelerando con rapidez. No se trataba de un pesado avión de línea comercial cargado de pasajeros con sus enormes equipajes. Se trataba de un avión prácticamente vacío. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que consiguiera la velocidad suficiente para despegar? ¿Veinte segundos? ¿Menos?

Heat consiguió volver a ponerse de pie luchando contra la continuada aceleración del avión. Miró a Rook, que era poco más que una masa humana informe y lejana. Parecía que él había podido llegar a sentarse en el filo de la cama y que estaba tratando de buscar el modo de incorporarse.

Los ojos casi inútiles de los dos examinaban la cabina en busca de algo que pudieran usar para mantener el avión en tierra.

Un incendio. Podían buscar el modo de provocar un incendio. No. Eso los mataría mucho antes de inhabilitar el resto del avión.

Los sistemas eléctricos del avión. ¿Podían hacer un agujero en el techo y sacar algunos cables que controlaran la parte trasera?

No había tiempo. No había tiempo para hacer nada. Los motores estaban soltando toda la energía. Parecía como si el avión estuviese a punto de despegar, ese momento en que la gravedad hace su vana presencia antes de que por fin se rinda a las increíbles fuerzas que se ejercen sobre las alas para elevarse.

Les quedaban diez segundos, como mucho.

—¡Ojalá hubiese un freno de emergencia o algo parecido! —gritó Rook, que ahora se balanceaba con el trasero fuera de la cama y las piernas abiertas.

—¡Emergencia! ¡Eso es, Rook!

La visión limitada de los dos cayó al unísono sobre la puerta de emergencia que había en la parte posterior de la cabina.

—¡La rampa de evacuación! —exclamaron juntos.

Rook llegó primero, gateó hasta la puerta y pulsó la manivela, que era como amartillar un revólver. El mecanismo de la rampa se puso en marcha.

Como había trabajado de periodista independiente para la revista de una compañía aérea, Rook podría haberle dicho a Heat que la normativa de la Administración Federal de Aviación exige que todas las puertas de avión tengan rampas de evacuación que se desplieguen en seis segundos o menos. Aquello supondría una prueba de esa capacidad, una prueba en la que el fallo acarrearía consecuencias graves.

Rook tiró hacia arriba de la manivela y fue como apretar un gatillo. De algún lugar por debajo de sus pies, hubo un estruendoso sonido de una explosión de gas presurizado. La rampa salió disparada por el lateral del fuselaje. Rook agarró la puerta con ambas manos y la quitó de en medio.

El avión viró a la vez que la rampa, ahora completamente desplegada, empezó a rebotar en el suelo. Era voluminosa, lo suficientemente ancha como para que cupieran varios adultos deslizándose a la vez. Estaba hecha de vinilo duro y estaba anclada al lateral del avión de tal forma que no se soltara.

Entre la rampa ondeante y la puerta abierta, la aerodinámica de la nave se había descontrolado. Había suficiente roce como para impedir que el avión

despegase.

Pero Piernas Kline, o quienquiera que estuviese en los mandos, o no lo sabía o no quería admitirlo. Los motores empezaron a rugir, con sus válvulas aún sin detenerse. Iban por lo menos a ciento treinta kilómetros por hora. El suelo bajo Rook y Heat era borroso en medio de la noche.

Heat estaba tratando de reunir el valor para saltar por la rampa cuando Rook la agarró del brazo.

—No saltes —dijo—. Vamos demasiado rápido. Si el golpe en la cabeza no te mata, el roce de la piel contra el asfalto hará que desees estar muerta.

—Vale. Entonces, ¿qué? —preguntó ella.

El viento pasaba con fuerza junto a la puerta abierta. De nuevo, tuvo que gritar para hacerse oír.

—¡Vamos a chocar! —bramó Rook.

—Entonces, vamos a prepararnos para el choque —dijo Heat.

—El colchón —propuso él—. Tiene afelpado extra y recubrimiento almohadillado. Eso nos proporcionará suficiente amortiguación si lo colocamos contra la pared.

Heat fue gateando hacia el otro extremo del colchón. Cada uno agarró una mitad y lucharon con él hasta ponerlo de pie contra la pared frontal de la cabina.

Después, se apretaron contra él y se prepararon para lo peor.

Como sabe cualquiera que haya despegado o aterrizado en el aeropuerto de LaGuardia, sus pistas principales son prácticamente peninsulares, rodeadas de agua por tres de sus lados. Obsequia a millones de pasajeros al año con el espectro de un baño muy desagradable si su avión se sale de la pista durante el despegue o el aterrizaje.

Y un despegue frustrado era lo que Rook y Heat se habían asegurado mientras el avión se precipitaba hacia la tenebrosa oscuridad de la bahía de Flushing.

Aun avanzando a ciento treinta kilómetros por hora, el 737 se abrió paso a través de la valla que había al final de la pista, doblando sus postes de hierro y hormigón armado como si fuesen escobillas limpiapipas.

Se deslizó por una extensión de hormigón y una delgada franja de hierba. Después, llegó a la orilla, que estaba reforzada por un grueso muro de

escollera, para protegerla de la erosión.

Desde ahí, había una caída de cuatro metros y medio hasta el agua. El avión parecía colgar en el precipicio, flotando en el aire. Era como si, tras haber pasado por un periodo de ambivalencia, la nave estuviese considerando cumplir el propósito para el que había sido diseñada tan magistralmente.

Mucho tiempo atrás, a un hombre llamado Bernoulli se le ocurrió el principio de la dinámica de fluidos que describe perfectamente cómo es posible el milagro del vuelo. Mucho más tiempo atrás, a otro hombre llamado Newton se le ocurrió una ley sobre cómo dos objetos más grandes que un átomo interactúan entre sí en el espacio.

Durante un breve momento, la ley universal de Newton de la gravedad y el principio de Bernoulli parecían estar en desacuerdo. El señor Newton explicaba cómo dos cuerpos se atraen entre sí con una fuerza que es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que hay entre ellos. El señor Bernoulli afirmaba que, debido a que la presión en un flujo de fluido se reduce a la vez que la velocidad del flujo aumenta, el aire que fluye por la mitad superior curvada del ala de un avión tendrá menos presión que la mitad inferior plana, provocando un empuje hacia arriba.

Pero, en realidad, no se trataba tanto de un desacuerdo. En este caso, Newton le dio una patada en el culo a Bernoulli.

El avión cayó y el morro se zambulló en el agua con un ángulo de aproximadamente diez grados, lo suficientemente superficial como para que el avión se deslizara un poco y su impulso lo llevara sobre el agua como una piedra lisa que se lanza a un lago en calma.

Pero incluso una piedra que vuela termina encontrando el fondo. En cuanto el agua empezó a inundar las turbinas del avión, los motores se detuvieron. Una vez que se interrumpió el impulso hacia delante que habían llevado hasta entonces, el avión fue perdiendo velocidad hasta que se paró.

La desaceleración fue lo bastante gradual como para que el colchón resultase más que suficiente para amortiguar a Heat y a Rook. Cuando el avión se detuvo en medio de la bahía de Flushing, se pusieron de pie.

—¿Te apetece darte un baño? —preguntó Rook.

—Eso suena muy bien —respondió Heat.

Se prepararon y se dirigieron a la puerta. El avión tenía suficiente aire en su bodega y en la cabina como para que flotara durante, al menos, otro

minuto o así. Pero no mucho más. Aquella nave no estaba diseñada para mar adentro. El agua se estaba filtrando ya por los pernos y las uniones de su parte inferior, que claramente no era impermeable.

Heat oyó el sonido de sirenas que se acercaban. La policía de la Autoridad Portuaria, junto con todos los vehículos de bomberos y de rescate que pudieron llevar, se dirigían ahora a toda velocidad hacia el final de la pista. A lo lejos, Heat pudo oír un helicóptero y una patrullera de la Guardia Costera acercándose por el aire y por el mar, respectivamente.

Heat estaba a punto de saltar a la rampa cuando oyó otro ruido, este mucho más cercano.

Era el estallido de un disparo.

Heat y Rook se pusieron alerta. ¿Se iba a convertir aquello en un enfrentamiento armado? ¿De verdad iban Kline y sus hombres a defender un avión siniestrado mientras se hundía en el fondo de la bahía de Flushing?

Pero no. Solo se disparó una bala. Y Heat ya había adivinado el objetivo.

—Creo que Piernas Kline acaba de suspender de forma permanente su campaña por la presidencia —dijo Rook a la vez que leía la mente de Heat.

—Pues probablemente sea lo mejor. Yo iba a votar a Lindsay Gardner de todos modos.

Las siguientes horas pasaron en una maraña de agotamiento y euforia.

Los miembros del equipo de seguridad de Kline se pisaban entre ellos para ver quién podía delatar a quién y más rápido en cuanto empezaron a ser interrogados. Cada uno de ellos trataba de superar a los demás en cuanto a toda la información que podía proporcionar, con la esperanza de conseguir un mejor trato.

Pero eso no era nada en comparación con Justin y Preston, que empezaron a contarlo todo desde el momento en que fueron subidos a bordo del barco de la Guardia Costera.

Al parecer, Lana Kline no se mostró tan dispuesta a conseguir una buena negociación. Lo único que confesó fue que estaba dispuesta a exigir su derecho a tener un abogado.

Pero la descripción general de lo que había sucedido iba saliendo a la luz con bastante rapidez. Fue tal y como Rook y Heat habían pensado. Tam Svejda le había hincado el diente a Industrias Kline identificándola como una de las principales fuentes de abastecimiento de munición del ISIS. Con la ayuda de George Lichman, se había metido a hurtadillas en un avión con destino a Turquía cuando la descubrió el equipo de seguridad de Industrias Kline. Lichman había sido torturado hasta que confesó todo antes de que lo mataran.

Eso dejaba aún sin resolver el problema de qué hacer con la entrometida periodista. Por supuesto, el vídeo fue idea de Lana y a Piernas le había parecido bien de inmediato. Políticamente, no había nada mejor para él que una buena amenaza terrorista tres semanas antes de que los votantes

acudiesen a las urnas. Habían decidido grabar el vídeo y distribuirlo en Nueva York porque sabían que era la capital del mundo de los medios de comunicación. Nada les proporcionaría más atención.

La aparición del pañuelo en el vídeo había sido el gran error de Lana y compañía por culpa de su deseo de ser demasiado perfectos. Habían querido que el vídeo pareciera de bajo presupuesto y mala calidad, como los vídeos del ISIS auténtico. Para conseguirlo, lo habían editado con un equipo antiguo que tenía un monitor con un formato más estrecho. Ni siquiera se habían dado cuenta de que el pañuelo aparecería en la imagen de las pantallas más modernas.

Toda esa confesión había tenido lugar en la comisaría Veinte con Ochoa, Raley, Rhymer, Feller y Aguinaldo trabajando en equipo en los interrogatorios.

Rook había desaparecido antes del amanecer. Tenía que entregar su artículo sobre Piernas Kline para el *First Press*. El departamento de arte se mostraba reacio a tener que rediseñar la portada con tan poco tiempo, una dificultad que solucionaron con un pequeño cambio en la puntuación.

¿QUIÉN ES PIERNAS KLINE DE VERDAD? fue cambiado por ¿QUIÉN ES PIERNAS KLINE? ¿DE VERDAD?

En mitad de la mañana, Heat se echó una siesta. Ya se había cambiado el uniforme y había vuelto a ponerse ropa de paisano. Era la misma ropa que había llevado el día anterior, pero, al menos, no olía a pescado y a grasa de motor.

Para las seis de la tarde del jueves, Heat tenía a toda la comisaría —y lo que era más importante, a la mayor parte de los agentes de la central— diciéndole que era hora de que se fuera a casa a dormir. Cuando recibió un mensaje de Rook en el que le decía que había terminado su artículo y que estaría esperándola en casa, decidió que ya había llegado la hora. Le respondió diciéndole que iría enseguida.

Salió cuando caía la luz del sol sobre la calle 82 para buscar un taxi. Estaba tan agotada que no se fiaba de ir conduciendo hasta casa ni de ir en el metro siquiera. Aparte de aquella pequeña siesta, llevaba despierta treinta y nueve horas, desde que su miércoles por la mañana había empezado poco después de las tres de la madrugada, cuando se despertó preocupada por...

... Su madre.

Sin pretenderlo, Heat miró hacia la parada de autobús donde había aparecido Cynthia Heat el martes por la mañana. Los latidos de su pecho que le habían impedido dormir a las 3:23 de la mañana habían regresado.

Su madre no estaba muerta, pero Maggs sí; y Callan, claramente con la ayuda de alguien del exterior, había huido.

Cuando paró a un taxi y empezó su trayecto en dirección sur, hacia el loft de Tribeca que compartían ella y Rook, trató de sacarse de la mente a su madre.

Pero no lo conseguía. Su madre estaba allí, en algún lugar. Aquel hecho cambiaba cualquier otro supuesto de la existencia de Nikki. Y cuando llegó a la casa de Rook —se daba cuenta de que había vuelto a pensar en ella como la casa de Rook— sabía que toda resistencia a su nueva realidad era en vano.

No iba a poder descansar de verdad hasta que su madre estuviese a salvo. Fingir lo contrario era engañarse a sí misma, algo que Nikki no podía hacer. Buscar a su madre, salvarla. Ese era ahora el principal objetivo de su vida.

Y tenía que hacerlo sola. Ya había habido demasiadas bajas. Lo que quiera que fuera a ocurrir no podía afectar a Rook. Era un riesgo demasiado grande. Hacía dieciocho horas había creído que lo había perdido para siempre. Simplemente, no podía pasar por nada parecido otra vez.

El único modo de mantenerlo con vida era desde la distancia.

Mientras el taxi se alejaba, supo lo que tenía que hacer, aunque no le gustara. Sacó su teléfono y marcó el número de su agente inmobiliaria. Saltó el buzón de voz de la mujer, lo cual le venía muy bien. Así sería más fácil.

—Hola, soy Nikki Heat —dijo tras escuchar el tono—. Mire, sé que puede parecer repentino, pero ¿podemos quitar del mercado el apartamento de mi madre? Voy a necesitarlo durante un tiempo. Llámeme si tiene alguna pregunta. Gracias.

Guardó el teléfono y, después, antes de perder el coraje, subió en ascensor al loft de Rook.

Al meter la llave en la cerradura pudo oír la música de Barry White a través de la puerta. Entró y vio a Rook sentado en el sofá, vestido con una bata de seda y con una sonrisa traviesa.

En la mesa delante de él, había champán metido en hielo, un par de copas de cristal, una bandeja de plata con ostras y fresas bañadas en chocolate.

—Siento si me he pasado un poco —dijo mientras le servía una copa—. Es que he pensado que teníamos mucho que celebrar. Ahora ven aquí y deja que

te ayude a quitarte el...

—Rook —fue lo único que ella dijo.

—Oh-oh —respondió él.

Dejó de servir el champán y volvió a hundir la parte inferior de la botella en la cubitera.

—¿Qué pasa?

Heat pudo sentir cómo las lágrimas trataban de brotarle, pero las contuvo. Necesitaba mantenerse fuerte en esto. No sabía si podría convencer a Rook o no, pero sí sabía que esa era la forma de hacerlo.

Lo sabía en el fondo de su corazón.

—Mientras mi madre esté por ahí, no puedo... No puedo estar contigo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Rook.

—Tengo que irme. Tengo que aclararme la mente para que podamos tener un futuro felices.

—¿A qué se debe esto? ¿Por qué abandonas tu matrimonio?

—Estoy tratando de salvarlo —insistió Heat.

—¿Dejándome? —preguntó Rook con un dolor en su rostro que casi hizo añicos algo dentro de Heat.

Rook se levantó del sofá. Se acercó a ella despacio, con cautela. Eso le recordó a Heat el modo en que él la había enamorado al principio, tantos años atrás: con cautela, con paciencia y ternura y el convencimiento de que un acercamiento demasiado directo a alguien que había sufrido tanto no haría más que ahuyentarla.

—Oye, si tú tienes un problema, nosotros tenemos un problema —dijo él—. Así es como funciona esto.

—No, Rook. Esta vez no.

Le rodeó y se fue del apartamento antes de poder ver cuánta angustia le había infligido a Rook. Al desaparecer de nuevo en el ascensor, se tapó los oídos para no oír su voz atormentada llamándola.

Estaba en un banco, a la salida del loft. Un árbol situado estratégicamente le garantizaba que él no pudiese mirar hacia abajo y verla. Pero ella sí que podía levantar la vista hacia la calidez de las luces que salían de la casa de Rook. Ahora no detuvo las lágrimas. Las había contenido todo lo que había podido.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, solo que el sol ya había desaparecido. Había apagado el teléfono. Sabía que Rook la llamaría y le mandaría

mensajes con súplicas y ruegos, probaría con peticiones lógicas, otras emocionales, todo lo que pudiera intentar. Ella no estaba segura de ser lo suficientemente fuerte como para esquivarlas.

Al menos tres veces había estado a punto de cambiar de opinión y volver a subir al loft. Se imaginó lanzándose a los brazos de Rook. Llorarían juntos, harían el amor, comerían fresas y, después, llorarían un poco más y volverían a hacer el amor.

Eso sería lo más fácil. Eso sería lo más cómodo. Eso sería lo más egoísta.

Pero Nikki Heat nunca había optado por esas salidas. Y en cuanto pensó en lo que tenía que hacer —ocuparse de un oponente cuyas dimensiones desconocía, pero que probablemente sería enorme—, se dio cuenta de que no tenía elección.

Buscar a su madre tenía que ser su única misión, su único objetivo. No podría ser una hija hasta que no la encontrara. Y no podría ser una esposa mientras lo hacía.

Por fin, cuando las lágrimas dejaron de brotar, tomó un taxi para ir hacia el norte, hacia la casa de su madre en Gramercy Park.

O también, pensó Heat, ya podría empezar a llamarla lo que era de nuevo: su casa.

Aquella había sido su casa, y solo de ella, durante más de una década. Volvería a servirle de refugio o, más bien, de base de operaciones.

Bob Aaronson estaba otra vez trabajando en la portería.

—Me alegra verla, señorita Heat —dijo—. ¿Viene a echarle un vistazo a su antigua casa?

—Lo cierto es que vengo a quedarme aquí un tiempo.

—Eso es estupendo —contestó él—. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé —admitió—. La verdad es que no lo sé.

Subió en el ascensor hasta su planta pensando en todas las noches que había hecho eso mismo antes de que Rook entrara en su vida. Ya había estado sola antes y había sobrevivido. Podría volver a estar sola... por un tiempo.

¿Y después? Después lo tendría todo. Su madre. Su marido. Era la mayor felicidad que podía imaginar, una vida perfecta que nunca se había permitido tan siquiera tomar en consideración.

Lo único que necesitaba para hacerla realidad era una absoluta disciplina y concentración.

Esta vez, no costó abrir la puerta. Al fin y al cabo, acababa de ser usada. Y

el aire del interior tampoco olía a cerrado. Había estado allí dos noches atrás. La casa seguía sin ordenar, tal cual la había dejado.

Pero en cuanto dio un segundo paso al interior de aquel espacio a oscuras, hubo algo que detonó en su mente, alguna parte primitiva de su cerebro puso en marcha una alarma. Ya fuera un olor, algo raro en el ambiente o un sexto sentido. No estaba segura.

Simplemente, de pronto supo que no estaba sola en el apartamento.

Heat se llevó la mano a la pistola y la sacó de la forma más silenciosa que pudo. Dio otro paso para escuchar con atención el sonido de alguna respiración, el crujido de la tarima o cualquier pequeño ruido que indicara dónde estaba el intruso.

—Puedes bajar el arma, comisaria —oyó entonces.

Era una voz de hombre, una voz familiar. Pero Heat no supo identificarla. Con el arma aún en alto, movió la mano libre hacia un interruptor de luz y lo encendió.

Sentado tranquilamente en el sillón preferido de su madre estaba un hombre de un atractivo tosco, de pelo negro, ojos oscuros, mandíbula angular y una complexión impresionante.

Heat le reconoció de inmediato. Había sido, durante un tiempo breve, sospechoso en un caso que ella había llevado unos años antes sobre un operador de divisas que había sido brutalmente asesinado. Después de aquello, Heat había sabido que se le consideraba uno de los grandes activos del gobierno de Estados Unidos, un hombre que había salvado el mundo en muchas ocasiones.

—¿Derrick Storm? —preguntó ella incrédula.

—Hola, Nikki —dijo él—. Tenemos que hablar de tu madre.

El asesinato de un periodista se convierte en algo más que un asunto profesional para Nikki Heat cuando los responsables anuncian quién será su próxima víctima: su marido, Jameson Rook.



La comisaria de la policía de Nueva York ha recibido un vídeo tan horrible como impactante: la decapitación de un periodista por un grupo terrorista que afirma pertenecer al Estado Islámico. Pero lo peor está por llegar cuando los verdugos declaran que su siguiente objetivo es el famoso reportero Jameson Rook.

Desesperada por garantizar su seguridad, Heat intenta contactar a Rook, que se encuentra fuera escribiendo un reportaje sobre el candidato presidencial Piernas Kline, repentino favorito en la carrera a la Casa Blanca. Cuando, para su desesperación, Rook resulta ilocalizable, Heat se da cuenta de que solo hay una manera de evitar que los asesinos hagan daño a su marido: atraparlos antes.

Pero, como si este caso no fuera suficiente para poner su vida patas arriba, Nikki comienza a verse perseguida por la imagen de una mujer que se ha cruzado casualmente en la calle y que podría jurar que es su madre... que murió hace casi veinte años.

Sobre el autor

Richard Castle es autor de varios *best sellers*, incluida la aclamada serie de Nikki Heat, compuesta por *Ola de calor* (2010), *Calor desnudo* (2011), *Aumenta el calor* (2012), *Calor helado* (2013), *Calor mortal* (2015), *Calor asfixiante* (2015) y *Calor extremo* (2016), todos publicados por Suma de Letras. Cuando no está escribiendo sus libros, Castle asesora a los agentes de la comisaría del Distrito 12 de Nueva York en sus casos más difíciles. Recientemente ha sido galardonado por el Instituto Allonym con el Premio Brad Parks por Servicios Distinguidos en el cumplimiento de la ley. Castle vive actualmente en Manhattan con su familia, que llena su vida de humor e inspiración.

Título original: *High Heat*

Castle © ABC Studios. Todos los derechos reservados

Originalmente publicado en Estados Unidos y Canadá como *High Heat*, de Richard Castle. Esta edición traducida se publica gracias a un acuerdo con Kingswell, un sello de Disney Book Group, LLC.

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-045-2

© ABC, por el diseño de cubierta

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Más calor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre el autor](#)
[Créditos](#)